

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ISSN electrónico: 2697-0511

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

**LA CRISIS DEL CAPITALISMO
GLOBAL
2021 (1)**

1

REG

1/2021 (1)

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

DIRECTOR

Germán Carrillo García. Universidad de Murcia.

SUBDIRECTORA/SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Carmen M. Cerdá Mondéjar e Isabel Marín Gómez. Universidad de Murcia.

CONSEJO DE REDACCIÓN

José María García Martínez. Universidad de Murcia. **Francisco Eduardo Haz Gómez.** Universidad de Murcia, España; **Ana Chacón Martínez.** Universidad de Murcia, España; **Mónica Ghirardi.** Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; **José Sobral.** ICS-Universidade de Lisboa; **Hamza Es sabar.** Universidad Cadi Ayyad, Marrakech.

CONSEJO ASESOR

Wolfgang Streeck. Max Planck Institute for the Study of Societies, Cologne; **Mike Davis.** University of California Riverside; **José Gabriel Palma.** University of Cambridge; **Göran Therborn.** University of Cambridge; **William Robinson.** University of California Santa Barbara; **Liisa North.** York University, Canadá; **Aurélie Vialette.** Stony Brook University, New York; **Raúl Delgado-Wise.** Universidad Autónoma de Zacatecas, México; **Ronaldo Munck.** Dublin City University; **Francesco Boldizzoni.** Norwegian University of Science and Technology; **Enzo Traverso.** Cornell University, Ithaca, New York; **Sarah Radcliffe.** University of Cambridge; **Stephan Lessenich.** Universität München; **Fernando Hernández Sánchez.** Universidad Autónoma de Madrid; **Cristóbal Kay.** SOAS University of London; **Víctor Toledo.** Universidad Nacional Autónoma de México; **Stuart McCook.** University of Guelph, Canadá; **Hanne Cottyn.** University of York, United Kingdom; **Hugo Celso Felipe Mansilla.** Academia de Ciencias de Bolivia; **Mauricio Tubio Albornoz.** Universidad de la República, Uruguay; **Emilio Pradilla Cobos.** Universidad Autónoma Metropolitana, México; **Quin Slobodian.** Wellesley College, United States; **Leo Panitch.** York University, Canada†; **Margareth Lanzinger.** University of Vienna, Austria; **Joan Bestard.** Universitat de Barcelona; **Gérard Delille.** Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales; **Bernard Vincent.** École des Hautes Études en Sciences Sociales; **Pedro Egea Bruno.** Universidad de Murcia; **Horacio Capel Sáez.** Universitat de Barcelona; **Juan Hernández Franco.** Universidad de Murcia; **Antonio Irigoyen López.** Universidad de Murcia; **Francisco García González.** Universidad de Castilla-La Mancha; **José Antonio Piquerias Arenas.** Universitat Jaume I; **Francisco Chacón Jiménez.** Universidad de Murcia; **Nuno Monteiro.** ICS-Universidade de Lisboa.



Los artículos publicados en la Revista de Estudios Globales están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL

ISSN electrónico: 2697-0511

REG

1/2021 (1)

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

1/2021 (1) LA CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL

NOVIEMBRE – DICIEMBRE

SUMARIO

Presentación, Carmen M. Cerdá y Germán Carrillo **6**

ARTÍCULOS

WILLIAM I. ROBINSON	Can Global Capitalism Endure?	13
LIISA LUKARI NORTH	The Historical and Contemporary Causes of «Survival Migration». From Central America's Northern Triangle	43
GÖRAN THERBORN	Into the Hottest Century and into Epochal Change	72
WOLFGANG STREECK	El Sistema de Estados Internacionales después del Neoliberalismo: Europa entre la Democracia Nacional y la Centralización Supranacional	99
GERMÁN CARRILLO GARCÍA	Crisis del Capitalismo Global o, <i>Fin du Globe?</i>	125



Los artículos publicados en la Revista de Estudios Globales están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Periodicidad: Semestral
Diseño de Cubierta: Cliocultural
ISSN electrónico: 2697-0511
Universidad de Murcia



UNIVERSIDAD DE
MURCIA



Presentación

Crisis del capitalismo global (I)

Carmen M. Cerdá Mondéjar

Germán Carrillo García

Universidad de Murcia, España

Si existiera una correlación directa entre el extraordinario incremento de volúmenes publicados durante las últimas décadas y el avance del conocimiento humano, con toda certeza nuestra sociedad, hace tiempo, debería haber alcanzado algún estadio de desarrollo parecido al del mundo de *News from Nowhere or An Epoch of Rest* (1890) de William Morris. Pero no ha sido así. Probablemente la brecha que separa el actual potencial de realización humana de las condiciones reales del conjunto de la humanidad nunca haya sido tan profunda. El anhelo utópico de Morris que excedía con creces las posibilidades de realización de la era victoriana de *fin de siècle*, paradójicamente parece estar cada vez más alejado del dramático *zeitgeist* de nuestro tiempo. Tal como la historia se ha encargado de demostrar enfáticamente, las utopías y sobre todo las distopías no forman parte del género de ficción. De hecho, a medida que avanza la destrucción no tan creativa del capitalismo, las palabras finales del intelectual británico parecen sacudirnos del letargo en el que nos ha sumido el utopismo neoliberal: «Go back again, then, and while you live you will see all around you people engaged in making others live lives which are not their own, while themselves care nothing for their own real lives»¹.

Nuestra comprensión del mundo se vuelve cada vez más extraña e ininteligible. Inmersos en una atmósfera en la que lo efímero se combina con lo absurdo e irracional apenas somos capaces de observar con cierta nitidez las contradicciones subyacentes que están alterando, sin precedentes en el registro histórico, la naturaleza social y ecológica del mundo. Pero, lo más preocupante y paradójico es que a pesar de disponer de toda una vasta masa de conocimiento acumulado, nuestros aparatos concepcionales y teóricos así como las «estrategias políticas» empleadas, adolecen de un sorprendente grado de limitaciones (Harvey, 2014:12). El cultivo insular del conocimiento, es decir, la *raison d'être* del nuevo pragmatismo académico incondicional a los modismos que dicta el credo neoliberal, nos ha hecho creer que la ciencia es extraña a los conflictos en los que se halla

¹ William Morris, *News from Nowhere or An Epoch of Rest*, London: Reeves&Turner, 1891: 237-238.

involucrada la sociedad. Y, sin embargo, forma parte de ellos. La ciencia, dijo en cierta ocasión el filósofo y biólogo Richard Levins, siempre está implicada en los campos de batalla sociales. Con demasiada obstinación, en el terreno historiográfico y por extensión en las ciencias sociales, las investigaciones locales y los nuevos campos de estudio se han escrito de espaldas a los análisis estructurales y a las tendencias socioeconómicas, cuando en realidad deberían haberse complementado, tal como escribió hace ya tiempo Eric Hobsbawm ante el declive sistemático de la «historia científica generalizadora» (Hobsbawm, 1980). Esa obstinada tendencia a observar los problemas sociales desde perspectivas sectoriales, deslegitimando los esfuerzos analíticos estructurales que metodológicamente perseguían la sistematización de las relaciones humanas, tan comunes hasta la década de 1970, es parte del problema que no es únicamente metodológico, se trata también de una cuestión ideológica. El predominio analítico que tiende a simplificar la naturaleza dialéctica de la realidad social, aislando virtualmente la esfera cultural o política de la naturaleza del capitalismo es un grave error. Paradójicamente, a medida que la «ciencia moderna» ha ido diseccionando virtualmente las áreas del conocimiento, se ha producido un alejamiento de la «búsqueda de las causas finales y de toda consideración de intencionalidad» (Wallerstein, 2014:34).

De hecho, el análisis del inquietante y siempre resbaladizo presente ha permanecido fundamentalmente bajo la potestad de los estudios sociológicos que con ciertas y sólidas objeciones firmaron el «tratado de paz parsoniano» con la economía: lo social se había deshecho de la embarazosa carga de la economía política; como consecuencia los temas estructurales o generalistas fueron sometidos a una implosión sociológica sin precedentes (Streeck, 2017:281). Lo mismo le sucedió a la historia, «estalló en migajas», por usar la acertada expresión de François Dosse, cuando un Lucien Febvre alejara a la tercera generación de historiadores de la revista *Annales* durante la década de 1960 del análisis económico. Con independencia de que mostremos afinidades hacia el marxismo, o no, la masa crítica intelectual que no abandonó los estudios dialécticos y estructurales sabe que «las fuerzas y relaciones de producción» no se corresponden precisamente con el término «economía» y, por supuesto, como ha escrito Neil Davidson, «el estudio de su interrelación» no concierne a la disciplina académica así denominada. Solo de forma coloquial en el vasto pensamiento de Marx y Engels se pueden hallar referencias al «elemento económico» (Davidson, 2013:742-743).

Paradójicamente, la huida desesperada del marxismo, de la economía política y en general de la visión orgánica, y por tanto histórica, de las sociedades, sobre todo después del derrumbamiento del contrajeemplo soviético, bajo el ingenuo pretexto de que había que escapar a toda costa de su presunto determinismo, reprodujo otras formas axiomáticas

—presuntamente científicas— muy próximas al errático marxismo catequístico de la era estalinista. ¿Cómo deberíamos en todo caso interpretar los sofisticados modelos macroeconómicos que se refieren a los mercados como abstracciones autorreguladas de las que los aspectos sociales y políticos, las luchas de clases o los conflictos distributivos se resuelven con un incrementalismo de la demanda efectiva por parte del agente racional? ¿Cómo debemos entender si no como una forma de determinismo la tan extendida tendencia del convencionalismo académico a hacer del mundo real un lecho de Procusto, estirando las teorías o acortándolas para que se ajusten a la compleja anatomía de la sociedad civil? Como ha escrito Davidson inspirándose en Lukács, las sociedades «constituyen totalidades», y por tanto para intentar comprender cualquiera de sus aspectos concretos hay que «tratarlas como partes constituyentes de una totalidad mayor» (Davidson, 2013:738). La «verdadera ciencia», afirma Harvey, inicia realmente su proceso constructivo cuando «tomamos los conceptos, abstracciones y formulaciones teóricas sacándolos de nuevo a la superficie de la vida» (Harvey, 2019:249).

Con estos propósitos nace la *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*. Y como demuestra el primer número que presentamos, los debates estructurales y comprometidos con nuestro tiempo están adquiriendo un vibrante estímulo intelectual. Así, el artículo de William I. Robinson analiza la transformación del capitalismo desde el crac de 2008 hasta nuestros días. Durante ese periodo la formación social capitalista se ha transformado de forma asombrosa desde cualquier perspectiva. Probablemente el cambio más acusado es que el campo de fuerzas se ha inclinado a favor de la «clase capitalista transnacional» cuyo poder hegemónico no solo está poniendo en peligro la propia reproducción del sistema, sino que también constituye una amenaza existencial debido a un posible «colapso ecológico». Se trata de una crisis «tanto económica o estructural como política, de legitimidad estatal y hegemonía capitalista». Evocando implícitamente el pensamiento de Rosa Luxemburg y su refutación de las ideas de Bernstein acerca de que la revolución era innecesaria y que con la reforma gradual del capitalismo se podría alcanzar el socialismo, Robinson afirma que el desenlace dependerá de una «contramovilización masiva desde abajo» que no podrá limitarse a reformar o regular el sistema. El autor argumenta que en general «los Estados capitalistas enfrentan una crisis de legitimidad en espiral después de décadas de penurias y decadencia social provocadas por el neoliberalismo, agravadas por la incapacidad de estos Estados para manejar la emergencia sanitaria de Covid-19 y el colapso económico». Enfatiza además la profundidad de las explosiones sociales que desde Chile a Líbano, Colombia, Sudáfrica, Estados Unidos o en el mismo corazón de la vieja Europa, parecen renovar las esperanzas sobre el futuro de las sociedades contemporáneas. Su conclusión converge con la apuesta de Chomsky y Pollin

sobre un «global Green New Deal»; sin embargo, este nuevo pacto global será insuficiente, concluye Robinson, si el capitalismo finalmente no es reemplazado por una nueva formación social «ecosocialista».

En el horizonte se advierte una crisis de la civilización Occidental –liderada por Estados Unidos durante el siglo XX–, y su decadencia confluye –como argumenta Göran Therborn en «Into the Hottest Century and into Epochal Change»– con la crisis climática del milenio más caliente de la historia de la humanidad y con el ascenso de China como potencia hegemónica: el resultado de este *tour de force* es lógicamente impredecible. Hasta el presente –continúa el autor– el declive de la dinastía Occidental de dominación mundial ha pasado por tres fases principales de desgaste. La primera se inició con la descolonización, alcanzó su punto álgido con las dos guerras de Vietnam (la francesa y la estadounidense) y finalizó en la década de 1990 con la transformación de Sudáfrica en un Estado «democrático poscolonial». La segunda fase, fue el resultado de la «arrogancia, la brutalidad y la incompetencia occidentales después de su victoria en la Guerra Fría». La política exterior estadounidense y sus incondicionales aliados, se focalizó «en tres ambiciosos proyectos» con el fin de «rehacer el mundo no-Occidental a su propia imagen». El primero de los proyectos supuso la transformación del Imperio Soviético y los países satélites de la Europa del Este; el segundo, trató de dominar por la fuerza el complejo «mundo musulmán de Oriente Medio»; y el tercero, pretendía la aculturación política y económica de China, aunque en esta ocasión es el gigante asiático el que lanza «iniciativas políticas propias, como el Banco de Inversión en Infraestructura de Asia y la Iniciativa One Belt One Road. Pero como la historia se ha encargado de recordarnos permanentemente, la transición del auge a la decadencia de una superpotencia nunca ha sido pacífica. La batalla por el liderazgo mundial, argumenta Therborn, entre China y Estados Unidos está marcada por el increíble peso demográfico y el vigor económico desatado en Asia, que harán, salvo que una guerra nuclear cambie de forma abrupta el destino de la humanidad, que el imperio Occidental del mundo continúe hasta su inevitable final.

Coincidiendo con el análisis de Therborn, Wolfgang Streeck en «El Sistema de Estados Internacionales después del Neoliberalismo», afirma que durante un tiempo no definido la política internacional oscilará entre «el conflicto y la conciliación, entre la paz, la guerra fría y la guerra a secas, retrocediendo o aproximándose peligrosamente hacia el abismo». Los conflictos interestatales y entre amplias regiones del mundo dominadas por las tensiones ideológicas de las potencias hegemónicas podrían aproximarnos a un escenario internacional que evoca el contexto de 1914. Inspirándose en el fecundo pensamiento polanyiano, particularmente en un artículo publicado en 1945 bajo el título «Universal Capitalism or

Regional Planning?», Streeck realiza un exhaustivo análisis histórico y comparativo entre el orden internacional surgido de la segunda posguerra y el posterior régimen neoliberal. Desde la crisis de la década de 1970 el nuevo credo hayekiano ha socavado con escasas objeciones las políticas keynesianas de planificación económica a través de la intervención estatal. Ahora, cualquier injerencia política que no favorezca a los sectores elitarios tiende a ser tachada de acto revolucionario. Mientras se han extendido los regímenes neoliberales defendidos sin fisuras políticas (o muy escasas y controvertidas), la era de la democracia característica de la «Europa Social» de posguerra ha ido retrocediendo. El Proyecto europeo de cohesión social ha quedado suspendido, generando en su lugar un espacio dominado por las élites del capitalismo neoliberal y sus incontrolables anhelos de dominación regional a través de proyectos delirantes de militarización. Naturalmente, las increíbles cifras económicas destinadas a la compra masiva de armamento para defender el *European way of life* dependerán directamente de la devaluación de los estabilizadores sociales. En el desenlace de este peligroso juego, desempeñará un papel clave la aquiescencia o el descontento de la mayor parte del cuerpo social sumido en la escalera descendente de la deflación por deudas. De hecho, la crisis pandémica solo ha puesto de manifiesto la asombrosa escala y profundidad de las desigualdades existenciales preexistentes a nivel planetario.

Paradójicamente, este nuevo mundo que parece encerrar las pesadillas distópicas escritas por Ray Bradbury en *Fahrenheit 451* (1953) constituye el resultado fatídico de la evanescencia de la memoria histórica. Como demuestra Liisa L. North en su artículo «Las causas históricas y contemporáneas de la migración de supervivencia» en fértiles países como El Salvador, Guatemala y Honduras, entre los diversos factores de la expulsión humana se hallan las políticas escolásticas del neoliberalismo, que hoy recorren como un espectro la mayor parte del mundo. Políticas que, como afirma North, fueron «impuestas a la región por Washington» con la connivencia de las «élites centroamericanas y las principales organizaciones internacionales». El proyecto neoliberal, continúa sucintamente North, «se centró en la reducción del papel del Estado en la economía y en la sociedad con el fin de «liberar» al mercado y sostener el crecimiento económico, la asignación de recursos y la tan anhelada distribución de ingresos. Pero la realidad ha sido muy distinta: «En Centroamérica, entre otras consecuencias, implicó la reversión de todas las políticas agrarias progresistas, la privatización de empresas públicas, la reducción de impuestos corporativos y sobre la renta, y el fomento de la inversión privada extranjera». Al mismo tiempo, desde Washington se abasteció con generosas sumas a *think tanks* con el fin de «asegurarse que la ideología neoliberal se propagara en los centros de investigación e instituciones académicas de toda América Central». La política estadounidense se involucró en la «deportación masiva de jóvenes refugiados centroameri-

canos», expulsados precisamente por la mendacidad del régimen neoliberal cruelmente impuesto. Mientras la topografía social era sumida en la violencia y humillada en extremo, «los norteamericanos abastecieron la demanda de los tipos de bienes que vendían los comerciantes ilícitos y violentos de Centroamérica y México», y los banqueros estadounidenses con demasiada frecuencia «blanqueaban» las ganancias obtenidas por los traficantes del «comercio ilícito». En suma, «una multiplicidad de circuitos de retroalimentación perversamente destructivos, interrelacionados e históricamente arraigados crearon las crisis que el Triángulo Norte está experimentando hoy. Y Estados Unidos está implicado en todos ellos». Historias, concluye North, de «tierra robada, cosechas robadas, agua robada, trabajo robado... en fin, stolen lives».

Compartiendo esa perspectiva analítica, Germán Carrillo cierra el primer número de la *Revista de Estudios Globales* con su artículo «Crisis del Capitalismo Global o, *Fin du Globe?*». La tesis defendida por el autor se fundamenta en que la crisis del capitalismo keynesiano durante la década de 1970 confluyó y a la vez contribuyó a profundizar la crisis del desarrollo en los países de la periferia del núcleo del capitalismo occidental. Crisis que se desarrolló orgánicamente con la contrarrevolución de la derecha mundial, el derrumbamiento del Imperio Soviético y el ascenso de la China posmaoísta; una potencia en auge que comenzó a incurrir en políticas con ciertas afinidades neoliberales, especialmente cuando el mundo penetró durante la década de especulación maníaca de 1990 en una nueva fase dominada por el capital ficticio. Las consecuencias de este nuevo orden mundial están adquiriendo una dimensión ecuménica y pueden observarse en multitud de factores perturbadores abordados por el autor, como por ejemplo, la desigualdad en cualquiera de sus abyectas formas, la erosión de la política pública, la explotación simultánea de la fuerza laboral en las economías desindustrializadas y en el Sur global, el totalitarismo financiero, las guerras y las dramáticas expulsiones de seres humanos de sus lugares de origen. Pero la crisis de un sistema tan ostensiblemente en decadencia se puede sentir también en la alteración antrópica de las bases naturales para la reproducción de la vida tal como la conocemos. Sabemos, como afirmó Hobsbawm, que la transformación de este mundo no será posible sin la aportación de los intelectuales –que es lo que aquí hemos pretendido–, pero éstos no podrán hacer nada sin la «gente corriente». Probablemente la conquista de este «frente unitario» sea hoy más difícil de conseguir que en el pasado: «he ahí el dilema del siglo XXI» (Hobsbawm, 2013:196).

Referencias bibliográficas

- Carrillo García, Germán (2020), «Transgresiones de la historia. La misión pública de la historia y la dialéctica científica», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 60, 117-151.
- Harvey, David (2014), *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- _____ (2019), *El Capital y la locura de la razón económica*, Madrid: Akal.
- Hobsbawm, Eric (1980), «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past & Present*, 86, 3-8.
- _____ (2013), *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- Streeck, Wolfgang (2017), La misión pública de la sociología, en *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de sueños.
- Wallerstein, Immanuel (2014), *El capitalismo histórico*, Madrid: Siglo XXI.

Can Global Capitalism Endure?

William I. Robinson

University of California, Santa Barbara

Abstract: The period from 2008 into the third decade of the twenty-first century has been one long protracted crisis for global capitalism, as much structural as political, that has been aggravated by the coronavirus pandemic. The era of globalization has involved an ongoing radical transformation in the modalities of producing and appropriating surplus value. There is an extreme and still increasing concentration and centralization of capital on a global scale in the financial conglomerates that in turn act to interlock the entire mass of global capital. Now the system is undergoing a new round of restructuring and transformation based on a much more advanced digitalization of the entire global economy and society. The agents of global capitalism are attempting to purchase for the system a new lease on life through this digital restructuring and through reform that some among the global elite are advocating in the face of mass pressures from below. Beyond transnational policy coordination among states, the structural power that the transnational capitalist class is able to exercise from above over states will undermine reform unless there is a mass counter-mobilization of power from below. If some regulatory or redistributive reform actually comes to pass, restructuring may, depending on the play of social and class forces, unleash a new round of productive expansion that attenuates the crisis. In the long run, however, it is difficult to see how global capitalism can continue to reproduce itself without a much more profound overhaul than is currently on the horizon, if not the outright overthrow of the system.

Keywords: Global Capitalism, Global Crisis, Financialization, Digitalization, Overaccumulation, Transnational Capitalist Class, Global Protest Movement.

¿Puede Perdurar el Capitalismo Global?

Resumen: El período comprendido entre 2008 y la tercera década del siglo XXI se caracteriza por una crisis prolongada para el capitalismo global, tanto estructural como política, que se ha visto agravada por la pandemia del coronavirus. La era de la globalización ha supuesto una transformación radical en curso en las modalidades de producción y apropiación de plusvalía. Existe una imparable concentración y centralización extrema del capital a escala global en los conglomerados financieros que a su vez actúan para entrelazar toda la masa del capital global. Ahora el sistema está experimentando una nueva ronda de reestructuración y transformación basada en una digitalización mucho más avanzada de toda la economía y la sociedad global. Los agentes del capitalismo global están intentando adquirir para el sistema una nueva oportunidad de reproducción a través de esta reestructuración digital y mediante la reforma que algunos entre la élite global están defendiendo frente a las presiones masivas desde abajo. Más allá de la coordinación de políticas transnacionales entre estados, el poder estructural que la clase capitalista transnacional puede ejercer desde arriba sobre aquellos socavaría la reforma a menos que haya una contramovilización masiva del poder desde abajo. Si alguna reforma reguladora o redistributiva llega a concretarse, la reestructuración puede, dependiendo de la correlación de fuerzas sociales y de clase, desencadenar una nueva ronda de expansión productiva que atenúa la crisis. Sin embargo, a largo plazo, sin una reforma

más profunda que la que se vislumbra actualmente en el horizonte, es difícil observar cómo el capitalismo global podría continuar reproduciéndose.

Palabras clave: Capitalismo Global, Crisis Global, Financiarización, Digitalización, Sobreacumulación, Clase Capitalista Transnacional, Movimientos de Protesta Global.

If the history of capitalism is one of never-ending transformation, crises often mark before-and-after turning points. The period from 2008 into the third decade of the twenty-first century has been one long protracted crisis that, far from resolved, has been aggravated by the coronavirus pandemic. This crisis is as much economic, or structural, as it is political, one of state legitimacy and capitalist hegemony (Robinson, 2014; 2020; 2022, *in press*). As many have noted, it is also existential because of the threat of ecological collapse as well as the renewed threat of nuclear war, to which we must add the danger of future pandemics that may involve much deadlier microbes than coronaviruses. Can global capitalism endure? Indeed, will humanity survive? These are, to be sure, two distinct questions. It is entirely possible that the system endures even as a majority of humanity faces desperate struggles for survival that lead many to perish in the coming years and decades.

Each major crisis in world capitalism has involved predictions that the system would collapse in on itself in the face of intractable contradictions. Yet capitalism has repeatedly proved to be more resilient and adaptable than its doomsday forecasters. As we shall explore in this essay, the system has been undergoing a new round of restructuring and transformation since the financial collapse of 2008, based on a much more advanced digitalization of the entire global economy and society. The contagion has turbo-charged these transformations. The agents of global capitalism are attempting to purchase for the system a new lease on life through this digital restructuring and through reform that some among the global elite are advocating in the face of mass pressures from below. If some regulatory or redistributive reform actually comes to pass, restructuring *may* –depending on the play of social and class forces– unleash a new round of productive expansion that attenuates the crisis. In the long run, however, it is difficult to see how global capitalism can continue to reproduce itself without a much more profound overhaul than is currently on the horizon, if not the outright overthrow of the system.

The challenge for radical political economy is to capture the motion of structural change and to identify possible trajectories and outcomes that are always contingent on politics and class struggle. And the challenge for radical intellectuals is to contribute through theory and analysis to exposing the contradictions of the prevailing system as input into the burning struggles of our day. As I attempt to take up these challenges, the usual caveats apply. Our explorations of the world are always an open-ended process of clarification and revision. The account here is necessarily

a simplification, as are all synopses of complex reality that attempt to present a «big picture». This is an exploratory essay, with some theoretical passages tentative in nature. As such, all conclusions are preliminary.

The Structural Dimension of Global Crisis

World capitalism has experienced over the past two centuries several episodes of structural crisis, or what I call restructuring crises, so-called because the resolution of such crises requires a major restructuring of the system. Here «resolution» means displacement in time and space through restructuring that paves the way for a new burst of sustained accumulation and outward expansion after a period of stagnation and malaise. Eventually the underlying contradictions of the system build up and erupt into new crises, often triggered by a precipitating event, such as the bursting of a speculative bubble or a political watershed moment.

The first Great Depression from the 1870s into the 1890s led to the great wave of late nineteenth century imperialism, the rise of powerful national corporations, and ultimately to the First World War and the Bolshevik Revolution. The Great Depression in the 1930s sparked intense worldwide class struggles and political upheavals, bringing in their wake fascism, the Second World War, and eventually the consolidation of a new model of redistributive or regulated capitalism. Known as the New Deal in the United States and elsewhere as Social Democracy, what we can call more technically Fordist-Keynesian capitalism established the basis for the post-WWII boom, the so-called golden age of capitalism. The next structural crisis that of the 1970s, characterized by «stagflation», or the combination of stagnation and inflation, was «resolved» through globalization. The system underwent a period of radical restructuring, transformation and expansion in the late twentieth and early twenty-first centuries, involving the rise of a globally integrated production, financial and service system as capital went global and reorganized its worldwide circuits. Unlike the situation in earlier structural crises, in this age of global capitalism the world economy is now inextricably integrated and functions as a single unit in real time.

Structural crises have their origin in overaccumulation. This refers to a situation in which enormous amounts of capital (profits) are built up but investors cannot find productive outlets to unload the accumulated surplus. This capital then becomes stagnant, as capitalists pull back from re-investing profits, throwing the system into crisis. Overaccumulation originates in the circuit of capitalist production, ultimately in the tendency for the rate of profit to fall.

In fact, the average rate stood at about fifteen percent in the post-WWII period, dropped by the end of the 1980s to ten percent and continued to decline, to six percent in 2017 (*The Economist*, 26 January 2019). But

overaccumulation is typically expressed as a realization problem, manifest in the market as a crisis of overproduction and underconsumption. In 2018, the richest one percent of humanity controlled more than half of the world's wealth while the bottom eighty percent had to make do with just five percent (Oxfam, 2020). Such inequalities –the natural outcome of capitalist dynamics unchecked by countervailing tendencies that may offset social polarization– end up undermining the stability of the system as the gap grows between what is (or could be) produced and what the market can absorb. Overaccumulation thus appears first as a glut in the market and then as stagnation. In fact, from 2008 to 2020 there was a steady rise in underutilized capacity and a slowdown in industrial production around the world (Cox, 2019; Toussaint, 2020). The surplus of accumulated capital with nowhere to go expanded rapidly. Transnational corporations recorded record profits during the 2010s at the same time that corporate investment declined (*The Economist*, 26 May 2016). Note that there is a double movement here: the rate of profit has fallen while the mass of profit has risen. The total cash held in reserves of the world's 2.000 biggest non-financial corporations increased from \$6,6 trillion in 2010 to \$14,2 trillion in 2020 –considerably more than the foreign exchange reserves of the world's central governments– as the global economy stagnated (*The Economist*, 16 May 2020).

While the accumulation of such profits may be good for individuals who get rich it represents a problem for the system overall, structurally speaking, as capital cannot remain idle without ceasing to be capital. In recent years accumulation has sputtered forward in ebbs and flows as the transnational capitalist class (henceforth, TCC) has searched for outlets to unload this mounting surplus. Wild financial speculation and escalating government, corporate, and consumer debt drove growth in the first two decades of the twenty-first century but these are temporary and unsustainable solutions to long-term stagnation. Consumer, corporate, and state debt reached an all-time high of \$281 trillion in 2020, more than 355 percent of the total gross world product (Maki, 2021). Such debt-driven growth is simply unsustainable in the absence of significant redistribution and other structural changes away from neoliberal policies. A major default on consumer, state, or corporate debt –or waves of defaults– would set off a further chain reaction in the downward plunge of the global economy.

The other, frenzied financial speculation in the global casino, points to more fundamental transformations in the global political economy. Financialization began in the late twentieth century with the deregulation and liberalization of financial markets worldwide, along with the introduction of computer and information technology into these markets. As national financial systems merged into an increasingly integrated global financial system, transnational finance capital emerged as the hegemonic fraction of capital on a world scale. It accrued enormous social power, in-

cluding the ability to dictate through global financial markets to states and to other circuits of accumulation (Robinson, 2014), to regulate the circuits of capital worldwide, in a reversal of the historic relationship in which finance serves as an adjunct to industrial capital. There is now a body of literature on this financialization too vast to reference here (but see *inter alia*, Marazzi, 2011; Tabb, 2012; Krippner, 2012; Durand, 2017; Prins, 2019; and for my own analysis, Robinson, 2014, chapter four). Yet the phenomenon in my view still remains poorly understood and under-theorized. In part, this is because the changes in the nature of global capitalism that financialization –if indeed that is the best way to describe it– involves are so profound and are occurring so rapidly that it is difficult to get a handle on them. The matter is complicated by the twin process of digitalization, which makes possible financialization and is bringing about a radical restructuring of the whole system, a matter to which I will return momentarily.

Financialization has made it possible to turn the global economy into a giant casino for transnational investors. As opportunities dry up to reinvest overaccumulated capital elsewhere in the global economy the TCC has turned to unloading trillions of dollars into speculation in global commodities markets, stock markets, currency markets, futures markets, leverages, every imaginable derivative and short, cryptocurrencies, «land grabs», and urban real estate, among other speculative activities in the netherworld of shadow banking. These speculative markets become outlets for global investors to «park» their overaccumulated capital. As a result, the gap between the productive economy of goods and services and fictitious capital has grown to an unfathomable chasm. Fictitious capital refers to money thrown into circulation without any base in commodities or in production. A major portion of the income generated by financial speculation is fictitious, meaning (here in simplified form) that it exists on paper or in cyberspace but does not correspond to real wealth in the world, that is, goods and services that people need and want, such as food, clothing, houses, and so on. The accumulation of fictitious capital through speculation may offset the crisis temporally into the future or spatially to new digital geographies and new population groups but in the long run only exacerbates the underlying problem of overaccumulation. In 2018, for example, the gross world product or the total value of goods and services produced in the world, stood at some \$75 trillion whereas the global derivatives market –a marker of speculative activity– was estimated at a mind-boggling \$1,2 quadrillion (Maverick, 2018)¹.

¹ Durand reviews the growth of fictitious capital in the form of credit to the non-financial private sector, public debt, and the stock market. He observes: «The different basic forms of fictitious capital combined to ensure that, overall, this category expanded across the whole period in question, including after the 2008 crisis. In other words, over the last three decades, the quantity of value validated in anticipation of future valorization proce-

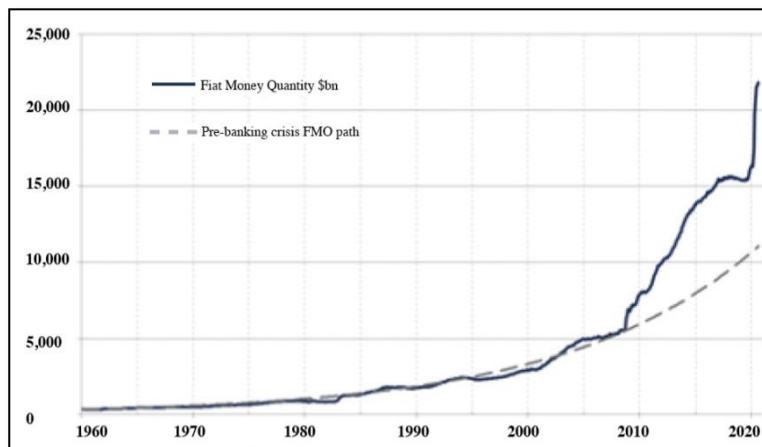
In the wake of the 2008 financial collapse, the U.S. and other Western governments turned to policies known as «quantitative easing», which essentially means that government treasuries print money and inject it into the banking system as cheap credit, even involving negative interest rates. Quantitative easing ends up creating mountains of what is known as fiat money, or government-issued currency that is not backed by a commodity, aggravating the gap between fictitious capital and the productive economy. Apart from the prospects of collapse itself, the out-of-control printing of money may in the long run trigger uncontrolled inflation that would further destabilize the global economy. This accumulation of fictitious capital gave the appearance of recovery in the years following the Great Recession. But it only offset the crisis temporally into the future while in the long run it exacerbated the underlying problem. Through its quantitative easing program, the U.S. Federal Reserve undertook a whopping \$16 trillion in secret bailouts to banks and corporations from around the world (GAO, 2011) following the 2008 collapse. But this only tells part of the story. According to one IMF report (2009), the total amount that states and central banks in the «advanced economies» committed to supporting the financial sector amounted to 50,4 percent of the entire world GDP. This figure alone should make clear the profound transformations in global finance to such an extent that the crisis that began in 2008 is distinct from all earlier ones and places global capitalism in unchartered territory.

The banks and institutional investors that received much of this support simply recycled the trillions of dollars into new speculative activities, contrary to Keynesian expectations that it would stimulate productive recovery. As opportunities have dried up for speculative investment in one sector the TCC simply turned to another sector to unload its surplus. Then, as the global economy fell into free fall in 2020 many governments turned to massive bailouts for capital. The U.S. and EU governments provided an astonishing \$8 trillion handout to private corporations in the first two months of the pandemic alone, an amount roughly equivalent to their profits over the preceding two years (*The Economist*, April 2020). Most governments around the world approved packages that involved the same combination of fiscal stimulus, corporate bailout, and modest public relief, if at all it was provided (IMF, 2021). Recycled into further speculative activity, the injection of state funding into the global financial system during the pandemic expanded even further the gap between the productive economy and fictitious capital as bubbles kept the capitalist economy afloat. The figure below shows the growth in fiat money measured within

sses has constantly increased relative to the quantity of wealth actually produced» (Durand, 2017:65).

the United States, indicating the sharp spike from 2008 and on, and then an almost vertical spike with the onset of the pandemic.

FIGURE 1: *Fiat Money Quantity, \$bn (1960-2020)*



Source: St Louis Fed database (FRED), Goldmoney.

The Global Production, Circulation, and Appropriation of Value

The era of globalization has involved an ongoing radical transformation in the modalities of producing and appropriating surplus value, a transformation hastened first by the 2008 crisis and now again by the pandemic. The globally integrated financial system that emerged in the early twenty-first century has made it possible for values to cross borders seamlessly as they move swiftly and often instantaneously through the new global financial circuits. Money capital may be able to open or close gates for the generation of wealth within the logic of capitalist accumulation (of exchange value) but it does not in itself do anything except to have real values stick to itself. Fictitious capital cannot produce surplus value but it can redistribute it. The triple processes of globalization, financialization and digitalization are modifying how this value is created, distributed, and appropriated around the world. This is to say that the contradiction between value-production and value-realization is taking on new forms that require study.

Faulkner and Hearse (2021) suggest we need to rethink the relationship between the theory of value and the laws of motion of capital lest we conflate two different registers of activity and levels of abstraction. «The labor theory of value (which is correct; all value is created by labor) has to be separated from the laws of motion of capital accumulation», they argue, «i.e. the laws that govern circuits of capital, and the way in which those circuits determine wages, prices, and profits, and thus the distribution of value between and within social classes». I am not so sure, however, that they are two difference registers as much as two different moments in the

circuit of global capital insofar as capital as a relation is *value in motion*, that is undergoing radical change in the face of globalization, financialization, and digitalization. I do concur that we need a theory of the distribution of value as it pertains to the current epoch of globalized capitalism and transnational finance capital.

The rise of a deregulated, globally integrated and digitalized financial system allows capital to transform any current or future stream of earnings (dividends, interest, mortgages, credit card payments, state and private bond maturities, commodity deliveries, and so forth) into an easily tradable capital asset. And then, in turn, it achieves the ability to speculate further through trade taking place at a second degree of separation from the original productive origin of the stream of earnings and from the financial instrument being traded (Robinson, 2014). Theoretically, there can be an endless degree of separation of this speculation from the original productive generation of value, so that fictitious capital becomes ever more divorced from the «real» (or productive) economy. That is, frenzied trading in money that never leaves cyberspace involves ever –greater degrees of separation from any underlying tangible values– assets or wealth produced by human beings. The initial creditor, say for a mortgage loan, sells it onward to high risk derivatives traders so that the banks and investment management funds are free to seek speculative profit with no concern for the actual material assets and the people tied to them (e.g., a house), that is, for the gains and losses of derivative purchases. Indeed, they place bets on those gains and losses!

Historically a portion of the surplus value that originates in production (in the capitalist labor process) is redistributed through circulation. The first appropriation of surplus value is by capitalists that purchase labor power and organize the labor process, and this may take place in each phase in the production of a commodity. The second is by other capitals that appropriate portions of the original value in circulation as it becomes realized. But in recent decades the gulf has rapidly widened between the original production of surplus value at the points of production and its appropriation elsewhere in the global economy by circuits of financial capital that appear far removed from that production (Robinson, 2014). For Faulkner and Hearse (2021), critical to understanding financialized capitalism and the permanent debt economy is: «a) the scale of surplus appropriation that now occurs not in production, but in circulation; b) the extent to which the locus of exploitation has shifted from the proletarian as worker to the proletarian as consumer/debtor». Indeed, household indebtedness itself involves not just an escalation of secondary exploitation, that is, appropriation of values that is independent of the extraction of surplus value in the production process. It also signifies a substantial increase in financial domination over the social reproduction of the working and popular classes, and an increase in value appropriation that bypasses

value production (the production of new surplus value), and therefore ends up aggravating the overaccumulation problem.

Twentieth century research from the perspective of world-systems and dependency theory showed how surplus produced in peripheral regions of the world economy were transferred through unequal exchange, multinational corporate transfer pricing, and other mechanisms made possible by unequal specialization in an international division of labor (see *inter alia*, Wallerstein, 1983). As globalization proceeded towards the end of the century, scholars operating in this framework developed the concept of international value chains, what they referred to as global commodity chains (Gereffi and Korzeniewicz, 1993). This approach focused on how value is added to commodities in distinct phases in their production scattered across many countries. Higher value-added phases accrue more income and benefit particular geographic locations, generally conceived as particular nation states.

Applying this approach, Clelland (2013) argued that behind the «bright value» of «visible monetized flows» of wages, rent and profit, lay what he called «dark value», involving the capture of value by participants controlling one node in a commodity chain from participants in other nodes as well as unpaid labor inputs from households and communities (unpaid social reproductive labor). Capitalists who capture dark value can use it to roll back prices in order to attract a greater volume of consumers than their competitors, to reinvest in expanded accumulation, or to achieve a greater degree of monopoly within commodity chains. The capitalists who achieve greater monopoly control are able to capture a portion of the surplus generated by others in a lower position within the hierarchy of the commodity chain by mark-ups and mark-downs in the prices at each node in the chain, in particular, the margin between the cost of production and the market price of inputs throughout the chain (this would be the mechanism of transfer pricing, but now not within a single corporation but between a subcontracted and a core firm). Focusing on the Apple iPad commodity chain, Clelland showed that Apple collected the lion's share of the difference between the factor price and the market (sales price) of an iPad as a result of its control over the supply chain and its monopoly position in the chain. In order to remain competitive, suppliers in the chain are forced to extract dark value from low-paid labor power, low-cost natural resources, and externalization of costs to ecosystems and households.

The commodity chains research was a good starting point to understand the radical changes underway in the relationship between the production and the appropriation of values in the global economy. But it is limited on several counts. By attributing the capture of value by nodes higher up in the chain to exploitation by core of peripheral countries it obscures the underlying transnational social and class relations that drive the production and appropriation of values. As the research into the

transnationalization of capital has shown (see *inter alia*, Robinson, 2014; Robinson and Sprague, 2018; Phillips, 2018), global corporate conglomerates cannot be identified with particular countries and the value extracted through unequal exchanges in commodity chains cannot be seen as appropriated by a country. Phillips has documented that in 2018, just 17 global financial conglomerates collectively managed \$41,1 trillion dollars, more than half the GDP of the entire planet, and that these conglomerates are so transnationally entangled among themselves that separating them out into national boxes or into clearly delineated companies is simply impossible. In his words, they constituted «a self-invested network of interlocking capital that spans the globe» (Phillips, 2018:35).

We are witness to an extreme concentration and centralization of capital on a global scale in the financial conglomerates that in turn act to interlock the entire mass of global capital. It becomes clear that the notion of «national corporations» is too amorphous to be meaningful and that individual companies such as Apple are organizational units within a larger mass of entangled global capital. Value does not become pinned down in particular national boxes as it flows through the «open veins» of the globally integrated financial system. In failing to analyze the structure of global capital, extant approaches take an incorporated company, such as Apple, as the fixed unit of capital and thus conceal underlying relations of ownership and control that determine value appropriation. More to the point here, the global commodity chains and related approaches appear to focus wholly on industrial and commercial processes. They show how value is appropriated throughout a *production* chain but do not analyze financial capital that appropriates from productive and commercial capital. Absent an analysis of finance, these extant approaches are of little help in identifying the increasing hegemony of transnational finance capital in driving global accumulation and value appropriation. It no longer clear that the value appropriated by capital corresponds to distinct phases of production and circulation of commodities, much less any necessary correspondence between the processes of appropriation and distinct national geographies. Let us recall that fictitious capital is fictitious valorization until or unless it is realized not on paper or in cyberspace but in the real material world.

If the top TNCs such as Apple perform a «system-integrator» function (Cox, 2013), they in turn are enmeshed in and subordinate to the web of transnational finance capital. Moreover, researchers have long noted that industrial corporations have experienced financialization as they move into global financial markets and their financial operations shape decisions with regard to production, so that industrial corporations such as Apple have themselves become financial groups. Perched at the apex of the hierarchy in the iPad chain, Apple appropriates value from capitals supplying inputs and assembly in the supply chain, as Clelland documented. But who owns Apple? The billionaires and multimillionaires who

are the face of Apple capitalists owned in 2021 but a few percentage points of the company. The three top individual shareholders, Arthur Levinson, Tim Cook, and Jeff Williams, together held barely more than one percent. In contrast, the three top institutional investors, Vanguard Group, BlackRock and Berkshire Hathaway, owned more than 20 percent of the company (Reiff, May 2021). In 2021 BlackRock was the largest asset management firm in the world, managing \$9 trillion and providing management advising for investors holding many trillions of dollars more (Reiff, February 2021).

As Phillips (2018) shows, BlackRock is cross-invested with financial conglomerates from around the world that themselves bring together thousands of individual, group, and institutional investors and trillions of dollars, and at the same time it is deeply invested in the leading global industrial and service firms. China Investment Corporation holds 2.1 percent of Blackrock shares, the Kuwait Investment Authority holds 5.24 percent, Temasek Holdings Limited from China holds 3.9 percent, among other investors in BlackRock². But this tells a very limited story of the transnational rather than U.S. nature of the trail of Apple profits beyond Apple itself – indeed; such a methodology of analysis that tries to determine the nationality of distinct portions of ownership of the mass of transnational capital misses the mark entirely. For instance, Wellington Management owns 3.1 percent of BlackRock shares. While it is based in Boston it has investors from institutions in over 60 countries³. BlackRock derives nearly 80 percent of its revenues from investment advisory and administrative fees and securities lending (Reiff, February 2021) as well as from dividends from the firms in which it is invested, so that the company is itself appropriating value that in the first instance was appropriated by Apple from subcontracted industrial capitalists and then had been previously reappropriated by transnational finance capital. In other words, if Apple appropriates the lion's share of value in the iPad commodity chain, that value is in turn appropriated by transnational finance capital in what are numerous points of appropriation and reappropriation through the global financial system.

Hence, value does not park itself in Apple as a corporation. It moves on to global investors managed by the outsized asset management conglomerates such as BlackRock, State Street and Vanguard, that in the wake of the 2008 financial collapse have become lodged at the very core of global capitalism, as Maher and Aquanno (2021) among others have discussed. Institutional investors came to own in the wake of 2008 as much as 70

² This data is from Market Screener, accessed here on 10 June 2021: <https://www.market screener.com/quote/stock/BLACKROCK-INC-11862/company>

³ See, e.g., the Wellington page at Wikipedia: https://en.wikipedia.org/wiki/Wellington_Management_Company

percent of the S&P 500, and among these, Vanguard, BlackRock or State Street became the largest shareholder in 438 of the 500 (Maher and Aquanno, 2021). The enormous concentration of power and control in these global financial management conglomerates is crucial to exponential expansion of fictitious capital. Krippner (2012) and Durand (2017), among others, have demonstrated the increasing portion of total profits going to finance in recent decades and especially since 2008, along with the increasing reliance of non-financial firms on income from their financial operations. «The power obtained through fictitious capital is translated into concrete power in the manipulation and appropriation of the real economy by financial leveraging», observes Hermeto. «This leverage occurs in a two-step process. First, it detaches itself from the real economy and inflates itself. Second, with its expansion in assets, it comes back to the real economy and takes over of most profitable sectors [SIC]. The fictitious capital has an immanent parasitic character; it needs a host to survive» (Hermeto, 2021:4).

In sum, financial markets concentrate wealth by appropriating value from other circuits that have, in turn, appropriated it from labor. Global speculators are able to appropriate values through new circuits that are in many respects irrespective of space and irrespective of «real» value or material production (Robinson, 2014). In the competition over shares of the total global surplus value it is transnational finance capital that has come to dominate. But to the extent that fictitious capital breaks away from its historic mooring in the «real» economy, more and more of this competition is over fictitious capital! – in particular, rising asset valuations in the stock market, land and real estate markets, and derivatives, that is, fictitious value. While much of this discussion is exploratory and must be pursued elsewhere, the key point with regard to the crisis is that the massive appropriations of value through the global financial system can only be sustained through the continued expansion of fictitious capital resulting in a further aggravation of the underlying conditions of the crisis.

Fictitious capital, as Duran (2017:55) notes, is «an incarnation of that capital which tends to free itself from the process of valorization through production». Historically this does not necessarily present itself as an insurmountable problem. Finance capital as *credit* historically plays a key role in the real economy of the production of goods and services, that is, of fundamental or material value, or to put it another way, in capital valorization through the production process. The autonomy of financial accumulation from fundamental value may expand or contract during long periods of growth, stagnation and crisis. But at this time the historic relationship between the relatively autonomous dynamic of financial accumulation and its underlying real value would appear to swing so heavily towards the former that it almost appears to break away: so gaping is the chasm between fictitious capital and the real economy that financial val-

orization *appears* as independent of real valorization. This independence, of course, is an illusion. If the system came crashing down the crisis would dwarf all earlier ones, with the lives of billions of people hanging in the balance. The unprecedented injection of fiat money into the financial system may result in a new kind of stagflation, in which runaway inflation is induced by such astronomical levels of liquidity even as acute inequality and low rates of profit prolong stagnation. A more optimistic possibility is that these injections may postpone the crash until such time as the real economy can «catch up» and close the chasm⁴. But this is a high-risk bet.

While the discussion here remains tentative, two things should be clear. First, the runaway expansion of fictitious capital made possible by financialization is all the more aggravated by the ability of transnational finance capital to appropriate value in new ways and autonomously from the real economy of goods and services. And second, this expansion, as Durand (2017:1) notes, implies «a growing preemption of future production», therefore aggravating the structural crisis of overaccumulation. Durand is correct to assert that the eruption of finance is nothing other than «capitalism running out of breadth» (*Ibid*). But could it be that capitalism manages to catch its breath again through digitally-driven productive expansion as digitalization results in a dramatic transformation of the real economy? Will the digital revolution now underway usher in new opportunities for accumulation and growth in the production of goods and services that becomes strong enough to support the hypertrophied financial system, that is, to restore some correspondence between finance and the material production of goods and services?

The Second Informational Age

Structural crises such as those of the 1930s and the 1970s typically involve the transformation of patterns of capital accumulation and new rounds of expansion, often incorporating new cutting-edge technologies, such as synthetic materials, consumer durables, automotive and petrochemicals, and military-industrial technologies that drove the post-WWII boom. Early in the twentieth century, the Soviet economist Nikolai Kondratieff noted how the world economy, driven by new cutting-edge technologies, experiences cycles of some 40-50 years (called Kondratieff waves). In these cycles, rounds of expansion eventually becomes exhausted and are followed by downturns and crises, resulting in a reorganization of the system and new technologies that help launch a new cycle. Carlota Perez

⁴ There are historical precedents for such a closure. Fernand Braudel noted that the expansion of financial capitalism in Europe from 1830 to 1860 eventually led to the acceleration of industrial production. Rudolph Hilferding made a similar argument in his analysis of how finance capital triggered German industrial expansion in the late nineteenth and early twentieth centuries. As discussed by Durand (2017:4-5).

(2003) has more recently made a similar argument, following Schumpeter's focus on business cycles and innovations. New technologies will take time to generate productive expansion, in her view, because returns remain high on industries employing already established technologies and they continue to absorb available finance. Once the established technologies become exhausted opportunities for profitable investment in them dry up and financialization ensues. But then new technologies are introduced and eventually attract financial investment as a new «techno-economic paradigm» takes hold that ushers in a period of productive expansion. Perez does allow that the political and cultural patterns propitious to the new paradigm must become institutionalized in order for a period of expansion to get underway. Nonetheless, these and related approaches fall back too heavily on technological determination; they omit the causal centrality of social and class forces in struggle.

Global Capitalism appears now on the brink of another wave of restructuring and transformation based on a much deeper digitalization of the entire global economy and society. At the core of this new wave of technological development is more advanced information technology or so-called fourth industrial revolution technologies⁵. Led by artificial intelligence (AI) and the collection, processing and analysis of immense amount of data («big data»), the emerging technologies include machine learning, automation and robotics, nano and biotechnology, the Internet of Things (IoT), quantum and cloud computing, 3D printing, virtual reality, new forms of energy storage, and autonomous land, air, and sea vehicles, among others. Computer and information technology (CIT) first introduced in the 1980s provided the original basis for globalization. It allowed the TCC to coordinate and synchronize global production sequences and therefore to put into place a globally integrated production and financial system into which every country has become incorporated. Just as the original introduction of CIT and the internet in the late twentieth century profoundly transformed world capitalism, this second generation of digital-based technologies is leading to a new round of worldwide restructuring that promises to have another transformative impact of the structures of the global economy, society, and polity.

It is hard to underestimate just how rapid and extensive is the current digital restructuring. According to UNCTAD data, the «sharing economy» will surge from \$14 billion in 2014 to \$335 billion by 2025. Worldwide shipments of 3D printers more than doubled in 2016, to over 450.000,

⁵ There is a rapidly growing body of literature on these new technologies and the restructuring it is bringing about. See *inter alia*: Brynjolfsson and McAfee (2014); Ford (2015); Schwab (2016); Srnicek (2016); *Foreign Affairs* (undated); UNCTAD (2019); Zuboff (2019). See Robinson (2020a; 2022 in press) for my own extended discussion on digitalization and global capitalist restructuring, on which the discussion here draws heavily.

and were expected to reach 6,7 million by the end of 2020. The global value of e-commerce is estimated to have reached \$29 trillion in 2017, which is equivalent to 36 percent of global GDP. In that year, 277 million people made cross-border purchases through e-commerce. Digitally deliverable service exports amounted in 2019 to \$2,9 trillion, or fifty percent of global services exports. By 2019 global internet traffic was 66 times the volume of the entire global Internet traffic in 2005, whereas Global Internet Protocol (IP) traffic, a proxy for data flows, grew from about 100 gigabytes (GB) *per day* in 1992 to more than 45.000 GB *per second* in 2017. And yet the world is only in the early days of the data-driven economy; by 2022 global IP traffic is projected to reach 150.700 GB per second, fueled by more and more people coming online for the first time and by the expansion of the IoT. Digitalization since its inception exhibits a network effect insofar as the gamut of human activities and social relations become plugged into the same ultimate language of streams of bits – that is, into ones and zeros. We are approaching a situation, or may well have arrived at it, in which every person on the planet is connected –for the most part directly although everyone indirectly– through a single common digital network. Already by 2015 more than thirty percent of the global population was using social media platforms. By 2019 there were 5,2 billion smartphones in operation worldwide and more than half the planet was online (Schwab and Malleret, 2020:27, 165).

If the first generation of capitalist globalization from the 1980s on involved the creation of a globally integrated production and financial system, the new wave of digitalization and the rise of platforms have facilitated since 2008 a very rapid transnationalization of digital-based services. By 2017 services accounted for some seventy percent of the total gross world product (Marois, 2017) and included communications, informatics, digital and platform technology, e-commerce, financial services, professional and technical work, and a host of other non-tangible products such as film and music. This shift worldwide to a service-based economy based on the widespread introduction of fourth industrial technologies brings about a sea change in the structure of capitalist production towards the centrality of knowledge to the production of goods and services. This has involved the increasing dominance of intangible capital (literally, capital that is not physical in nature), what has alternatively been called «intellectual capital», «intellectual property», and «immaterial production», along with the associated concept of immaterial labor, cognitive labor, and knowledge workers, in reference to workers involved in immaterial production. Information is at the course of culture and culture is what sets our species apart from all others. Now as information moves to a qualitatively new plane in our material existence, we want to recall that information as social power is never independent of relations of production and the power dynamics embedded therein.

The Covid-19 pandemic has boosted the efforts of the giant tech companies and their political agents to convert more and more areas of the economy into these new digital realms (Robinson, 2020a; 2022, in press). At the center of global restructuring are the giant tech companies, among them Microsoft, Apple, Amazon, Tencent, Alibaba and Facebook⁶. These companies experienced astonishing growth in the 2010s. Added now to the earlier tech behemoths are Zoom, Netflix, and other companies boosted by the pandemic as well as tech firms such as Taiwan Semiconductor Manufacturing (TSM) whose expansion and market capitalization was ballooning even before the contagion. Zoom daily users jumped by 3,000 percent in the first four months of the pandemic. Moreover, there are now hundreds of up-and-coming tech firms from around the world that prospered during the pandemic and can be expected to expand rapidly as restructuring proceeds. Apple and Microsoft registered an astounding market capitalization of \$1,4 trillion each in early 2020, on the eve of the pandemic. By the end of that year this figure had jumped to \$2,08 trillion and \$1,63 trillion, respectively. Amazon's capitalization stood at \$1,04 trillion going into the pandemic and had climbed to \$1,58 trillion by the end of 2020. Alphabet (Google's parent company) registered a \$1,2 trillion capitalization, Samsung \$983 billion, Facebook \$779 trillion, and Alibaba and Tencent some \$700 billion each. To give an idea of just how rapidly these tech behemoths have grown, Google's market capitalization went from under \$200 billion in 2008 to over one \$1 trillion in 2020, or a 500 percent increase over the decade. Meanwhile, in just two years, from 2015 to 2017, the combined value of the platform companies with a market capitalization of more than \$100 million jumped by sixty-seven percent, to more than \$7 trillion.

A handful of the largest tech firms have absorbed enormous amounts of cash from transnational investors from around the world who, desperate for new investment opportunities, have poured billions of dollars into the tech and platform giants as an outlet for their surplus accumulated capital in search of profits. Annual investment in CIT jumped from \$17 billion in 1970, to \$65 billion in 1980, then to \$175 billion in 1990, \$496 billion in 2000, and \$654 billion in 2016, and then topped \$800 billion in 2019 (Federal Reserve Bank, 2020). As capitalists invest these billions, the global banking and investment houses become interwoven with tech capital, as do businesses across the globe that are moving to cloud computing and artificial intelligence. It is clear that the astronomical amounts involved in the market capitalization of the tech firms are largely a result of stock speculation. There appears to be an enormous gap difficult if not impossible to measure between the value of these companies' material as-

⁶ For the multiple sources for the data in this paragraph, see Robinson, 2020a; 2022, in press.

sets and their market capitalization, reflecting the same chasm between the real economy and fictitious capital discussed in the previous section. This is to say that the relationship between finance and production in the tech sector is the same as it is in the global economy at large.

But could this be a temporary relationship as investment in tech generates a productive reactivation and expansion? Productive recovery would require under the logic of capitalism that the rate of profit rises. This would come about, *ceteris paribus*, from a rise in productivity through digitalization without a corresponding rise in the overall wage rate, or at least that profits rise more quickly than wages. Data shows that from the 1980s and on, those corporations that transitioned to CIT were dramatically more productive than their competitors, managing to resolve the so-called «productivity paradox» (Brynjolfsson, Erik and Andrew McAfee, 2014:100-101), whereby the growth in productivity notably slowed starting in 1973, the date of the onset of a structural crisis and subsequent globalization⁷. One McKinsey report estimated in 2016 that global growth rates for the next 50 years would slow to almost half of the rate it enjoyed in the previous 50 years, from 3,8 to 2,1 percent. It pinned hopes on digital technologies as the major source of future growth (Kauffman *et al.*, 2016).

Digitalization is a «general purpose technology», meaning that, like electricity, it spreads throughout all branches of the economy and society and becomes built into everything. Those who control the development and application of digital technologies acquire newfound social power and political influence. In this process there emerge new configurations and blocs of capital (Robinson, 2020a). The rise of the digital economy involves a fusion of Silicon Valley with transnational finance capital –U.S. bank investment in tech, for instance, increased by 180 percent from 2017 to 2019 (CBinsights, 2019)– and the military-industrial-security complex, giving rise to a new triangulated bloc of capital that appears to be at the very core of the emerging post-pandemic paradigm. As this process deepens, those TCC groups that control general digitalization develop new modalities for organizing the extraction of relative surplus value and increasing productivity at an exponential rate. Hence the new technologies disrupt existing value chains and generate a reorganization among sectors of capital and fractions of the capitalist class. They allow the tech giants and digitalized finance capital to appropriate ever-greater shares of the value generated by global circuits of accumulation. If the real economy is to «catch up», as discussed above, it will be in the relationship of the tech

⁷ The average growth of output per worker in the United States was 2,3 percent a year between 1891 and 1972. It was just 1,4 percent a year between 1972 and 1996, and 1,3 percent between 2004 and 2012, although it recovered historical levels between 1996 and 2004, corresponding roughly to the period in which computerized became generalized in industry and services. See Marin, (undated:117-118).

sector to transnational finance capital. Is it possible that the massive entrance of financial capital into this sector will generate value production, and that rising profits in digitally-driven production will drive the «catch up»? There is no sign that this is occurring currently, but what may tip the scale could be state reform driven by mass protest, as I will discuss momentarily.

The apologists of global capitalism claim that the digital economy will bring high-skilled, high-paid jobs and resolve problems of social polarization and stagnation. It is true that the first wave of digitalization in the late 20th century resulted in a bifurcation of work, generating high-paid, high-skilled jobs on one side of the pole, giving rise to new armies of tech and finance workers, engineers, software programmers, and so on. On the other side of the pole, digitalization produced a much more numerous mass of deskilled, low-wage workers and an expansion of the ranks of surplus labor (Robinson, 2020b). But the new wave of digitalization threatens now to make redundant much so-called «knowledge work» and to de-skill and downgrade a significant portion of those knowledge-based jobs that remain. Increasingly, cognitive labor and gig workers face low wages, dull repetitive tasks, and precariousness. As «big data» captures data on knowledge-based occupations at the workplace and in the market and then converts it into algorithms, this labor itself is threatened with replacement by artificial intelligence, autonomous vehicles and the other fourth industrial revolution technologies. Indeed, even before the pandemic hit, automation was spreading from industry and finance to all branches of services, even to fast food and agriculture. It is expected to eventually replace much professional work such as lawyers, financial analysts, doctors, journalists, accountants, insurance underwriters and librarians (Robinson, 2022, in press).

Crises, let us recall, provide transnational capital with the opportunity to restore profit levels by forcing greater productivity out of fewer workers. This process described by the ever-prescient Marx is driven forward by the new wave of digitalization, accelerated now in hot-house fashion by the economic and social conditions thrown up by the pandemic. Since the 1980s almost all employment lost in the United States in routine occupations due to automation, for instance, occurred during recessions (for discussion, see Robinson, 2022, in press). The first wave of CIT in the latter decades of the twentieth century triggered explosive growth in productivity and productive capacities, while the new digital technologies promise to multiply such capacities many times over. Specifically, digitalization vastly increases the organic composition of capital, meaning that the portion of fixed capital in the form of machinery and technology tends to increase relative to variable capital in the form of labor. In laymen's terms, digitalization greatly accelerates the process whereby machinery and technology replace human labor, thus expanding the ranks of those who are made surplus and marginalized.

It is certainly possible that restructuring will unleash a new wave of expansion. But any such expansion will run up against the problems that an increase in the organic composition of capital presents for the system, namely the tendency for the rate of profit to fall, a contraction of aggregate demand, and the amassing of profits that cannot be profitably reinvested. In the larger picture, the heightened structural power achieved by the TCC through globalization and financialization has enabled it to undermine redistributive policies and to impose a new labor regime on the global working class based on flexibilization and precariatization, or proletarianization under conditions of permanent insecurity and precariousness. The International Labor Organization reported in 2019 that a majority of the 3.5 billion workers in the world either eked out a living (or attempted to) in the informal economy –that is, swelled the ranks of surplus labor—or worked in precarious arrangements, including informal, flexible, part-time, contract, migrant, and itinerant work arrangements. Over the past four decades globalization has brought a vast new round of global enclosures as hundreds of millions have been uprooted from the Third World countryside and turned into internal and transnational migrants. Some of the uprooted millions are super-exploited through incorporation into the global factories, farms, and offices as precarious labor, while others are marginalized and converted into surplus humanity, relegated to a «planet of slums». Surplus humanity is of no *direct* use to capital. However, in the larger picture, surplus labor is crucial to global capitalism insofar as it places downward pressure on wages everywhere and disciplines those who remain active in the labor market.

While the wave of technological innovation now underway may hold great promise for the long run, under global capitalism, the social and political implications of new technologies –developed within the logic of capital and its implacable drive to accumulate– point to great peril. In particular, these new technologies, *ceteris paribus*, will aggravate the forces driving overaccumulation and the expansion of the ranks of surplus humanity. They will enable the TCC and its agents to create nightmarish new systems of social control, hegemony, and repression, systems that can be used to constrain and contain rebellion of the global working class, oppositional movements, and the excluded masses. Criminalization, often racialized, and militarized control become mechanisms of preemptive containment, converging with the drive toward militarized accumulation with the potential to create a global police state. Already, we may be seeing the breakdown of consensual domination and a rise of coercive systems of social control as strategies for surplus population management.

Absent redistributive and regulatory reforms or state intervention to generate public or alternative forms of employment, this process only aggravates the structural crisis of overaccumulation. The question then becomes one of class struggle and political contestation. Can mass struggle

by the popular and working classes force on the system a measure of redistribution, re-regulation, and social welfare investment that may offset the crisis into the future and give global capitalism a new lease on life?

Conclusion: Contested Futures

Thus far we have discussed the structural dimension of a global crisis. But the crisis is as much political as it is economic. Capitalist states face spiraling crises of legitimacy after decades of hardship and social decay wrought by neoliberalism, aggravated by these states' inability to manage the Covid-19 health emergency and the economic collapse. Elites historically attempted to resolve the contradictions of capitalism through national state policy instruments. However, transnational capital has broken free in recent decades from the constraints imposed by the nation-state. The TCC and its political agents in states lack functional political structures to resolve the crisis, stabilize a global power bloc, and reconstruct capitalist hegemony, given the disjuncture between a globalizing economy and a nation-state-based system of political authority. Global elites have attempted to acquire supranational political authority through transnational state (TNS) apparatuses (see *inter alia*, Robinson, 2004, 2008, and especially 2014, chapter two). But the fragmentary and highly emergent nature of TNS apparatuses makes the effort problematic given both the dispersal of formal political authority across many national states and the loose nature of TNS apparatuses with no center, formal constitution, or enforcement capacity.

The more «enlightened» elite representatives of the TCC have been clamoring for transnational mechanisms of «governance» through a more powerful TNS (Robinson, 2017) that would allow the global ruling class to reign in the anarchy of the system in the interests of saving global capitalism from itself and from radical challenges from below. But this effort runs up against the contradiction between the accumulation function and the legitimacy function of national states. That is, the national state faces a contradiction between the need to promote transnational capital accumulation in its territory and its need to achieve political legitimacy and stabilize the domestic social order. Attracting transnational corporate and financial investment to the national territory requires providing capital with all the incentives associated with neo-liberalism, such as downward pressure on wages, deregulation, tax concessions, privatization, investment subsidies, fiscal austerity and on so. The result is rising inequality, impoverishment, and insecurity for working and popular classes, precisely the conditions that throw states into crises of legitimacy, destabilize national political systems, and jeopardize elite control.

Capitalist hegemony is breaking down. A 2020 survey (John, 2020) found that a majority of people around the world (56 percent) believe

capitalism is doing more harm than good. Lack of trust in capitalism was highest in Thailand and India (seventy-five percent and seventy-four percent, respectively), with France close behind (69 percent). Majorities rejected capitalism in many Asian, European, Gulf, African, and Latin American countries. In fact, only in Australia, Canada, the United States, South Korea, Hong Kong and Japan did majorities disagree with the assertion that capitalism currently does more harm than good. A «global spring» is breaking out all around the world⁸. From 2017 to 2019, more than 100 major anti-government protests swept the world, in rich and poor countries alike, toppling some 30 governments or leaders and sparking an escalation of state violence against protesters (Carnegie Endowment for International Peace, 2020). However, this two-year period was but a peak moment in popular insurgencies that spread in the wake of the 2008 Great Recession; a veritable tsunami of mass rebellion not seen since at least 1968.

The uprising has a truly global character (Robinson, 2022, in press). From Chile to Lebanon, Iraq to India, France to the United States, Haiti to Nigeria, and South Africa to Colombia, mass struggles appeared in many instances to be acquiring a radical anti-capitalist character. These protests involved workers and often migrant workers, farmers, indigenous communities, women and feminists, students, prisoners and activists against mass incarceration, democracy and anti-corruption activists, anti-racists, those struggling for autonomy or independence, anti-austerity campaigners, and environmental advocates, among others⁹. In all of their diversity, these mass struggles have a common underlying denominator: an aggressive global capitalism in crisis than is pushing to expand on the backs of masses who can tolerate no more hardship and deprivation. It would seem that the contradictions of this crisis-ridden system have reached the breaking point, placing the world in a perilous situation that borders on global civil war.

The ruling groups cannot but be alarmed over mass popular discontent. They must figure out how to keep accumulating capital in the face of stagnation and at the same time maintain control by keeping a lid on rebellion. As protest spreads around the world they have turned to expanding a global police state (Robinson, 2020b). Savage inequalities are politically explosive and to the extent that the system is simply unable to reverse them or to incorporate surplus humanity it turns to ever more violent forms of containment to manage immiserated populations (*Ibid*; TNI, 2021). As popular discontent has spread in recent years, the dominant

⁸ I do not normally cite *Wikipedia* but one entry has perhaps the most comprehensive list of major protests in the twenty-first century with links to original or other sources: https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_protests_in_the_21st_century

⁹ For a survey and discussion of the global revolt and the challenges that it faces, see Robinson, 2022, in press.

groups have ramped up transnational systems of social control, repression and warfare –from mass incarceration to deadly new modalities of policing and omnipresent systems of state and private surveillance– to contain the actual and the potential rebellion of the global working and popular classes and surplus humanity. Moreover, as repression becomes more systematic and generalized, the system becomes more dependent on militarized accumulation, that is, on a global war economy that relies on perpetual state-organized war-making, social control, and repression, driven now by new digital technologies, in order to open up and sustain opportunities for profit making.

But there are mounting fissures within the ruling groups over how to manage the crisis and stabilize global capitalism. Infighting within their ranks is escalating as the global capitalist historic bloc constructed in the heyday of neoliberalism from the 1990s until 2008 unravels and as the post-WWII international system collapses. In recent years reformist elements among the transnational elite have expressed alarm that worsening inequalities fan mass revolt. They have scrambled to find ways to reform the system (Robinson, 2018; 2020). In his worldwide bestseller, *Capital in the Twenty-First Century*, french economist Thomas Piketty (2017) argued for a global tax on capital and redistribution through progressive tax reform. The book gained traction globally precisely because its prescriptions converge with the reformist agenda of a rising number of transnational elites and intelligentsia. Like Piketty, they have been calling for mildly redistributive measures, such as increased taxes on corporations and the rich, a more progressive income tax, the reintroduction of social welfare programs, greater state regulation of the market, public investment, and a «green capitalism».

Reformers appear now to pin their hopes on the possibility that the global economy can be revived through large-scale investment in infrastructure and in a «green capitalism» that brings together environmental and other fourth industrial revolution technologies with regulation of global markets and redistribution through tax policies. Following China's lead in massive infrastructural investment, U.S. President Joe Biden proposed a multi-trillion-dollar infrastructure bill at the start of his administration in 2021. The bill would involve a massive giveaway to transnational corporations contracted to reconstruct the country's infrastructure and would leave intact the prevailing class power relations. But unlike the giveaways to the banks, which are mostly recycled into further rounds of speculation, the program involves productive activity that could generate a snowball effect of productive investment. The G-7 countries and the OECD were also at work in mid-2021 drafting new cross-border tax rules that would include a minimum tax rate (Rushe, 2021). More significantly, the idea of a universal basic income (UBI) has been gaining ground among reformers and even among conservatives.

While neoliberal policies continue to dominate, the «Washington consensus» around them has cracked since 2008. As Gramsci noted early in the last century, ruling class rule requires ruling class ideas, and that these ideas achieve hegemony and become common sense. For ideas and ideologies to become a material force, that is, to shape political practices, there must be certain correspondence between these ideas and material interests. Beyond the extant reform proposals, an increasing number of elite forums and corporate foundations are searching for a different set of ideas that may compete for hegemony with neoliberalism and its theoretical foundation in neoclassical economics. «Circumstances are ripe for the emergence of a new intellectual paradigm – a different way to think about political economy and the terms of a new twenty-first century social contract», observed one of these, the Hewlett Foundation, in a 2018 internal report (Kramer, 2018:2). The repudiation in recent decades of Keynesianism in favor of «free market orthodoxy», the report argued, served the system well but no longer does so in light of changing circumstances. «Wealth inequality –along with income stagnation, the hollowing out of the middle class, and increased economic insecurity– has in turn become one of the major causes, if not *the* major cause, of rising political and social tensions» (*Ibid*:16). It noted that a rising number of foundations, think tank, quasi-governmental and private elite forums have been working to «change the socioeconomic paradigm away from neoliberalism» (*Ibid*:22-23). Two years later, the Foundation announced a \$50 million program to support the development of a post-neoliberal paradigm (Hewlett Foundation, 2020).

The capitalist system is by its nature expansionary. Cycles of crisis are followed by waves of expansion. In each earlier structural crisis, the system went through a new round of *extensive* (outward) expansion, that is, incorporation of new territories and populations into it - from waves of colonial conquest in earlier centuries, to the integration in the late twentieth and early twenty-first centuries of the former socialist bloc countries, China, India, the Third World revolutionary regimes, and other areas that had been marginally outside the system. There are very few territories and peoples around the world that have yet to be incorporated through this process of extensive expansion. Backed by authoritarian states, the TCC continues its predatory conquest in these places, such as stretches of the Indian countryside, witness currently to a massive wave of proletarianization as an agribusiness invasion does away with one of the last great bastions of peasant agriculture (Sing, 2020), or Amazonia where there are still pockets of local village life and subsistence communities. Meanwhile, global capital has been ruthlessly pursuing *intensive* expansion; the commodification of what were non-commodified spheres, such as health and educational systems, infrastructure and other public services, public lands

and nature reserves, military and police forces, prisons, and most recently, outer space.

But could we see a different type of intensive expansion in which digital technologies drive a sharp rise in productivity and open up new opportunities for accumulation in the productive economy while redistributive and regulatory reforms increase aggregate global demand? The capitalist state, in its attempt to secure legitimacy and assure the reproduction of the social order as a whole, can and often does impose restraint on capital or push the process of capital accumulation in certain directions. Earlier waves of capitalist modernization in the wake of structural crises involved the class compromises of social democracy and state intervention to regulate the market. Capitalist globalization undercut the national state's ability to capture and redistribute surpluses and brought an end to redistributive capitalism. Any viable reform project at this time would have to involve *transnational* mechanisms of regulation and redistribution. Such a project would have to be global since capital can flee from any national jurisdiction that imposes restraint on its freedom, and even at that, it would eventually run up against the same contradictions internal to capitalism that undermined the Keynesian model in the twentieth century.

Beyond transnational policy coordination among states, the structural power that the TCC is able to exercise from above over states will surely undermine reform unless there is a mass counter-mobilization of power from below. It is only this mass mobilization from below that can impose a counterweight to the control that transnational capital and the global market exercise from above over capitalist states around the world. The New Deal and social democracy in the twentieth-century came about as a result of the clash between mass struggles from below for radical change and efforts of reformists from above to bring about more limited change in order to save capitalism from revolution. Can mass upheaval now tip the balance in favor of reforms that help bring about a renewed hegemony of productive over speculative financial capital and restabilize the system? Infighting among the ruling groups may present opportunities for the popular classes to build broad political alliances. Are we headed for a new period of reform and stability, a revolutionary rupture with capitalism, a worldwide fascist dictatorship, or a collapse of global civilization – in the words of *The Communist Manifesto*, towards «the common ruin of the contending classes?». I do not have the answer to these questions precisely because the future depends on a host of political and subjective factors that make prediction difficult if not impossible. To reiterate, capitalism as a world system has proved remarkably resilient even as it has faced one crisis after another in its centuries-long existence, emerging renewed after each major crisis. It would be foolish to assume we are in the end game of global capitalism. The outcome is entirely contingent on how class struggles and politics play out.

We want to recall that even if a new period of digitally-driven expansion displaces the structural crisis temporally into the future, global capitalism will continue to generate social crises of survival and well-being for billions of people. Worldwide, 50 percent of all people live on less than \$2,50 a day and a full 80 percent live on less than \$10 per day. One in three people on the planet suffer from some form of malnutrition, nearly a billion go to bed hungry each night and another two billion suffer from food insecurity. Refugees from war, climate change, political repression and economic collapse already number into the hundreds of millions. The new round of digital-driven restructuring may turbo-charge the economy enough to usher in a period of rising profits and prosperity for the system as a whole even as millions –billions– sink into greater precariousness and desolation.

Short of overthrowing the system, the only way out of the social crisis for the mass of humanity is a reversal of escalating inequalities through a radical redistribution of wealth and power downward. The challenge for emancipatory struggles is how to translate mass revolt into a project that can challenge the power of global capital and bring about such a radical redistribution. To date, the global revolt has spread unevenly and faces many challenges, including fragmentation and for the most part the lack of coherent left ideology and a vision of a transformative project beyond immediate demands. A number of these struggles, moreover, have suffered setbacks, such as the Greek working-class movement and, tragically, the Arab spring. How to confront from below the TCC and its increasingly reckless rule? What type of a transformation is viable, and how to achieve it? Any rupture with global capitalism must gain force through efforts to bring about reform of a more radical nature than those pushed from above. A Green New Deal, a call first put out in the United States, proposes combining sweeping green policies, including an end to fossil fuels, with a social welfare and pro-worker economy that would include mass employment opportunities in green energy and other technologies (Chomsky and Pollin, 2020). Such a global Green New Deal, whether or not that is what it is called, may help lift the world out of economic depression as it simultaneously addresses the climate emergency and generates more favorable conditions for an accumulation of counter-hegemonic forces. But a global Green New Deal is not enough. If humanity is to survive, global capitalism must ultimately be overthrown and replaced by an ecosocialism.

References

- Brynjolfsson, Erik and McAfee, Andrew (2014), *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, New York: W.W. Norton.

- Carnegie Endowment for International Peace, «Global Protest Tracker».Accessed on 19 January, 2021. Available in: <https://carnegieendowment.org/publications/interactive/protest-tracker>. The tracker is interactive and regularly updated.
- CBinsights, Research Brief (2019), «Where Top US Banks are Betting on Fintech».20 August 2019, accessed on 18 July 2020. Available in:<https://www.cbinsights.com/research/fintech-investments-top-us-banks/>
- Chomsky, Noam and Pollin, Robert (2020), *Climate Crisis and the Global Green New Deal: The Political Economy of Saving the Planet*, London: Verso.
- Clelland, Donald, A. (2014), «The Core of Apple: Degrees of Monopoly and Dark Value in Global Commodity Chains», *Journal of World-Systems Research*, 20 (1), 82-111.
- Cox, Ronald W. (2013), «Transnational Capital and the Politics of Global Supply Chains», *Class, Race, and Corporate Power*, 1 (1).
- _____ (2019), «The Crisis of Capitalism Through Global Value Chains», *Class, Race and Corporate Power*, 7 (1).
- Durand, Cédric (2017), *Fictitious Capital: How Finance is Appropriating Our Future*, London: Verso.
- Faulkner, Neil, and Hearse, Phil (2021), «Value and Surplus Through a Neoliberal Lens: Notes Towards a New Understanding of Marxist Economics». Anti-Capitalist Resistance, January 2021, accessed on 6 May 2021. Available in: <https://www.anticapitalistresistance.org/post/value-and-surplus-through-a-neoliberal-lens-notes-towards-a-new-understanding-of-marxist-economics>
- Federal Reserve Bank of St. Louis, *Economic Research*, «Private Fixed Investment in Information Processing Equipment and Software». See continuously updated data in graph, U.S. Bureau of Economic Analysis, accessed on 18 July 2020. Available in: <https://fred.stlouisfed.org/series/A679RC1Q027SBEA>
- Ford, Martin (2015), *The Rise of the Robots*, New York: Basic Books.
- Foreign Affairs, The Fourth Industrial Revolution: A Davos Reader*, published by Foreign Affairs, no specific editor, no indicated place or year of publication. The book is a collection of essays previously published in *Foreign Affairs* that appear to have been written in the 2010s.
- General Accounting Office (GAO) (2011), «Federal Reserve System: Opportunities Exist to Strengthen Policies and Processes for Managing Emergency Assistance», GAO-11-696, July 2011, Washington, D.C.
- Gereffi, Gary and Korzeniewicz, Miguel (1993), *Commodity Chains and Global Capitalism*, New York: Praeger.
- Hermeto, João Romeiro (2021), «Social Transformation in a Time of Social Disruption», *Dilemas: Revista de Estudos de Conflito e Controle Social*, 14 (1), 219-242.
- Hewlett Foundation (2020), «Hewlett Foundation Announces New, Five-Year \$50 Million Economy and Society Initiative to Support Growing Movement to Replace Neoliberalism», Hewlett Foundation press release, 8 December 2020. Accessed on 10 June 2021. Available in: <https://hewlett.org/newsroom/hewlett-foundation-announces-new-five-year-50-million-economy-and-society-initiative-to-support-growing-movement-to-replace-neoliberalism>
- International Monetary Fund (IMF) (2009), «Fiscal Implications of the Global Economic and Financial Crisis», IMF Staff Position Note, 9 June 2009, SPN/09/13, Table 2.1, pp. 7. Accessed on 9 May 2021. Available in: <https://www.imf.org/en/Publications/IMF-Staff-Position-Notes/Issues/2016/12/31/Fiscal-Implications-of-the-Global-Economic-and-Financial-Crisis-22987>

- _____ (2021), «Policy Responses to COVID19», April 2021. Accessed on 3 May 2020 . Available in: <https://www.imf.org/en/Topics/imf-and-covid19/Policy-Responses-to-COVID-19>
- John, Mark (2020), «Capitalism Seen Doing ‘More Harm than Good’ in Global Survey» *Reuters*, 19 January 2020, accessed on 15 May 2021. Available in: <https://www.reuters.com/article/us-davos-meeting-trust/capitalism-seen-doing-more-harm-than-good-in-global-survey-idUSKBN1ZJoCW>
- Kauffman, Duncan; Lin, Diaan-Yi; Sneader, Kevin; Tonby, Oliver and Woetzel, Jonathan (2016), «Overcoming Global Turbulence to Reawaken Economic Growth», McKinsey&Company, September 2016. Accessed on 10 June 2021. Available in: <https://www.mckinsey.com/featured-insights/employment-and-growth/overcoming-global-turbulence-to-reawaken-economic-growth>
- Kramer, Larry (2018), «Beyond Neoliberalism: Rethinking Political Economy», Hewlett Foundation (internal memorandum), 26 April 2018. Accessed on 10 June 2021. Available in: <https://hewlett.org/library/beyond-neoliberalism-rethinking-political-economy>
- Krippner, Greta, R. (2012), *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- International Labor Organization (2019), «The Challenge of Job Recovery; World Employment and Social Outlook: Trends 2019», United Nations, Geneva.
- Maher, Stephen and Aquanno, Scott M. (2021), «The New Finance Capital: Corporate Governance, Financial Power and the State», *Critical Sociology*, on-line edition, 2021. Available in: <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/0896920521994170>
- Maki, Sydney (2021), «World’s \$281 Trillion Debt Pile is Set to Rise Again in 2021» *Bloomberg*, 17 February 2021, accessed on 30 April 2021. Available in: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2021-02-17/global-debt-hits-all-time-high-as-pandemic-boosts-spending-need>
- Marazzi, Christian (2011), *The Violence of Financial Capital*, Edizioni Casagrande, Bellinzona, Switzerland.
- Marois, Thomas (2017), «TiSA and the Threat to Public Banks», 21 April 2017, *Transnational Institute*, accessed on 18 July 2020. Available in: <https://www.tni.org/en/publication/tisa-and-the-threat-to-public-banks>
- Maverick, J.B. (2018), «How Big is the Derivatives Market», *Investopedia*, 22 January 2018, accessed on 31 March 2020. Available in: <https://www.investopedia.com/ask/answers/052715/how-big-derivatives-market.asp>
- Oxfam (London) (2015), *Wealth: Having it all and Wanting More*, on line report accessed on 31 March 2021. Available in the Oxfam website, <http://policypractise.oxfam.org.uk/publications/wealth-having-it-all-and-wanting-more> 338125
- Perez, Carlota (2003), *Technological Revolutions and Finance Capital: The Dynamics of Bubbles and Golden Ages*, Northampton, MA: Edward Elgar.
- Phillips, Peter (2018), *Giants: The Global Power Elite*, Seven Stories Press, New York.
- Piketty, Thomas (2017), *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge: Harvard University Press.
- Prins, Nomi (2019), *Collusion*, New York: Bold Type Books.
- Reiff, Nathan, «How BlackRock Makes Money», *Investopedia*, 27 February 2021. Accessed on 5 May 2021. Available in: <https://www.investopedia.com/articles/markets/012616/how-blackrock-makes-money.asp>

- _____ «Top Apple Shareholders», *Investopedia*, 6 February 2021. Accessed on 4 May 2021. Available in: <https://www.investopedia.com/articles/markets/120115/top-5-apple-shareholders.asp>
- Robinson, William, I. (2004), *A Theory of Global Capitalism*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (2014), *Latin America and Global Capitalism*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (2014), *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, New York: Cambridge University Press.
- _____ (2017), «Debate on the New Global Capitalism: Transnational Capitalist Class, Transnational State Apparatuses, and Global Crisis», *International Critical Thought*, 7 (2), 171-189.
- _____ (2018), «Capitalism in the Twenty-First Century: Global Inequality, Piketty, and the Transnational Capitalist Class», in Lauren Langman and David A. Smith (eds.), *Twenty-First Century Inequality and Capitalism: Piketty, Marx and Beyond*, Boston: Brill.
- _____ (2019), «Global Capitalist Crisis and Twenty-First Century Fascism: Beyond the Trump Hype», *Science and Society*, 83(2), 481-509.
- _____ (2020a) «Global Capitalism Post-Pandemic», *Race & Class*, 62(2), 3-13.
- _____ (2020b), *The Global Police State*, Pluto, London.
- _____ *Global Civil War: Repression and Rebellion in the Post-Pandemic World* (Oakland: PM Press, in press, scheduled for 2022).
- Robinson, William, I. and Sprague, Jeb (2018), «The Transnational Capitalist Class», in Juergensmeyer, Mark; Sassen, Saskia and Steger, Manfred eds. *Oxford Handbook of Global Studies*, New York: Oxford University Press.
- Rushe, Dominic (2021), «Janet Yellen Calls for Global Minimum Corporate Tax Rate», *The Guardian*, 5 April 2021, accessed on 17 May 2021. Available in: <https://www.theguardian.com/business/2021/apr/05/janet-yellen-global-minimum-corporate-tax-rate>
- Schwab, Klaus (2016), *The Fourth Industrial Revolution*, World Economic Forum, Geneva.
- Schwab, Klaus and Malleret, Thierry (2020), *Covid-19: The Great Reset*, Forum Publishing, Geneva.
- Singh, Pritam (2020), «BJP's Farming Policies: Deepening Agrobusiness Capitalism and Centralization», *Economic and Political Weekly*, 55 (41), 14-17.
- Srnicek, Nick (2016), *Platform Capitalism*, London: Polity Press.
- Tabb, William K. (2012), *The Restructuring of Capitalism in Our Time*, New York: Columbia University Press.
- The Economist* (26 May 2016), «The Problem with Profits», accessed on 31 March 2021. Available in: <https://www.economist.com/leaders/2016/03/26/the-problem-with-profits>
- _____ (26 January 2019), «The Global List.».
- _____ (4 April 2020), «Corporate Bail-Outs: Bottomless Pit, Inc.».
- _____ (16 May 2020), «Hanging Together».
- Toussaint, Eric (2020), «No, The Coronavirus is not Responsible for the Fall in Stock Prices», *MR Online*, 4 March. Accessed on 31 March 2021. Available in: <https://mronline.org/2020/03/04/no-the-coronavirus-is-not-responsible-for-the-fall-of-stock-prices>.
- Transnational Institute (TNI) (2021), «State of Power 2021», (Amsterdam: TNI, 16 May). Accessed on 1 June 2021. Available in: <https://www.tni.org/en/publication/state-of-power-2021>

- United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD) (2019), *Digital Economy Report 2019*, UNCTAD, Geneva.
- Wallerstein, Immanuel (1983), *Historical Capitalism*, London: Verso.
- Wolf, Marin, «Same as It Ever Was: Why the Techno-Optimists are Wrong», in *The Fourth Industrial Revolution: A Davos Reader* (Davos: Foreign Affairs, undated but contents suggests a mid 2010s publication date).
- Zuboff, Shoshana (2019), *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*, New York: Public Affairs.

REG

1/2021 (1)

ISSN electrónico: 2697-0511

The Historical and Contemporary Causes of «Survival Migration». From Central America's Northern Triangle*

Liisa Lukari North

Center for Research on Latin America
and the Caribbean (CERLAC) and Department of Politics,
York University

Abstract: The past half decade of massive refugee outflows from the Northern Triangle of Central America –that is, from El Salvador, Guatemala, and Honduras– emerge from a number of perverse and mutually reinforcing historical processes: the deeply flawed implementation of equally flawed peace accords that ended the region's civil wars in the 1990s; the pursuit of neoliberal privatization and «market-friendly» economic policies that undercut advance toward sustainable social peace, including trade agreements that inflicted great damage to peasant agricultura; the pursuit of foreign investment in extractive sectors that displaced rural and indigenous peoples, and the policies of the major international institutions, and of the United States government in particular, which deepened all of these perverse trends that left people without livelihoods. The gang and criminal violence linked to the narcotics trade are manifestations of these underlying processes that expel people from the region in waves of forced «survival migration».

Keywords: Migration, Neoliberalism, Agribusiness, Agrarian Reform, Trade Agreements, Extractive Industries.

Las Causas Históricas y Contemporáneas de la «Migración de Supervivencia». Desde el Triángulo Norte de Centroamérica

Resumen: Durante la última media década se han producido salidas masivas de refugiados procedentes del Triángulo Norte de América Central, es decir, de El Salvador, Guatemala y Honduras. Dichas salidas surgen de una serie de procesos históricos perversos, que se refuerzan mutuamente: la implementación profundamente defectuosa de acuerdos de paz igualmente defectuosos que puso fin a las guerras civiles de la región en

* «Survival migration» is the term used by my colleague Catherine Nolin, Professor and Chair of Geography, University of Northern British Columbia (UNBC), to describe the exodus of people from the Northern Triangle of Central America. I also owe a debt to my colleagues Simon Granovsky-Larsen and Ricardo Grinspan, who commented an earlier draft of this article. The original version of this article was presented to a Virtual Conference: «From Complicity to Solidarity: Canada's Role in the Central American Refugee Crisis», organized by Prof. Jaymie Heilman, Department of History and Classics, University of Alberta, December 7-18, 2020.

la década de 1990; la búsqueda de la privatización neoliberal y las políticas económicas «amigables al mercado» que socavan el avance hacia una paz social sostenible; los acuerdos comerciales que infligieron un gran daño a la agricultura campesina; la búsqueda de inversión extranjera en sectores extractivos que desplazaron a pueblos rurales e indígenas y las políticas de las principales instituciones internacionales y del gobierno de Estados Unidos en particular, que profundizaron todas estas tendencias perversas que dejaron a la gente sin medios de vida. Las bandas criminales y la violencia vinculadas al narcotráfico son manifestaciones de estos procesos subyacentes que expulsan a las personas de la región en oleadas de «migración de supervivencia» forzada.

Palabras clave: Migración, Neoliberalismo, Agroindustria, Reforma Agraria, Acuerdos Comerciales, Industrias Extractivas.

Introduction

An entire complex of perversely destructive and interrelated processes created the multiple crises that the Northern Triangle countries of Central America are experiencing today. Fundamentally, however, those processes resulted from the neoliberal «market friendly» policies forced on the region by Washington, the Central American elites, and the principal international organizations – the International Monetary Fund (IMF), the World Bank, and the Inter-American Development Bank (IDB) most prominently among them. Neoliberalism, briefly stated, centered on the reduction of the role of the state in economy and society in order to «free» the market to grow, to allocate resources, and to distribute incomes. In Central America, among other measures, it involved the reversal of all progressive agrarian policies, the privatization of public enterprises, the reduction of corporate and income taxes, and the encouragement of foreign private investment.

However, the necessary point of departure for understanding what is happening in the Northern Triangle today comes from first understanding the historical causes of the region's civil wars. Those wars emerged from many kinds of interrelated and mutually reinforcing inequalities and types of oppression – inequalities in the distribution of land and incomes; the oppression of workers and peasants, many of them indigenous, by elites descendant from European conquerors and immigrants; lack of access to education and health care for the great majority of the population; systematic repression of the legitimate demands of the majorities, including wide-spread torture and the assassination of union and peasant organization leaders in periodic waves of death-squad terrorism deployed by ruling military and police forces; and American military assistance to, and training of those forces in addition to support for the region's civilian elites (see Booth *et al.*, 2020; Sánchez-Ancochea and Martí i Puig, 2014 and Paige, 1997 on the region; North, 1989; Stanley, 1996 on El Salvador; Handy, 1994 on Guatemala; Shipley, 2017 on Honduras). These were the social, economic, and political conditions that had to be reversed to build a sustainable peace after the region's civil wars were brought to an end in

the 1990s. Although Honduras had not descended into full-scale internal war, it was a country that was, *de facto*, occupied in the 1980s by the United States, and it faced similar social and economic inequalities and forms of political oppression as its Northern Triangle neighbors.

To provide illustrative detail regarding these forms of domination and repression that demanded urgent transformation, in his meticulously researched study of Central America's coffee elites, Paige writes that the power of Guatemala's coffee plantation owners:

rested on the captive allegiance of its [indigenous] serfs and the armed forces at its command... [It] was a backward, semi-feudal class that faced little opposition from a captive labor force [...] Guatemala had so many soldiers that it resembled a penal colony because it was a *penal* colony based on forced labor (1997:75, 87; emphasis in the original).

Meanwhile, in his in-depth study of the evolving relationships between civilian elites and military forces in El Salvador, Stanley describes the pre-civil war country as a «protection racket state» in which the armed forces and police functioned as «mercenaries of the agrarian elite» (1996:257). The political system in Honduras was less repressive and more open to reform; however, its history of dictatorship and the impacts of the U.S. military aid and occupation of the country in the 1980s held back positive transformations.

The United Nations-brokered peace accords that were signed in El Salvador in 1992 (after 13 years of internal war) and in Guatemala in 1996 (after 36 years of war)¹ were minimalist in the ways in which they dealt with the historic inequalities and multiple forms of oppression summarized above. Worse yet, post conflict policy choices exacerbated the social and economic conditions from which the civil wars had erupted. This was the case because post-conflict peace building policies relied on neoliberal economic theories whose prescriptions contradicted the kinds of policies that were needed for building a sustainable peace (North and Grinspun, 1996; Lefeber, 2003; Stiglitz, 2003; Weisbrot *et al.*, 2000, 2002). So, to restate the central argument briefly, the fundamental causes of today's crises of violence and «survival migration» from the Northern Triangle rise from the weaknesses of the 1990s peace accords and the wrong-

¹ In fact, the origins of Guatemala's civil war may be traced back to 1954, when the United States sponsored a military intervention that brought down the reformist government of Jacobo Arbenz. It had sponsored an important agrarian reform that affected United Fruit Company banana plantations as well as the estates of local coffee-export oligarchy that had ruled the country since the late 19th century (Handy, 1994).

headed post-conflict policy prescriptions derived from the neoliberal paradigm.

The arguments presented in this work will deal, first, with the limited peace accords of the 1990s and their faulty implementation, focusing on their neoliberal inspiration and on the particularly nefarious consequences of market-reliant agrarian policies and lack of genuine agrarian reform. Second, it will examine the international trade agreements into which the region was forced and their nefarious consequences for rural employment in particular. The third section deals with patterns of foreign investment, with a focus on the ways in which mining, tourism, and export agriculture displace rural peoples, along with the displacing impacts of climate change. A brief fourth section will review the amount of the remittances that are sent home by migrants to ensure the survival of their families in their countries of origin. The role of the United States will be examined in the fifth section where Canadian foreign policy will also be mentioned for its importance in supporting the operation of Canadian mining corporations in Honduras and Guatemala and with regard to its geographic location for the potential admission of refugees. Any one of these issue sets, of course, deserves a work of its own. However, the objective of this article is to identify the basic trends and to provide some examples of those trends that left people without reasonably remunerated employment or assets such as land to employ themselves, thereby converting them into «survival migrants».

In addition to standard academic sources, evidence for the arguments will be drawn from my own earlier research (North, 1989; North and CAPA, 1989; North and Grinspan, 1996; North, 1997; North and Grinspan, 2016), the publications of graduate students whose doctoral dissertations I co-supervised (Velásquez Carrillo, 2012, 2018 and 2019 on El Salvador; Shipley, 2013, 2016 and 2017 on Honduras; Granovsky-Larsen, 2013, 2014, 2017, 2018, 2019 and 2021 on Guatemala); and the publications of journalists and civic organizations that monitor U.S. policies, human rights violations, and environmental conflicts in the three countries (e.g., Amnesty International, Peace Brigades, Rights Action, Witness for Peace, Washington Office on Latin America/WOLA, and the Center for Economic Policy Research/CEPR).

Flawed peace agreements

The peace agreements in El Salvador and Guatemala were deeply flawed because the terms on which peace was negotiated came out of military stalemates that were secured by Washington's intervention and counterinsurgency support for the economic elites and the military and police forces that had ruled the region's countries. The revolutionary and reformist forces were not able to negotiate or bargain from positions of

sufficient strength to secure agreements that would fully address the historic causes of the civil wars; nor were progressive forces able to ensure the full implementation of even the minimal reform agendas that were agreed upon in the 1990s. Of course, those agreements did bring an end to the region's civil wars, an achievement not to be dismissed lightly.

Nevertheless, reformists and the revolutionaries of the Farabundo Martí National Liberation Front/*Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional* (FMLN) in El Salvador and of the Guatemalan National Revolutionary Unity/*Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala* (URNG) had to concede too much to local elites, to the families of large landowners and merchant-bankers that, together with their allies in the United States, had created the conditions that led to the civil wars in the first place. Honduras had avoided civil war, but it had not avoided spillover effects from its neighbors' wars and occupation by American forces. In this context of revolutionary and reformist weakness, the putative peace building policies that were pursued after the end of the wars, inspired by neoliberal thought, eventually wound up generating more social conflict and violence.

The neoliberal policy framework, which became a rigid ideology, relied on market forces and on private initiative to resolve deep-seated social and political conflicts; it relied on markets rather than strengthening of state and public institutions to enable those institutions to pursue and implement equalizing social and economic policies and reforms. National and international policy makers –such as the officials of the US-Agency for International Development (US-AID), Canada's then existing International Development Agency (CIDA), the IMF, the World Bank, and the Inter-American Development Bank (IDB)– all insisted on the creation of so called «free markets». Between them, US-AID, the World Bank, and the IMF held most of the purse strings and the power to set the terms for financing post-conflict reconstruction and reform in the Northern Triangle's war-torn nations. They «called the shots», so to speak, for encouraging market development, privatizing public institutions, negotiating «free trade» agreements, and financing «think tanks» to disseminate neoliberal theories. Perhaps the most influential of the disseminators has been the Salvadoran Foundation for Economic and Social Development/*Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social* (FUSADES), set up by US-AID and members of Salvador's elite in the depths of the civil war in 1983 (Velásquez Carrillo, 2018:157).

To be sure, democratic political openings were created by the peace processes, with the implementation of important political-legal and judicial reforms while the military and militarized police were retired from direct rule, albeit to different degrees in the three countries. Also, United Nations-monitored truth commissions were mandated, and those com-

missions eventually delivered important reports that were based on in-depth research, published as *From Madness to Hope* in March 1993 in El Salvador and as *Guatemala: Memory of Silence* in February 1999. These reports confirmed that government forces were responsible for 85 percent of the egregious violence against civilians committed during the civil war in El Salvador and for 93 percent of the violent and «genocidal» acts committed in Guatemala, where 83 percent of victims were indigenous people². Perhaps most important with regard to potential transformation, revolutionary organizations were recognized, and they were asked to form political parties in order to participate in electoral competition to advance their reform agendas. Thus, the possibilities of progressive change rested on the capacity of the new political parties to promote at least the minimal reforms of the peace accords in a step-by-step fashion through electoral politics. Unfortunately, they lacked sufficient power to do so (even when they won elections, as they did in El Salvador in 2009), faced as they were by the overwhelming national and international forces of neoliberal globalization.

The question is: What were the most important policies that were necessary for peace building? What were the policies that should have been pursued, but were not pursued? Arguably, most important of all were comprehensive agrarian reforms. Such reforms, which were barely mentioned in the peace accords, would not simply involve the devolution of land and water resources to the peasantry and to indigenous communities; other necessary components, extrapolated from successful agrarian reform experiences in East Asia and elsewhere, would have had to include: a) The organization of cooperative marketing and processing enterprises to ensure peasant or farmer control of the chain of production and distribution, from the farmer's field to the consumer's table or to the export market; b) an emphasis on rural education and technical assistance, with both policies organized and delivered in collaboration with peasant and agricultural union organizations; c) and the establishment of basic public health facilities in the countryside, as the COVID-19 pandemic has now made more than clear.

As noted, Honduras had not descended into civil war; nevertheless, progressive rural development promotion policies were as urgent there as they were in El Salvador and Guatemala.

Comprehensive, inter-related, and mutually reinforcing policies of agrarian reform, of the kind summarized above, had been pursued in East

² The United Nations used the term «genocide» for describing the military onslaught against the indigenous peasantry of Guatemala. For a searing in-depth analysis of the «modern» culture of cruelty in Latin America and U.S. complicity within it, see Franco (2013).

Asia with U.S. support. Fearing the spread of Mao's victorious peasant revolution (1949) from mainland China after the Second World War (You, 2014), Washington provided support for radical agrarian reforms that involved the redistribution of land and irrigation water and the provision of education (especially rural primary education), technical extension services, and public health programs in Japan, Taiwan, and South Korea. These agrarian and related social policies also involved the establishment of family farms that were organized into cooperative marketing enterprises that were granted access to U.S. markets (Donnelly, 1984 on Korea; Evans, 1987, Griffin, 1989; Cameron & North 1996 on East Asia; North 1997 on Taiwan). No threat equivalent to China's Communist revolution of 1949 existed at the end of the wars in Central America; to the contrary, the Soviet Union, the principal geo-political and ideological rival of the United States started to disintegrate politically with the fall of the Berlin Wall in 1989 while the Sandinista National Liberation Front/*Frente Sandinista de Liberación Nacional* (FSLN) lost power in Nicaragua in 1990, on the heels of a counter-revolutionary war waged by the United States from military bases in Honduras.

The foundations for the economic and social success and transformation in the three Asian countries derived, in fundamental ways, from their agrarian reforms. This was so because these reforms ensured steadily increased employment, improved incomes, and diversified market growth in rural areas, the poorest areas in these countries, and they also slowed down migration to urban centers as living conditions, employment opportunities, and access to education and health services improved steadily in the countryside (Donnelly, 1984; Griffin, 1989). In fact, small-scale farming, all over the world, is associated with the generation of employment, self-employment, and increased incomes in rural areas, and therefore it is associated with a broad range of social benefits in rural communities (Berry and North, 2011; Berry, 2014; Thorp, 1998:30-35). Moreover, it can also be associated with improved wages for urban workers since urban labor markets are not saturated with migrants from rural areas (Evans, 1987).

Instead of pursuing necessary and comprehensive agrarian reform policies to generate wellbeing in rural areas, El Salvador's elite-controlled post-conflict governments systematically dismantled the agrarian reform legislation of early 1980s that had redistributed roughly twenty percent of agricultural land to peasant cooperatives (Velásquez Carillo, 2019:3-5). Although its peace accord established a *Fondo de Tierras* or Land Fund in Guatemala, with World Bank financing for its execution, the result was «an overall unchanged pattern of inequality of landownership at the national level... [and] a worsening of conditions within specific regions» (Granovsky-Larsen, 2018:191). In Honduras too, an important land

redistribution program in the Bajo Aguan valley, executed with US-AID support in the mid-1970s, was threatened by agribusiness expansion after a new Agricultural Modernization Law, underwritten by the World Bank, was enacted in 1992 (Holland, 2014:3).

In effect, the Northern Triangle countries followed the neoliberal policy prescriptions on which the United States, international aid organizations, and international banks insisted: the three countries relied on various kinds of market mechanisms to encourage land sales that the advocates of these policies promised would generate broader ownership and more equitable distribution of land and incomes. However, the market-reliant policies did nothing of the kind. As noted above, they favored the dismantling of existing redistributive laws and programs and the further concentration or re-concentration of land and other assets by local elites and U.S.-based corporate interests. Moreover, they favored monoculture export production of «flex crops» on large plantations that cut employment in the countryside, especially so in Guatemala and Honduras.

The production of «flex crops» (that is, crops with high and stable export prices due to their multiple uses for human consumption, animal feed, and bio-energy or «green energy») increased notably in Central America. Between 1970 and 2009, the area dedicated to soy went up from 9.943 hectares to 83.444; sugar cane cultivation increased from 500.207 to 1.231.025 hectares; and African Palm, from 22.910 to 239.2004 hectares (Kay, 2014:25). In Guatemala, sugar cane, African palm, and cattle ranching generated fewer jobs per acre than any other agricultural activities (Pietilainen and Otero, 2019:1159). At one oil palm nursery, studied by Pietilainen and Otero, even the few who were hired were not assured «a stable income... [since] work was precarious, only offered a few months or weeks at a time (often 15 days on, 15 days off), it did not include health care or insurance, and only provided minimum wages» or less (Pietilainen and Otero, 2019:1159; see also Granovsky-Larsen, 2019)³. In sum, Granovsky-Larsen concluded:

sugar cane, African palm, rubber, and banana plantations are expanding at the expense of [labor intensive] subsistence crop production, and they are sucking the surrounding river systems dry for commercial irrigation. In a country where many rural communities rely on rivers for their daily drinking and cleaning water [in addition to cultivating subsistence crops], industrial tactics of unauthorized

³ Earlier, the mechanization of banana plantations had reduced the size of their labor forces in Honduras and Guatemala – for example, in Honduras, United Fruit Company (UFCO) eliminated 15.000 jobs on its plantations following a strike in 1954 (Holland, 2014:2).

diversion, damming, and mechanized water removal threaten the survival of local residents (Granovsky-Larsen, 2017).

Meanwhile, in Honduras, the World Bank-supported the expansion of African palm cultivation into the cooperative lands of peasants who had benefited from agrarian reform in the Aguan valley in the 1970s and early 1980s. The expansion was carried out with military, police, and private security-force violence: between 2010 and 2014, 92 persons, most of them members of peasant organizations, were killed in the valley⁴, and murderous violence has not ended; between 2009 and 2014, 74 lawyers and 25 journalists were killed in Honduras, including lawyers and journalists who defended peasant cooperatives (Holland, 2014:2).

Environmentalists, «water defenders», and peasant producers have protested the water-intensive practices of African palm and other export crops cultivated by monoculture plantations. To increase water supply, plantation interests have engaged in various damaging and murderous practices, ranging from diverting water from peasant producers to sponsoring the construction of dams and hydroelectric works to contracting «hit squads» to eliminate opponents. It was her activism against the construction of the Agua Zarca hydro-electric dam, partly financed by the Inter-American Development Bank (IDB), that led to the murder in 2016 of Lenca indigenous land and water defender Berta Cáceres, co-founder of the Council of Popular and Indigenous Organization o Honduras/*Consejo de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras* (COPINH) (Lakhani, 2020; Shipley, 2016:464-467). Agua Zarca was just one of dozens of such «clean energy» dams whose construction displaces indigenous and peasant farmers and continues across the country, without consulting local communities. While the intellectual authors of Cáceres' assassination continue to enjoy impunity (Méndez, 2020:440), among those arrested as members of the «hit squad» that carried out the assassination were former members of the Honduran military who had received training in the United States (Main, 2017:2).

It is possible to find successful peasant communities that obtained some land, generated employment for their members, and established viable marketing enterprises, but they did so through their own persistence, their own organizational efforts, a dose of good luck, and perhaps the support of a non-governmental development organization (NGO), not

⁴ A few of those who lost their lives in violent confrontations were security guards who had been hired by the large plantation owners of the Bajo Aguan valley (Holland, 2014:2); see also Lakhani (2020) for a detailed history of the political context and aftermath of the March 2016 assassination of water defender and environmentalist Berta Cáceres.

good-faith public policies (Granovsky-Larsen, 2014). Such successful communities, unfortunately, do not represent the norm. Moreover and most often, even successful rural communities relied, at least in part, on remittances from the migration of family members to the United States (discussed below). That is, they relied on money sent back home by «survival migrants» in order to supplement the insufficient incomes of their household members in El Salvador, Guatemala, and Honduras.

With regard to the abandonment of other economic activities and policies that might have improved equity and social conditions, in the case of El Salvador, the privatization of coffee export marketing and of the banking system were pivotal events, as was the eventual privatization of the social security/pension system, alongside the deregulation of the housing market and a shift to regressive sales taxes, all to favor elite interests (Velásquez Carrillo, 2018:164-167). In sum, in tune with neoliberal policy recommendations, publicly owned and operated economic, social, and regulatory institutions that might have been used to improve the incomes of large numbers of people and to improve social conditions in general were turned instead into profit makers for the privileged elite groups that came to own them. Among the privileged were the families of the traditional coffee export oligarchy and «those who had emerged as new oligarchic actors in the 1980s and during the post-war financial bonanza» (Velásquez Carrillo, 2018:164), that is, when billions in financial assistance were channeled to the country by US-AID, the World Bank, and various international aid agencies. However, in contrast to Guatemala's and Honduras' elites, El Salvador's ruling elite largely abandoned export agriculture in order to profit from the financial, services, and import sectors that were facilitated, along with money laundering from illicit activities, by the 2001 adoption of the U.S. dollar as the official currency of the country (Towers and Borzutzky, 2004). All those sectors, moreover, were sustained by the remittances sent from the United States by Salvadoran «survival migrants», altogether perhaps a third of its population (discussed in section 3, below), in amounts that matched or nearly matched all the dollars earned from the country's merchandize exports.

Trade agreements and their impacts

Rural and urban lives were made even more difficult by another neoliberal market policy. This was the Central American Free Trade Agreement that included the Dominican Republic (CAFTA-DR). Negotiated between the region's countries and the United States, CAFTA came into effect in 2006, despite widespread protest all over the region:

Farmers, workers, small businesses, civil society and center-left political parties vocally opposed the trade agreement over issues of sovereignty, constitutionality, the inability of local agricultural producers to compete against subsidized US products, labor exploitation, and environmental degradation (Booth *et al.*, 2020:331).

As feared, CAFTA became an immediate threat to both urban and rural livelihoods. Most importantly, this free trade agreement added to the numbers of already displaced peasant farmers since local production of corn, beans, and other staples was «freed» from all protection. Subsidized agricultural imports from the United States to El Salvador, Guatemala, and Honduras almost doubled during the first decade of CAFTA, «while the [three] countries' agricultural trade balance with the United States [...] dropped, spelling farmer displacement» (Public Citizen, Eyes on Trade 2015:4)⁵. «Meanwhile, CAFTA's labor provisions [...] failed to halt the assassination of dozens of Central American union workers who were trying to end unmitigated labor abuses like wage theft» (Public Citizen, Eyes on Trade, 2015:1).

Since land and employment losses in the countryside were predictable, CAFTA-DR negotiators had promised that rural job losses would be more than compensated by the creation of new jobs in the *maquiladora* (or sweatshop) apparel assembly production sector. However, given competition from other very low-cost producers in Asia, apparel exports to the United States from the three Northern Triangle countries actually fell by \$ 1,6 billion, or 21 percent, between 2004 and 2015. In its conclusions, Public Citizen's Eyes on Trade review of the end of the first decade of CAFTA-DR reported that «Not only has the promise of new factories disappeared – so have existing factories» (2015:4). Worse yet, while the jobs and incomes of both rural and urban workers were lost, health care costs soared because the Agreement provided protection for corporate pharmaceutical giants by restricting «access to more affordable generic versions of life-saving drugs» (Public Citizen, Eyes on Trade, 2015:1). The impacts of commercial outlets set up by large U.S. retail corporations and the extent to which they knocked out employment intensive 'mom and pop' stores remain to be analyzed.

The unemployment and poverty created by CAFTA-DR was added to the unemployment and poverty that had already resulted from the civil

⁵ Concerning CAFTA-DR, see, for example, the various reports of the independent think tank, Public Citizen, founded by Ralph Nader, and its Global Trade Watch. See also the numerous reports of the human rights advocacy organization Washington Office on Latin America (WOLA). Spalding (2014) provides detailed analysis of free trade impacts in Central America, with specific reference to Costa Rica, El Salvador, and Nicaragua.

wars, from the lack of agrarian reform after the civil wars, from the expansion of mechanized plantations dedicated to export agriculture, from the displacement of rural peoples by «development projects» such as dams, and by yet another earlier «free market» initiative. It was the abandonment of the International Coffee Agreement (ICA) in July 1989 – that is, just as the Salvadoran and Guatemalan peace agreements were being negotiated and the Berlin Wall came down, effectively signaling the near elimination of international threats to the United States and the end of the Cold War. The ICA had been signed in 1962 by a large majority of the coffee exporting and consuming nations of the world. It had ensured relatively stable export prices for coffee producers in South and Central America for almost 30 years. With its abandonment, coffee export prices and employment plummeted in the 1990s under the new «free market» international regime, and prices seesawed during the following decades. The impacts were severe in all three Northern Triangle countries, and especially so among small producers⁶.

Extractive foreign investment

There are even more sources of displacement and conflict than the ones reviewed above, the nefarious displacing impacts of large-scale mining, logging, and tourism enterprises prominent among them. After a bitter and deadly conflict over mining, El Salvador became the first country in the world to officially ban all metal-mining activity within its borders. Remarkably, in March 2017, in an all-party vote of 69 to zero, the country's legislature agreed unanimously on a ban. While El Salvador escaped the impacts of mineral extraction, Guatemala and Honduras have suffered them for decades.

In Honduras, it is not only African palm plantations that have displaced peasant producers and generated violence in the Bajo Aguan (see above). The most acute of current conflicts involves the El Guapinol open-pit iron-oxide mine, projected to be the largest in Central America. Even before it had begun operations, preparatory infrastructure, including a polluting hydroelectric project on the Guapinol river, raised widespread protest and violence: these included an 88-day long protest encampment, from August 1 to October 27, 2018, by «Water Defenders»; arrest warrants for the organizers of the protest and preventive detention for seven of them;

⁶ It is worth noting that plummeting coffee prices and IMF-imposed market-friendly reforms were among the fundamental causes of the 1994 genocide of as many as 800,000 Tutsis (the ethnic affiliation of coffee merchants) by Hutus (coffee farmers) in Rwanda, a country where the majority of peasants cultivated coffee as their cash crop and the economy was deeply dependent on coffee exports (see Anglin, 1995).

and, with the criminalization of protest, the presence of hundreds of members of the national police and military, along with the heavily armed private security forces of the mine. Since 2013, «eight people, including community leaders, mine workers, and military policemen, have been killed in relation to the proposed Guapinol mine» (Olson, 2020; see also Springer, 2021:400-401). One local «Water Defender» told a journalist:

[the police treat the protesters] horribly, knowing that they defend our river and environment... And what they say is: «We fight so that we don't have to emigrate from our country». If we cease to fight against the mining company, there are 3.500 people who would have to leave the community (Olson, 2020).

Today's mining opponents in the Aguan Valley know the extreme contamination that has already taken place in the Valle de Siria region of their country. There, the San Martín gold mine, owned by Canadian mining giant Goldcorp, operated from 2000 to 2009 and left behind a toxic legacy of cyanide, arsenic, and mercury in the soil and water (Shipley, 2016:476-481)⁷. Meanwhile, a conflict continued between local residents and Aura Minerals (also a Canadian listed company) and its Honduran subsidiary, Minerales de Occidente (Minosa), accused of harmful health and environmental impacts. This gold mining company sowed divisions in a coffee farming community by offering payments to its poorest members for the permission to dig up their relatives' bodies from the local cemetery where the company wanted to expand its operations; the third of three payments to those who agreed was contingent on the total clearance of the cemetery (Jen Moore, Mining Watch Canada, e-mail communication, 10 June 2018)⁸.

In Guatemala too, mining has been a great source of contamination and violence. The country's four operational mines are sites of «severe conflict, with militarization and repressive violence swirling around mining-affected communities» (Granovsky-Larsen, 2017 and 2021; see also Power 2008, North and Young, 2013 regarding the Canadian role). The Marlin Mine, owned by a subsidiary of Canadian mining giant Goldcorp, for

⁷ See the periodic reports and bulletins of Rights Action, a Toronto-based human rights organization that monitors the operations of Canadian mining, forestry, and tourism corporations in Honduras and Guatemala, and provides support for communities that are affected by land dispossession, criminalization, and violence. Rights Action has also supported communities in legal struggles in their home countries and in Canada to launch suits against the repressive violence of these corporations and the state.

⁸ Various Jesuit institutions in Canada, Honduras, and the United States have sponsored the analysis of mining impacts in Honduras; see Serrano (2020).

example, was reported to use «45.000 litres of water per hour, and high levels of arsenic, cyanide, and mercury have been detected in nearby water sources» (Granovsky-Larsen, 2017)⁹. The most conflictive of Canadian mining sites, with three suits ongoing in the provincial courts of Ontario in Toronto, dates back to the 1960s when it was owned by International Nickel Company (INCO), changing hands first to Skye Resources and then to HudBay Minerals in 2008 (Imai *et al.*, 2007; Maheandiran *et al.*, 2010). The violent eviction of Mayan Q'eqchi' farmers from lands claimed by Skye Resources was filmed in 2007 by Canadian then doctoral student Steven Schnoor who was accused by the Canadian Ambassador to Guatemala of fabricating the events and hiring actors for his video. When Schnoor did not get an apology for these false accusations from Canada's foreign ministry, he successfully sued the Ambassador for slander (Schnoor v. Canada). The three still ongoing court cases, however, date from events that took place in September 2009 under HudBay ownership, and they involve the maiming of an activist, the assassination of a local community leader of the opposition against the mine and the gang rape of eleven Mayan Q'eqchi' women (Russell and Nolin, forthcoming in 2021)¹⁰.

With regard to the dislocations and violence generated by tourism development, perhaps the most egregious case is provided by the attacks on the Afro-Indigenous Garifuna communities of Honduras. Their origins date back more than 200 years, when they were removed from the island of St. Vincent by British colonial authorities and settled on the Caribbean coast of Central America, mostly in Honduras and Belize. In 2015, the Garifunas' communal ownership of ancestral territories was recognized by the Inter-American Court of Human Rights (IACtHR), and the Court ordered the Honduran government to recognize and respect those land rights. However, the government (a descendant of the 2009 coup discussed below) took no action to comply with the ruling, and the Garifunas continued to battle the privatization of their lands by the tourist industry in which Canadian capital was heavily involved, suffering flagrant criminalization and violence (Shipley, 2016:471-476). In 2019, at least 16 Garifuna were murdered, and in July 2020, four leaders of The

⁹ Extensive documentation on the operations of Goldcorp (later merged with Newmont Gold) in Guatemala, from 2004 to 2017, can be found in the archives of Rights Action: <https://rightsaction.org/gc-guatemala-archives>

¹⁰ As a consequence of deep-seated and widespread community opposition, a Guatemalan court suspended the opening of the Canadian listed Escobal mine, a silver mine originally owned by Vancouver-based Tahoe Resources but subsequently sold to Pan American Silver. Canadian civil society organizations also filed complaints against Tahoe with the British Columbia Securities Commission. For an in-depth analysis of mining in Canada (its physical footprint, financing and organization, political insertion, social and environmental impacts, and aftermaths), and including a discussion of its international presence, see Kuyek (2019), a veteran activist who was born in a mining town.

Black Fraternal Organization of Honduras/Organización Fraternal Negra de Honduras (OFRANEH), the group that brought the land conflict to the ICHR, were kidnapped from their homes and disappeared (Global Witness Press Release, 11 August 2020). Most recently, on 4 March 2021, two more Garifuna community leasers were assassinated, and two environmental defenders were arrested (Rights Action electronic newsletter, 8 March 2021).

The NGO Global Witness monitors and reports on the assassinations of land defenders and environmental activists around the globe. In its July 2020 publication, *Defending tomorrow: The climate crisis and threats against land and environmental defenders*, Global Witness reported that 12 «defenders» were killed in Guatemala in 2019 and 14 were killed in Honduras; the number in Honduras made it the most dangerous country in the world for land defenders on a per capita basis.

Although it cannot be attributed to specific development projects in the region itself, the «silent violence» of global climate change also is having devastating impacts in the coastal areas of Central America and on Garifuna communities in particular (Méndez, 2020:436-441). The general coordinator of OFRANEH, Miriam Miranda, recently stated:

We have entire villages suffering environmental displacements relating to the encroaching sea». She pointed to the village of Tornabé [...] where she said an «unprecedented number of families» had joined the tens of thousands leaving the region in migrant caravans beginning in 2018 (quoted by Méndez, 2020:439).

Moreover, the frequency of devastating hurricanes is yet another consequence of climate change. Hurricane Mitch in 1998 and hurricanes Eta and Iota in November 2020 forced people to escape not only from coastal but also other areas destabilized by erosion and torrential rains. Honduras was the country worst hit in Central America by the two hurricanes, with up to two million persons affected as houses, infrastructure, and crops were destroyed, but Guatemala also suffered great destruction. «These catastrophic climate events», added to the prolonged drought of 2014-2016, «had a devastating effect, including on farmers' livelihoods in El Salvador, Guatemala, and Honduras», the three countries that form part of the Central American Dry Corridor, a region of climate insecurity even in the best of times (Pons, 2021)¹¹. Meanwhile, in

¹¹ A searing account of one Guatemalan farming family's experiences with the impacts of climate change and its attempts to migrate to the United States is presented by Aguirre (2020).

the United States, powerful political lobbies hold back policies to mitigate global warming and even deny the fact that it is caused by human activity (Collomb, 2014).

«Survival migrant» remittances

Instead of policies to create employment and self-employment opportunities, a host of land, water, trade, investment, and other policies based on neoliberal economic theory converged to deepen poverty and to expel hundreds of thousands of peasants and their children from the land. Lacking alternatives at home, some migrated to cities and then, from the region's cities where few jobs were available, they moved onwards to destinations in the United States. More and more, however, began to migrate from the countryside directly to the United States¹².

As a consequence of all this, the Northern Triangle countries became dependent on migrant remittances (often called *migradólares*) as a principal source of foreign exchange and support for the basic consumption needs of large proportions of their populations: in 2018, remittances made up 22 percent of the gross domestic product (GDP) of El Salvador where, in the second decade of the twenty first century, half of all households depended on receiving money from abroad and where remittances added up to two to three times the government's budget for public social spending (Menjívar and Gómez Cervantes, 2019). With regard to El Salvador's neighbors, migrants' remittances made up 20 percent of the GDP in Honduras in 2018; and they totaled 12 percent of GDP in Guatemala in that same year (Orozco, 2019). The expulsion of the poor thus turned into a principal source of foreign exchange for the Northern Triangle economies and a substitute for public social programs. Indeed, remittances became the principal source of economic growth for the Central American region as a whole, increasing from \$3,3 billion in 2000 to \$20,3 billion in 2018 (Booth *et al.*, 2020:334).

It is revealing and instructive that outmigration from Costa Rica, by contrast, was very much lower than from the Northern Triangle countries. This is so because Costa Rica enjoys more equitable land tenure and agrarian structures than its northern neighbors. Its society and economy also benefit from a long history of cooperative organization for agricultural marketing, from relatively high levels of investment in public education (for both girls and boys since the late 19th century), and therefore from a much greater capacity for rural and small-town job

¹² Direct migration from the countryside is what Simon Granovsky-Larsen has observed during field-work in Guatemala over the past decade (personal communication, 23 March 2021).

creation and income generation than its northern triangle neighbors. Moreover, Costa Rica abolished its army in 1949, and spent much more than its Central American neighbors on public social services, thereby also building the capacities of the state to effectively administer programs for the benefit of its citizens. Booth, Wade, and Walker point out that «Costa Rica's ratio of spending for social services versus defense was four to five times greater than that of its nearest competitor in Central America» (2020:81, 75-94). The percentage of the national budget spent on defense in 1978, when war was brewing in the region, stood at 2,7 in Costa Rica, 24,6 in El Salvador, 11,0 in Guatemala, and 10,5 in Honduras (Booth *et al.*, 2020:Table A.5, 377).

Although neoliberal policies chipped away at its public enterprises and social programs, Costa Rica's civic organization and civic resistance prevented the wholesale demolition of the state and its institutional capacities, and thereby resistance impacts in that country actually sustained social peace, in contrast to the violence into which its northern neighbors descended. This history is reflected in the very much lower level of Costa Rican migration to the United States, or anywhere else. It is therefore also reflected in the insignificance of remittances in Costa Rica's GDP: remittances made up only 1 percent of Costa Rica's GDP in 2018 (Orozco, 2019); this is a dramatic contrast to the 22 percent of El Salvador, the 20 percent of Honduras, and the 12 percent of Guatemala.

The Policies of the United States

In February 2021, Senator Jeff Merkley, with the support of seven additional Democratic Senators, proposed legislation «to suspend United States support for the Government of Honduras until endemic corruption, impunity, and human rights violations cease, and their perpetrators are brought to justice» (cited by Witness for Peace Solidarity Collective, Electronic Bulletin, 23 February 2021). Specifically, Merkley's bill calls for: sanctions for President Juan Orlando Hernández and top officials implicated in human rights violations and corruption; the establishment of an anti-corruption commission, to be negotiated with the United Nations; prohibition of U.S. arms sales to the Honduran police and military; suspension of U.S. bilateral and multilateral funds for Honduran security forces; the prosecution of the material and intellectual authors of the assassination of Berta Cáceres; and \$2 million dollars for the Honduras office of the UN High Commissioner for Human Rights (UNCHR). The proposed legislation is remarkable. However, it does not fully recognize the fact that the United States is, largely, responsible for the violence and corruption in that country and the Northern Triangle more broadly.

Into the cauldron of socially polarizing and violence provoking policies that the United States pursued at the end of the civil wars, the mass deportation of Salvadoran and other Central American refugee youth stands out as particularly wrong-headed. Young people who had become involved in delinquent gangs in the United States were forced to return to their home countries, with no provisions made for their integration into a society that many of them did not even know, having escaped as children, with their refugee families, during the war years.

Gang members were deported [...] straight from prison to their countries of origin. Between 1998 and 2005, the U.S. deported 46.000 Central Americans with criminal convictions. Between 1996 and 2016, the US deported nearly 100.000 people with criminal convictions to El Salvador alone (Nolan, 2021).

There they were confronted with situations that did not provide employment or educational opportunities. To quote two scholars who have researched the terrible outcomes of this policy in El Salvador, Menjívar and Gómez write: «Young Salvadorans increasingly became involved with gangs, as these groups provided them with the financial opportunities and social resources that the government continued to systematically deny them» (Menjívar & Gómez Cervantes, 2019)¹³. Méndez (2018:6) quotes a young Honduran from a marginalized neighborhood: «they do not see us the way they see other people. There are no jobs for us. They consider us trash. But you must work to survive. We survive from contract killings, extortions, drug sales, and kidnappings».

Meanwhile, American arms merchants fueled the crisis by exporting a large percentage of the weapons that the gangs, often linked to the narcotics trade that led through Mexico, purchased while these gangs maintained their connections with criminal organizations in the United States: «70 percent of the guns seized from criminals in Mexico traced by the Bureau of Alcohol, Tobacco, Firearms and Explosives (ATF) come from the U.S. Almost 41 percent of guns seized in the Northern Triangle originate in the U.S., including almost half the guns in El Salvador» (Heinz, 2020). New export rules introduced in March 2020 by the Trump

¹³ While Salvadoran youth were being deported from the United States, young people also made up most of the «survival migrants» who tried to escape from the country and enter the United States. For example, in 2005, «90 percent of those leaving the country [were] 35 years old or younger and 70 percent [were] 20 years or younger, 56 percent [were] men and 44 percent [were] women» (Velásquez, 2019:16). Of course, today, it is entire families that are leaving their homes and trying to reach the United States.

administration deregulated and thereby further facilitated this export industry. Moreover, weapons «legitimately» exported to the police and armed forces of the region may wind up in the hands of gangs and cartels since corrupt military and police officials pass them on. For example, in El Salvador, «soldiers have been caught selling rocket launchers to the Milenio Cartel, and in a separate incident trying to sell over 1.800 hand grenades» (Heinz, 2020). Between 2006 and 2017, «more than 20.000 weapons belonging to the Mexican police were stolen or went missing» (Heinz, 2020).

Most of the consumer market for the gangs' and cartels' narcotics sales was also provided by the United States, a country that treated narcotics as a criminal rather than a public health matter. Although gang-growth became particularly notorious in El Salvador, it was also a curse in Guatemala and Honduras, which evolved into the narco-state that Senator Merkely's proposed legislation was designed to address. Year after year, the three Northern Triangle nations topped the lists of the most violent countries in the world that are not in an actual state of war. However, it was the narcotics-related violence that drew public attention in the United States, rather than the deep-seated violence of the multiple forms of dispossession generated by neo-liberal policies, and elite and foreign owned extractive industries of many kinds.

The division of profits from the narcotics industry also favored banks located outside the region, in the United States and Europe. In 2011, for example, it was revealed that Wachovia, now a part of Wells Fargo Bank, had been involved in laundering billions of dollars in narcotics profits for Mexico's cartels from 2004 onwards (Vulliamy, 2011). In 2020, the International Consortium of Investigative Journalists (ICIJ) obtained files of the Financial Crimes Enforcement Network (FinCEN) of the U.S. Treasury Department that document «an unprecedented view of global financial corruption, the banks enabling it, and the government agencies that watch as it flourishes». The FinCEN files «flagged more than \$2 trillion in [worldwide] transactions between 1999 and 2017» by, among other banks, JPMorgan Chase and Bank of New York Mellon (Business and Human Rights Resource Centre, 2020; also ICJII, 2020)¹⁴.

Over arching all of this was U.S. recognition of flawed elections, of coups, and the tolerance of extreme corruption on the part of the region's governments. Perhaps most notoriously, when the Honduran military re-

¹⁴ On the ways in which the narco-economy and narco politics function, see the studies in Paley and Granovsky-Larsen, eds. (2019), Guillermoprieto (2010), and the detailed field work based analysis of the connections between Tamaulipas in the north of Mexico and financial institutions in Texas, presented by Martínez (2020).

moved President José Manuel Zelaya Rosales from office in June 2009, towards the end of his mandate, the United States eventually recognized the *coup* makers. To be sure, conditions during Zelaya's term in office need not be idealized; already during his presidency:

organized crime had infiltrated the government itself. One former security minister estimated that 30 percent of police officers had organized crime ties and over half of the Police Investigative Unit officers belonged to Mexican narcotics cartels (Booth *et al.*, 2020:251).

Nevertheless, Zelaya enjoyed considerable popularity for freezing basic goods prices (despite his approval of CAFTA), raising the minimum wage by 60 percent (Booth *et al.*, 2020:250), supporting the cooperative organizations of the Aguan Valley peasant movement (as discussed above), and decreeing that «unused parcels owned by large landowners be redistributed to landless families», among other initiatives that alienated the business elite (Holland, 2014:4).

Following the coup d'état, social conflict, criminal activity, and repression exploded: Zelaya's successor, Porfirio Lobo, won the presidential election of 2009 under questionable circumstances and both his son, Fabio Lobo, and a nephew, Jorge Lobo, were implicated in narco-trafficking. Organized crime further penetrated government and business sectors, including the promoters of dam construction and African palm exports in the Aguan valley (Spring, 2020:397-403). Lobo's successor, Juan Orlando Hernández violated the Constitution by running for a second term in office, «winning» an election in 2017 that was considered fraudulent by many credible observers both inside and outside the country, and his brother was found guilty of drug trafficking by a New York jury in 2019. Human rights activist and coordinator of the Honduras Solidarity Network (HSN), Karen Spring, states that it is «the overlapping interests of criminal gangs, state authorities, private investors, and the large illicit networks connected to [development] projects» that local communities have to navigate (Spring, 2020:403; see Gutiérrez 2018 on the similar state of affairs in Guatemala). An assistant U.S. Attorney stated that «drug traffickers 'infiltrated the Honduran government and they controlled it'» (Palmer and Malkin, 2019). In the words of WOLA security analyst Adam Isacson, «corruption is the oxygen that organized crime breathes»¹⁵, and corruption has penetrated just about all of the most

¹⁵ Isacson stated this in a presentation entitled «Lethal Flows: the U.S. Role in Arms Transfers and Trafficking in Latin America and the Caribbean», organized by the Clarke Forum for Contemporary Issues, 10 September 2020. It is available on You Tube.

powerful private and public institutions of the Northern Triangle countries¹⁶.

The United States, as well as Canada and other countries, could have refused to recognize the 2009 coup and the 2017 re-election of Hernández to signal opposition to an increasingly predatory and corrupt state. However, that was not done although opposition in 2009 was met by «thousands of arrests, beatings, and even some selective killings» (Weisbrot, 2009), as reported by Amnesty International, The Center for Justice and International Law, Human Rights Watch, and the IACHR, among others. As the coup of 2009 rolled out, to no avail, seventeen senators asked the Obama administration (and its Secretary of State Hillary Clinton) to «publicly denounce the use of violence and repression of peaceful protestors, the murder of peaceful political organizers and all forms of censorship and intimidation directed at media outlets» (quoted by Weisbrot, 2009). In 2017, the election observer mission of the Organization of American States (OAS) found «irregularities, errors, and systematic problems... [that do] not allow the mission to be certain about the results» (quoted in WOLA press release, 2017) and recommended new elections. The Trump administration, of course, did not follow that advice, nor did the Canadian government. Although the state-crime-business-extraction-development-violence axis may not be quite as blatant in El Salvador and Guatemala, it exists in both countries.

Might a significant change in policy toward the Northern Triangle take place under the new Biden administration? The prospects for a policy based on understanding the fundamental causes of «survival migration» are dim, in light of the 2015 \$1 billion dollar plan for the region headed by Vice-President during the Obama administration. In an *op-ed* piece for the *New York Times*, Biden argued that his package of measures «would help make the region ‘overwhelmingly middle class, democratic, and secure’» (cited by Main, 2015:1). In fact, the plan was based on neoliberal ideological thought, on the kinds of policies that had created the crisis in the region; and almost a third of the funding was directed toward military and police programs¹⁷.

¹⁶ You (2014) argues that the relatively low levels of corruption in Korea and Taiwan derive from the profound agrarian reform policies of the two countries since elite/landlord capture of the state was erased following World War II. These two countries stand in dramatic contrast with another Asian nation, the Philippines where no such reform took place and the penetration of the state by landlords/elites was cemented.

¹⁷ For a masterful in-depth work on U.S. foreign policy in Latin America, see Loveman, 2010. For a review and analysis of U.S. military/security assistance programs around the world, see Isacson & Kinosian, 1917, published by WOLA, a human rights agency that monitors the issue and has prepared numerous reports about it. The specific history and role of the U.S. Southern Command and of other military institutions involved in, for

Conclusions

To summarize, lack of comprehensive agrarian reform and related policies of privatization of public services, the pursuit of trade agreements that displaced peasants and workers, and extractive industry promotion that also expropriated people's livelihoods lie at the bottom of the multiple crises that the Northern Triangle countries of Central America confront. Washington insisted on the implementation of policies based on market ideology while it provided generous funding for elite «think tanks» to make sure that neoliberal ideology was propagated in research centers and academic institutions all over Central America. It engaged in the mass deportation of Central American refugee youth into the context of exclusion created by its preferred neoliberal policies. Additionally, North Americans provided the demand for the kinds of goods that illicit and violent Central American and Mexican traders sold; and North Americans participated in arming the traders and gangs that engaged in the ever-widening circles of violence and extortion that caused people to flee. Meanwhile, U.S. banks often «laundered» the profits that traffickers made from their illicit trade. Finally, U.S. security programs provided training and resources to the police and military forces that were corrupted by criminal organizations. Not least, lack of action on climate change in the United States held back the possible mitigation of that long-term crisis. To reiterate my earlier statement, a multiplicity of perversely destructive, interrelated, and historically embedded feedback loops created the crises that the Northern Triangle is experiencing today. And the United States is implicated in all of them.

International organizations such as the United Nations High Commissioner for Refugees (UNHCR) may engage in essential and necessary services to assist «survival migrants», the IACtHR can issue rulings that demand respect for the human rights of Garifunas and other indigenous groups that are harmed by extractive industries, and the United Nations may demand action against corruption. They should all be supported generously by the United States, Canada, and other nations. However, these fine institutions can only deal with the manifestations of the deep-seated problems presented here. This is also the case with the many national and international civic organizations that document and denounce corruption and violence, and engage in the heroic defense of social, economic, and political human rights. Only a new economic

example, training Central and South American police and military forces, are not addressed in this article.

paradigm can begin to reverse the mutually reinforcing and perverse processes of exclusion.

A new paradigm needs to be focused on social, economic, and political inclusion: the generation of employment and the redistribution of assets such as land; on the public provision of universal health care, quality education, and social security programs; on the regulation of basic food prices and housing markets; on the institutional strengthening of the capacities of the state to deliver such policies and programs; and on respect for all the dimensions of rights for all citizens.

In the meanwhile, in addition to the kinds of measures proposed in Senator Merkley's bill, an entire range of national and international humanitarian organizations can be generously funded and supported; action can be taken to strengthen corporate monitoring institutions, such as the Canadian Ombudsman for Responsible Enterprise to facilitate community suits against predatory Canadian corporate behavior in Guatemala and Honduras; coups and fraudulent elections need not be recognized; military and police assistance to all three countries should be cut; land and environmental rights advocates must be defended; impunity for crimes, like the assassination of Berta Cáceres and hundreds of others, cannot be tolerated; and «survival refugees» must be heard and generously treated.

The stories that are reported about violence and gangs as drivers of migration from the Northern Triangle are true. However, it is the unreported stories that explain the violence and the gangs. Those are the stories of stolen land, stolen crops, stolen water, stolen work... *en fin*, stolen lives.

References

- Aguirre, Jessica Camille (2020), «In Central America, Climate Change is Driving Families North», *Sierra*, August 28. Retrieved 28 march 2021.
- Anglin, Douglas G. (1995), «Don't count on reconciliation in Rwanda», *The Globe and Mail*, 19 may.
- Berry, Albert y North, Liisa L. (2011), «Los Beneficios de la Pequeña Propiedad en el Campo», *La Línea de Fuego* (Digital Journal), 24 october. Available in: <https://lalineadefuego.info>
- _____ (2014), La Agricultura Campesina (Familiar): su Potencial y sus Limitaciones, en Albert Berry; Cristobal Kay; Luciano Martínez y Liisa L., North, *La concentración de la tierra: Un problema prioritario en el Ecuador contemporáneo*. Quito: FLACSO, Abya Yala, EuropeAid & SERIDAR.
- Booth, John A.; Wade, Christine J. and Walker, Thomas W. (2020), 7th edition. *Understanding Central America: Global Forces, Rebellion and Change*, New York: Routledge.

- Business & Human Rights Resource Centre (2020), «U.S. Treasury Department files implicate banks in money laundering, facilitating work of terrorists and drug cartels, report claims», 20 september. Retrieved 28 february 2021. Available in: <https://www.business-humanrights.org>
- Collomb, Jean-Daniel (2014), «The Ideology of Climate Change Denial in the United States», *European Journal of American Studies*, Spring. Retrieved 28 march 2020. Available in: <https://journals.openedition.org/ejas/10305>
- Donnelly, Jack (1984), «Human Rights and Development: Complementary or Competing Concerns?», *World Politics*, 36 (2), 255-283.
- Evans, Peter (1987), Class, state, and dependence in East Asia: Lessons for Latinamericanists, in F.C. Deyo (ed.), *The Political Economy of the New Asian Industrialism*, Ithaca (NY): Cornell University Press.
- Fajnzylber, Fernando (1990), The United States and Japan as Models of Industrialization, en Gary Gereffi and Donald L. Wyman (eds.), in *Manufacturing Miracles: Paths of Industrialization in Latin America and East Asia*. Princeton: Princeton University Press.
- Franco, Jean (2013), *Cruel Modernity*, Durham and London: Duke University Press.
- Global Witness (2020), «Defending tomorrow: The climate crisis and threats against land and environmental defenders», *Global Witness* (july). Retrieved 10 march 2021. Available in: <https://globalwitness.org>
- Griffin, Keith (1989), *Allternative Strategies of Economic Development*. London: Macmillan-OECD Development Centre.
- Granovsky-Larsen, Simon (2013), «Between the Bullet and the Bank. Agrarian Conflict and Access to Land in Neoliberal Guatemala», *Journal of Peasant Studies*, 40 (2), 325-350.
- _____(2014), «Within and against the market: The Guatemalan campesino movement under neoliberal peace». Doctoral Dissertation completed in Political Science, York University.
- _____(2017), «Guatemalan Water Protectors Fight to Free Their Rivers», *Upside Down World*, 18 september. Available in: <https://Upsidedownworld.org/archives/guatemala/guatemalan-water-protectors-fight-to-free-their-rivers>
- _____(2018), Land and the Reconfiguration of Power in Post-conflict Guatemala, in Liisa L. North and Timothy D. Clark (eds.), *Dominant Elites in Latin America. From Neo-Liberalism to the 'Pink Tide'*. London: Palgrave Macmillan.
- _____(2019), *Dealing with Peace. The Guatemalan Campesino Movement and the Post-Conflict Neoliberal States*, Toronto: University of Toronto Press.
- Granovsky-Larsen, Simon and Santos, Larissa (2021), «From the war on terror to a war on territory: corporate counterinsurgency at the Escobal Mine and the Dakota Access Pipeline», *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 40 (1), 121-145.
- Guillermoprieto, Alma (2010), «The Murderers of Mexico», *New York Review of Books*, (28 october).
- Gutierrez, Edgar (2018), «Guatemalan Elites and Organized Crime», *InSightCrime*, Ottawa: IDRC. Available in: www.InSightCrime.org

- Handy, Jim (1994), *Revolution in the Countryside: Rural Conflict and Agrarian Reform in Guatemala, 1944-1954*. North Carolina: University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Heinz, Brett (2020), «Trump's Export Reform Will Shower Gun Industry in Central American and Mexican Blood Money», Center for Economic Policy Research (CEPR), Washington, 12 february. Available in: <https://cepr.net>
- Holland, Lynn (2014), «The Lower Aguan in Honduras and the Deadly Battle Over Land Rights», Carnegie Council, 6may. Available in: <https://www.carnegiecouncil.org>
- Imai, Shin, Mehranvar, Ladan and Sander, Jennifer (2007), «Breaching Indigenous Law: Canadian Mining in Guatemala», *Indigenous Law Journal*, 6 (1), 102-139.
- International Consortium of Investigative Journalists (ICIJ) (2020), «Global banks defy U.S. crackdown by serving oligarchs, criminals, and terrorists», September. Retrieved 1 march 2021. Available: <https://www.icij.org>
- Isaacson, Adam and Kinosian, Sarah (2017), «Putting the Pieces Together: A Global Guide to U.S. Security Aid Programs», *WOLA*, Washington D.C. Available in: <https://www.wola.org>
- Kay, Cristóbal (2001), «Reflections on Rural Violence in Latin America», *Third World Quarterly*, 22 (5), 741-775.
- _____, (2002), «Reforma Agraria, Industrialización y Desarrollo: ¿Por qué Asia Oriental superó a América Latina?», *Dabate Agrario*, 34, 45-94.
- _____, (2014), Visión de la concentración de la tierra en América Latina, en Albert Berry; Cristóbal Kay; Luciano Martínez Valle y Liisa L. North, *La concentración de la tierra. Un problema prioritario en el Ecuador contemporáneo*, Quito: FLACSO, Abya Yala, Europe-Aid, & SERIDAR.
- Kuyek, Joan (2019), *Unearthing Justice: How to Protect your Community from the Mining Industry*, Toronto: Between The Lines.
- Lakhani, Nina (2020), *Who Killed Berta Cáceres? Dams, Death Squads, and an Indigenous Defender's Battle for the Planet*, London: Verso.
- Lefever, Louis (2003), Problems of Contemporary Development. Neoliberalism and its Consequences, in Liisa L. North and John D Cameron, *Rural Progress, Rural Decay. Neoliberal Adjustment Policies and Local Initiatives*, Bloomfield CT: Kumarian Press.
- Loveman, Brian (2010), *No Higher Law: American Foreign Policy and the Western Hemisphere since 1776*, North Carolina: University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Maheandiran, Bernadette; Di Federico, Jessica; Aguilera, Rolando and Imai, Shin (2010), «Goldcorp and Hudbay Minerals in Guatemala», Osgoode Hall Law School, York University, Toronto. Research Paper Series, No. 09.
- Main, Alexander (2015), «Will Biden's Billion Dollar Plan Help Central America», Center for Economic and Policy Research (CEPR), Washington. Retrieved 2 march 2017. Available in: <https://www.cepr.org>

- _____ (2017), «The Continuing Deterioration of Human Rights in Honduras, one Year after the Assassination of Berta Cáceres», Center for Economic Policy Research (CEPR), Washington D.C. Available in: <https://www.cepr.org>
- Méndez, María José (2018), «The violence work of transnational gangs in Central America», *Third World Quarterly*, 40 (2), 373-388.
- _____ (2020), «The Silent Violence of Climate Change in Honduras», *NACLA Report on the Americas*, 52 (4), 436-441.
- Menjívar, Cecilia and Gómez Cervantes, Andrea (2019), «El Salvador: Civil War, Natural Disaster, and Gang Violence Drive Migration», *Migration Information Source*, Migration Policy Institute (MPI), 29 august. Available in: <https://www.migrationpolicy.org>
- Muñoz Martínez, Hepsibah (2020), *Uneven Landscapes of Violence. Geographies of Law and Accumulation in Mexico*, Boston: Brill.
- Nolan, Rachel (2021), «'I've Lost Everything to the Beast」, *The New York Review of Books*, (13 may).
- North, Liisa L. (1989), 2nd edition. *Bitter Grounds. The Roots of Revolt in El Salvador*, Toronto: Between The Lines.
- North, Liisa L. & Central America Policy Alternatives/CAPA, eds. (1989), *Between War and Peace in Central America. Choices for Canada*, Toronto: Between the Lines.
- North, Liisa L. y Grinspun, Ricardo (1996), Siete Ovservaciones sobre Neoliberalismo y Desarrollo Desigual en Relación a la Paz en Centroamérica, en Rosalinda Grande y Claudine Ogales (eds.), *Los Retos de la Paz, la Democracia, y el Desarrollo Sostenible en Guatemala*, Guatemala: FLACSO.
- North, Liisa L. (1997), ¿Qué paso en Taiwán? Un relato de la reforma agraria y de la induutrialización rural (con unas observaciones comparativas en relación a América Latina, en Luciano Martínez Valle (ed.), *Desarrollo sostenible en el medio rural*, Quito: FLACSO.
- _____ (1998), «Reflections on Demilitarization and Democratization in Central America», *Studies in Political Economy*, 55, 155-171.
- North, Liisa L. & Young, Laura (2013), «Generating Rights for Communities Harmed by Mining: Legal and Other Action», *Canadian Journal of Development Studies/Revue canadienne d'études du développement*, 34 (1), 96-110.
- North, Liisa L. and Grinspun, Ricardo (2016), «Neo-extractivism and the new Latin American developmentalism: The missing piece of rural transformation», *Third World Quarterly*, 37 (8), 1433-9504. Avaialble in spanish as 2018, «Neoextractivismo y el nuevo desarollismo en América Latina: ignorando la transformación rural», *Ecuador Debate*, 104, 96-122.
- North, Liisa L. and D. Clark, Timothy (eds.) (2018), *Dominant Elites in Latin America: From Neo-liberalism to the 'Pink Tide'*, New York and London: Palgrave/Macmillan.
- North, Liisa L.; Rubio, Blanca y Acosta, Alberto (eds.) (2019), Pastor, Carlos (coord. y ed.), *Concetración económica y poder político en América Latina*, México: Friedrich Ebert Stiftung, FES Transformación, Universidad Andina Simón Bolívar & CLACSO.

- Olson, Jared (2020), «Honduras's Deadly Water Wars», *The Nation*, 24 march.
- Orozco, Manuel (2019) «Fact Sheet: Family Remittances to Latin America and the Caribbean 2018», *The Dialogue*, 8 february.
- Paige, Jeffery M. (1997), *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Cambridge: Harvard University Press.
- Paley, Dawn and Granovsky-Larsen, Simon (eds.) (2019), *Organized Violence. Capitalist Warfare in Latin America*, Regina: University of Regina Press.
- Palmer, Emely and Malkin, Elizabeth (2019), «Honduran President's Brother Is Found Guilty of Drug Trafficking», *The New York Times*, 18 october.
- Pietilainen, Emma Paulina and Otero, Gerardo (2019), «Power and dispossession in the neoliberal food regime: oil palm expansion in Guatemala», *Journal of Peasant Studies*, 46 (6), 1142-1166.
- Pons, Diego (2021), «Climate Extremes, Food Insecurity, and Migration in Central America: A Complicated Nexus», Migration Policy Institute (MPI). Retrieved 28 march 2021. Available in: <https://www.migrationpolicy.org/article/climate-foodinsecurity-migration-central-america-guatemala>
- Power, Thomas M. (2000), «Metals mining and sustainable development in Central America, An assessment of benefits and costs», Boston: OXFAM America.
- Public Citizen, Eyes on Trade (2015), «CAFTA's Decade of Empty Promises Haunts the TPP», 28 july. Retrieved 25 february 2021. Available in: <https://www.citizen.org>
- Russell, Grahame and Nolin, Catherine (eds.) (Forthcoming in 2021), *Testimonio: Canadian Mining in the Aftermath of Genocides in Guatemala*, Toronto: Between the Lines.
- Sánchez-Ancochea and Martí i Puig, Salvador (eds.) (2014), *Handbook of Central American Governance*, London & New York: Routledge Taylor & Francis Group.
- Serrano, Fernando *et al.* (2020), *Mining, Environmental Health, and Human Security: Evaluation results of the quality of life and water in Abisinia (Colón), Nueva Esperanza (Atlantida), and San Francisco Locomapa (Yoro), and the responsibility of the state of Honduras*, USA: Eric Radio Progreso in Honduras and Saint Louis University College of Public Health and Social Justice in Saint Louis.
- Shipley, Tyler A. (2013), «Honduras and the New Canadian Imperialism: Re-assessing Canadian Foreign Policy», Doctoral Dissertation completed in Political Science, York University.
- _____, (2016), «Enclosing the Commons in Honduras», *American Journal of Economics and Sociology*, 75 (2), 456-487.
- _____, (2017), *Ottawa and Empire. Canada and the Military Coup in Honduras*, Toronto: Between the Lines.
- Spalding, Rose J. (2014), *Contesting Trade in Central America. Market Reform and Resistance*, Austin: University of Texas Press.
- Spring, Karen (2021), «The Marriage of Drug Money and Neoliberal Development in Honduras», *NACLA Report on the Americas*, 52 (4), 397-403.

- Stanley, William (1996), *The Protection Racket State. Elite Politics, Military Extortion, and Civil War in El Salvador*, Philadelphia: Temple University Press.
- Stiglitz, Joseph E. (2003), «El rumbo de las reformas. Hacia una nueva agenda para América Latina», *Revista de la CEPAL*, 80, 70-40.
- Thorp, Rosemary (1998), *Progress, Poverty, and Exclusion. An Economic History of Latin America in the 20th Century*, Washington, D.C.: Interamerican Development Bank (IDB).
- Towers, Marcia and Borzutzky, Silvia (2004), «The Socioeconomic Implications of Dollarization in El Salvador», *Latin American Politics and Society*, 46 (3), 29-54.
- Velasquez Carrillo, Carlos (2012), «The Persistence of Oligarchic Rule in El Salvador: Neoliberal Transformation and the Retrenchment of Privilege and Inequality in the Post-Civil War Period». Doctoral Dissertation completed in Political Science, York University.
- _____, (2018), The Reconsolidation of Oligarchic Rule in El Salvador. The Contours of Neo-Liberal Transformation, in Liisa L. North and Timothy D. Clark (eds.), *Dominant Elites in Latin America. From Neo-Liberalism to the 'Pink Tide'*, New York and London: Palgrave/Macmillan.
- _____, (2019), «The Remittance Economy in El Salvador 1989-2009. The Desctruction of the Country's Productive Apparatus, Worsening Rural Displacement, and Forced Migration», 28pp. On line paper derived from the doctoral dissertation and shared by the author.
- Vulliamy, Ed (2011), «How a big US bank laundered billions from Mexico's murderous drug gangs», The Guardian, 3 april, Retrieved 28 february 2021. Available in: <https://www.theguardian.com>
- Weisbrot, Mark; Baker, Dean; Kraev, Egor and Chen, Judy (2000), «The Scorecard on Globalization 1980-2000: Twenty Years of Diminished Progress», Centre for Economic Policy and Research (CEPR). Briefing Paper, 9 july, Washington D.C. Available in: <https://www.cepr.org>
- Weisbrot, Mark; Baker, Dean; Naiman, Robert and Neta, Gila (2002), «Growth May be Good for the Poor - But are IMF and World Bank Policies Good for Growth? A Closer Look at the World Bank's Most Recent Defence of its Policies», Centre for Economic Policy and Research (CEPR). Briefing Paper, 7 august, Washington D.C. Available in: <https://www.cepr.org>
- Weisbrot, Mark (2009), «How Much Repression will Hillary Clinton Support in Honduras», Centre for Economic Policy and Research (CEPR), Washington D.C. Available in: <https://www.cepr.org>
- Witness for Peace Solidarity Collective, electronic bulletins that the author receives.
- WOLA/Washington Office on Latin America (2017), «International Community Should Join OAS in Calling for New Elections in Honduras». Available in: <https://www.wola.org/2017/12/international-community-join-oas-calling-new-elections-honduras/>
- You, Jong-Sung (2014), «Land Reform, Inequality, and Corruption: A Comparative Historical Study of Korea, Taiwan, and the Philippines», *The Korean Journal of International Studies*, 12 (1), 1-31.

REG

1/2021 (1)

ISSN electrónico: 2697-0511

Into the Hottest Century and into Epochal Change

Göran Therborn

University of Cambridge

Abstract: The 21st century will be the hottest century in thousands of years, and the world's social landscape is volcanic. Global politics and social relations will be dominated by two issues, the climate crisis and the US-China rivalry. This paper analyses their passage through the «inequality pandemic» of Covid-19, weakening some pertinent forces and strengthened others, and further the contexts and prospects of the climate crisis and the US-China conflict. Governmental response to the pandemic terminated the global regime of neoliberalism and untrammelled market globalization, which have been succeeded by geopolitical conflict and great power domestic mobilization. The profound technological and social transformations needed to meet the climate crisis are likely to remain in the hands of politics as usual, with messy but hardly apocalyptic results. The historical context of the US-China conflict is the half millennium of Western world domination, by a dynasty of states from Portugal to USA. The rise of China as an economic and technological superpower opens a third phase of the decline of the Western empire, after decolonization and the blowback from the failed attempts to westernize the non-Western world after the Cold War victory. The end of the Western empire will probably come in this century –short of nuclear war–, but what will succeed it is an open question.

Keywords: Globalization, Geopolitics, Pandemic, Inequality, Neoliberalism, Climate Crisis, Climate Politics, US-China Conflict, Decline of the West.

Hacia el Siglo más Caluroso y el Cambio de Época

ISSN electrónico: 2697-0511

Resumen: El siglo XXI será el siglo más caluroso en miles de años, y el paisaje social del mundo es volcánico. La política global y las relaciones sociales estarán dominadas por dos temas: la crisis climática y la rivalidad entre Estados Unidos y China. Este artículo analiza los efectos de la «pandemia de desigualdad» de Covid-19; efectos que han debilitado algunas fuerzas y han fortalecido otras. También profundiza en los contextos y perspectivas de la crisis climática y en el conflicto entre las dos superpotencias. Las respuestas gubernamentales a la pandemia pusieron fin al régimen global del neoliberalismo y la globalización de mercado sin fisuras, acontecimientos sucedidos por el conflicto geopolítico y la movilización interna de las grandes potencias. Es probable que las profundas transformaciones tecnológicas y sociales necesarias para hacer frente a la crisis climática sigan en manos de la política, como de costumbre, con resultados confusos pero difícilmente apocalípticos. El contexto histórico del conflicto entre Estados Unidos y China supone el principio del fin de medio milenio de dominación del mundo Occidental, por una dinastía de estados desde Portugal hasta Estados Unidos. El ascenso de China como superpotencia económica y tecnológica abre una tercera fase del declive del imperio Occidental, después de la descolonización y el retroceso de los intentos fallidos de occidentalizar el mundo no Occidental tras la victoria de la Guerra Fría. El fin del imperio Occidental probablemente llegará en este siglo, salvo que una guerra nuclear modifique el

Recibido: 14-01-2021

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.497761>

Aceptado: 28-02-2021

<https://revistas.um.es/reg>

curso de los acontecimientos de forma abrupta; en cualquier caso, las previsiones de futuro constituyen siempre una pregunta abierta.

Palabras clave: Globalización, Geopolítica, Pandemia, Desigualdad, Neoliberalismo, Crisis Climática, Política Climática, Conflicto entre Estados Unidos y China, Decadencia de Occidente.

The Hottest Century and Its Volcanic Social Landscape

We have now entered the hottest century for at least 12.000 years (Kaufman *et al.*, 2020:8), and at the fastest pace for the last 2000 years according to the Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC, 2021:7). A chart of warm season temperatures since 1900 in twelve countries on all continents shows a jump upwards from about 2000 for all them¹. Climate change is accelerating toward the edge of tipping-points, from which new natural processes will start, irreversibly for up to thousands of years. Some seems have already started, like the thawing of the Arctic ice and the permafrost. Each of the four last decades has been the warmest ever recorded according to the IPCC 2021 report. The Covid-19 pandemic and the recent extraordinary wildfires and floodings provide the proper scenography of the natural drama we are entering into.

The social temperature has also risen. In 2001, Islamists who had been groomed to fight against communism and the Soviet Union in Afghanistan saw their victory as the first stage of a global jihad, and moved on to attack symbolic buildings of US wealth and power. The direct aim of the attack was modest as well as fantastic, to rouse an American protest movement calling the US government to withdraw its military from Muslim countries (Lahoud, 2021). But the US leadership and its European followers saw it as an attack of «evil» against American freedom and responded with declaring «this crusade – this war on terrorism» (Bush) a longterm war (Bazinet 2001). They embarked on a largescale attempt to remake the Muslim world by force, invading and occupying Afghanistan and Iraq, bombing Somalia, fueling civil war in Syria and Libya, leaving a bi-continental swathe of devastation, violence, gigantic corruption, and the brutalization and fear of decades of war– but little of peaceful Americanization.

The Global Peace Index, put together by the Australian Institute for Economic and Pease, shows a deterioration of social peace in the second decade of this century, including a rise of «violent demonstrations» (IEP, 2021:30). The accumulated inequalities and polarizations have turned parts of the world into social volcanos, which may erupt any time. On

¹ The countries are, Australia, Brazil, Canada, Colombia, Finland, France, Iran, Italy, Mexico, South Africa, Thailand, USA (Hassol *et al.*, 2021).

October 9 2019, the elected conservative president of Chile, the birthplace of neoliberalism as a governing practice, declared that the country was «a real oasis in a Latin America in convulsion». Nine days later, on October 18 a huge wave of social protest erupted, which prompted the president to declare a state of emergency and to call out the military. In the end the mass protests forced through an assembly to write a new constitution. In the election of members to the constitutional convention in 2021, the rightwing government parties got less than a fourth of the vote. The United States delivered the summer of 2020 its perhaps largest protest movement ever, under the banner of Black Lives Matter against the endemic racism of the country's police and judicial institutions. 15 to 26 million people are estimated to have participated in countrywide demonstrations, triggered by a Black man being choked to death on video by a White policeman (Buchanan *et al.*, 2020).

While volcanic eruptions remain unpredictable, an epochal geopolitical conflict is entering a decisive phase. In the escalating US-China conflict we can discern the beginning of the endgame of half a millennium of Western (or Euro-American) world domination. Short of a nuclear war, this domination is most likely to end in the course of this century, one way or the other, given the new economic dynamic and the demographic weight of Eastern and Southern Asia, of China, India, Indonesia, Vietnam, and others. The US has made it increasingly clear that it is not going relinquish its world «leadership» voluntarily, and how the global geopolitical conflict will work out is anybody's guess. The risks of a hot, devastating war have increased drastically, not so much by one country deliberately attacking the other but rather by miscalculations. After all, that was the way the German challenge to the British Empire led to the First World War, the bloodiest of the two (Clark, 2013).

This means that a new social landscape and a new configuration of social conflicts are emerging. The legacies of the last decades of the 20th century have ebbed out, the neoliberal globalization and the US victory in the Cold War. What remains from the end of the past century are mainly the uneven advances of sex/gender equality, of class inequality, and the frustrations against the one or the other – plus the ravages of the US and Western wars, from Afghanistan to Libya and the Sahel. Two different issues will take the centre of the world stage for the next decades, climate politics and the US-China rivalry for world domination and hegemony, both in different ways connected with the persistent *problématique* of inequality. Diverse national and perhaps even regional social eruptions are likely to add to the heat.

The pandemic has constituted a threshold between the two eras, although the processes of the new were already on by the Corona outbreak. For the first time in the whole history of humankind of 100.000 years or more, humanity is facing a common species task, saving the ecology of the human habitat, the planet Earth. Human inequality and

division, which have increased over the last decades, make it unlikely that humanity will be fully up to its species task. The rehearsal of the Covid-19 pandemic revealed the fateful impact of state rivalry under crisis panic –even among allies in the European Union and NATO–, of irrationalist politicking, and of socio-economic inequalities between countries, ethnic groups, genders and classes.

Passages through the Inequality Pandemic

The Covid-19 pandemic has, hitherto, not been the deadliest recent plague of the world, by far. With 4,8 million deaths registered by October 1st 2021, its death toll is only 13 percent of the cumulated HIV-AIDS mortality, estimated at around 36 million (UNAIDS, 2021). Reported Corona deaths are certainly below reality, but even accounting for underreporting the difference is huge. Two of the best experts on global excess mortality in 2020 estimate the real figure as being at least 1.4 times the reported one (Karlinsky and Kobak, 2021:2), which would mean somewhat less than 7 million Covid deaths. In spite of its enormous size, AIDS mortality has largely disappeared from public memory, because of its targeted populations, sexual minorities and drug addicts in the North and poor Africans in Southern and Eastern Africa. COVID-19, on the other hand, has been a planetary event on an unprecedented scale and simultaneity. For instance, by January 2021 93 percent of the world's workers were living in countries with some kind of workplace closure measures against the virus (ILO, 2021:1).

Covid-19 has hit all parts of the world, even the remote South Atlantic island Saint Helena, where Napoleon was held captive until his death (Worldometer, 2021), but very differently, in timing as well as in lethal force. Among world regions, Latin America and Eastern Europe have been hardest hit. Among the ten countries of the world with the largest spike of mortality in 2020 and the first half (or months) of 2021, seven are Eastern European and three Latin American. The list is headed by Peru, 590 excess deaths per 100.000 population, and Bulgaria, 460. Two G20 countries are included, Mexico with 360 and Russia with 340 deaths. The lowest on the bottom ten list, Albania and Czechia had 320 extra deaths per 100,000, which may be compared with South Africa 270, Brazil 240, the worst Western European countries Italy 210 and Spain 190, and with USA also 190 (Karlinsky and Kobak, 2021, Supplementary Data). For India, a preliminary estimate puts its excess deaths to 199 per 100.000, or 2,69 million, in absolute terms the largest of the world (Leffer *et al.*, 2021).

At the other end of the inequality of pandemic death is East Asia as a region, despite the fact that the epidemic started and first spread there. In Japan, Singapore, South Korea and Taiwan all causes mortality declined in 2020 and in the first half of 2021 (Karlinsky and Kobak, 2021), and life

expectancy increased (slightly) in 2020 (Woolf *et al.*, 2021:3; Mainichi, 2021, Statistics Singapore, 2021). Data from China and Vietnam are not in, but they, and particularly China, have reported relatively few deaths from COVID, 196 per million population in the case of Vietnam and 3 in China (Worldometer 1 October 2021). Comparative figures from India were 321, from Spain 1847, and from USA 2150.

There are also two small groups of countries successfully staving off the Corona contagion, creating somewhat lower mortality and longer life expectancy, the Antipodes of Australia and New Zealand, and the Nordics of Denmark, Iceland, Finland (almost), and Norway (Karlinsky and Kobak 2021; Aburto *et al.*, 2021; Woolf *et al.*, 2021). Among the latter, the absence of Sweden may be noticed, barely making it to the better half of the EU (Eurostat, 2021). Karlinsky's and Kobak's data also show a mortality decline in Mauritius. Africa north of South Africa has hitherto been lucky and reports very low registered COVID death figures, which besides suspected larger undercounting are generally held to indicate a reality of relatively low incidence.

The reasons for this pattern of death are many and intricate, only to be hinted here. Apart from the obvious significance of government foresight and resoluteness, insular and/or peripheral isolation seems to be an advantage, underlying the good record countries outside East Asia, and except for China all the East Asian star performers are islands or a peninsula. There is also an all-East Asian commonality across political regimes which may be pertinent, a collectivist kind of governance, by strong states, social cohesion, and civic discipline.

Social inequalities in life tend to transfer into inequalities of death. One among many US studies summarized, that disproportionate deaths during the pandemic occurred among people of «non-white race/ethnicity», with income below the median, and less than high school education (Seligman *et al.*, 2021), that is among people providing «essential services» during the pandemic (Rogers *et al.*, 2020). Hispanic men were hit hardest, their life expectancy shortened by 4,6 years in 2020, more than four times the impact on the lives of non-Hispanic White women (Woolf *et al.*, 2021: table 2). The life expectancy gap between USA and 16 other high income countries in Europe and Asia widened in 2020, from 1,5 year in 2010-18 to 3,4 years for men and from 0,8 to 2,1 years for women (Woolf *et al.*, 2021: fig. 3). The same kind of ethnic/racial division is also found in British public statistics (United Kingdom, 2021). Men come out as more mortal than women (See further Oxfam, 2021).

The President of the World Bank, David Malpass, has called Covid-19 «the inequality pandemic», something which is most visible in its economic impact. After a brief initial setback, key stock exchanges bounced back. *The Forbes* (2021) magazine list of the world's billionaires became 660 names longer from March 2020 to March 2021, to 2.755. Billionaire

wealth increased by \$ 5,1 trillion, to 13,1 trillion, a figure equal to the combined GDP in 2020 of Japan, Germany, India and Italy. A somewhat broader class of privilege, of «high net worth individuals», also had a very good pandemic, their numbers increasing by 1,2 million to 20,8 worldwide and their wealth by 7,6 percent (Capgemini, 2021).

At the other end of the world, the number of people living in extreme poverty increased by 97 million in 2020, to 732 million (Mahler *et al.*, 2021), i.e., as many as the combined population of USA and the EU23, i.e., the EU minus its four poorest member states, 733 million. Worldwide about 120 million more people were driven to hunger and undernourishment in 2020, to 768 million, the same-size population as the US and the EU (minus Bulgaria) (FAO, 2021: table 2). Charitable foodbanks had to feed people also in the US and the UK, especially after cancelled school lunches, but apart from the super-rich getting even super richer, the overall US income distribution remained basically unchanged in 2020, (US Bureau of the Census, 2021a: table A3). In spite of spells of economic distress over the year, the rate of official poverty actually fell in the US of 2020 after all the «stimulus» and special support programmes, from 11,8 to 9,1 percent. Total household income declined by 2,6 percent. (US Bureau of the Census, 2021b: figure 2).

The global loss of labour income in 2020 was \$3,7 trillion, or 8,3 percent. For the first two quarters of 2021 the loss amounted to 5,3 percent or \$1,7 trillion (ILO, 2021b). (These figures do not include temporary public support transfers).

Between the poles of extreme wealth and extreme poverty, the middle class shrank. In India a third of the middle class (earning between \$20 and \$50 a day) were pushed down into poverty, in the rest of South Asia a fourth (Donnan *et al.*, 2021). In the «advanced economies», the middle class population – having a «high income» by global standards – declined by about 45 million people (Kochhar, 2021).

The economic inequality operates also country-wise. According to World Bank analysts (Gill and Nishio, 2021), the recovery from the pandemic will largely pass by the 74 poorest countries, the countries eligible for the Bank's IDA assistance. In 2020 their miserable per capita income declined by 2,3 percent, and their growth in 2021-23 is estimated to lag behind that of advanced economies by 2 percentage points a year. The pandemic has also particularly damaged several «emergent economies», except for Turkey, which defied expectations with growth in 2020 and fast moving forward in 2021. «Being relegated from an upper to a lower middle income country has undone some of the progress Indonesia has made over the last two decades», noted the *Jakarta Post* on July 15, 2021, calling for another economic model. Argentina, South Africa, Saudi Arabia, and Mexico were dealt major blows, with Argentina projected to recover only beyond 2025, South Africa possibly by the end of 2024 (OECD, 2021). In terms of Covid deaths, we noticed above that Eastern

Europe and Latin America were the two regions worst hit. Economically, Latin America is at the bottom together with Western Europe, while Eastern Europe, faring better than southwestern Europe in 2020, is projected, in July 2021, to recover its losses in the course of 2021 (Wiener Institut für Wirtschaftsvergleiche, 2021; CEPAL, 2021).

TABLE 1: *The Economic Contraction of the World in 2020. GDP Change in 2020, percent*

World	-3,5
USA	-3,5
China	+2,3
Eurozone	-6,6
India	-7,3
Japan	-4,7
Russia	-3,0
Latin America	-6,5
Sub-Saharan Africa	-2,4

Source: World Bank, 2021a: table 1.1.

In GDP terms, the economic impact of the pandemic was strongest in India, the Eurozone (in EU as whole, -6,1 percent), and Latin America. While the heaviest blow fell on small tourist economy island nations, like Fiji (-19 percent), Barbados, and Mauritius, several rather big national economies were also severely hit, in Europe Spain -10,6, UK -9,8, Italy -8,9, France -8,1, in Latin America Peru -11,1, Argentina -9,9, Mexico -8,2, in Africa and Asia the outliers South Sudan -10,8, Iraq -10,4, Philippines -9,6 (World Bank, 2021a). The negative performance of most of Western Europe is striking and perhaps surprising. Explanations have yet to emerge, but the early arrival and mismanagement of the virus have probably weighed upon the dire economic outcome.

The pandemic has demonstrated the strength of China, the only G20 country, together with Turkey in second place, able to keep growing economically in 2020 and projected to grow faster than any advanced economy, including USA, in 2021². The US economy, although not its

² Actually, the Irish economy had the fastest growth among rich economies in 2020, preliminarily at 3,4 percent. Growth was wholly driven by exports. Computer services and outsourced pharmaceutical and medical goods played a major roles, but so did also «goods for processing», aka «contract manufacturing», which is no cross-border trade but refers to international transfers of ownership of the goods being processed. (O'Toole 2020:61). The export economies of Bangladesh and Vietnam also managed to keep positive though lowered economic growth. Bangladesh seems to have had the highest growth in the world – except for Guyana with its new oil windfall – 5,5 percent for the fiscal year of 2020-2021 (May to May) (Bangladesh Ministry of Finance, 2021: Appendix 1.2).

society and population, has proved itself more robust against the viral challenge than that of its allies Western Europe and Japan, largely due to more vigorous and generous public support of ordinary citizens as well as of capital, both driving down the poverty rate, as we noticed above, and overtaking Asia-Pacific in the number and the wealth of rich people (Capgemini, 2021).

Summing up geopolitically, the passages through the pandemic have shown the efficiency of East Asian governance in containing it, the continuing economic dynamic of China, the social dysfunctionality of the United States and the force of its post-neoliberal economics. The world economy is now bouncing back more rapidly and forcefully than economic institutions had first expected. This is mainly due to the strong performance of China and USA, which together account for about 40 percent of world output, and «contrasts with ongoing weakness in other parts of the world economy» (UN Department of Economic and Social Affairs, 2021).

Other regions than East Asia and North America have been weakened relatively. Europe has become a lesser union, cracking under the viral onslaught, and overtaken economically by the US. The rise of India was set back by the Modi government's mismanagement of the pandemic, but its economy is projected to rebound vigorously. Biden has signalled that the US will fight against China under the rallying banner of liberal democracy. The handling of the pandemic by the governments of USA, India, and the European Union has hardly convinced skeptical populations and politicians in the non-Western world of the superiority of liberal democracy. In the spring of 2021 even a slight plurality of Americans, 43 to 42 percent, thought China had done a better job on the pandemic, and a median of 17 rich countries, evaluated 49 to 37 percent in favour of China's performance as compared to USA's (Pew, 2021a). Russia did better economically than southwestern Europe, but failed to mass produce and mass use its early and effective vaccine. Africa, except its most developed country, South Africa, has been spared the worst viral and national economy impact, but its masses of poor have become even poorer. The continent has been even more embroiled in violent conflicts and become further marginalized economically, while keeping its large and long demographic shadow. Latin America has been the main loser, with high losses of jobs and consumption as well as of human lives.

Latin America is the world region with the most articulated political left, in a broad sense. Sociopolitically, then, the travail of Latin America means a weakening of leftwing politics, underlined by pandemic under-performance –economically as well as medically– by the two major social reform governments in Argentina and Mexico. Three other countries are rather close to get progressive government, Brazil, Chile, and Colombia. If a left-of-centre government should get into power there this or next year, its space of action is likely to be circumscribed.

By and large, the pandemic has favoured big capital and the very rich, while weakening workers, above all «informal» workers -60 percent of the world's workforce (ILO, 2021b), farmers, women, and youth, through economic disruption, unemployment, and health risks. On the other hand, democratic and egalitarian protest against the «inequality pandemic» was simmering on all continents before the pandemic, which certainly gave it no satisfaction. Will its growing anger overcome its shrinking resource base? The question remains open.

On the climate crisis, the immediate effect of the pandemic was substantial, the largest annual decline of CO₂ emissions since World War II, globally 6,4 percent, and almost 10 per cent in advanced economies, driven by a decrease of road transport and, secondly, of aviation. The largest emissions decline was in the US, 12,9, and the smallest among major countries in China, -1,4, mirroring the unique non-decline of the Chinese economy (Tollefson, 2021). But the reduction of emissions was temporary, and the concentration of greenhouse gases continued to increase in 2020 and the first half of 2021 (World Meteorological Association, 2021). In December 2020 global emissions from the large energy sector were 2 per cent higher than in December 2019 (IEA 2021a). With the economic recovery emissions are expected to rise again, to only about 1 percent below the record level of 2019 (IEA 2021b). Only the transport sector has not yet returned to pre-pandemic emissions (WMO, 2021). UNCTAD (2021) found to its explicit surprise, that in its survey of pandemic policy responses by 20 countries plus the EU that renewable energy packages were more common in 2008 than in 2020.

The pandemic opinion effect is still to be assessed properly, but in a large poll of the G20 countries (of the world's biggest economies) three positive effects and one negative of the pandemic experience stand out. Majorities in all countries agreed that, it had shown how quickly people can change their behaviour in a crisis, secondly it had connected people of the world, and, thirdly, that Covid-19 was a unique moment to transform societies to be better able to deal with shocks and extreme events in the future (Global Commons Alliance, 2021). Together with other extraordinary disasters in the same period, of flooding and wildfires, an increased awareness of the fragility of our planetary civilization and of the self-destructive human role in endangering that fragility may be expected. But the social rules deployed to handle the pandemic also created a polarization between believers in and deniers of science, which could add to the already existing polarization around the climate issue. In general, Covid 19 and the response to it divided societies. That is the preponderant opinion of the populations of advanced economies polled by the Pew Research Center. Division is most felt in USA, where 88 percent of the population thought in spring 2021 that their society had become more divided (Pew, 2021a).

The End of Neoliberalism: Prospects of Its Post Era

The main socio-political effect of the pandemic, however, has been its ending of the neoliberal regime of capitalism, initiated by the Chilean military dictatorship in 1975, –under the guidance of Chicago economics and its connections with economists at the Catholic university in Chile– and capturing the commanding heights of the world economy in 1979-80 with the reign of Thatcher and Reagan and the «structural adjustment» programs of the IMF. As an ideological and political force, neoliberalism was a reaction against the advances of the propertyless in the 1960s-1970s, «overloading» democracies with their demands (Cf. Hay, 2007; Mudge, 2016; Slobodian, 2018). Out of the world of economic turbulence in the second half of the 1970s by crises and socioeconomic restructuration, neoliberalism could get into power also through electoral channels.

In a nutshell, neoliberalism meant that the state should concentrate on order and repression, while keeping out of the economic and social relations, to be left to global markets forces. Ronald Reagan, «the great communicator», summed up the message: 'I've always felt the nine most terrifying words in the English language are: I'm from the government, and I'm here to help'. He was talking about to the plight of US farmers, and then went on calling for the Senate to vote for «assistance» to the «freedom fighters» of Nicaragua (i.e. the counter-revolutionary armed force, the Contras) (*Washington Post*, 13 August 1986). During the 2020 pandemic there was full two-party support in the US Congress for massive government help, not just to bail out banks as in 2008, but to support the population as a whole, including distributing cash cheques to 160 million households³. Upon US initiative the G20 countries have agreed on a global corporate tax, ending the tax haven market, concretized by the OECD, on October 8 announcing a deal with 136 countries. The globalization promotion of free trade and of free flows of capital has been succeeded by geopolitics and «national security» concerns overriding interests of private business.

The pandemic sealed the fate of neoliberalism, but the latter's final demise, after surviving the financial crashes of Southeast Asia and of Latin America at the end of the 1990s, and of the West in 2008, had better be seen as part of a broad reconfiguration of the world. Planetary crises, like the pandemic and climate warming cannot be left to the markets. After the successful rise of China neoliberals can no longer claim that theirs is the only viable growth model, and neoliberalism has produced recurrent financial crashes and destabilizing inequality, while delivering growth rates

³ Available in: <https://newamerica.org/pit/reports/cares-act-stimulus-payments>. (Retrieved 2 July 2020).

below the post-war Keynesian period. Neoliberal marketeering is also unfit for geopolitical popular mobilizations.

The neoliberal was a cruel form of capitalism. However, in global history it may also be remembered for something else. It was under its regnum that inter-national economic inequality in the world began to bend down, having risen inexorably in the 19th and the first half of the 20th century, then stalling at a high plateau with decolonization , when the economies of India and China started to grow again. Inter-national inequality is what the leading researcher on world inequality, Branko Milanovic, refers to as Concept 2 inequality, i.e., population-weighted GDP per capita, measured from national accounts. From around 1980 this inequality starts to decline, wholly driven by Chinese development. Excluding China, inter-national inequality drops from about 2000, and counting out both China and India the inter-national inequality curve bends somewhat later, in the first decade of this century (Milanovic, 2014; 2016). Without China and India, the convergence process petered out in the years before the pandemic. Outsourcing production to low-wage, low-tax countries was a crucial part of neoliberal globalization, and Asian countries, particularly China and Southeast Asia, and in Europe Ireland above all, took this as an opportunity, which has then begun to unfold according to the capital-labour dialectic once discovered by Marx, with (slowly) rising labour strength and demands.

Neoliberalism was finally cast away. It was not defeated, its most frontal opponents in the central economies were, Occupy Wall Street, the Corbyn and Sanders campaigns, France Insoumise, Greek Syriza, and so on, while leaving their cracks and fissures. The pandemic did not issue into a profound re-start moment like 1945 after the defeat of Fascism, or into a door open to new social forces and change, as happened in USA and Scandinavia in 1933. Neoliberalism was first discarded (before the pandemic) by rightwing nationalist governments, first in Eastern Europe, e.g. in Hungary and Poland, followed, partly, by the Trump administration. Then decisively during the pandemic by centrist forces, a temporary bi-partisan US Congress coalition installing a generous public support policy, and the European Commission with the crucial support of Germany, driving through the «Next Generation» recovery plan. The largest fiscal stimulus packages in the world were all (except centre-left New Zealand) launched by centre-right or centrist governments, headed, well above the others by USA, followed by New Zealand, Singapore, Australia, Japan, Britain, and Canada (IMF, 2021). Post-neoliberalism is likely to set out with a pragmatic agenda shaped by diverse particular interests within the parameters of climate change challenges and geopolitical rivalry. An agenda of state-modified capitalism may very well include some reduction of the national inequalities generated by neoliberalism.

Climate Politics, Hopes, Despair and Social Justice

About 250 years ago the Industrial Revolution began to open the door to humanity's escape from nature's confinement, an exit from the so-called Malthusian trap, by increasing production with help of fossil fuels. Two centuries later, humanity began to discover that there were limits to human efforts at mastering nature, giving rise to concerns about «the limits of growth». With the 21st century humanity has brought itself into a new planetary ecology, of heat and of nature in uproar, forcing it to confront the ecological effects of the industrial revolution.

The encounter between the human species and the planet is forcing through a completely new configuration of political issues, which largely has to be played with the old instruments of class, gender, state, and religion politics, in which new environmentalist forces also have remained embedded. The new politics is veering between despair and hope, between, on the one hand, existential dread and apocalyptic images of species and planet catastrophe, and, on the other, glimmers of hope of profound social transformations taking us beyond existing capitalism into some kind of panhuman wellbeing. Both sides fetching arguments from climate science, from prophecies of doom to calls for radical social change, e.g., «We need nothing less than a societal transformation», Patrick Devine-Wright, one of the lead authors of the 2021 IPCC report (*The Guardian*, 10 August 2021).

The climate crisis has become a concern of world population, not only of experts, activists, and many politicians. In the G20 countries poll cited above, a country average of 58 per cent (unweighted by population size) were «very» or «extremely» worried about the current state of nature. Opinion was divided internationally in an interesting manner. Most worried were the Turks (79 percent), the Mexicans (77 percent), the Brazilians (74 percent), and the Indians (70 percent). Least worried were the Saudis (26 percent), the Japanese (44), and the Anglo-Saxons, USA, UK, Australia (45-46 percent). Less people were worried about the state of nature in France and Germany (57 percent) than in South Africa (66 percent) and Indonesia (68 percent) (Global Commons Alliance, 2021). The pupils movement, Fridays for Future, started in Stockholm in September 2018 by Greta Thunberg, has become a global mass movement, claiming to have mobilized 14 million youths in school strikes in 65 countries, with particular strength in Germany, USA, and Sweden, but a presence on all continents⁴.

Ecological politics started already in the early 1970s, with party launches in the Antipodes of Tasmania and New Zealand, and emerged as a significant political opposition out of the European elections in 1979.

⁴ Available in: fridaysforfuture.org (Retrieved 2 July 2020).

Though not gaining any seat in the European parliament, the German list scored well enough to qualify for public economic support, which provided the funding for the founding of the Green Party in Germany in 1980. Green parties have since then become a non-negligible minority force in most parts of Western Europe, and above all in Germany, France, Netherlands, and Belgium. There is also global network of Green parties, founded in 2001, with 80 member parties and some organizational structure and a common Global Greens Charter. Outside Western Europe, these parties are mostly marginal or local, although member parties were once, around 2010, represented in the (hardly powerful, true) parliaments of DR Congo and Sierra Leone⁵.

There is a widespread global concern about the climate crisis, stronger among women than among men, by people under than 35, by people with a tertiary education, and with a high income (Global Commons Alliance, 2021). There is a global movement, and a global ecological party politics, albeit mainly Western European the latter and North Atlantic the former. But there is no major worldwide movement of climate-required societal transformation, nor a major social force fighting for climate justice, although indigenous peoples' movements are becoming non-negligible in several countries. This means that, whatever the urgency of radical change, climate politics is most likely having to operate through existing political systems and global geopolitics and more often than not through the political elites in existence, even though driven from outside, by pressures from scientific enlightenment and popular movements.

Politics as usual for unusual change is the most likely prospect, including, vested particularistic interests, social lenses from selected memories of a world long gone, power games, horse-trading, corruption, etc. The situation of political mess raises the requirements of climate movements and climate scientists to develop their understanding of and their addressing the socio-political complexity of the climate issue, on national as well as global level, a task which cannot be safely left to the elites in power.

The movement and the scientists have to think through what it entails to speak for humanity as whole and its planetary habitat. First of all it means to speak for a species hugely and deeply divided, not only by cultures and opinions but also, and above all, by conditions of life. The most articulate and active climate opinion is concentrated in what the World Bank calls high income countries, which, without the oil emirates, house about 15 percent of world population. A program for world change cannot be properly developed from a perspective of an affluent upper middle class minority within the fifteen percent, such as «prosperity for all will destroy the planet» and «de-growth». Such ideas are circulating

⁵ Available in: www.wikiwand.com/en/Global_Greens (Retrieved 2 July 2020).

widely among the committed, and they are counter-productive to political change. But they are certainly not alone, and may very well be a minority within a minority. The program advocated by Chomsky and Pollin (2020), e.g., is very explicit on global climate justice, and so are Greta Thunberg and the pupils' movement: «We will not allow the industrialized countries to duck responsibility for the suffering of children in other parts of the world» (Thunberg *et al.*, 2021:11). The UN organizations in the field are also committed to global equity. Democratic climate politics will have to aim for: «Save our planet. Common well-being for all». People's per capita purchasing power in the high income countries is currently 53 times that of the 665 million living in low income countries, and 20 times higher than the purchasing power of the 3,3 billion in lower middle income nations. (World Bank, 2021) The right to development is a human right.

Climate politics will involve games of crisis responsibility allocation, and besides lies and flat denials there are several different ways of measuring to take into account. Two-thirds of the world's total fossil emissions are produced in just six countries or block of countries. But their rank order depends whether you count total or per capita emissions, and there is also an argument for a historical responsibility. Today's climate crisis derives from a historical accumulation of carbon dioxide and other greenhouse gas emissions since the Industrial Revolution, an accumulation accelerating from 1950. The old developed countries of Europe, USA, and Japan – who laid the basis for the current crisis - have reduced their emissions somewhat since 2015, whereas developing countries have increased theirs, Indonesia by 6,2 percent annually, Turkey by 3,5 percent, India 3,0 percent and China by 2,0. However, the historical pollutions of the Industrial Revolution still hang over the planet.

All the three different ways of counting in table 2 are true, within their statistical margins of error, and relevant. Their three competing messages need to be taken into account.

TABLE 2: *Three Ways of Identifying the World's Largest CO₂ Emitters, in 2019, by Production*

Share of total 2019		Per capita share 2019		Cumulated historical share 2013	
China	30	USA	15,5	North America	27
USA	13	Russia	12,5	EU	20
EU+UK	9	Japan	9	Russia/C Asia	15
India	7	China	8	China	12
Russia	5	EU+UK	6,5	South Asia	7

Sources: Shares in 2019: EDGAR, 2020; cumulated historical shares: Chancel and Piketty, 2015:14.

Emission can also be seen as driven by consumption demand, for goods (cars for instance) and services (e.g., flights). They can then be allocated to consumers' accounts via household expenditure and income distribution data. Chancel and Piketty calculated the pattern of consumption-based emissions with data from 2013.

TABLE 3: World shares of CO₂ consumption-driver emissions: Top 10 percent of emitters by country and class of consumption. Percent of total emissions

Affluent North Americans	18
Affluent EU citizens	9
Affluent Chinese	4,5
All top ten percent emitters	45

Source: Chancel and Piketty 2015: Figure 7.

Given stark economic inequalities, consumption-based emissions calculations may be better analysed on a class basis. By 2013, the curves of between- and within-country inequality of emissions were about to cross, with the latter rising (Chancel and Piketty, 2015:33). According to the UN Environment Programme, the world's richest 1 percent would need to reduce their consumption at least thirty times by 2030 for the Paris Agreement goal of maximum 1.5 degree planetary warming (UNEP, 2020: XV).

The UN Development Program has developed another measure, «planetary pressure», combining carbon emissions and «material footprint», «the amount of material extracted (biomass, fossil fuels, ores...) to meet domestic final demand for goods and services» (UNDP 2020: 235). The «pressure» values are then indexed into UNDP Human Development Index. Through the size of the reduction of the pre-ecological index by the «planetary pressure-adjusted index» you get a measure of the ecological damage or risk to the planet that a country produces. The privileged of the US sit heavily on the rest of the world.

TABLE 4: Reduction of Human Development through Planetary Pressure. Percent of development index reduced by planetary pressure-adjusted Human Development Index

USA	22,5
Countries of very high development	15,4
China	11,8
Developing countries	5,5
World	7,3

Source: UNDP, 2020.

Climate justice of class, gender, and country, and rights of the disadvantaged to grow and develop, as well as inter-national understanding and cooperation are controversial but inescapable issues in climate politics. Outcomes are uncertain. Opinions and mainstream politicians are moving forward, but are still walking behind the dynamics of the climate system. Under policies in place or announced, we are most probably heading for a disastrous 2,7 degrees temperature rise by the end of the century. Assuming that all declared national net zero pledges are achieved in time and in full, warming will climb to 2,1 degrees above the per-industrial level (IEA, 2021c). If the pandemic experience – of cutthroat competition for protective gear, national border closures, vaccine patent exclusivity, hoarding, and politicking – is anything to go by, the prospects are pretty bleak, particularly at the global level. But hardly hopeless. Apocalyptic scenarios are ignoring the evolving impact of institutional commitments, at a global as well as a national level – including the high courts in some countries, the technological drive of profit prospects in a post-fossil economy, and the capacity and potential of 21st century politics, manifested during the pandemic. Confronted with an acute crisis shock, several governments were jolted into action.

The Last Decades of the Western Empire

The intensifying US-China conflict has to be seen in its historical context. For half a millennium the world has been an imperium of a Western dynasty of North Atlantic states, succeeding each other, Portugal, Spain, the Netherlands, Britain, and USA. The competitive Christian European imperial family has also included other members in secondary historical roles, like France, Germany, Italy, Belgium, and Russia. The US is the last of this dynasty, and it has no heir. The end of the dynasty is approaching. When and how it will end is unpredictable. As is who or what will follow, China is the main pretender, but its succession is by no means guaranteed. The worldwide Western empire may, for instance, break up into regional powers, as the vast Mongol empire once did, or world domination may mutate into some kind of fluid post-imperial equilibration as the Roman empire did. The decline and termination of empires can be a long and protracted non-linear process, as we know from the Mughals and the Qing as well as from Rome. However, there can be no doubt that the decline has set in, and from the look-out of 2021 it seems probable that the 21st century will be decisive.

The basis of the decline is global economic development, which took a new turn after 1950 and had got its new clear direction around 2000.

TABLE 5: *The Rise and Decline of the West. Shares of World GDP, 1820-2003, percent*

	1820	1870	1913	1950	1973	2003
West (a)	25	43	54	56	51	43
Asia	59	38	25	19	24	41
Lat. Am.	2	3	4	8	9	8
Africa	7	5	3	4	3	3
Non-West (b)	68	45	32	30	35	51

Notes: a) The West is Western Europe and what the author called «Western offshoots», i.e. USA and other non-Iberian European settler countries; b) The Non-West here is the sum of Asia, Latin America and Africa. Because of rounding of decimals, the sum sometimes differs from simple additions of the rows above. Source: Maddison, 2007:381.

These figures, drawn from one of the greatest of modern economic historians, have, of course, their (unknown) margins of error, but with their margins they do show world trajectories of economic development, the pre-industrial inheritance of Asia and North Africa, the rise of the industrializing West, peaking in 1950 with USA accounting for a good fourth of world production and Asia driven down to the bottom by colonialism, wars in China, and the smashing of Japan. With decolonization and the Chinese Revolution, India and China started to grow again, Japan recovered, and its former colonies successfully industrialized. By early 21st century, the economies of the non-West were again larger than the Western ones. The 20th century had ended, the gravity of the world is tilting back to Asia.

Several Asian countries have since 1950 produced impressive rates of economic growth, unrivalled by any country in the West, but the Chinese development after 1980 is stunning and unique. The ex-neoliberal development economist Jeffrey Sachs has called it «the most successful development story in world history» (here quoted from Zakaria, 2011: 102). In forty years from 1980 to 2020, the Chinese share of world GDP increased tenfold, from 1,7 to 17 percent (World Bank data, 2021). By comparison, in the eighty years from 1870 to 1950, the US share tripled, from 9 to 27 percent (Maddison, 2007:381). In 2020 the US share was still 25 percent, while the Chinese gains have been at the expense of Europe, East and West.

So far, the decline of the Western dynasty of world domination has gone through three major phases, one ended, one just ending, and a third just beginning.

Decolonization was the first phase, starting after World War II, and peaking in the two Vietnam wars, the French and the American, and

basically finished in the 1990s, with South Africa's transformation from a colonial settler state to a democratic post-colonial one⁶. Inter-imperialist rivalries in the two devastating World Wars, to which masses of colonial soldiers and auxiliaries were enlisted, had undermined colonial authority and the dialectic of colonial modernization had generated generations of anti-colonial nationalists. Decolonization in turn has created a post-colonial «non-aligned» world opinion, i.e., regularly voting against the US blockade of Cuba and the settler occupation of Palestine, and demanding a Western recognition of and compensation for its historical responsibility for today's climate threats.

The second phase has taken place in this century, and appears to be ending as I am writing. It derived from Western hubris, brutality, and incompetence after its Cold War victory. The US and its faithful followers embarked on three ambitious projects with a view to remaking the non-Western world into their own self-image. One lay near at hand, transforming the former Soviet Union and former Soviet-dominated Eastern Europe. The second was to remake the Middle-Eastern Muslim world by force. This decision was contingent and followed upon al-Qaeda's attack on New York and Washington, but it contained a logic from the Cold War. Islamic traditionalist reaction was weaponized into international militant Islamism as an anti-communist strike force in Afghanistan, strategically conceived by Carter's security adviser Brzezinski, bankrolled and provided with religious fervour by the Saudis, militarily trained by the Pakistanis, and armed by the US under Carter and Reagan⁷. Out of this came the Islamist hubris of global jihad. The Bush administration then started a «war on terror», which became also a war of terror, stretching from Afghanistan to Libya, and with its hells of horror from Bamyan via Abu Ghraib to Guantánamo. The third project was changing China, which could hardly be done by dictation, as in Eastern Europe nor by force as, it was believed, in the Middle East. China should be acculturated, at least economically and politically, by integration into the Western economy and Western-controlled institutions like the WTO.

Of the three brazen grand projects of, two and a half were fiascos, and their blowback constituted the second phase of Western decline. One and a half of them demanded huge human cost, not to the Western consortia starting and running them, but from the targets of the projects. The attempts to reshape the Muslim world cost 800.000 lives, 335.000 of whom civilians (Watson Institute, 2021). The half success was in Eastern Europe west of Russia –which was culturally hardly non-Western–,

⁶ The Israeli occupation of Palestine may be seen as a minor leftover from the colonial era.

⁷ In the triumphalist late 1990s Brzezinski boasted of how he lured the Soviets to intervene in Afghanistan by getting the CIA to support the traditionalist Afghan resistance to the communist modernizers, in an interview to the *Le Nouvel Observateur* (January 15- 21 1998).

creating a clientele even more loyal to the US than Western Europe (which had been a crucial helper in the success), the «New Europe» as the US Minister of the Iraq invasion Donald Rumsfeld put it. The Eastern European project reached its utter limit in 2000, with the demise of the Yeltsin satrapy and the regeneration of Russia in a non-Western direction by Putin. By then, the Western neoliberal tutelage had brought the gap between the Russian national income and that of Western Europe down to levels before the Russian Revolution, and had allocated the richest 10 percent a larger share and the bottom half of the population a smaller one than Tsarism in 1905 (Alvaredo *et al.*, 2018, figs. 2.8.2 and 2.8.5).

As a compensation for the failed Westernization of Russia, EU and US politicians contrived to bring the Ukraine into the Western orbit, cutting its ancient links to Russia (Sakwa, 2016). The US invested \$5 billion in its interference in the politics of Ukraine, according to assistant Secretary of State Nuland. It finally succeeded in 2014, but at the cost of dividing the country in bloodshed⁸, and creating a regime not that much different from the now fallen government in Afghanistan. To what extent the permanently escalated conflict with Russia is regarded as a cost or a gain in Brussels and Washington seems unknown.

The fiascos in the Muslim world, after those of Iraq, Somalia, Libya, Syria, with their wars of destruction and failed reconstructions, came to a dramatic end in August 2021, with the proconsulate US embassy in Kabul evacuated by helicopters in the smoke of burning documents.

The realization that China was not growing into a second UK or defeated Japan, but was becoming a big power of its own has been gradual, starting from China's very successful avoidance of the Western financial crash of 2008. From the Trump Presidency on, the idea of assimilating China has been replaced by fighting it and «keeping it in its proper place» as Trump's second Foreign Minister put it (Zakaria, 2020:202). The defeat of these grand post-Cold War attempts to westernize the non-Western world, left most non-Westerners less subdued and more adverse than before, eroding Western world hegemony.

A third phase is just starting, by a non-Western country challenging the economic and technological superiority of the Western emperor, symbolized by the 5G telecommunications infrastructure developed by the Chinese company Huawei. Unable (for the time being) to compete with it, the US has banned it, pressuring its followers to do the same, which many of them have. A non-Western country successfully launched (in 2015) global initiatives of its own, such as the Asia Infrastructure Investment

⁸ The Ukraine is culturally deeply divided, East-West, and opinion on associating with the EU or with Russia was extremely polarized. In November 2013 a poll showed that in the East 64 percent were in favour of a customs union with Russia and 16 percent for an EU association, whereas in Western Ukraine 66% were for an EU orientation and 18 percent for a Russian (Figes, 2014:70), first published in *Foreign Affairs*, 16 December 2013.

Bank, and the Belt and Roads Initiative, both taking off despite US opposition. China has become the world's largest manufacturer, with a share of output almost twice as that of USA (28 to 16 percent in 2018) (World Economic Forum, 2020), the world's largest exporter and second largest importer (World Integrated Trade Solution Data, 2020). It has sent 40.000 enterprises out into the world (Brown *et al.*, 2021:153). The landscape of economic globalization has been redrawn.

To meet the economic-technological challenge to its supremacy, the US is striving to broaden the «strategic competition» into a wider conflict of geopolitical power positions and ideology or «values». A bugle call to battle was sounded by the State Department in the last months of the Trump regime: «the Chinese Communist Party has triggered a new era of great-power competition. In the face of the China challenge, the United States must secure freedom» (US State Department, 2020). President Biden's top China adviser earned his appointment by arguing for a broad regime confrontation: «Both rivalries [that between Germany and Britain in the 19th and the current China-US one] feature a rising autocracy with a state-protected economic system challenging an established democracy with a free-market economic system» (Doshi, 2018). Biden (2021) himself is also putting the competition with China into a highly charged ideological frame: «American leadership must meet this new moment of advancing authoritarianism, including the growing ambitions of China to rival the United States, and the determination of Russia to damage and disrupt our democracy». He has revived a mutation of an old idea of the late Senator McCain and others on the US right, to substitute or marginalize the UN by creating a League of Democracies⁹, in calling for annual «Summits for Democracy», «defending against authoritarianism, fighting corruption, and promoting respect for human rights».

An aggressive foreign policy has large bipartisan support in the US Congress, but there is a wide-ranging professional debate going on in the journal *Foreign Affairs*, and public opinion is divided. Among Republican voters the three most important foreign policy goals were (in February 2021), protecting the jobs of American workers, protecting the US from terrorism, and maintaining the US military advantage over all other countries. Democrats listed reducing the spread of infectious diseases, dealing with climate change, and protecting American jobs. «Limiting the power and influence of China» ranked fifth among Republicans (63 percent support), but only 12th among Democrats (36 percent support) (Pew Research Center, 2021). As for the Chinese, the official line so far is mainly defensive, denying US accusations and continuing the outward

⁹ There was a plan, announced by Boris Johnson as the host and almost certainly with US support, to turn the rich economies club G7 into a Democratic 10, including India, Australia and South Korea at the club summit in June 2021. It did not come off, apparently due to European scepticism of escalating world polarization (Sergeant, 2021).

economic policy, which hitherto is paying off. The main economic flows keep running, and US high finance, headed by JP Morgan Chase, is availing itself of new licenses for wholly foreign-owned financial operations in China (Kimberley, 2021). Organized US business is trying to put brakes on the anti-China offensive of the bipartisan political elite (Bade, 2021).

In this post-neoliberal era of geopolitics and ideological mobilizations there is a little noticed Sino-American convergence on a new attention to social and egalitarian concerns.

In his State Department speech (on February 4th 2021) on America's Place in the World, President Biden also emphasized domestic social issues, taking «steps to acknowledge and address systematic racism and the scourge of white supremacy in our own country». «Every action we take in our conduct abroad we must take with American working families in mind. Advancing a foreign policy for the middle class demands urgent focus on our economic revival». The steadfastly free trade liberal Economist magazine notes with disapproval that recent supply chains reports by the administration do not only deal with national security but «also enforces union representation, social justice and pretty much everything else» (Editorial, 17 July 2021).

Deng Xiaoping's economic development strategy from 1978 did not follow the examples of post-war Japan and South Korea, of egalitarian export orientation with national economies protected from foreign capital. Instead, like Singapore, China has integrated its economy in the global flows and let inequality soar. However, extreme poverty, at the lowest level of World Bank-defined poverty, \$ 1,90 a day at 2011 in purchasing power parities, has been eradicated in 2020, from about two thirds of the population in 1990 (World Bank, 2021a). This was largely an effect of a minimally inclusive pattern of development, but in 2013 Xi Jinping made the eradication of extreme poverty by the end of 2020 a public commitment, and under his reign expenditure on poverty alleviation had by 2019 increased to 6,4 times that of 2009 (Li, 2021:44). Xi and the party leadership have recently become increasingly preoccupied with existing inequality and calling for «common prosperity for all» as a key political goal. Among a number of measures taken or planned are better protection of gig-workers and a provincial experiment in raising the labour share of income, as well as cut-downs of several corporate tycoons and business practices (*The Economist*, 24 August 2021). This should probably be seen in connection with Xi's speech to the centenary of the Communist party and its strong re-affirmation of socialism and Marxism: «the capability of our Party and the strength of socialism with Chinese characteristics are attributable to the fact that Marxism works» (Xi, 2021).

As these common inequality concerns are part of national mobilizations, they are not likely to move the two national leaderships closer to each other.

The outcome in the coming decades of the just started battle for world leadership between USA and China is unforeseeable, and the battle not necessarily the last one. But the demographic weight and the unleashed economic vigour of Asia make it likely that, short of nuclear war, the decline of the Western empire of the world will continue until its end. The demographic size of China and India, each four times larger than the US, means that with a half of the US per capita economy, their total economic resources would be twice as large as the American, as the historian of great powers, Paul Kennedy (2021), has pointed out. In the century of climate crisis, the largest Western asset in the Cold War, its level of private consumption (cf. de Grazia, 2005), is being devalued, and might even be seen as a liability. «By many economic measures, China will become a dominant force, whatever America does», says an editorial of the British liberal magazine *The Economist* (17 July 2021).

The «strategic competition» between the two superpowers is inevitable, reflecting a seismic shift of the world economy. As the stakes are high, the parties, particularly the champion challenged, are tempted to use all conceivable weapons save deliberate full-scale military war. But a hot fervour confrontation will easily jeopardize the difficult but necessary planetary cooperation required to master the climate crisis. The fatal timing, of the end-game of the Western empire coinciding with the decisive decades for ensuring the liveability of the planet may lead to tragedies of civilizational dimensions. The hottest century beyond human memories will need a global politics of cool.

References

- Aburto, J. M., et al. (2021), «Quantifying impacts of the COVID-19 pandemic through life expectancy losses: a population-level study of 29 countries», *International Journal of Epidemiology*, 1-12. DOI: 10.1093/ije/dyab207
- Alvaredo, F. et al. (2018), «World Inequality Report 2018». Available in: <https://wir2018.wid.world>
- Andrasfay, T. and Goldman, N. (2021), «Reductions in US life expectancy due to COVID-19 and the disproportionate impact on the Black and Latino populations», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118 (5), 1-6.
- Bade, G. (2021), «Corporate America fights uphill battle against anti-China push», *Politico*, 1 September. Available in: <https://www.politico.com/news/2021/09/01/business-us-china-trade-508239>
- Bangladesh Ministry of Finance (2021), «Bangladesh Economic Review 2021». Available in: <https://mof.gov.bd>
- Bazinet, K. R. (2001), «A fight vs. evil, Bush and cabinet tells U.S.», *New York Daily News* 17 November.
- Biden, J. (2021), «Remarks by President Biden on America's Place in the World», 04 February, The White House. Available in: <https://www.whitehouse.gov/briefi>

- ng-room/speeches-remarks/2021/02/04/remarks-by-president-biden-on-americas-place-in-the-world/
- Brown, M.; Chewning, E. and Singh, P. (2021), Preparing the United States for the Superpower Marathon with China, in T. Chabra; R. Doshi; R. Haas and E. Kimball (eds.), *Global China: Assessing China's Growing Role in the World* (pp. 151-61). Washington: Brookings Institution Press.
- Buchanan, L.; Bai, Q. and Patel, K. (2020), «Black Lives Matter may be the largest movement in US history», *New York Times*, 3 July.
- Capgemini (2021), «World Wealth Report 2021». Available in: <https://worldwealthreport.com/>
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2021), «Crecimiento de América Latina y el Caribe en 2021 no alcanzará a revertir los efectos adversos de la pandemia». Available in: <https://www.cepal.org>
- Chancel, L. and Piketty, T. (2015), «Carbon and Inequality: from Kyoto to Paris Trends in the global inequality of carbon emissions (1998-2013) & prospects for an equitable adaptation fund World Inequality Lab», HAL Id: halshs-02655266. Available in: <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-02655266>
- Chomsky, N., and Pollin, R. (2020), *Climate Change and the Global Green New Deal*, London: Verso.
- Clark, C. (2013), *The Sleepwalkers: How Europe went into war in 1914*, New York: Harper/Collins.
- Donnan, S. et al. (2021), «Millions are tumbling out of the middle class in historic setback», Bloomberg Businessweek, 7 April
- Doshi, R. (2019), «Beijing's Bismarckian Ghosts: How Great Powers Compete Economically». Available in: <https://www.rushdoshi.com/blog/2019/1/11/beijings-bismarckian-ghosts>
- The Economist* (17 July 2021), «Biden's new China doctrine».
- _____ (23 July 2021), «Tracking covid-19 excess deaths across countries».
- _____ (24 August 2021), «Xi Jinping's talk of 'common prosperity' spooks the prosperous».
- _____ (28 August 2021), «Fleshing out the olive».
- EDGAR (2020), «Fossil CO₂ emissions of all world countries». Available in: <https://edgar.jrc.ec.europa.eu>
- Eurostat (2021), «Life expectancy decreased across the EU». Available in: <https://ec.europa.eu/eurostat>
- FAO (Food and Agriculture Organization of the United Nations) (2021), «The state of food security and nutrition in the world». Available in: <https://www.wfp.org>
- Figes, O. (2014), Die Ukraine gibt es nicht, in C. Dathe and A. Rostek (eds.), *MAJDAN!: Ukraine, Europa* (pp. 67-71). Berlin: Tapeta.
- Forbes (2021), «Forbes 55th Annual World's Billionaires List: Facts and Figures 2021». Available in: <https://www.forbes.com>
- Fridays for Future (2021), Strike Statistics. Available in: <https://fridaysforfuture.org>
- Fukuyama, F. (2021), «The end of American hegemony». Available in: <https://www.economist.com/by-invitation/2021/08/18/francis-fukuyama-on-the-end-of-american-hegemony>

- Gill, I. and Nishio, A. (2021), «The global recovery is bypassing the poorest countries». Available in: <https://blogs.worldbank.org/voices/global-recovery-bypassing-poorest-countries>
- Global Commons Alliance (2021), «Global Commons Survey: Attitudes to Transformation and Planetary Stewardship». Available in: <https://www.ipsos.com/ipsos-mori/en-uk/global-commons-survey-attitudes-transformation-and-planetary-stewardship>
- Global Greens (2021). Available in: https://www.wikiwand.com/en/Global_Greens
- Grazia, V. De, (2005), *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe*, Cambridge Mass. The Belknap Press.
- Hassol, S. J.; Ebi, K. and Serkez, V. (2021), «The global impact of extreme heat», *New York Times*, 21 July.
- Hay, C. (2007), The genealogy of neoliberalism, in R. Roy *et al.*(eds.), *Neoliberalism: National and Regional Experiments with Global Ideas* (pp. 51-70). London: Routledge.
- Institute for Economics and Peace (IEP) (2021), «Global Peace Index 2021», Available in: <https://www.visionsofhumanity.org>
- International Energy Agency (IEA) (2021a), «Global Energy Review: CO₂ Emissions in 2020». Available in: <https://www.iea.org/reports>
- _____ (2021b), «Global Energy Review 2021». Available in: <https://www.iea.org/reports>
- _____ (2021c), «Net Zero by 2050». Available in: <https://www.iea.org/reports>
- International Labour Organization (ILO) (2021a), «COVID-19 and the world of work», Seventh edition. Available in: <https://www.ilo.org>
- _____ (2021b), «World Employment and Social Outlook. Trends 2021». Available in: <https://www.ilo.org>
- International Monetary Fund (IMF) (2021), «Fiscal Monitor Database of Country Fiscal Measures in Response to the Covid19 Pandemic». Available in: <https://www.imf.org/Intergovernmental>.
- Karlinsky, A. and Kobank, D. (2021), «Tracking excess mortality across countries during the COVID-19 pandemic with the World Mortality Dataset», *eLife* (10:e69336). DOI: 10.7554/eLife.69336
- Kaufman, D. *et al.* (2020), «Holocene global mean surface temperature, a multi-method reconstruction approach», *Scientific Data*, 7 (201).
- Kennedy, P. (2021), «Whether China's rise means America's fall», Available in: <https://www.economist.com/by-invitation/2021/09/01>
- Kimberley, N. (2021), «Why US business is powering ahead in China despite tensions», *South China Morning Post*, 17 August.
- Kochhar, R. (2021), «The pandemic stalls growth in the global middle class, pushes poverty up sharply». Available in: <https://www.pewresearch.org>
- Lahoud, N. (2021), «Bin Laden's Catastrophic Success», *Foreign Affairs*, September/October.
- Leffer, C.; Lykins, J. and Yang, E. (2021), «Preliminary analysis of excess mortality in India during the COVID-19 pandemic». DOI: 10.1101/2021.08.04.21261604
- Li, Ch. (2021), Xi Jingping's «Proregress», in T. Chabra, R. Doshi, R. Haas, E. Kimball (eds.), *Global China: Assessing China's Growing Role in the World* (pp. 41-52). Washington: Brookings Institution Press.

- Maddison, A. (2007), *Contours of the World Economy, 1-2030 A.D. Essays in Macro-Economic History*. Oxford: Oxford University Press.
- Mahler, D. G. et al. (2021), «Updated estimates of the impact of Covid-19 on global poverty: Turning the corner on the pandemic in 2021?». Available in: <https://blogs.worldbank.org/opendata/updated-estimates-impact-covid-19-global-poverty-turning-corner-pandemic-2021>
- Mainichi (newspaper) (2 August 2021), «Japan's average longevity hit record high». Available in: <https://mainichi.jp/English>
- Milanovic, B. (2014), «Trends in global income inequality and their political implications». PowerPoint presentations, Graduate School, City University of New York.
- Milanovic, B. (2016), *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*, Cambridge MA: The Belknap Press.
- OECD (2021), «OECD Economic Outlook, no. 109». Available in: <https://www.oecd.org/economic-outlook/>
- Mudge, S. (2016), «Neoliberalism, accomplished and ongoing», in S. Springer et al. (eds.), *The Handbook of Neoliberalism* (pp. 71-104). London: Routledge
- O'Toole, C. (2020), «The lockdown tale of two economies in Ireland: How Big Tech and Pharma bucked the trend», *Quarterly Economic Commentary*, Autumn, 47-65.
- Oxfam (2021), «The Inequality Virus». Available in: <https://www.oxfam.org>
- Pew Research Center (2021a), «People in advanced economies say their society is more divided than before the pandemic». Available in: <https://www.pewresearch.org>
- Pew Research Center (2021b), «Pressing China on human rights –even if it hurts economic relations has American bipartisan support», Available in: <https://www.pewresearch.org>
- Rogers, T. et al. (2020), «Racial disparities in Covid-19 mortality among essential workers in the United States». Available in: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov>
- Sakwa, R. (2016), *Frontline Ukraine:Crisis in the Borderlands*, London: I.B. Taurus
- Seligman, B.; Ferranna, M. and Bloom, D. (2021), «Social determinants of mortality from Covid19: A simulation study using NHANES». Available in: <https://journals.plos.org>
- Slobodan, Q. (2018), *Globalists*, Cambridge MA: Harvard University Press.
- Statistics Singapore (2021), «Complete Life Tables for Singapore Resident Population 2019-2020». Available in: <https://www.singstat.gov.sg>
- Thunberg, G. et al. (2021), «Dear adults, you are failing us», *New York Times*, 21-22 August.
- Tollefson, J. (2021), «COVID curbed carbon emissions following the COVID-19 –but not by much», *Nature*, 15 January.
- United Kingdom (2021), Covid-19 confirmed deaths in England (to January 2021) report. Available in: <https://www.gov.uk/government/organisations/public-health-england>
- UNAIDS (2021), «Fact Sheet 2021». Available in: <https://www.unaids.org/en>
- United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD) (2021), «A Comparison of Selected Stimulus Packages in 2008 and 2020». Available in: <https://unctad.org>

- UN Department of Economic and Social Affairs (2021), «World Economic Situation and Prospects: July 2021». Available in: <https://www.un.org/development/desa/dpad>
- UN Development Programme (UNDP) (2020), «Human Development Report 2020». Available in: <http://hdr.undp.org/2020-report>
- UN Environment Programme (2020), «Emissions Gap Report 2020». Available in: <https://www.unep.org/emissions-gap-report-2020>
- US Bureau of the Census (2021a), «Income and Poverty in the United States», Available in: <https://www.census.gov>
- US Bureau of the Census (2021b), «The Supplemental Poverty Measure, 2020». Available in: <https://www.census.gov>.
- Watson Institute (2021), The Costs of War. Available in: <https://watson.brown.edu/costsofwar/>
- Wiener Institut für Wirtschaftsvergleiche (2021), «Cautious optimism as Eastern European economies adapt to Covid-19». Available in: <https://wiiw.ac.at>
- Woolf, S.; Master, R. and Aron, L. (2021), «Effect of the COVID-19 pandemic on life expectancy across populations in the USA and other high income countries: simulations of mortality data», *British Medical Journal*, 23;373 (1343). DOI: 10.1136/bmj.n1343
- World Bank (2021a), World Bank Open Data. Available in: <https://data.worldbank.org>
- World Bank (2021b), Global Outlook. Available in: <https://worldbank.org>
- World Economic Forum (2020), «These are the top 10 manufacturing countries in the world». Available in: <https://www.weforum.org/agenda/2020/>
- World Integrated Trade Solution (WITS) 2020. Available in: <https://wits.worldbank.org/default.aspx?lang=es>
- World Meteorological Association (WMO) (2021), «Climate change and impacts accelerate». Available in: <https://public.wmo.int>
- Worldometer (2021), Available in: <https://worldometers.info/coronavirus>
- Xi Jinping (2021), «Speech on the CCP's 100th Anniversary». Available in: <https://asia.nikkei.com/politics/full-text-of-xi-jinping-s-speech-on-the-ccp-s-100th-anniversary>
- Zakaria, F. (2011), *The Post-American World*, New York: W.W. Norton & Co.

REG

1/2021 (1)

ISSN electrónico: 2697-0511

El Sistema de Estados Internacionales después del Neoliberalismo: Europa entre la Democracia Nacional y la Centralización Supranacional*

Wolfgang Streeck

Director Emérito del Max Planck
Institute for the Study of Societies. Colonia

Resumen: En 1945 Karl Polanyi esbozó una visión de un sistema estatal global en tiempos de paz con una economía política en la que los países pequeños podrían ser soberanos y democráticos. Este ensayo ofrece una perspectiva histórica y comparativa entre el pasado y el presente a la luz del pensamiento polanyiano. Se presta especial atención a la historia de la Unión Europea, que tras el fin del comunismo se convirtió en un pilar del proyecto neoliberal y culminó con la restauración de un patrón oro internacional bajo la Unión Monetaria. Durante la crisis de 2008 el avance del neoliberalismo se enfrentó, no obstante, a la resistencia «populista», a la austeridad y al cambio de gobernanza del nivel nacional al supranacional. El artículo explora las perspectivas de los intentos actuales de reemplazar la «Europa social» y las narrativas economicistas *trickle-down*, y de la formación de superestados europeos, que han perdido toda credibilidad, por una historia sobre un ejército europeo como condición necesaria para una defensa exitosa del *European way of life*.

Palabras clave: Economía Política, Polanyi, Democracia, Neoliberalismo, Integración Europea, OTAN, Relaciones Internacionales.

The International State System after Neoliberalism: Europe between National Democracy and Supranational Centralization

Abstract: In 1945 Karl Polanyi outlined a vision of a peacetime global state system with a political economy in which small countries could be both sovereign and democratic. The present essay reviews developments between then and now in the light of Polanyi's analytical framework. Particular attention is paid to the history of the European Union, which after the end of Communism turned into a mainstay of the neoliberal project,

*Este artículo fue publicado por primera vez en inglés en la revista *Crisis and Critique*, 6 (1), 2020, 215-234. El original pertenece a la Lecture in Human Sciences pronunciada en el Institut für die Wissenschaft vom Menschen (IWM) de Viena el 5 de junio de 2019. Agradecemos a Wolfgang Streeck su gentileza por habernos permitido traducir y publicar este artículo en la *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*.

culminating in its restoration of an international gold standard under Monetary Union. In the crisis of 2008 the advance of neoliberalism got stuck due to «populist» resistance to austerity and the shift of governance from the national to a supranational level. The paper explores the prospects of current attempts to replace the «Social Europe» and «trickle-down» narratives of European superstate formation, which have lost all credit, with a story about a European army as a necessary condition of a successful defense of «the European way of life».

Keyword: Political Economy, Polanyi, Democracy, Neoliberalism, European Integration, NATO, International Relations.

Introducción

En 1945, un año después de la publicación de su obra *La Gran Transformación*, Karl Polanyi publicó un breve pero densamente argumentado artículo en *The London Quarterly of World Affairs* bajo el título «Universal Capitalism or Regional Planning?» (Polanyi, 1945)¹. En este trabajo Polanyi explora la relación entre lo que denomina «the organization of the international life» y las estructuras y políticas de los estados líderes de su tiempo, argumentando que los cambios en curso ofrecían, potencialmente, una perspectiva de nuevas «políticas trascendentes y significativas que muchas, aunque sea de paso, satisfacen las aspiraciones profundamente arraigadas del hombre común». Centrándose en «Gran Bretaña, Rusia, y Estados Unidos» –tres de las potencias globales surgidas después de la Segunda Guerra Mundial– Polanyi argumenta que lo que ahora «estaba en discusión» entre ellas, «no era tanto su lugar dentro de un modelo de poder, como el modelo mismo» (énfasis en el original). En este aspecto, «el tremendo acontecimiento de nuestra era» fue «la caída simultánea del capitalismo liberal, la revolución-mundial socialista y la dominación racial; es decir, las tres formas de competencia de sociedades universalistas»². De acuerdo con Polanyi, esto pudo ser así precisamente debido al fin del universalismo globalista que hizo posible «una nueva era de políticas internacionales», permitiendo la coexistencia pacífica de diferentes regímenes en el orden internacional en diferentes regiones del mundo, basado en, e incluyendo, diferentes soluciones del conflicto de clases. En sus propios términos:

El socialismo revolucionario-mundial fue superado por el socialismo «regional» en los sufrimientos y glorias de los Planes Quinquenales, las tribulaciones de los Juicios, y el triunfo de Stalingrado; el capitalismo

¹ Reeditado en Cangiani and Thomasberger (2018,231-240). Quedo muy agradecido a Michael Brie por llamar mi atención sobre este relevante trabajo de Polanyi.

² Si bien Polanyi no es explícito sobre dónde ve la «dominación racial», creo que incluye en esta categoría tanto al colonialismo como al nacismo alemán.

liberal llegó a su fin con el colapso del patrón oro que dejó a su paso millones de desempleados y una privación social sin precedentes; [por su parte] el principio de dominación de Hitler está siendo aplastado en un campo de batalla co-extenso con el mundo que intentó conquistar; y de la gran mutación emergen varias formas de existencia inherentemente limitada –nuevas formas de socialismo, de capitalismo, de planificación y semi-planificación económicas–, cada una de ellas, por su propia naturaleza, *regional* (Polanyi, 1945:86).

El principal ejemplo de Polanyi sobre las positivas consecuencias internacionales del cambio del universalismo al particularismo, fue la ruptura del patrón oro en los años de entreguerras; ruptura que supuso el fin del «sistema de economía mundial del siglo XIX» y tuvo como resultado inmediato «el surgimiento de unidades económicas de extensión limitada». En este nuevo campo de fuerzas territoriales se pasó inevitablemente de una economía "autorregulada" a la planificación estatal, especialmente aunque no exclusivamente, de la «foreign economy»³. Es decir:

Debían crearse nuevos órganos y crearse nuevas instituciones para hacer frente a la situación. Los pueblos del mundo viven ahora bajo estas nuevas condiciones [...] Su «economía exterior» es la preocupación del gobierno: su moneda está administrada; su comercio exterior y sus préstamos externos están controlados. Sus instituciones nacionales pueden diferir ampliamente, pero las instituciones que se encargan de su «economía exterior» son prácticamente idénticas. El nuevo patrón permanente de los asuntos mundiales es el de sistemas regionales que coexisten uno al lado del otro (Polanyi, 1945:86-87).

Para explorar más a fondo este emergente y pluralista «patrón de asuntos mundiales», en primer lugar, Polanyi considera a Estados Unidos como una «notable excepción» y, en ese sentido, una fuente potencial de inestabilidad sistémica. Aquel país, escribe, «ha seguido siendo el hogar del capitalismo liberal y es lo suficientemente poderoso como para continuar la línea utópica de la política involucrada en una dispensación tan fatídica»; una política que pretende «restaurar el orden mundial anterior a 1914, junto con su «utópico» patrón oro; una restauración del viejo orden que, sin embargo, según Polanyi, era «intrínsecamente imposible». Y lo era por varias razones históricas, continúa Polanyi: «los estadounidenses todavía creen en una forma de vida que ya no es apoyada

³ En una nota a pie de página, Polanyi explica que con el término «foreign economy» se refiere al «movimiento de bienes, préstamos y pagos a través de las fronteras de un país», probablemente una traducción al inglés del concepto alemán de *Außenwirtschaft*.

por la gente común del resto del mundo, pero que, sin embargo, implica una universalidad que compromete a quienes creen en ella a reconquistar el globo en su nombre». Esta excepcionalidad fue diferente de la Unión Soviética donde «[l]a victoria del estalinismo sobre el trotskismo significó el cambio en su política exterior de un rígido universalismo –apoyado en la esperanza de una revolución mundial– a un regionalismo rayano en el aislacionismo». La «sorprendente novedad de la política de Stalin» fue su disposición, sostiene Polanyi, a contentarse con construir un *cordon sanitaire* alrededor de Rusia, en torno a países que no tenían necesariamente que ser socialistas o comunistas siempre y cuando reformaran sus estructuras de clase, de modo que no fueran capaces de apoyar ataques mortales contra la Unión Soviética. Todo lo que se necesitaba era «la destrucción del poder político de las clases feudales»; una revolución «mucho más segura que la tradicional socialista permanente que, al menos en Europa del Este, provocaría una contrarrevolución fascista o podría mantenerse [sic!] solo con la ayuda de las bayonetas rusas, *que Rusia no tiene la intención de proporcionar*» (énfasis propio). «Nada podría ser menos atractivo para el revolucionario convencional», afirma Polanyi, que el giro estalinista del universalismo revolucionario a este nuevo tipo de particularismo regionalista.

Así, el resultado fue que ahora «la Commonwealth británica y la URSS» formaban parte de un nuevo sistema de poderes regionales, «mientras que Estados Unidos insistía en una concepción universalista de los asuntos mundiales en consonancia con su anticuada economía liberal». El regionalismo, como fórmula para la paz entre países vecinos, considera el particularismo comunitario de la condición humana y extrae lecciones prácticas de la observación durante la guerra de «cuán abrumadoramente la gente se une a las políticas diseñadas para proteger a su comunidad del peligro externo». Fue a cambio de una «existencia nacional segura», de acuerdo con Polanyi, que la Rusia de 1945 solicitó a sus vecinos regionales que «se deshicieran de las clases incurablemente reaccionarias» mediante «expropiaciones y eventualmente confiscaciones», reorganizándose, no para adoptar una modelo universal de buena sociedad, sino para ser capaces de vivir en paz con los países vecinos. «La socialización del nuevo tipo», escribe enfáticamente Polanyi con referencia a Europa del Este y a la órbita regional de la victoriosa Unión Soviética, «no era una fórmula para la exportación. Supone un fundamento de la existencia nacional»⁴.

⁴ No puedo juzgar la exactitud del juicio de Polanyi en el momento en el que escribió este artículo. Que los acontecimientos resultaron de manera diferente después (ver más abajo) puede haber sido contrario a las intenciones de la dirección soviética en ese momento. Para el presente argumento, que es sistemático y no factual, no importa si la intuición de Polanyi fue históricamente correcta o no.

Es en su examen más detallado del emergente acuerdo de paz de posguerra para la región de Europa del Este donde Polanyi llega al centro de su argumento a favor de un orden global planificado, subdividido y regulado regionalmente. Europa del Este, señala Polanyi, estuvo tradicionalmente plagada de «al menos tres males políticos endémicos: nacionalismo intolerante, pequeñas soberanías y falta de cooperación económica». Aquí, como en otros lugares, el auge del nacionalismo –siempre de acuerdo con Polanyi– «coincidió con los territorios sometidos al control de un sistema crediticio por las clases medias autóctonas». Además, los conflictos étnicos, «problemas raciales no resueltos», fueron reforzados por la competencia económica sin restricciones entre países, dominados por la «foreign economy» del patrón oro que obligaba a los gobiernos a dejar que el mercado equilibrara las cuentas externas de sus países. Esto, afirma Polanyi, llegó a su fin durante el período de entreguerras cuando «los métodos de mercado fueron», bajo el liderazgo de la Rusia Soviética, «descartados por el comercio planificado». Entonces,

los chovinismos intratables perdieron su crueldad, la soberanía nacional se volvió menos maníaca y la cooperación económica fue considerada nuevamente como una ayuda mutua en lugar de ser temida como una amenaza para la prosperidad del Estado. En efecto, en cuanto el sistema crediticio ya no se basa en la «confianza» sino en la administración, las finanzas, que gobiernan por el pánico, se destituyen y la cordura puede prevalecer (Polanyi, 1945:88-89).

Las lecciones que Polanyi extrajo de estos acontecimientos para el resto del mundo fueron de gran alcance. «Si la Carta del Atlántico⁵ –escribe– realmente nos comprometiera a restaurar los mercados libres allí donde han desaparecido, podríamos estar abriendo la puerta a la reintroducción de una locura nacionalista en las regiones de las que ha desaparecido». El capitalismo liberal se convertiría entonces en «una cuestión de política exterior», basada en «compras y ventas extranjeras, préstamos y empréstitos, y en el intercambio de divisas entre individuos, como si fueran miembros de un mismo país», donde el mercado actuaría para equilibrar las relaciones económicas entre los países «automáticamente, es decir, sin la intervención de sus gobiernos». Sin embargo, esto falló en la década de 1930 y el patrón oro tuvo que abandonarse. Ahora, sin embargo, la planificación regional ofrecía «nuevos métodos de ‘economía

⁵ La Carta del Atlántico fue redactada por Roosevelt y Churchill en agosto de 1941, reunidos a bordo del acorazado HMS Prince of Wales cerca de Terranova. Definió los objetivos políticos y económicos de los Aliados para el tiempo después de la guerra, meses antes de que Estados Unidos entrara oficialmente en ella. Uno de los ocho elementos enumerados fue una reducción general de las barreras comerciales.

exterior'» que conducían a la paz y la cooperación internacionales, ya que permitían una «distribución de materias primas en beneficio mutuo, la estabilización de precios e incluso la garantía del pleno empleo en todos los países». Sólo Estados Unidos estaba depositando sus esperanzas en un «sistema de comercio universal», aunque esto «implicara la tarea imposible de restaurar el sistema de mercado en todo el mundo». Si bien Estados Unidos podría tardar un tiempo en comprender que su concepto de economía política internacional estaba «condenado al fracaso», la prometedora «alternativa a la reaccionaria utopía de Wall Street» no era otra que el «desarrollo deliberado de los nuevos instrumentos y órganos de comercio exterior, préstamos y pagos, que constituyen la esencia de la planificación regional» (Polanyi, 1945:89).

Polanyi termina su discusión con un análisis fascinante de la situación del Reino Unido, el país donde vivía entonces. Observó a Gran Bretaña como un país dependiente de las importaciones «para mantener un nivel de vida civilizado» y de «la supervivencia de la Commonwealth» de la «libre cooperación con los dominios de ultramar» poscoloniales. Una «economía exterior planificada» permitiría al país «cosechar las enormes ventajas económicas y políticas de la organización regional del mundo». De hecho, después de los cambios que había experimentado desde la década de 1930, Gran Bretaña ya no podía considerarse «un país de libre comercio»; al dejar atrás la «atmósfera del capitalismo liberal, la libre competencia, el patrón oro y todos los demás nombres con los que se consagra una sociedad de mercado», su democracia se volvió más sólida y popular que nunca. Sin embargo, el «problema real hoy» –escribió Polanyi– era que «los reaccionarios todavía esperan que aún no sea demasiado tarde para que el sistema británico de economía exterior cambie de nuevo para que pueda alinearse con el de Estados Unidos». De esta manera, Gran Bretaña no solo perdería las ventajas de una cooperación igualitaria con los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino que también se vería privada «de esos órganos de comercio exterior que necesita para su supervivencia», así como de «su libertad de acción, un nivel de vida en alza y las ventajas de una paz constructiva durante mucho tiempo». El universalismo económico al estilo estadounidense implicaría un retorno al patrón oro, en sustancia, si no nominalmente, en el sentido de que implicaría «el equilibrio de la ‘economía exterior’ a través del movimiento autorregulado del comercio, por ejemplo, a través del comercio no planificado de personas y empresas privadas. La batalla por el patrón oro –continúa Polanyi– es en realidad una batalla a favor y en contra de la planificación regional». Luchando esa batalla del lado de «una conspiración universalista para hacer que el mundo sea seguro para el patrón oro» estaban las viejas clases dominantes de la sociedad británica, temerosas de «un nuevo impulso igualitario» que pudiera «fusionar las Dos Naciones de Disraeli en una sola [...] Contrariamente al interés nacional, podrían intentar restaurar el capitalismo universal, en lugar de

emprender audazmente los caminos de la planificación regional» (Polanyi, 1945:91).

Auge y declive del Neoliberalismo

¿Qué fue del mundo proyectado por Karl Polanyi en ese fatídico punto de inflexión histórico, el final de la Gran Destrucción del siglo XX? Si bien algunas de sus predicciones, obviamente, no pudieron confirmarse por el curso de los acontecimientos, no fue el caso de otras. Sin embargo, incluso sus errores parecen sorprendentemente fructíferos para la descripción y el análisis del mundo después de 1945. Lo que considero que hay que subrayar en el enfoque de Polanyi es cómo relaciona las instituciones políticas de los países, sus estados, especialmente con respecto a su carácter democrático, con la naturaleza de las relaciones económicas de otros países, en particular con países vecinos; poniéndolo a su vez en relación con la arquitectura general del orden global a la que se halla condicionada. Al vincular la estadidad regional nacional con el sistema estatal internacional global, Polanyi logra arrojar luz sobre la conexión entre la democracia nacional y la forma en que está integrada, o no, en los mercados internacionales, y la autonomía o soberanía nacional, especialmente en países y estados pequeños, afectados por el orden global circundante, incluida su capacidad para mantener la paz. En este aspecto, Polanyi, a mi modo de ver, ha forjado un conjunto de herramientas conceptuales que lleva su análisis mucho más allá de su propio contexto histórico, el mundo de 1945; crea un marco conceptual útil para interpretar nuestro tiempo. En lo que sigue intentaré servirme de este marco interpretativo para analizar el sistema estatal europeo actual, así como las posibles perspectivas futuras para Europa.

Para empezar, la regionalización del socialismo dentro del cordón sanitario del comunismo de la Unión Soviética demostró ser menos resistente al expansionismo universalista de Estados Unidos de lo esperado, con consecuencias de gran alcance para el orden internacional. Como anticipó Polanyi, Estados Unidos hizo todo lo posible para exportar su sistema al resto del mundo, en confrontación con la otra superpotencia restante, teniendo un éxito notable. La oferta de ayuda del Plan Marshall a los países de Europa del Este, condicionada con la adopción de una economía de mercado, amenazó con convertir a los vecinos regionales de la Unión Soviética en aliados hostiles de su rival global expansionista; siendo contrarrestados por el apoyo militar para una conversión revolucionaria al orden político económico soviético. Durante aproximadamente cuatro décadas, Europa Central y Oriental quedó relativamente integrada al imperio Soviético, enfrentado y confrontado por la alianza Occidental formada por estados democrático-capitalistas («liberal-corporativistas»), originalmente construida sobre el *New Deal* estadounidense. Ese otro

imperio, el Occidental, se mantuvo unido incluso cuando su poder hegemónico a partir de la década de 1980 se embarcó en un retorno global a los preceptos de un liberalismo económico esencialista, sin permitir que sus estados clientes, todavía bajo la protección del keynesianismo de Bretton Woods, eligieran entre diferentes políticas económicas y sociales nacionales. Estos acontecimientos coincidieron con la pérdida de apoyo de la Unión Soviética, no solo por parte de sus pueblos clientes, sino también de su propia ciudadanía, como resultado de la combinación de una dura represión y de la seducción del capitalismo de consumo. Entonces, en 1990 el comunismo ya estaba listo para colapsar e integrarse de forma subordinada en el capitalismo global; una vez que se produjo el derrumbamiento, el sistema capitalista se liberó de las pretensiones democráticas distributivas del periodo keynesiano, así como del institucionalismo pluralista en política exterior.

Sin embargo, lo que parecía una victoria, incluso una rendición incondicional, duró poco. Muy pronto, la única superpotencia que quedaba, la indiscutible hegemonía, por ahora, del mundo capitalista, comenzó a sufrir de sobreextensión, tal como inevitablemente había sucedido en el pasado con las potencias imperiales. Así, las guerras perdidas, que comienzan en Vietnam y no terminan en Afganistán, y los proyectos fallidos de «nation-building», como en Irak, el «cambio de régimen» en Siria, Irán y Libia, entre otros, quedaron vinculados al continuo abandono de los problemas domésticos, tales como una infraestructura en decadencia y una creciente desigualdad, a medida que el crecimiento económico se reservaba para una minúscula oligarquía, beneficiaria privada del imperio público. Las fuertes tendencias aislacionistas entre el electorado y los rotundos llamamientos a la protección económica contra un mercado mundial en el que Estados Unidos ya no era capaz de garantizar a sus ciudadanos un dominio seguro, allanaron el camino hacia la presidencia de un aparente aislacionista-proteccionista –*America First!*– como Donald Trump. El resultado fue un enfrentamiento entre el imperialismo capitalista de las élites internacionalistas arraigadas en la Costa Este, alineadas con el enorme *establishment* militar del país, y una nueva corriente «populista» cuyos intereses no estaban depositados ni en aventuras internacionales ni, en términos de Polanyi, en una «economía exterior» de libre mercado.

Regresando a Europa Occidental, encontramos otra trayectoria histórica ajustada al marco conceptual de Polanyi, mientras se desvía de sus predicciones. En la década de 1950, en gran parte debido a la instigación de Estados Unidos, los países de Europa Occidental se involucraron en una planificación regional notablemente próxima a la idea polanyiana. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero, en particular, se creó, junto con instituciones similares, para administrar conjuntamente un sector específico de las economías nacionales de los países miembros, teniendo en cuenta sus diferentes necesidades e intereses económicos y

estabilizando así las relaciones pacíficas entre los que ahora eran miembros europeos de una Alianza Occidental anti-Comunista. Poner las industrias clave del capitalismo industrial bajo control supranacional impidió que fueran utilizadas para el rearme nacionalista en la derrotada Alemania, como había sucedido en la década de 1930. También dio a los países europeos un acceso seguro al carbón germano, haciendo innecesario que Francia en particular volviera a ocupar el *Ruhrgebiet*, el centro de la industria pesada alemana, como lo había hecho desde enero de 1923 hasta agosto de 1925, con consecuencias desastrosas para la paz en Europa. Además, ayudó a gestionar la fortuna económica de una industria con sindicatos fuertes y una tradición de conflicto laboral. Más tarde, otro sector, la energía nuclear, que en ese momento era considerada de importancia fundamental para una economía industrial moderna, fue confiada de la misma manera a una autoridad internacional especial, a saber, la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM), una vez más en línea con el modelo de planificación regional previsto por Polanyi en 1945.

Pronto, sin embargo, la planificación regional se transformó en otra cosa. Poco a poco, el alcance de la jurisdicción supranacional sufrió un incrementalismo, al igual que el número de países involucrados, de seis originalmente a doce en 1989 y no menos de 28 al escribir estas líneas. Lo que se había planteado como una planificación sectorial conjunta comenzó a aparecer durante un breve período en la década de 1970 como un preludio de la construcción del Estado regional. La administración tecnocrática sectorial parecía estar convirtiéndose en una autoridad política general, reemplazando prospectivamente a los estados nacionales por un superestado europeo supranacional. Sin embargo, el presunto Estado de superbienestar definido por la cooperación horizontal parecía estar transformándose en una especie de federalismo jerárquico. En lugar de que los estados nacionales soberanos se fusionaran en un Estado supranacional soberano –algo que nunca había pasado en ninguna parte del mundo desde que la era del Estado-nación comenzó en rigor después de la Segunda Guerra Mundial– lo que ocurrió no fue otra cosa que la disolución de las economías nacionales, a través de tratados internacionales, para llegar a una economía de mercado supranacional y sectorial. Esa economía fue liberada de la intervención estatal redistributiva, no por la voluntad política de un Estado democrático –un Estado que podría cambiar de posición política como resultado de la presión popular– sino por un grupo regional de estados que se unieron para mantenerse mutuamente en el redil neoliberal. Así, con el regreso de Estados Unidos en su renovado impulso histórico por el liberalismo de mercado sin restricciones, la construcción de un mercado libre en una economía integrada económicamente pero desvinculada políticamente y, por lo tanto, solo negativamente integrada, Europa Occidental se desplazó tras el colapso

del comunismo y la desintegración de su imperio del Este, hacia la construcción de un imperio internacional: un imperio liberal formado por 28 estados unidos en una economía de mercado sin estado, de carácter supranacional, posdemocrático y pre-keynesiano, cuyos vínculos se mantenían por una moneda común dura al estilo alemán.

Probablemente Polanyi no se habría sorprendido de la transición que se produjo durante las últimas décadas del siglo XX de una «planificación regional» a un nuevo modelo inspirado en el viejo universalismo capitalista, institucionalizado ahora en un superestado regional neoliberal (para Polanyi una inversión regresiva del progreso histórico de posguerra); una transición que entre otros factores revivió los conflictos nacionales e internacionales de la era del patrón oro. Particularmente, dentro de la Unión Económica y Monetaria (UEM), las relaciones entre los países europeos son hoy peores que en cualquier otro momento del período de posguerra. Así, la nueva hegemonía alemana bajo el poder de una moneda fuerte, junto a sus aliados de Europa Occidental, ha exacerbado profundas animosidades nacionalistas, especialmente entre los países mediterráneos, incluida Francia⁶. A medida que los países y sus «economías extranjeras» se han ido enredando en una competencia absoluta –una condición sobre la que no pueden hacer nada bajo las «cuatro libertades» y, en particular, bajo el control de mando de la moneda común que se ha convertido en constitutiva de la «integración europea»– la sustancia democrática de sus economías políticas nacionales se ha ido erosionando. Como respuesta han surgido contraataques populares que están redescubriendo los recursos institucionales de la democracia nacional para obligar a los gobiernos a abandonar su premeditada pasividad, y proteger así la riqueza de sus sociedades y sus modos de vida de las fuerzas creativamente destructivas de la «globalización». Después de que en la mayor parte de los países involucrados en esta internacionalización de la economía, el centroizquierda político vinculara el futuro del crecimiento capitalista al nuevo credo neoliberal durante la década de 1990, únicamente la derecha nacionalista parece ser la que ahora ofrece una retórica política protecciónista que se dirige a quienes se sienten amenazados por una «sociedad abierta» identificada con una economía neoliberal.

Desde la crisis financiera de 2008, la disminución de la confianza en la «gobernanza global» de perfil neoliberal y su promesa de progreso económico universal para aquellos que «trabajan duro y cumplen las reglas» (tal como Bill Clinton proclamó en la campaña presidencial de

⁶ Un síntoma sorprendente de cómo la hegemonía económica alemana ha afectado la paz europea, y el reclamo ideológico de liderazgo moral que inevitablemente vino con ella, han sido las demandas recurrentes de países como Grecia e Italia, pero también de Polonia, de reparaciones alemanas, más de setenta años después del fin de la guerra.

1992), alimentó el surgimiento de nuevos partidos políticos, denunciados ahora como «populistas» por el *establishment* político y sus incondicionales mediáticos, poniendo fin de este modo al periodo de la política centrista de posguerra en Europa Occidental. Como resultado se ha producido un profundo *impasse* entre dos proyectos político económicos incompatibles; de un lado, el neoliberal, formado en torno a la tecnocracia supranacionalmente centralizada *top-down* de la globalización –un superestado neoliberal o, más preciso, un *super-market* sin Estado, unido por un patrón oro internacional *de facto*, firmemente institucionalizado–; de otro, la «democracia»⁷ *bottom-up*, nacionalmente descentralizada y antiliberal formada por contramovimientos populares, de diversa tipología, frecuentemente reaccionarios. Una cuestión que planteó este nuevo orden afectó a la escala política, es decir, si era preferible que una jurisdicción política fuera grande o pequeña; si debía fusionarse con otras para formar una de mayor tamaño, o bien separarse de otras para conformar una unidad de gobernanza más pequeña⁸. En el *impasse* actual parece que el avance neoliberal se hubiera detenido y nos situara ante un interregno político; un periodo en el que citando a Gramsci, mientras el viejo orden está agonizando el nuevo no puede nacer todavía, una época en la que pueden acontecer todo tipo de calamidades⁹.

El marco analítico polanyiano también permite arrojar luz sobre la política británica del Brexit; particularmente sobre la compleja configuración de intereses y percepciones *vis-à-vis* de la Unión Europea que está rompiendo el sistema de partidos británico¹⁰. Evidentemente, por razones de espacio no puedo aquí desarrollar esta problemática¹¹.

⁷ En este punto, el término «democracia» no se traduce en una especie de catálogo de «valores» (de clase media) a los que los «demócratas», si quieren serlo, deben suscribirse. Más bien significa instituciones que brindan a los perdedores, tanto políticos como económicos, la oportunidad de organizarse para acumular, si no capital al menos poder político y, por lo tanto, adquirir la capacidad de llamar la atención de los ganadores.

⁸ El problema también puede plantearse en otros términos, es decir, hasta qué punto la gobernanza debe llevarse a cabo a través de relaciones internacionales, con unidades constituyentes pequeñas, o bien mediante relaciones domésticas dentro de una unidad de gobierno de mayor escala, bajo el cual se integran las unidades domésticas. Sobre este problema puede verse Streeck (2019). Y también un reciente artículo del blog de Lee Jones, «The EU Referendum: Brexit, the Politics of Scale and State Transformation». Disponible en: <https://thedisorderofthings.com/2016/05/24/the-eu-referendum-brexit-the-politics-of-scale-and-state-transformation/>

⁹ En palabras de Gramsci: «La crisi consiste nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere [...] in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi più svariati».

¹⁰ Debo subrayar que este artículo se terminó de escribir con anterioridad a las elecciones generales del 12 de diciembre de 2019.

¹¹ Por plantear un breve esbozo, el slogan que han agitado los «Leavers», a saber, «retomar el control» puede significar dos cosas. Una es separar a Gran Bretaña del superestado europeo neoliberal con sus «cuatro libertades» que unen al país a una economía de mercado internacional e impiden cualquier tipo de planificación de su «economía exterior». El otro, dejar libre al país para unirse a un globalismo neoliberal sin

En cambio, me referiré a cómo no solo Gran Bretaña sino el sistema estatal europeo vinculado a la economía global podrían evolucionar bajo las presiones cruzadas del interregno posneoliberal; presiones tanto para la centralización político-económica como para la descentralización ejercidas por el capitalismo global, por un lado, y la «planificación regional» democrática, por el otro, por parte del superestatismo neoliberal y el nacionalismo democrático, y por el universalismo económico y el particularismo. Sirviéndome de la sagacidad de Polanyi, discutiré estos aspectos en relación con un contexto global.

Un Nuevo Contexto Global

Comparando el mundo actual con el de Polanyi de 1945, la posición que ocupaba la Unión Soviética la ostenta ahora otro país presumiblemente comunista, China. Hay naturalmente similitudes entre la Unión Soviética de entonces y la China actual, pero también diferencias. China, al igual que la Unión Soviética de posguerra durante el gobierno de Stalin (al menos desde la perspectiva de Polanyi), no desea exportar su régimen, y mucho menos participar en una revolución mundial; de hecho, nunca en su larga tradición como nación parece haber aspirado a algo parecido a la hegemonía internacional¹². Por otro lado, a diferencia de la Unión

fronteras y al universalismo económico promovido por Estados Unidos. Mientras que el primero apunta a restaurar la gobernanza económica democrática a una escala política menor que la Europa supranacional –una tendencia hacia la autonomía local que también está presente en el separatismo escocés–, el segundo trata de asegurar a Gran Bretaña contra cualquier posibilidad, por remota que sea, de que la UE someta a la política economía de sus estados miembros al intervencionismo democrático. Ambas posiciones de partidarios del Brexit quieren restaurar la soberanía nacional, pero con objetivos opuestos: por un lado, domesticar las fuerzas del mercado mediante políticas nacionales soberanas, y de otro, fusionarse en un sistema de mercado universal liderado por Estados Unidos, con cuentas nacionales «autorreguladas». Mientras que los partidarios del Brexit a favor del mercado ven, y temen, en la UE un potencial estado de bienestar supranacional, del que el globalismo es la salida, los partidarios del Brexit en contra del mercado consideran a la UE como un Estado de mercado neoliberal supranacional diseñado para excluir cualquier cosa como la planificación económica nacional. En consecuencia, entre los «Remainers», algunos quieren permanecer en la UE para protegerse del neoliberalismo totalitario, mientras que otros enfatizan las ventajas para la economía británica del mercado interior de la UE, en particular sus «cuatro libertades» exponiendo productivamente a las empresas británicas y, sobre todo, a los trabajadores a la competencia internacional. La superposición de alineamientos políticos de este tipo crea una política desordenada entre el atractivo de una «sociedad de mercado» elitista que preserva el poder y el estatus de una vieja clase dominante capitalista-colonialista, representada por reaccionarios como Rees-Mogg y Boris Johnson, que desprecian los compromisos de clase de las instituciones de posguerra con la esperanza de dejarlas atrás mezclándose con el universalismo capitalista de los Estados Unidos, y la perspectiva posneoliberal de un regreso a una economía mixta administrada por un estado-nación soberano y democrático.

¹² Véase Anderson (2017), sobre todo pp. 117-144.

Soviética estalinista, la China actual es, en ciertos aspectos relevantes, un país eminentemente capitalista, aunque la forma en que el núcleo capitalista de su economía y sociedad se relaciona con su estructura comunista sigue siendo un problema que necesita más investigación¹³. El capitalismo, sin embargo, es y debe ser inevitablemente expansivo, en particular cuando está ubicado en un país demasiado grande y puede aprovecharse de otro país que lleva la carga –y cosecha los beneficios– de la hegemonía capitalista. El capitalismo como sistema político-económico necesita un *Machtstaat* (Weber), un centro de poder capaz de asegurarle una periferia donde los mercados de materias primas y productos finales sean seguros y libres para expandirse. La naturaleza del capitalismo se desarrolla, de una u otra manera, por una apropiación de tierras (*land grabbing*) tal como lo caracterizó metafóricamente Rosa Luxemburg. Aspectos que no difieren del capitalismo comunista, tal como lo atestigua, por ejemplo, la iniciativa expansiva denominada Nueva Ruta de la Seda impulsada por el Estado chino durante los últimos años. También conocido como el proyecto One Belt One Road, se trata de extender el alcance territorial de la economía china, en un grado capitalista importante aunque incierto, a lo largo del borde sur del continente euroasiático hasta los Balcanes y el Mediterráneo, y en buena parte del África Occidental. Todos estos territorios han formado parte durante mucho tiempo del patio trasero periférico europeo y más tarde estadounidense; ahora son considerados por el más o menos unido «Occidente» como su único dominio legítimo.

Así pues, si deseamos comprender las perspectivas del sistema estatal regional europeo y su configuración futura, siguiendo el audaz análisis polanyiano, es decir, centralizado o descentralizado, jerárquico o cooperativo, organizado vertical u horizontalmente, una cuestión clave reside en la evolución de las relaciones internacionales entre China y Estados Unidos. En este sentido, los aspectos que deben ser considerados serían, por un lado, si ambas potencias podrían lograr una coexistencia pacífica partiendo de diferentes sistemas político-económicos dentro de un orden mundial pluralista –tal como Polanyi había esperado que se produjera para la era de la posguerra–, y alternativamente, si podrían acordar un régimen de hegemonía dual y responsabilidad compartida dentro de una economía mundial capitalista gobernada conjuntamente; o, por otro, si se produciría una transferencia pacífica de poder y privilegios de la hegemonía en declive a la ascendente; una serie de vías que, como sabemos, irían en contra de las evidencias históricas. En gran medida, casi

¹³ Para un análisis fascinante de hasta qué punto China es capitalista, o actúa como tal, y qué consecuencias puede tener para su inserción en la economía global, véase el libro reciente de Changing Kwan Lee (2017).

todo dependerá, entre otros factores, de si las tendencias aislacionistas de la política estadounidense prevalecerán sobre el establecimiento de la política exterior y militar del país; si Estados Unidos logra evitar caer en la llamada «Trampa de Tucídides»¹⁴, dada su enorme aunque decreciente superioridad militar¹⁵, y su extrema vulnerabilidad, especialmente en la vía terrestre de la Nueva Ruta de la Seda; y, sin duda, de las limitaciones y oportunidades geoestratégicas de la inteligencia artificial y la tecnología de guerra cibernetica.

Nada de esto se puede saber con certeza en este momento. Sabemos, no obstante, que desde que China adoptó el capitalismo, en parte o en su totalidad, ha intentado en varias ocasiones favorecer las relaciones con Estados Unidos, probablemente con el fin de ajustarse al sistema mundial capitalista dominado por Washington. Como ha escrito Susan Watkins en un análisis ejemplarmente conciso sobre actuales relaciones chino-estadounidenses, Beijing no tenía ninguna ambición después de la desaparición de la Unión Soviética de «desafiar de frente el nuevo orden interestatal». En cambio, trató de «mejorar [su] estatus dentro del sistema internacional dirigido por Estados Unidos [...] A diferencia de la rígida política estadounidense, las «versiones públicas de la ‘gran estrategia’ china han sido ‘nebulosas’ cuando no negativas». «‘Mantener un perfil bajo, ocultar el brillo, no buscar el liderazgo, sino hacer algunas cosas’, es la sabiduría atribuida a Deng Xiaoping» (Watkins, 2019:9-10). Probablemente la falta de capacidad militar ha desempeñado un papel importante en la forma en la que China se ha desenvuelto en la política internacional,

¹⁴ Tratando de comprender las causas de la Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, el antiguo general e historiador griego Tucídides sugirió que una hegemonía en declive, en su caso Esparta, observando a un rival en ascenso, en ese momento Atenas que se hallaba acumulando fuerza militar, debe ser tentada y de hecho motivada racionalmente con el fin de comenzar una guerra preventiva siempre que su ventaja sea todavía suficiente para asegurar la victoria, en la medida en que pueda haber certeza en la guerra. Como afirmó el politólogo estadounidense Graham T. Allison, al que se le atribuye el «concepto» de la «La trampa de Tucídides»: «Los últimos 500 años han visto 16 casos en los que una potencia en ascenso amenazó con desplazar a una gobernante. Doce de ellos terminaron en guerra». Véase, «The Thucydides Trap. When one great power threatens to displace another, war is almost always the result - but it doesn't have to be». *Foreign Policy*, 9 de junio de 2017. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2017/06/09/the-thucydides-trap/>

¹⁵ Según las estadísticas oficiales del gobierno estadounidense, 165.000 militares en servicio activo estaban a fines de 2018 sirviendo fuera de los Estados Unidos. Casi 40.000 se hallaban asignados a misiones clasificadas en lugares no revelados por el gobierno. En el último año citado, Estados Unidos gastó 649 mil millones de dólares en sus fuerzas armadas, lo que representa el 36 por ciento del gasto militar mundial. Por su parte, el gasto chino figura en 250 mil millones según el Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI), y en 168 mil millones según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos. Las dos fuentes informan que el gasto ruso equivale a 61 y 63 mil millones, respectivamente. Estados Unidos ha sido uno de los principales actores en veinte de los principales conflictos militares y en un número incalculable de operaciones militares más pequeñas desde la década de 1990.

o quizá la que es considera la civilización más antigua de la tierra mantiene una perspectiva política a más largo plazo¹⁶. En cualquier caso, la política exterior de China, según Watkins, ha sido ambigua. «Tratando de complacer a los estadounidenses, se ha volcado en movimientos agresivos contra regímenes ‘fraternales’». En sus palabras,

[...] la desastrosa invasión de Vietnam en 1979; el envío de uigures para apoyar a los muyahidines respaldados por Estados Unidos en Afganistán; el respaldo a Estados Unidos en las sanciones contra Corea del Norte. Acompañándolas de ocasionales condenas del hegemonismo estadounidense, emitió su voto favorable en el Consejo de Seguridad de la ONU a la ocupación de Iraq y al bombardeo de Libia (Watkins, 2019:10).

Sobre todo, China financió pacientemente los déficits presupuestarios estadounidenses comprando letras del Tesoro de Estados Unidos e hizo todo lo posible para evitar una confrontación con Taiwán, incluso cuando el gobierno taiwanés cayó en manos de la oposición separatista del Kuomintang y su política de Una Sola China.

Sin embargo, las cosas han cambiado desde la crisis financiera mundial que puso en peligro la inversión china en el mercado inmobiliario estadounidense; con el giro de China hacia un modelo de crecimiento doméstico se han requerido grandes importaciones de materias primas, especialmente del hemisferio Sur; además, con la Nueva Ruta de la Seda –indispensable para el progreso económico de Beijín–, inevitablemente desafía los intereses y posiciones de Estados Unidos y Europa Occidental en gran parte del mundo. De acuerdo con Watkins:

hoy en día el imperio estadounidense es tan vasto, tan arrogante en sus demandas, que cualquier potencia en rápido ascenso debe chocar inmediatamente con él; pero su poderío militar hace imposible su derrota. De ahí resulta como alternativa la sumisión o el punto muerto de un largo y enconado enfrentamiento (Watkins, 2019:12).

Probablemente, la mejor predicción sobre el futuro podría ser lo que Watkins llama «un patrón de desgaste prolongado»: un largo período de vacilación política, por ambos lados, entre la confrontación y el ajuste, como sucede con las actuales disputas comerciales, «acuerdos en la cumbre intercalados con alarmas y boxeo de sombra, crisis repentinas

¹⁶ Al parecer, cuando Nixon, o tal vez Kissinger, preguntó al por entonces Primer Ministro de China Zhou Enlai (1949-1976) que pensaba acerca de la Revolución Francesa, respondió: «Es demasiado pronto para decirlo. Si la historia no es del todo cierta, ciertamente parece bien inventada».

sobre aviones espía, intervenciones para avivar o apaciguar las revueltas» (Watkins, 2019:13). Además de las tensas negociaciones sobre viejos y nuevos conflictos en la Nueva Ruta de la Seda con sus innumerables puntos de presión, o sobre islas y otras franjas territoriales en el Mar de China Meridional.

¿Una Nueva Europa?

¿Qué dirección adoptará, si es que logra hacerlo, el sistema estatal europeo con el fin de salir de su actual *impasse* y dirigirse hacia un nuevo orden estable? ¿Regresará a la política democrático-distributiva (*downward*) «sobre el terreno», de acuerdo con las demandas de los movimientos nacionalistas de perfil comunitarista? O, por el contrario, ¿adoptará una política *upward* bajo el control de mando del *establishment* europeo, una vía hacia «más Europa» en el sentido de una economía supraestatal libre de las injerencias de la política democrática, siguiendo las exigencias del capitalismo neoliberal en el que se inspira, deliberada o ingenuamente, el centro-izquierda europeo? En este caso, el enfoque de Polanyi puede ser de gran ayuda, ya que nos permite relacionar la estructura y las relaciones entre los estados de la Unión Europea y la evolución de las relaciones entre China y Estados Unidos. Así, por ejemplo, previsiblemente Polanyi se interrogaría sobre las oportunidades, si es que hay alguna, que puede ofrecer el actual modelo de centralismo europeo, frente a la resistencia del «nacionalismo» populista. Cuestionaría la credibilidad de una nueva «narrativa»¹⁷ sobre la necesidad histórica de una mayor «integración europea», reemplazando el «modelo social europeo» socialdemócrata –abandonado desde la década de 1970–; tendría serias suspicacias y sólidos argumentos para continuar dando credibilidad a la desacreditada promesa neoliberal de la década de 1990 y principios de la siguiente de mercados internacionales sin fronteras que teóricamente iban a producir prosperidad y convergencia económica para todos.

Es dentro de esas tensiones y contradicciones no resueltas donde deben ser considerados los inagotables llamamientos por parte del supranacionalismo europeo para la construcción de un «ejército europeo» que

¹⁷ «Narrativa» se ha convertido recientemente en un concepto de uso común. Habiendo migrado de la teoría literaria a la política, significa algo así como una historia edificante y motivadora, a menudo una historia cuyo fin es generar aceptación o consenso sobre algún asunto, ya sea una decisión política o sobre alguna institución. Una «narrativa» se juzga por su efecto, no por su verdad; si deja de cumplir su función, se sustituye por otra más eficaz. En la actualidad, los políticos que no han tenido éxito al intentar «vender» algo a su electorado suelen llamar a sus asesores para que les proporcionen «una nueva narrativa».

defienda y acelere la «unidad europea»¹⁸. Esta idea, la posesión de un ejército propio, no solo constituye la vía clásica para la construcción del Estado, también se asocia con la identificación de un enemigo extranjero tan útil para la integración social en la línea del pensamiento de Carl Schmitt: *Freund-Feind-Verhältnis* (relación amigo-enemigo). Si bien desde hace algún tiempo el «riesgo de seguridad» para Europa como comunidad imaginada, ha sido Rusia, la hostilidad política aislacionista de Trump ha reconfigurado la geopolítica vinculando a China con Rusia de forma más estrecha. Las aspiraciones de constituir un ejército como camino hacia la construcción de lo que podría denominarse un Estado europeo formaron parte de la ambición del proyecto de la Comunidad Europea de Defensa a principios de la década de 1950; proyecto finalmente vetado en 1954 por la Asamblea Nacional francesa. Paradójicamente, ahora es sobre todo Francia quien impulsa la unificación militar europea y el socio que ha insistido tenazmente en la gestación de una soberanía defensiva continental, respondiendo además a las históricas demandas de la OTAN. Pero el país galo no ha estado solo, al igual que en la década de 1950, Alemania ha desempeñado un papel central en este camino hacia la militarización; de hecho, desde 2002 se comprometió a casi duplicar su gasto en defensa pasando del 1,1 (en 2017) al 2 por ciento del PIB previsto para 2024. Un gasto que convertiría a Alemania en la mayor potencia militar de Europa, superando incluso a Rusia¹⁹. Dado que Alemania no puede –ni lo hará–, adquirir armas nucleares, todo su gasto adicional se destinaría a armas convencionales. Pero en la medida en que las fuerzas alemanas se europeicen, el gasto en defensa del país germano tendería a cerrar las brechas existentes en el arsenal francés, sobre todo causadas por los altos costos de su fuerza nuclear²⁰. Naturalmente, el uso

¹⁸ En octubre de 2018 Jürgen Habermas junto con un puñado de expolíticos cristianos y socialdemócratas, emitieron un llamamiento bajo el mantra: «Por una Europa solidaria», caracterizado como «una Europa que protege nuestro estilo de vida» (publicado en *Handelsblatt*, 21 de octubre, 2018). Según los autores, «Trump, Rusia y China pusieron a prueba la unidad de Europa, nuestra disposición a defender juntos nuestros valores y defender nuestra forma de vida». Más abajo, bajo el subtítulo «We Call for a European Army», exigen «empezar ahora una integración más profunda de la política exterior y de seguridad sobre la base de decisiones mayoritarias y con el objetivo de un ejército europeo común». Esto no requeriría más dinero, dado que «los miembros europeos de la OTAN en su conjunto gastan alrededor de tres veces más en defensa que Rusia», sino solo «eine Überwindung der verteidigungspolitischen Kleinstaaterei» (traducido de manera aproximada: «dejamos atrás nuestro provincialismo militar propio de estados pequeños»).

¹⁹ Si Alemania gastase el 2 por ciento de su PIB en «defensa», en términos absolutos gastaría un 40 por ciento más que Rusia, cuyo presupuesto incluye su equipo nuclear. Aun así, durante los próximos años se prevé una reducción en términos absolutos del presupuesto ruso destinado a defensa.

²⁰ No está del todo claro hasta qué punto el gobierno alemán se ha tomado en serio su compromiso, sellado con la OTAN, de impulsar el gasto militar. Pero ciertamente, bajo el

de la defensa militar como palanca para alcanzar una integración política supranacional requiere que las élites europeas señalen hacia un entorno internacional inestable u hostil que potencialmente amenace la paz, la prosperidad y «the European way of life»²¹. Si bien los peligros externos siempre se pueden exagerar y con demasiada frecuencia exceder la realidad, como en el caso de Rusia, las tensiones en el sistema internacional son obviamente reales y sin duda muy útiles para cumplir con los objetivos de una integración europea à la Schmitt²².

radar público, la Gran Coalición ha gastado 47,32 mil millones de euros en defensa en 2019, lo que supone un aumento de más de cinco mil millones en comparación con 2018, es decir de aproximadamente un incremento del 12 por ciento. En términos del PIB, supone un ascenso del 1,35 por ciento en 2019, frente al 1,23 por ciento del año anterior y al 1,12 por ciento de 2017. Para 2020, se prevé un aumento adicional del 1,38 por ciento. Como Ministra de Defensa alemana, Ursula von der Leyen prometió a los aliados de Alemania que esa proporción seguiría creciendo hasta el 1,5 por ciento en 2025, a pesar de los problemas fiscales previstos y, como consecuencia, de la intensificación de los conflictos con otros objetivos políticos. De hecho, la última previsión presupuestaria a medio plazo proporcionada por el Ministro de Finanzas (socialdemócrata) señala una disminución en lugar de un incremento después de 2020 en la relación entre el gasto en defensa y el PIB que podría girar en torno al 1,26 por ciento para 2023. Obviamente, ni Estados Unidos ni Francia se sentirán satisfechos con esa reducción. Parece no obstante que los partidos de la Gran Coalición sienten el objetivo del 2 por ciento en gasto militar, más como una obligación de lo que manifiestan públicamente, sobre todo porque un mayor gasto en armamento significaría claramente una reducción del gasto público, por ejemplo, en políticas sociales, debido fundamentalmente a que durante la próxima década se prevé un estancamiento de los ingresos fiscales. Aun así, con todo, el primer pronunciamiento público de la sucesora de von der Leyen como Ministra de Defensa, Kramp-Karrenbauere en el cargo desde julio de 2019, afirmó antes de tomar posesión que Alemania debía de cumplir con su compromiso del 2 por ciento.

²¹ Frase adoptada por la futura sucesora de Merkel, la citada Kramp-Karrenbauer, además de líder del partido CDU, en su respuesta al proyecto de Macron de una «refundación de Europa», y asumida por von der Leyen como nueva presidenta de la Comisión Europea, donde fue instalada por presión de Macron. Annegret Kramp-Karrenbauer renunció a su candidatura como futura canciller para suceder a Angela Merkel el 10 de febrero de 2020; se mantuvo en el cargo hasta el 16 de enero de 2021 cuando fue sustituida por Armin Laschet como presidente del partido conservador [N. del T.].

²² Aunque la formación de un ejército europeo seguiría siendo bastante difícil, cabe interrogarse cuál sería el papel de los estados-nación en la defensa «europea». ¿Quién sería el Comandante en Jefe de las tropas europeas, el sucesor del Jean-Claude Juncker, la señora von der Leyen? ¿Se constituiría un Estado Mayor integrado? ¿Cómo entraría en esta nueva Europa la fuerza nuclear francesa? (¿Se entregaría a un gobierno «europeo»?). De ser así, no quiere decir que no habría algunos beneficios a corto plazo, del tipo habitual y frugal, tan al gusto de la actual Unión Europea. Un «ejército europeo», incluso si de hecho estuviera formado por unidades militares nacionales, en particular las alemanas y francesas, presumiblemente podría reclutar en lugares como Croacia o Kosovo, donde la mano de obra es abundante y barata; la resistencia tradicionalista contra los mercenarios se vence más fácilmente si van a luchar por el «proyecto europeo», por ejemplo, en el África Occidental Francesa. Por otro lado, un «ejército europeo» podría constituir una vía legítima hacia la inmigración legal, procedente de Libia o de Afganistán. Al estar gobernado por «Europa», de cualquier modo, el *Bundestag* alemán tal vez pueda ser persuadido de que renuncie a su insistencia de posguerra en que el *Bundeswehr* se gestione como un *Parlamentsarmee*, y que incluso el más mínimo despliegue de tropas alemanas tenga que ser aprobado por mayoría parlamentaria. Probablemente el aspecto

Inspirándome en el inteligente análisis de Polanyi, desearía concluir discutiendo tres trayectorias europeas ideales-típicas del actual interregno político-económico. El primero conduciría a un sistema descentralizado de estados-nación democráticos, débilmente integrado horizontalmente a través de la cooperación económica negociada (en términos de Polanyi, «planificación regional»), que en Europa requeriría reemplazar el euro por un régimen monetario más flexible²³. Globalmente, esto presupondría algo así como el orden internacional esperado por Polanyi: un equilibrio de poder entre Estados autónomos no expansionistas, o bloques de Estados que no quieren o, en todo caso, no pueden imponer sus sistemas económicos y políticos al resto del mundo; en otros términos, se trataría de una «coexistencia pacífica» no imperialista y sin pretensiones universalistas; un nuevo orden en el que particularmente las batallas geopolíticas entre China y Estados Unidos por la conquista del mundo se desvanecerían. Dicho de otro modo, las relaciones interestatales (aunque no necesariamente entre sociedades) se regirían por el respeto a la diversidad. En este tipo ideal, las relaciones económicas internacionales podrían, en general, estar libres del colonialismo y el poscolonialismo, y los países europeos podrían incluso llegar a un acuerdo pacífico con la que ahora es su *bête noir*, Rusia. No habría suficientes incentivos para crear un ejército europeo integrado; se trataría de un proyecto que perdería plausibilidad y se volvería inadecuado como vehículo para la formación de un superestado europeo; además, la «guerra contra el terror» podría delegarse, como debería haber sido durante mucho tiempo, a la cooperación policial internacional.

Previsiblemente surgirían numerosas preguntas, en particular sobre la capacidad de un sistema estatal descentralizado basado principalmente en la cooperación voluntaria para responder a problemas y retos globales como el cambio climático, la evasión fiscal y la regulación de las finanzas y el dinero. Pero, ¿acaso no es preferible plantear estas cuestiones tan cruciales desde cualquier punto de vista que dejar nuestro destino en manos

más relevante del proyecto de la formación de un «ejército europeo», al menos a corto plazo, sea que viene con un compromiso de Francia y Alemania, establecido en el Tratado de Aquisgrán de enero de 2019, con la finalidad de fusionar sus industrias armamentísticas; con la consecuencia de que las directrices alemanas sobre las exportaciones de armamento, todavía bastante poco generosas, se adelantaría de forma efectiva. (Tal vez esta sea la razón por la que varios políticos experimentados de la CDU, que ahora ganan su dinero en la industria privada, en particular alguien como Friedrich Merz, se unieran a Habermas en su recién adquirido amor por la acción militar).

²³ Actualmente existe una vasta literatura sobre posibles alternativas a la moneda única, al menos en su forma actual. Entre ellas, existe la posibilidad de separar el euro entre el Norte y el Sur, o permitir regímenes de doble moneda, con monedas nacionales flotando contra el euro supranacional, tal como lo concibe actualmente el gobierno «populista» de Italia («Mini-Bots» o moneda paralela). Naturalmente este no es el lugar para discutir los diversos proyectos así como sus perspectivas a la moneda única.

de la llamada «gobernanza global» o del superestatismo europeo que nada o casi nada han logrado durante las últimas décadas? Un giro hacia la «planificación regional» podría poner en marcha la búsqueda tantas veces postergada de políticas locales y nacionales verdaderamente efectivas, dejando atrás el mantra internacionalista de que los problemas globales solo pueden ser resueltos por un gobierno global absuelto de cualquier control democrático. Sin duda, todas estas llamadas y reclamos de la gobernanza global constituyen una cómoda excusa para no hacer nada y practicar la política de la procrastinación. ¿Cuáles serían los términos clave en los que debería inspirarse una planificación regional? Como mínimo deberían considerarse rigurosamente, entre otros factores, los controles de capital, la nacionalización –en el sentido de desglobalización– de los bancos y otros sectores financieros; el traspaso de la base impositiva a los activos inmobiliarios y a las ganancias de capital no devengadas («windfall»); la construcción de alianzas de planificación regional entre países vecinos; incrementar el gasto público para adaptar las infraestructuras al cambio climático (también en geoingeniería a gran escala); así como la movilización de un cierto orgullo local y nacional ante un adecuado comportamiento medioambiental (por ejemplo, ciudades libres de CO₂), etc. No veo que, en términos de su efectividad, tales medidas sean necesariamente inferiores a lo que los internacionalistas han ofrecido hasta ahora y lo que pueden esperar de manera realista ofrecer en el crucial futuro inminente²⁴.

Regresando al contexto global, parece que, al igual que en el análisis de Polanyi, el principal obstáculo para un orden internacional pluralista puede ser Estados Unidos. Habiendo conquistado la Unión Soviética, Estados Unidos tendría que aprender a desprenderse de su extensa red de aliados y puestos militares, y constatar que «American first» significa en todo caso priorizar las necesidades domésticas sobre las internacionales. La pregunta es, por supuesto, si esto es posible: si, por ejemplo, la economía estadounidense se ha vuelto demasiado dependiente del dominio internacional para poder prescindir de él. En este caso, Estados

²⁴ En el debate alemán, quienes insisten en los beneficios y potencialidades de la soberanía económica del Estado-nación tienden a ser acusados de *Kleinstaaterei* (como le sucedió, por ejemplo, a este autor por parte de Habermas (2013). El concepto fue usado por primera vez por los nacionalistas alemanes a principios del siglo XIX en su polémica contra la organización política tradicional del Sacro Imperio Romano Germánico de la Nación Alemana (*Altes Reich*), constituido por un gran número de ciudades libres y pequeños principados. Actualmente, los defensores de un superestado europeo centralizado utilizan el término contra aquellos que defienden un sistema estatal europeo menos jerárquico y más voluntario, cooperativo en lugar del imperial. Su respuesta (véase Streeck, 2013) es a su vez acusar a sus oponentes de *Großstaaterei*, un concepto inventado como reacción, y como recordatorio, de la creencia fatal de Max Weber de que Alemania tenía que convertirse en un *Machtstaat* para defender su «cultura», o «way of life» (?), en un contexto internacional hostil.

Unidos tendría que percibir el ascenso de China como una amenaza mortal, ya que significaría menos acceso estadounidense a los recursos globales y precios más elevados para las importaciones de materias primas. Además, la continua hostilidad estadounidense hacia países como Irán, aliado natural de Rusia y China, podría exacerbar las tensiones entre las dos superpotencias del siglo XXI. Por supuesto, las tensiones desencadenadas podrían impulsar la credibilidad de una justificación militar para llevar a cabo una centralización del tipo superestado del sistema estatal europeo.

De hecho, la «integración europea» inspirada en el proyecto de un superestado armado se ofrece en dos versiones, la francesa y la alemana, ambas vinculadas a diferentes percepciones de las limitaciones y oportunidades inherentes a una lucha chino-estadounidense por la hegemonía global²⁵. Pero en ambas versiones, sin embargo, se da una convergencia, a saber, la construcción de un superestado europeo procede de un incrementalismo imperialista, restringiendo la autonomía política y suspendiendo la democracia de los estados miembros. La versión francesa ve en Europa el potencial de un tercer gran jugador en la aproximada equidistancia entre Estados Unidos y China; mientras que la versión germana prevé algo así como la creación de un sub-imperio con Estados Unidos para luchar conjuntamente contra los chinos y, por razones no del todo claras, contra los rusos. En la práctica, sin embargo, distinguir entre estas dos «visiones» no siempre es fácil, no solo porque se desconoce, como es obvio, la naturaleza exacta de la futura relación entre Estados Unidos y China, sino también porque Francia y Alemania están luchando por la *finalité* de la Unión Europea al mismo tiempo que ocultan tanto como les sea posible sus continuos desacuerdos en este espinoso terreno. El asunto se complica aún más por el hecho de que todavía existe entre el *establishment* de la política exterior alemana una minoritaria facción *gaulliste* que se opone a la facción mayoritaria pro-estadounidense «atlantista», representada sobre todo por Angela Merkel y su posible sucesor escogido a dedo²⁶.

²⁵ Las discusiones sobre el tema, en la medida en que tengan lugar, están envueltas en secreto diplomático, al igual que todas las demás discusiones relevantes que conciernen a la «integración europea». Inevitablemente, en este aspecto el autor se ve obligado a confiar en los contactos personales y en la información actual vertida por la «prensa de calidad», por lo demás bastante comedida, cuando no restringida, para no parecer «antieuropaea».

²⁶ Merkel ha evitado, como es característico de ella, tomar una posición pública, tanto negando que haya diferencias en absoluto como haciendo generosamente promesas incumplibles e incompatibles a todas las partes, con la esperanza de salirse con la suya mediante emergencias que surgen de manera contingente, desviando la atención de ellas o volviéndolas obsoletas. Que se esté acabando el tiempo para políticas de este tipo, también porque se han acumulado demasiadas promesas que tarde o temprano requieren

Algunos aspectos pueden bastar para ilustrar las diferencias entre las visiones francesa y alemana con respecto a la formación de un sistema estatal europeo organizado como un superestado militarizado. El concepto francés de una tercera hegemonía presupone tensiones globales suficientemente fuertes como para unificar a Europa, pero insuficientes como para obligarla a elegir un bando. También presupone el voluminoso incremento del gasto militar alemán que actualmente se está prometiendo, lo que compensaría gran parte del gasto de defensa francés que se destinaría a la fuerza nuclear nacional. Dado que la *force de frappe* permanecería bajo control francés, se garantizaría un papel dominante para el país gallo en la geopolítica de un futuro superestado europeo; de hecho, una vez que se ha producido el Brexit, Francia es el único Estado miembro de la UE con un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Pero se necesitarán fuerzas convencionales alemanas bajo mando europeo, en particular tropas terrestres alemanas, para librarse de guerras pos-coloniales en el África francesa y, tal vez, en el Medio Oriente, con el fin de garantizar el acceso continental a los recursos naturales y mantener a raya a los rivales chinos y estadounidenses en el sur de Europa y el norte de África. Dentro de Europa, se daría prioridad a mantener a bordo a los países mediterráneos y aquellos que estén dispuestos a ser gobernados desde el centro europeo, lo que requeriría, de una u otra manera, una compensación por el daño que la moneda común ha infligido a sus economías. Una forma de llevar a cabo dicha compensación a los países meridionales podría consistir en la elaboración de un presupuesto especial de la Eurozona a cargo de países septentrionales con superávit sobre todo Alemania. Una tercera estrategia hegemónica por parte de Francia permitiría algún tipo de *détente* con Rusia, dada la menor importancia que tiene para el país gallo el territorio oriental en comparación con el Sur de Europa y sobre todo el norte de África²⁷.

A diferencia del superestado europeo francés, la alternativa alemana supondría fundamentalmente un *market state* con fuertes intereses en el Este europeo; una alternativa que, ciertamente, podría entrar en colisión con los intereses rusos pero que tendría una fuerte afinidad transatlántica con Estados Unidos; en este caso, la seguridad nacional o supranacional se derivaría, además de los propios esfuerzos europeos, de un pacto militar con Estados Unidos. Su hora podría llegar, sin embargo, con una reafirmación del expansionismo estadounidense y un serio enfrentamiento con las políticas expansionistas chinas. El papel de una Europa refundada como una especie de sub-imperio Occidental liderado por

ser redimidas, es una de las razones por las que a Merkel también se le está acabando el tiempo.

²⁷ En pocas palabras, lo que representa Europa del Este para Alemania lo es África del Norte para Francia.

Estados Unidos –tal vez permitiendo la inclusión del Reino Unido bajo una «relación especial» después de su salida de la Unión Europea–, consistiría en mantener a Rusia bajo control evitando que proyectase su poder sobre el Medio Oriente y el Mediterráneo; impidiendo además posibles alianzas con China en África o en otros territorios. Una postura europea de confrontación con Rusia también mantendría a los países de Europa del Este en el imperio Occidental, asegurando a sus élites contra los riesgos de adoptar una visión hostil hacia los intereses de seguridad regional rusos (previniendo, en otras palabras, el tipo de pacificación regional a través de la planificación» prevista por Polanyi en 1945, o practicado posteriormente en Escandinavia en lo que se denominó «finlanización»). La convencional superioridad alemana sobre Rusia estaría respaldada por la energía nuclear estadounidense, que se utilizaría para los intereses europeos, proporcionando a la vez a los Estados Unidos un apoyo logístico vital para desarrollar sus guerras estratégicas en Oriente Medio, por ejemplo a través de bases militares en Alemania²⁸. Políticamente, un «proyecto europeo» imperial integrado en Occidente y liderado por Estados Unidos podría ser difícil de vender a los votantes fuera de Europa del Este, al menos mientras Trump u otro «ugly American» tenga el poder en Washington. Pero lo mismo puede ser cierto bajo un presidente demócrata de la Nueva Izquierda. Aunque culturalmente el nuevo izquierdismo, como el encarnado en Alexandria Ocasio-Cortez, parece representar el arquetipo de un Kennedy del siglo XXI, desde el punto de vista político podría incluso ser más aislacionista que las políticas que Trump intentó inicialmente llevar a cabo. Parecería que la versión alemana de un camino militar hacia la unidad europea, a diferencia de la francesa, presupone un regreso al poder (o al menos una posibilidad realista de tal regreso) del liberalismo estadounidense al estilo de Clinton o, más probablemente, una resistencia exitosa del «estado profundo» estadounidense –el complejo militar-industrial de inteligencia del país– contra aquellos intentos aislacionistas, de izquierda o de

²⁸ De hecho, la mayor instalación de la Fuerza Aérea estadounidense fuera de Estados Unidos está ubicada en Ramstein (Base Aérea de Ramstein) en Renania-Palatinado. Alberga a unos 9.000 soldados, incluido personal civil. La base aérea se utiliza como centro europeo para el transporte de tropas, material y prisioneros a nivel global. También se utiliza para vuelos de evacuación ya que está cerca del Landstuhl Regional Medical Center, el hospital militar más grande fuera de territorio estadounidense. El hospital también tiene otros usos, como análisis de informes de tropas estadounidenses o como lugar de interrogatorio de prisioneros. Es importante destacar que desde la base aérea de Ramstein, el ejército de Estados Unidos planea y controla sus operaciones de drones de «guerra contra el terrorismo» en Irak, Afganistán, Somalia, Yemen y Pakistán. Al escribir estas líneas hay alrededor de 32.000 soldados estadounidenses estacionados en Alemania. Véase en: https://de.wikipedia.org/wiki/Ramstein_Air_Base

derecha, que pretendan subordinar las prioridades internacionales a las nacionales.

Conclusión

Un interregno es un momento definido por una gran incertidumbre, tanto con respecto a cuánto tiempo durará como a la forma en la que finalizará. Por supuesto, nadie sabe cómo se resolverán las tensiones de las relaciones entre Estados Unidos y China. Es posible que durante un período indefinido oscilen entre el conflicto y la conciliación, entre la paz, la guerra fría y la guerra a secas, retrocediendo o aproximándose peligrosamente hacia el abismo. Tampoco sabemos lo que sucederá con la extraordinaria digitalización de la tecnología militar: los drones son solo el comienzo, seguidos por robots que luchan contra robots mientras atacan infraestructuras y tropas, acompañados de una guerra cibernética cada vez más sofisticada contra sistemas nacionales vitales de procesamiento de datos y telecomunicaciones.

Igualmente incierto es el tiempo que perdurará la defensa «populista» de autonomía local del sistema estatal europeo contra el centralismo supranacional. El alarmismo internacional por parte de las élites europeas con mentalidad integradora puede hacer retroceder las fuerzas centrífugas, o puede que no. Las esperanzas francesas de una política estadounidense más aislacionista así como las esperanzas alemanas de un regreso estadounidense al «multilateralismo» pueden verse frustradas, ya que Estados Unidos puede seguir dividido entre el electorado «America first» y un establecimiento militar internacionalista. Además, las expectativas francesas y estadounidenses, alimentadas por el gobierno de Merkel, de una Alemania que se arme hasta los dientes y coloque a sus fuerzas armadas bajo un mando no alemán, sacándolas así del control parlamentario nacional, pueden verse frustradas por los votantes y partidos alemanes. ¿Quién ganará la batalla en Alemania entre los «gaullistas» y los «atlantistas»? El primero necesita una Francia que no sea lepenista, el segundo un Estados Unidos que no sea trumpista. En cualquier caso, todo lo que uno puede predecir es un período prolongado de indecisión, en medio de dudas sobre si Alemania será capaz y estará dispuesta a pagar el precio creciente de mantener unido su imperio europeo liberal, más allá del dos por ciento destinado a un ejército mejor y más grande.

Lo que nos espera, entonces, es una larga *Hängepartie*, un período de indecisión con eventos inciertos, pero concebible dentro de los parámetros del ensayo de Polanyi aquí tratado: universalismo contra pluralismo, un solo mundo o un mundo plural, patrón oro frente a «planificación regional», imperio frente a soberanía, contramovimientos de derecha y de izquierda, etcétera. En toda esta complejidad incierta, o incertidumbre compleja, la arquitectura del sistema estatal europeo –su política de escala y jerarquía– puede seguir siendo una cuestión abierta, pero por ahora la

realpolitik europea impide a su ciudadan   definir políticamente y perseguir sus intereses en paz, democracia y prosperidad. Jugando peligrosamente con medios militares para centralizar la política europea, los sectores elitarios continentales pueden, en algún momento, dejar de entender en qué se est  n metiendo y, como en 1914, casi sin propon『rselo, iniciar un *wildfire* que escape a su control²⁹.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Perry (2017), *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony*, London, New York: Verso.
- Habermas, Jürgen (2013), «Demokratie oder Kapitalismus? Vom Elend der nationalstaatlichen Fragmentierung in einer kapitalistisch integrierten Weltgesellschaft», *Bl  tter für deutsche und internationale Politik*, 58 (5), 59-70.
- Lee, Ching Kwan (2017), *The Specter of Global China: Politics, Labor and Foreign Investment in Africa*, Chicago and London: Chicago University Press.
- Polanyi, Karl (1945), «Universal Capitalism or Regional Planning?», *The London Quarterly of World Affairs*, 10 (3), 86-91.
- Polanyi, Karl (2018), *Economy and Society: Selected Writings*. Edited by Michele Cangiani and Claus Thomasberger, Cambridge UK: Polity.
- Streeck, Wolfgang (2013), «Vom DM-Nationalismus zum Euro-Patriotismus? Eine Replik auf Jürgen Habermas», *Bl  tter für deutsche und internationale Politik*, 58 (9), 75-92.
- Streeck, Wolfgang (2019), «Reflections on Political Scale», *Jurisprudence*, 10 (1), 1-14.
- Watkins, Susan (2019), «America vs China», *New Left Review*, 115, 5-14.

²⁹ La política armamentística europea está cambiando rápidamente. A finales de 2019 había aparecido una brecha abierta entre Alemania y Francia, debido sobre todo a la negativa de Macron y del ejército francés de entregar la *Force de frappe* al control «europeo». En respuesta, Alemania confirmó su compromiso con la OTAN y con Trump, después de que Macron declarará públicamente que la OTAN se hallaba en estado de «braindead». Para una evaluación preliminar, puede leerse un breve análisis del autor publicado en *El Salto* bajo el título: «La cosa se pone seria». Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com>

REG

1/2021 (1)

ISSN electrónico: 2697-0511

Crisis del Capitalismo Global o, Fin du Globe?

Germán Carrillo García

Universidad de Murcia, España

Resumen: En este ensayo he intentado contribuir al fecundo debate sobre la crisis del capitalismo global. La tesis desarrollada se fundamenta en una sucesión de acontecimientos históricos, convergentes y orgánicamente dependientes. La crisis del capitalismo keynesiano de la Segunda Posguerra confluyó –y contribuyó a profundizar– con la crisis del desarrollismo en América Latina y en el continente africano. El auge de la contrarrevolución neoliberal liderada por Thatcher-Reagan, junto a sus discípulos europeos de la Tercera Vía, convergió con el derrumbamiento del Imperio Soviético y el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping iniciada en 1978, en el país asiático se desarrolló un capitalismo de Estado que dos décadas después, bajo un control políticamente comunista, se había transformado en un régimen socialista con características chinas y afinidades neoliberales. Las consecuencias de este nuevo orden mundial se analizan en la segunda parte del ensayo como problemas centrales del siglo XXI: la desigualdad existencial global de una ciudadanía sometida por la lógica del capital ficticio a una implacable servidumbre por deudas; la erosión de la política pública; la explotación laboral expresada simultáneamente en las economías posindustriales y en el Sur global a través de la destrucción no tan creativa de las cadenas de valor y otras formas vinculadas a la expansión de la *gig economy* y al tecnoutopismo del silicio; así como la alteración antropogénica de la biodiversidad terrestre sin precedentes en el registro histórico.

Palabras clave: Crisis Global, Historia Global, Programa Neoliberal, Economía Política, Ecología Política, Ascenso de China, Desigualdad Global, Robber Barons, Explotación Laboral, Deuda Global, Capital Ficticio, Crisis Intelectual.

Global Capitalism Crisis or, Fin du Globe?

Abstract: In this essay I have tried to contribute to the fruitful debate on the crisis of global capitalism. The thesis developed is based on a succession of historical, convergent and organically dependent events. The crisis of Keynesian capitalism of the second post-war period converged –and contributed to deepen– with the crisis of developmentalism in Latin America and on the African continent. The rise of the neoliberal counterrevolution led by Thatcher-Reagan, along with her European Third Way disciples, converged with the collapse of the Soviet Empire and the extraordinary rise of post-Maoist China. During the Deng Xiaoping era, which began in 1978, a state capitalism developed in the Asian country that two decades later, under politically communist control, had been transformed into a socialist regime with Chinese characteristics and neoliberal affinities. The consequences of this new world order are analyzed in the second part of the essay as central problems of the 21th century: the global existential inequality of a citizenry subjected by the logic of fictitious capital to implacable debt bondage; the erosion of public policy; labor exploitation expressed simultaneously in post-industrial economies and in the global South through the not so creative destruction of value chains and other forms linked to the expansion of the gig

economy and silicon techno-utopianism; as well as the anthropogenic alteration, without historical precedent, of terrestrial biodiversity.

Keywords: Global Crisis, Global History, Neoliberal Program, Political Economy, Political Ecology, Rise of China, Global Inequality, Robber Barons, Labor Exploitation, Global Debt, Fictitious Capital, Intellectual Crisis.

Neoliberalización

«Pessimismo dell'intelligenza»

En cierta ocasión Albert Otto Hirschman al estudiar los años de plomo del neoliberalismo en América Latina durante la década de 1980 se percató de un sentimiento generalizado entre los hombres y mujeres de aquel continente, o al menos entre algunos sectores intelectuales: «Por primera vez las décadas precedentes fueron percibidas como una larga, casi dorada edad de avance ininterrumpido y constante». Hirschman, sin embargo, sabía que los rasgos positivos del pasado, ya fueran reales o simplemente idealizados, solo se pueden reconocer cuando se ha iniciado un nuevo periodo que subraya los contrastes con la fase precedente. Se trata de un inevitable rasgo de la naturaleza humana. Por ello recurrió al famoso aforismo hegeliano: «la lechuza de Minerva solo despliega sus alas a la caída de la tarde». «Solo comenzamos a entender un periodo cuando se baja el telón», cuando aparentemente los contornos de una nueva fase en la historia comienzan a revelarse (Hirschman, 1986:4).

En retrospectiva toda crisis ha generado ansiedades individuales y colectivas, incertidumbres sobre el futuro y estados sociales de anomia y resentimiento. Y con mayor o menor intensidad los círculos intelectuales se han volcado rápidamente, a veces incluso con cierta impaciencia, en la ardua tarea de interpretar los dramáticos acontecimientos que estallaban ante sus atónitos ojos. Es cierto que no alberga gran dificultad el hecho de discernir los signos que preceden a las catástrofes así como a los periodos de crisis cuando estos se han desencadenado ante nosotros; sin duda, la proeza intelectual consiste en intuirlos con anterioridad a su estallido. No hay, sin embargo, precedentes para la incalculable acumulación de publicaciones y volúmenes concernientes a la «sorpresa» desatada ante el colapso financiero de 2008 y la reciente crisis pandémica mundial, «la peor crisis económica de la historia del capital» (Harvey, 2021:105). En parte, el asombro ante el colapso financiero y sobre todo ante la subsiguiente alteración política a nivel global entre los círculos intelectuales progresistas y gran parte del izquierdismo militante, se debía a que continuaban inspirándose en las teorías de la crisis predominantes en las décadas de 1960 y 1970. Las interpretaciones acerca de las tensiones políticas,

económicas o sociales que genera el capitalismo habían quedado reducidas de forma sistemática y con contadas excepciones a un problema de legitimación. «Los mercados, el capital y los capitalistas», es decir, la economía política, argumenta con la debida causticidad Streeck, fueron desplazados por la teoría de la democracia, la teórica comunicativa y por la labilidad de los enfoques «psicologistas del mundo». Y, en parte, porque aquellos sectores sociales que habían plantado la batalla a la mercantilización de todas las cosas, «el terror del consumo» de los estudiantes de 1968, pronto acabaron tomando parte activa de la «ola de consumo y mercantilización sin precedentes» durante la era neoliberal (Streeck, 2016:28-29)¹.

«Las palabras que dominaban las sociedades de consumo occidentales –escribió Hobsbawm– ya no eran las palabras de los libros sagrados, ni tampoco las de los escritores laicos, sino las marcas de cualquier cosa que pudiera comprarse» (Hobsbawm, 1995:507). Tal vez por ello no dudó en afirmar que con la caída de las «viejas ideologías de la izquierda» emergió un «pensamiento radical o de izquierdas, pero sustentado en una base de clase media», cuyas inquietudes políticas diferían cada vez más de las aspiraciones de los «movimientos obreros». *A fortiori*, «allí donde concebían una transformación social, ellos mismos constituían una protesta más que una aspiración». No era difícil observar cuáles eran sus campos de oposición y beligerancia puesto que todos concurrían en un exaltado anticapitalismo, sin embargo «era casi imposible identificar lo que proponían como alternativa» (Hobsbawm, 2012:422). Fue también la generación sesentayochista –afirma Therborn– la «que vivió tanto el ápice de la fuerza de la clase obrera en el capitalismo desarrollado como el comienzo de su declive». Pronto quedó manifiestamente claro que el derrumbe del Imperio Soviético (1985-1991) selló la larga «perspectiva revolucionaria» que se había inaugurado con 1789 y mucho más decididamente con la Revolución de Octubre (Therborn, 2007:106). De hecho, el término «revolución» perdió el sentido histórico que había inspirado a las generaciones precedentes formados entre los cuadros políticos de la izquierda tradicional y por los partidos de masas obreros. Con la caída del muro de Berlín transformado en un psicodrama mediático, donde «la gente» –escribió Pomerantsev– parecía tomar el «poder de las élites mientras celebraban el efecto subversivo de U2», la «revolución» dejó de ser concebida como una expresión de transformación radical, convirtiéndose en el «nombre de una tecnología política» (Davidson, 2015:109). Pronto surgirían nuevos conceptos como «resiliencia» (que

¹ Una detallada revisión de las teorías de la crisis puede leerse en dos obras de Wolfgang Streeck: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, y *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, 2017. Esta última, según la acertada afirmación de Habermas, una evocación del *Dieciocho de Brumario* de Karl Marx.

«no es exactamente resistencia, sino un ajuste adaptativo más o menos voluntario»), así como otros convencionalismos del pragmatismo académico del momento que vinieron a sustituir el edificio teórico de la economía política de inspiración estructural². Parecía, en cualquier caso, que la sentencia thatcheriana TINA [*There Is Not Alternative*] había penetrado y transformado de forma extraordinaria a gran parte del mundo intelectual y político, pero también a una parte nada desdenable de la sociedad posmoderna que había interiorizado el «mito de que todo el mundo podía [y debía] ser capitalista» (una sociedad de emprendedores), y que el proletariado keynesiano había pasado a mejor vida (Boldizzoni, 2020). En el ambiente intelectual comenzó a proliferar un cierto *pessimismo dell'intelligenza*. Como le hizo saber Donna Haraway a David Harvey poco después del derrumbamiento de la URSS: «Creo que el problema más difícil al que me enfrento, lo confieso, es que he perdido la capacidad de imaginar cómo sería un mundo diferente al capitalista» (Davidson, 2015:109-110). Para muchos círculos intelectuales el futuro era algo menos y algo más que el *fin de la historia*, era como la amarga expresión de *fin de siècle* enunciada en *El retrato de Dorian Gray* de Wilde: «Sí que me gustaría que fuese *fin du globe* –dijo Dorian con un gran suspiro–, la vida es una gran desilusión»³.

Desde la caída soviética y el extraordinario auge de la contrarrevolución de la derecha mundial «los regímenes neoliberales y el capital», argumenta Davidson, penetraron en una turbulenta fase que inhibía a los Estados la posibilidad de actuar de «manera efectiva» y a largo plazo en favor del capitalismo mismo, conduciendo en cambio hacia una dirección en la que la nueva «ideología» iba a minar las bases mismas de la «economía sensata». La gravedad fue más acusada cuando se hizo evidente que cualquier política reformista adquiría el «potencial de constituir demandas revolucionarias en un contexto donde los regímenes» en permanente estado de excepción no podían «permitirlas» (Davidson, 2016). En *Cómo cambiar el mundo* Hobsbawm afirmó que «el efecto que tuvo el periodo 1973-2008 en la socialdemocracia fue que abandonó a

² Cada cierto tiempo, cuando los recursos intelectuales se agotan en las minas académicas surgen nuevos conceptos que anuncian (y celebran) la defunción del pasado y la necesidad imperativa de interpretar el mundo con otras lentes más refinadas. Así por ejemplo, la citada resiliencia, empoderamiento, emprendimiento, *bottom up/top down*, entre otros neologismos o términos extraídos de campos del conocimiento tan variopintos, y ajenos a la economía política, como la tecnología informática o la psicología, han nutrido desde hace unos años el patrimonio intelectual y la retórica política, incluso, o tal vez sobre todo, de una izquierda que se alejó de las causas subyacentes y complejas del mundo que pretende interpretar. Términos que, como diría Marx contra la economía vulgar, son «rumiados» por sus cultivadores «hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico»; una práctica pedante y «autocomplaciente» con el *status quo*, por supuesto, cuya finalidad implícita (o no) es anunciar que vivimos en «el mejor de los mundos posibles». Véase en el Volumen I de *El Capital* (Marx, 2010:92).

³ Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, Madrid: Edaf Ed., 1969, pp. 204-205.

Bernstein» y que la crisis de 2008 fue el «equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín». En cierto modo, la demonización del Estado social por parte de la derecha política que abrazó sin fisuras el proyecto neoliberal no era diferente de la indiferencia que mostraron amplios sectores de la izquierda ante el papel que había desempeñado el aparato estatal durante el periodo señalado para llevar a cabo de forma sistemática la «privatización y liberalización» de la propiedad pública (Hobsbawm, 2012:420). Hasta tal punto se produjo un giro incondicional del «centrismo extremo»⁴ hacia la ideología neoliberal que cualquier objeción hacia sus fundamentos, por más irracionales o precarios que fuesen, hallaban la misma recusación que Marx observara en los economistas victorianos acerca de las instituciones feudales: «no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales» (Marx, 1847/1987:77). Así lo entendió Harvey en su *Breve historia del neoliberalismo*:

El mundo capitalista fue dando tumbos hacia la respuesta que constituyó la neoliberalización a través de una serie de zigzagueos y de experimentos caóticos, que en realidad únicamente convergieron en una nueva ortodoxia gracias a la articulación de lo que llegó a ser conocido como el «Consenso de Washington» en la década de 1990. Por entonces, tanto Clinton como Blair pudieron haber dado la vuelta sin problemas a la observación de Nixon [hoy todos somos keynesianos] y decir de manera sencilla que «ahora todos somos neoliberales» (Harvey, 2007:20).

Y sin embargo, en retrospectiva, esa incapacidad de imaginar alternativas había permanecido con más costumbre de la observada por los analistas entre el ambiente político de la izquierda al oeste del muro de Berlín desde los años de la segunda posguerra mundial. Dado que la única elección al capitalismo realmente existente residía en la toma de poder político y en asumir el modelo extremo de capitalismo de Estado soviético (sobre todo tras la contrarrevolución de 1928), la izquierda se mantuvo relativamente autocomplaciente con la socialdemocracia reformista, al menos hasta los años de plomo del neoliberalismo angloamericano. Hasta aquel momento los movimientos y organizaciones de izquierdas se sintieron satisfechos con un «capitalismo reformado que reconociera la importancia de la mano de obra y de las aspiraciones socialdemócratas» (Hobsbawm, 1995:275; Davidson, 2015:111). Naturalmente, allí donde las condiciones materiales o de cualquier otra naturaleza de los trabajadores

⁴ La expresión la he tomado del análisis de Tariq Ali sobre la deriva política occidental desde 1989. Véase *El Extremo Centro*, Madrid: Alianza Ed., 2015.

fordistas no se ajustaban a sus expectativas, la fuerza sindical en un entorno productivo industrial keynesiano podía, y de hecho lo hacía, corregir las consecuencias de la naturaleza acumulativa del capital, tal como atestiguan las arraigadas tradiciones de disidencia política de los decenios de 1960 y 1970 que habían caracterizado a las sociedades estadounidense y británica. Sin embargo, esas energías sociales y políticas alternativas a interpelar congruentemente la naturaleza del capitalismo quedaron virtualmente socavadas no solo en su expresión social, también en cierto modo en sus bases teóricas. Mientras el proyecto neoliberal se expandía globalmente, argumenta Therborn, «el movimiento obrero estaba debilitado y las alternativas sistémicas embrionarias se venían abajo o quedaban completamente marginadas» (Therborn, 2007:61).

El universalismo que había guiado y caracterizado a los movimientos tradicionales de izquierda, expresado en las ideas de justicia social, democracia, solidaridad, *inter alia*, inspirado en las «revoluciones americana y francesa», así como en el posterior socialismo obrero, comenzó a redactar su obituario desde el decenio de 1970. Desde entonces, de forma progresiva pero imparable, se fue extendiendo una contratendencia a aquel universalismo. Las protestas y reivindicaciones por parte de la izquierda política e intelectual se fueron transformando en una heterogeneidad de coaliciones de «grupos e intereses minoritarios: de raza, género, preferencia sexual, u otras preferencias culturales». Tendencia que ha conllevado una exacerbación de los particularismos que puede ser comprensible socialmente, aunque peligrosa políticamente porque, como advirtió elocuentemente Hobsbawm: «conquistar mayorías no equivale a sumar minorías». Lo cierto es que cada vez fue más evidente que «los socialistas, marxistas o de otra índole» habían perdido su «tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el término socialismo y abandonen la presunción de que la clase obrera (manual) será necesariamente el principal agente de transformación social» (Hobsbawm, 2000:121; 2012:424).

Paradójicamente, veinte años después el núcleo de los argumentos hobsbamianos no se ha visto prácticamente alterado. La interpelación que hace Nancy Fraser a los dispersos movimientos sociales y políticos que intentan «salvar el planeta» de un desastre ecológico sin precedentes en la historia, no es otra que la búsqueda de un «nuevo sentido común» unitario contrahegemónico. En sus propios términos, existen «elementos transmedioambientales» como, por ejemplo, los «derechos de los trabajadores y trabajadoras, feminismo, antirracismo, antiimperialismo, conciencia de clase, prodemocracia, anticonsumismo, antiextractivismo» que, lamentablemente, no han convergido en una «perspectiva clara y convincente que conecte todas nuestras aflicciones presentes, ecológicas y de otro tipo, al mismo sistema social y a través de ello nos permita pensar integralmente otro» (Fraser, 2021:137). Parece que, al contrario de lo sucedido en el periodo de entreguerras, ahora no hay ejemplos de «regíme-

nes comunistas o socialdemocráticos inmunes a la crisis», y los sectores intelectuales, socialistas o militantes de izquierdas carecen de «propuestas realistas» para un cambio sistémico (Hobsbawm, 2012:421).

El capitalismo *ab initio* es una formación social que cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que es la acumulación ilimitada de capital. Y es ahí, en el corazón mismo del sistema, en los conflictos distributivos que aprovecharon en su favor las oligarquías neoliberales con el incondicional apoyo de la política pública, donde probablemente la oposición política y los movimientos sociales anticapitalistas debieran haber sido más sólidos e inquebrantables (Carrillo, 2020a). ¿Se trata de una apelación del principio determinista que reduce al capitalismo a la mínima variable de las fuerzas productivas? «Las fuerzas y relaciones de producción» –afirma Davidson inspirándose en la lectura de Marx y Engels– son antes que nada elementos constitutivos de lo social «más que de lo económico», puesto que tratan en esencia de la «organización de la cooperación y la explotación en y entre las clases» (Davidson, 2013:742-743). Por tanto, como desea recordarnos Piketty en *Capital e Ideología*, la presunta muerte de las ideologías por parte de aquellos que dicen defender un «pragmatismo absoluto» apenas «logra disimular su falta de interés por los hechos, la dimensión de su ignorancia histórica, lo cargante de sus prejuicios y su egoísmo de clase» (Piketty, 2019: 22-23).

Crash

Ese pragmatismo político, libre del peso de las ideologías, dirigió sin obstáculos la era de fantasía crediticia y de fiebre especulativa maníaca de la década 1990. Las políticas clintonianas y sus retoños de la Tercera Vía europea formados en torno al centro-izquierda por los cuadros políticos de Blair, Jospin y Schröeder, impusieron una severa restricción a cualquier movimiento político que se opusiera a la desregulación del sector financiero⁵. Fue el periodo del triunfalismo del capitalismo global (aunque no todos sintieran o valoraran en la misma medida sus virtudes). «El dominio casi absoluto de las ideas y de las prácticas neoliberales», escribe Boldizzoni en *Foretelling the End of Capitalism*, otorgó al capitalismo una

⁵ Durante la década de 1980 los partidos políticos de izquierdas mostraron avances electorales considerables como fue el caso del partido comunista italiano, cuya identificación política con la socialdemocracia era cada vez más evidente, así como la Francia de Mitterrand en 1981, o la España del PSOE en las elecciones de 1982. En general los partidos socialistas mostraron una «evolución hacia la derecha» bajo el pretexto de la desfavorable coyuntura económica y el «endeudamiento que había implicado el desarrollo del Estado de Bienestar». El caso italiano fue una excepción, tal como atestigua la terrible violencia desatada por la explosión terrorista durante los «años de plomo» entre las guerrillas herederas del 68 y grupos terroristas de tinte neofascista, apoyadas por el gobierno y «probablemente por la CIA». Véase Fontana (2017:484).

especie de «caparazón inquebrantable» en el que las esperanzas y alternativas a un sistema transformado parecían haberse volatilizado. «El capitalismo era inmortal» y con el consabido y huero entusiasmo posmoderno de las economías posindustriales, fue desplazado fuera del «tiempo y el espacio» (Boldizzoni, 2020). Con una extraordinaria lucidez el sociólogo alemán Wolfgang Streeck en *Comprando tiempo*, cuyo subtítulo es mucho más clarificador: *la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, ha argumentado, a mi juicio acertadamente, que «desde hace muchos años el capitalismo en los países democráticos ricos ha estado en medio de una triple crisis, sin final a la vista: una crisis bancaria, una crisis de las finanzas públicas y una crisis de la economía real». Su detallado análisis sobre las corrientes teóricas del capitalismo tardío, especialmente el énfasis depositado en el progresivo y desafortunado desplazamiento de la economía política del centro de gravedad de las teorías de la crisis, admite pocas objeciones. Seguramente la confluencia de esa triple crisis no fue advertida por nadie, según afirma, «nadie en la década de 1970, pero tampoco en la de 1990» (Streeck, 2016:21). Sin embargo, como bien sabe Streeck, es imposible ofrecer un cuadro detallista sobre el futuro, porque «ser capaz de predecir tendencias generales», que es por cierto donde reside la fuerza persuasiva de la ciencia histórica, «no equivale a poder predecir qué consecuencias concretas tendrán en las circunstancias del futuro, que, aparte de ser complejas, son en muchos casos desconocidas» (Hobsbawm, 2014:31-32).

De hecho, en la década de euforia especulativa de 1990 una minoría de analistas inteligentes comenzaron a albergar sólidas suspicacias acerca del futuro de un capitalismo que había penetrado en una fase peligrosamente autodestructiva. El economista Anwar Shaikh fue uno de ellos. Si la política conservadora, incapacitada por la teoría económica convencional y el afán insaciable de lucro del capital, halla la manera de debilitar las políticas de provisión social y los límites al capital financiero, «un devastador colapso está garantizado» (Shaikh, 1990:400-401). «El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado –escribió Hobsbawm en su *magnum opus, Historia del siglo XX* (1994)– sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica [...] Nuestro mundo corre el riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar». Para el historiador era evidente que «la historia de los veinte años que siguieron a 1973» podía ser escrita como «la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis» (Hobsbawm, 1995: 576,147).

Políticamente, en *The Retreat of Western Liberalism* Edward Luce argumenta que «Donald Trump y sus homólogos en Europa no causaron la crisis del liberalismo democrático. Son un síntoma. Esto puede ser difícil de digerir, particularmente para los liberales estadounidenses, cuya visión del mundo se ha visto sacudida por su victoria, pero que mantienen la fe de que las cosas eventualmente saldrán bien». Pero no ha sido así y, efectivamente,

tivamente, el «dios occidental de la democracia liberal» alberga signos inequívocos de decadencia al mismo tiempo que no han dejado de brotar gobiernos autoritarios por todo el mundo. Luce, en contra del estupor de ciertos sectores progresistas y niveladores de opinión mediáticos, concluye que la «reacción violenta de las clases medias, que son los mayores perdedores en una economía global» se ha ido «gestando desde principios de la década de 1990». Desde los *left-behinds* procedentes de los cinturones desindustrializados de la *Union Jack* del norte, hasta los *couches moyennes* de los barrios marginales de Francia, o los *squeezed middle* del universo Walmart estadounidense, la cantidad de infortunados de este sistema económico y político irracional no han dejado de crecer, como también su «impaciencia» (Luce, 2017).

Pero la desigualdad existencial y el resentimiento social han sido explotados por el *establishment* global y la derecha política para nutrir las filas del nuevo autoritarismo. Por su parte, el pragmatismo político arremetía contra los resentidos que, según su perspectiva, carecían de la suficiente educación y sensibilidad para apreciar las ventajas del cosmopolitismo global. Palabras como «populismo», «fascismo», «comunismo» y otros ismos del pasado, se empleaban de forma anacrónica y por tanto acrítica en los campos de batalla políticos y mediáticos. Esta forma de aproximarse al pasado, ha escrito Riley, «distorsiona la cuestión central de la política contemporánea». Al carecer de una perspectiva histórica y de contraejemplos al programa neoliberal, las causas de la polarización existencial y la parálisis de la reproducción social terminaron siendo interpretadas erróneamente a través de lo que Hegel denominó la «forma pragmática de la historia reflexiva»: el pasado terminó siendo un depósito de ideas moralizantes para juzgar los acontecimientos del presente (Riley, 2019:8-9). Sin embargo, y contra el anacronismo, no estábamos en la época de entreguerras, ni siquiera en la de la Guerra Fría, sino en la del capitalismo neoliberal planetario gobernado por la mano visible de las finanzas.

Económicamente, de acuerdo con Shaikh, «la crisis económica general que se desató internacionalmente en 2008 es una Gran Depresión. Fue iniciada por una crisis financiera en Estados Unidos, pero no fue la causa» sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980. Desde aquel momento, el capitalismo de las economías avanzadas contuvo la contracción salarial y la explosión social bajo el control de mando de las «tasas de interés decrecientes y un crédito cada vez más fácil» (Shaikh, 2011:44-63). Las democracias occidentales y el deterioro acelerado de los sistemas de gobierno representativos, al menos allí donde tales formas políticas se desarrollaron, comenzaron a resquebrajarse. A partir de entonces y con demasiada frecuencia la democracia se convirtió en un fetiche del capital ficticio, es decir, la «acumulación de derechos de giro sobre la riqueza que aún no se ha producido, que toma la

forma de endeudamiento privado y público, capitalización bursátil y diversos productos financieros»⁶.

Es evidente que no estábamos únicamente ante un problema de tipo económico, no al menos en el sentido que lo entiende la disciplina académica así denominada. Parecía que las sociedades habían sido secuestradas por la racionalidad de un sofisticado y complejo capitalismo rentista, limitando severamente la posibilidad de organizar su propio futuro (Durand, 2018). Dicho de otro modo, la política en las economías del Atlántico Norte consistió en un «proceso insostenible de pedir prestado al futuro década tras década: desde la inflación de la década de 1970, pasando por la deuda pública de 1980 y la deuda privada en la de 1990 y principios de la siguiente, hasta la explosión final en la crisis de 2008» (Streeck, 2012: 55-62). Y aunque la crisis había estallado «principalmente en el mercado de la vivienda en el sudoeste (California, Arizona y Nevada) y en el sur (Florida y Georgia) de Estados Unidos», las consecuencias del terremoto económico tuvieron resonancias transnacionales. Particularmente en China se produjo una vasta masa de desempleados que podían contarse por millones a principios de 2009, especialmente «en las regiones industriales» (Harvey, 2018: 9-10). Si las sociedades del Norte global reducían su consumo, las fábricas asiáticas colapsaban. La economía mundial había dejado paso gradualmente a la economía global.

De forma inevitable, el núcleo del capitalismo avanzado y el complejo sistema de países que habían formado parte de la periferia convergieron. De hecho, fueron muy frecuentes las analogías entre los «programas que el FMI (a veces con el Banco Mundial) impuso a los países en vías de desarrollo, así como a los mercados emergentes» y la disciplina política de austeridad a la que se sometió a Grecia y en general a los demás países perturbados por la Gran Recesión de 2008. La *reductio ad absurdum* neoliberal que había socavado desde la década de 1980 las «promesas del desarrollo» en gran parte de los países del Sur Global con el simple pero peligroso precepto de que «había que privatizarlo todo, desde las fábricas a la seguridad social» (Stiglitz, 2017:15; 2016:55), entró a formar parte del vocabulario político global. Y sus consecuencias fueron verdaderamente dramáticas. Paradójicamente, o tal vez por lo mencionado no, a pesar del estremoso fracaso de las políticas neoliberales angloamericanas que condujeron irrevocablemente al colapso de la Gran Recesión, el consenso en torno a la ortodoxia economicista no se vio alterado. La «arrogante autocoplacencia» que surgió con la denominada Gran Moderación, que

⁶ Con la terminología de Marx, «With the development of interest-bearing capital and the credit system, all capital seems to double itself, and sometimes treble itself, by the various modes in which the same capital, or perhaps even the same claim on a debt, appears in different forms in different hands. The greater portion of this “money capital” is purely fictitious. All the deposits, with the exception of the reserve fund, are merely claims on the banker, which, however, never exist as deposits» (Marx, 2010:470).

supuestamente ponía fin al ciclo de perturbaciones macroeconómicas gracias a las acertadas «reformas» del ultroliberalismo y a las sabias decisiones de los «banqueros centrales», parecía no tener límites (Grahl, 2017:148).

La amplitud de los cambios y las expectativas de una crisis global donde convergían elementos políticos, sociales, culturales y ecológicos provocaron que los augurios del fin del capitalismo, incluso de la humanidad à la Karl Kraus, fueran terreno común especialmente en el discurso intelectual de tendencia izquierdista. Un estado de ánimo similar al que Richard Overy observó al estudiar la Gran Bretaña del periodo de entreguerras, es decir, como el «presentimiento de un desastre inminente», parecía recorrer el mundo en forma de tragedias personales y colectivas. Como escribió Hobsbawm en una crítica a la obra de Overy *The Morbid Age*: «No hay nada especialmente británico o exclusivo del siglo XX en esa clase de ánimo». Los auspicios del fin de los días se hallan inscritos en el código genético del ser humano (Hobsbawm, 2013:158).

Hay, sin embargo, una brecha con frecuencia insuficientemente cubierta entre gran parte de los pronósticos intelectuales que auguran una sociedad sin futuro y la labilidad de sus propios argumentos. En parte, por la misma razón que Marx puso patas arriba a Proudhon cuando le conminó a revisar su sesgo antidialéctico que reducía al capitalismo como formación social distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituían su lado más abyecto. Había que descender, según la visión marxiana, a las simas donde operan las contradicciones subyacentes mutuamente interdependientes para entender la racionalidad del sistema (Davidson, 2013:920). Y en parte, como consecuencia del sesgo anterior, porque las cáusticas críticas lanzadas sobre el disfuncional sistema encarnado en el capitalismo neoliberal, adolecen frecuentemente de capacidad interpretativa. La recriminación que el biólogo y filósofo Richard Levins lanzó contra lo que denominó «literatura capitalista» puede extrapolarse también a la debilidad argumental de una parte nada desdenable del actual izquierdismo político e intelectual. Cuando afrontan un problema que perturba a la humanidad, dice Levins, la «parte final es la parte más débil, ya que después de ir explicando por qué es imposible continuar como hasta ahora, terminan diciendo que necesitamos mejor educación y buena voluntad» (Levins, 2015:28). Algo parecido ha sugerido Robert Pollin a aquellos que dicen defender un programa «multiuso y no detallado» de una economía basada en el «decrecimiento», especialmente si la izquierda desea tomarse en serio un «proyecto mundial viable de estabilización del clima» (Pollin, 2018:30).

Paradójica aunque no sorprendentemente dada la extraordinaria aculturación neoliberal, mientras el mundo ha quedado de forma inextricable envuelto por la última fase de globalización, los estudios estructurales, las grandes sistematizaciones y las fórmulas del materialismo histórico, con-

tinúan siendo marginales. Como consecuencia persiste de forma obsesiva una tendencia a reemplazar el análisis científico de las causas subyacentes, el estudio del cambio histórico, por la simplicidad de discutir de forma tautológica sobre los síntomas y epifenómenos que afloran constantemente en la superficie social, cuando realmente causas, síntomas y consecuencias deberían analizarse orgánicamente, como una unidad contradictoria (Carrillo, 2020b).

En este ensayo he intentado contribuir al fecundo debate sobre la crisis del capitalismo global inspirándome en esa perspectiva histórica y dialéctica. En primer lugar, se analizan las consecuencias del proyecto neoliberal a partir de su expansión desde la crisis del capitalismo keynesiano de posguerra a finales de la década de 1960, crisis que acelera y confluye con la decadencia de las políticas desarrollistas en América Latina y en el continente africano. La anhelada industrialización siguiendo el modelo histórico del capitalismo avanzado sería sustituida durante la década 1980 por las políticas de ajuste estructural: la versión neoliberal impuesta por las instituciones supranacionales del nuevo orden monetarista en gran parte del Sur global. Por supuesto, en el saqueo neoliberal participaron enérgicamente amplios sectores de las élites neocoloniales, políticas y empresariales, que como decía Hirschman coincidiendo con Fanon, siempre se mostraron reacias a «dar algo para no perderlo todo» (Hirschman, 1979:96). El auge de la contrarrevolución neoliberal liderada por Thatcher-Reagan (1979 y 1981 respectivamente), así como el derrumamiento del contraejemplo Soviético (1985-1991), convergieron con el extraordinario ascenso de la China posmaoísta. Durante la era de Deng Xiaoping, iniciada en 1978, en el país asiático se desarrolló un capitalismo de Estado que dos décadas después, y a pesar de continuar enarbolando la bandera comunista, se había transformado en una especie de régimen híbrido socialista con características chinas y afinidades neoliberales.

El blairismo y los acólitos de la Tercera Vía europea demostraron ser alumnos aventajados de la nueva derecha mundial. El programa neoliberal había alcanzado un grado ecuménico y el margen de gobernabilidad estatal quedó erosionado gravemente. Por usar una analogía orwelliana, parecía que no importaba «*quién* detentara el poder con tal de que la estructura jerárquica fuera siempre la misma. Todas las creencias, costumbres, aficiones, emociones y actitudes mentales que caracterizan a nuestro tiempo sirven para sostener la mística»⁷ del neoliberalismo. En segundo término, se analizan algunos de los problemas centrales de nuestro tiempo que se levantan sobre las condiciones históricas de los acontecimientos esbozados en la primera parte de este trabajo: la desigualdad existencial global de una ciudadanía sometida por la lógica del capital ficticio a una implacable servidumbre por deudas; la explotación laboral expresada

⁷ George Orwell, 1984, Barcelona: Austral, 2010, p. 267.

simultáneamente en las economías posindustriales y en el Sur global a través de la destrucción no tan creativa de las cadenas de valor, y otras formas vinculadas a la expansión de la *gig economy* y el tecnoutopismo del silicio; así como la alteración antropogénica de la biodiversidad terrestre sin precedentes en el registro histórico.

Consecuencialismo

Convergencia y Ajuste

Giovanni Arrighi interpretó los años que siguieron a 1970 como el resultado de una crisis dual de rentabilidad y legitimidad. La primera de ellas fue consecuencia, fundamentalmente, de la asombrosa «intensificación a escala mundial de las presiones competitivas sobre las empresas en general, y sobre las firmas industriales en particular», originada en la «gran expansión del comercio y la producción mundiales durante las décadas de 1950 y 1960». La segunda, «la crisis de legitimidad», fue el resultado lógico de la «crisis de rentabilidad». El keynesianismo de posguerra había perdido su credibilidad, al menos cuando la crisis precipitó la intensificación de la «competencia por recursos cada vez más escasos, tanto humanos como naturales». Las cruentas guerras de Vietnam (1955-1973) y Corea (1950-1953), como parte del programa ideológico de «coerción para afrontar el desafío comunista en el Tercer Mundo» (Arrighi, 2002:16), que generaron un rastro de muertes y gigantescos déficits fiscales cubiertos con emisiones, se combinaron con una creciente ralentización en el crecimiento de la productividad manufacturera estadounidense (Brenner, 2006).

Las contradicciones endógenas del capitalismo keynesiano, virtualmente latentes desde mediados de la década de 1960, convergieron a finales de la siguiente con la crisis subyacente de buena parte de las economías del por entonces denominado Tercer Mundo. Aunque los proyectos desarrollistas desplegados por la topografía social de América Latina y buena parte del continente africano durante casi toda la década de 1970 fueron capaces de elevar sus tasas de crecimiento económico, no hubo sin embargo una correlación con el bienestar de sus poblaciones que si bien en algún caso mejoraron lentamente, la pobreza, el analfabetismo y el desempleo estructural no dejaron de acrecentarse. Además, en los países de la periferia del sistema capitalista pronto estallarían las consecuencias de la crisis de la deuda, en parte precipitada por la sobreabundancia de liquidez derivada de la inflación de los beneficios petrolíferos depositados en «bancos occidentales y mercados financieros» *off shore*. Un dinero que procedente de los países del Golfo iba a ser reciclado «como préstamos de capital en términos altamente favorables» para los países periféricos (Arrighi, 2002:17). Pero entonces, la crisis de rentabilidad se combinó con

la crisis inflacionaria derivada en parte de la crisis del petróleo y, en parte, de los citados déficits de guerra contra el comunismo.

Cuando los años setenta dejaron paso a los ochenta se puso de manifiesto que los problemas del capitalismo keynesiano no podían interpretarse en términos estrictamente económicos, eran también políticos e inevitablemente sociales. De hecho, la guerra contra la inflación no era solo una guerra económica; como escribió Hirschman «ciertas fuerzas sociales y políticas subyacentes» se encontraban entre las variables decisivas de este desorden económico (Hirschman, 1984:225). La inflación representaba, en cierto modo, el inductor que exacerbaba a la masa laboral para reclamar del capital un ajuste salarial ante el incremento de los precios. Dicho de otro modo, la inflación constituía el «instrumento para cerrar la brecha entre las reivindicaciones de los ciudadanos y las de los mercados». Pero cuando la inflación desapareció en 1979 gracias a la intervención de un monetarista «extravagante» (Palma, 2020:1024), Paul Volcker –presidente de la Reserva Federal (Fed) durante la administración Carter (1977-1981) y hasta agosto de 1987 con Reagan (1981-1989)–, la responsabilidad «de asegurar la paz social recayó sobre el Estado». El *shock* de Volcker «elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes provocando que el desempleo alcanzara niveles nunca vistos desde la Gran Depresión» (Streeck, 2017a:104). Las tendencias de la crisis económica se vieron de este modo reforzadas hasta tal punto que,

Pulled down by record high real interest rates, capacity utilization plummeted and manufacturing profitability fell 50 per cent below its level of 1978, leaving it 54 per cent below its level of 1973 and more than 70 per cent below its level of 1965. Unemployment (at 11 per cent), bankruptcies, and bank failures reached levels hitherto unapproached during the postwar epoch (Brenner, 2002: 195).

Los bancos occidentales desesperados por hallar nuevas fronteras de inversión en una época en la que las fuentes de rentabilidad se estaban secando, se dedicaron a realizar préstamos masivos en la periferia. Con la «crisis de la deuda soberana» durante la década de 1980 más de 40 países fundamentalmente latinoamericanos y africanos, de acuerdo con Harvey, tuvieron que afrontar serios problemas para «pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979» (Harvey, 2016:21-23). El reciclaje de los petrodólares de Nueva York y Londres reconfiguró la economía política de los países del Sur global, sellando su destino con la carga de la deuda. Como señalaron Panitch y Gindin en *The Making Global Capitalism*, «la relación deuda/PIB total de África aumentó del 20 por ciento en 1980 al 60 por ciento en 1990», al finalizar dicha década su deuda se aproximaba a un escandaloso 70 por ciento. Los lectores de los informes del Banco Mundial podían leer en 1997 que «a pesar de la expansión de la liberalización comercial, la participación del

comercio en el PIB disminuyó en cuarenta y cuatro de los noventa y tres países en desarrollo» entre 1985 y 1995. Como consecuencia muchos países comenzaron a colapsar «desde dentro» (Panitch and Gindin, 2013:219).

Como demostraría el ilustrativo caso latinoamericano, la crisis de la deuda internacional se convirtió en el «episodio económico más traumático» de su historia. El anhelado deseo a instancias de Washington de convertir a los países al sur de río Bravo en clientes, había sido consumado. Los «prestatarios latinoamericanos fueron cortejados por los prestamistas» y guiados por «la vía del jardín», tras la cual se les suministró convenientemente el *Volcker shock* de las tasas de interés vertiginosamente crecientes (Hirschman, 1987:799-803). Durante aquel nefasto periodo se produjo un retroceso del «121 por ciento de promedio del PIB per cápita mundial al 98 por ciento, y del 34 al 26 por ciento del PIB por habitante de los países desarrollados». Las instituciones supranacionales actuaron en defensa de los intereses especulativos de los acreedores, reduciendo a los países a meras variables que debían cumplir con la servidumbre de la deuda. La región fue sin duda la «victima» propiciatoria de una estrategia de la solución de la crisis, no sólo de la deuda interna, también de la «crisis bancaria estadounidense» (Ocampo, 2014:40). Naturalmente, las élites políticas y amplios sectores empresariales participaron de forma consciente y muy activa en el asombroso saqueo que las políticas de ajuste estructural extendieron por la mayor parte de los países del Sur global. En cierto modo se produjo una conversión incondicional al proyecto neoliberal que podía expresarse como lo hizo Gustavo Franco –un desertor de la economía heterodoxa y Director del Banco Central de Brasil bajo el primer gobierno de Cardoso (1995-2002)–, cuando fue interrogado sobre sus motivaciones para abrazar el nuevo credo, su respuesta fue lisa y llanamente: «en Brasil en ese momento la elección [era] entre ser neoliberal o neo-idiota [neoburro]» (Palma, 2014).

Y sin embargo, con anterioridad a la conversión monetarista en América Latina durante las décadas de 1940 y 1950 se habían producido una serie de cambios tan profundos que la «industria y el PIB real en gran parte de las repúblicas fueron capaces de orientarse en la dirección opuesta a la exportación de bienes primarios» (Bulmer-Thomas, 2002). Para «combatir y neutralizar» las consecuencias del «efecto de polarización», es decir, la brecha que separaba al núcleo central del capitalismo noratlántico de los países que englobaban a la heterogénea periferia mundial, Hirschman afirmaba que no debía eludirse la gestión política de la economía por parte de regímenes de planificación estatal (Hirschman, 1984). Este *ethos* del capitalismo de Estado se prolongaría con el apogeo del comercio internacional de la década de 1960, estimulando así la diversificación de las exportaciones de la región e incentivando el crecimiento eficiente de exportaciones manufacturadas, especialmente en países

donde el modelo de industrialización se había constituido más sólidamente, como fue el caso de México, Brasil y Argentina, pero también en países más pequeños como Chile y Uruguay. Durante la siguiente década, sin embargo, el crecimiento económico se basó en una combinación de creciente «endeudamiento externo» y nuevos hallazgos de reservas petrolíferas. Pero también estuvo marcado por un nuevo entorno económico resultado de un «programa radical de liberalización comercial y financiera» que debilitó la economía política planificada por el Estado provocando, entre otras consecuencias, una «abrupta reversión» en las estrategias de industrialización (Palma, 2005), así como una «regresión extrema en el equilibrio de poder de las clases sociales» (Sader, 2008: 5-6). Políticas neoconservadoras que, como decía lacónicamente Hirschman en 1987, eran adoptadas como una nueva «religión económica» por la mayor parte de las élites latinoamericanas, con todas sus prerrogativas: «mercados libres, privatización e inversión extranjera privada» (Hirschman, 1987:769-804); eludiendo por supuesto cualquier indeseable e innecesaria injerencia política en los asuntos económicos, al menos según las ambiguas prescripciones de los teóricos neoclásicos (Davidson, 2008:36-38).

Pero además, allí donde el *doux commerce*⁸ no podía actuar con «libertad», la mano visible y violenta de los regímenes militares despejaba «el camino» para aplicar las políticas de ajuste estructural. ¿Cómo, en todo caso, se pudo llevar a cabo la venta masiva de los patrimonios industriales nacionales, dilatada mucho más notablemente durante las dictaduras en Chile, Uruguay y Argentina, sin debilitar cuando no hundir «la capacidad del pueblo para defender sus intereses»? Los tres países citados habían alcanzado éxitos considerables e incluso disfrutaron de amplios sistemas de protección social públicos, con una importante actividad en la expansión de los mercados domésticos, satisfaciendo así el «bienestar social de la población» a través de la prestación de servicios públicos (Sader, 2008:6).

No sería del todo preciso, sin embargo, afirmar que las dramáticas consecuencias del llamado «Consenso de Washington» en América Latina, o la tragedia africana de finales del siglo XX, podían reducirse exclusivamente a la variable dependiente de la deuda externa, o a la declarada hostilidad imperial estadounidense. Sin la menor duda, los obstáculos al desarrollo se podían encontrar también en la «burguesía de espíritu», tal como Fanon caracterizó peyorativamente el inmovilismo de las élites de los países «subdesarrollados» para «crear un embrión de industrialización» (Davidson, 2013:877). Es probable que la tragedia africana hubiera adquirido otros visos si, por ejemplo, los ingresos

⁸ Expresión satirizada por Marx, quien al interpretar la fase de acumulación primitiva del capital «repasa algunos de los episodios más violentos de la historia de la expansión comercial europea». Véase Hirschman, (2014: 83-84).

obtenidos durante los años dorados del desarrollismo (1960-1975) gracias a los términos de intercambio favorables de las exportaciones de café, cacao o cobre, no se hubieran empleado en su mayor parte en «estériles proyectos de industrialización, mal planteados o fraudulentos», o con frecuencia ambos combinados (Fontana, 2013a:707). En cualquier caso omitir la larga y dramática historia del imperialismo contemporáneo no solo sería un error, sino una mendacidad. Una historia que podía ser esbozada con las palabras del diplomático y ardiente defensor de la guerra de Vietnam Zbigniew Brzeziński extraídas de un pasaje de *The Grand Chessboard* (1997): «los tres grandes imperativos orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana son impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias y prevenir la unificación de los bárbaros» (Panitch and Gindin, 2004:2).

En efecto, allí donde el *establishment* capitalista ha sentido que sus intereses podían ser vulnerados por la corrección de la política democrática, ha predominado la justicia de mercado de forma irrevocable. Bastaría como hace Davidson repasar «las actividades antidemocráticas apoyadas y en algunos casos promovidas por Estados Unidos en los territorios más próximos, limitando nuestras consideraciones a los dirigentes elegidos cuyos nombres comienzan por la primera letra del alfabeto», es decir, Allende en Chile, Arbenz en Guatemala y Aristide en Haití para corroborar dicha afirmación (Davidson, 2013:19). En el primero de esos países se representó el primer acto de la historia del drama neoliberal, protagonizado por los catequistas de la escuela de Chicago y sus fieles reaccionarios chilenos. El incendio monetarista llevó a cabo la privatización del Estado, la represión política y social, así como una reversión de las políticas sociales reformistas. «Este es el lado inquisitivo de la economía de libre mercado» (Hudson, 2012:25). Pero, incluso allí donde las decisiones políticas pretendían reorientar la discrecionalidad de la «mano invisible» de los mercados «autorregulados», las instituciones financieras supranacionales, con su imperialismo encubierto, empleaban todo su arsenal ideológico para disuadirlas. Así por ejemplo, cuando a finales de la década de 1990 el Estado chileno decidió usar los recursos económicos ahorrados en un fondo de estabilización, creado en 1985, con el fin de corregir políticas excesivamente procíclicas inducidas por la bonanza exportadora del cobre, el FMI insistió en que no lo hiciera, basando su argumento en que se trataba de un «gasto deficitario». En consecuencia, y de acuerdo con Stiglitz, la economía chilena sufrió un acusado descenso del crecimiento. Pero también un espectacular incremento de la concentración de la riqueza que, al escribir esto, detenta un minúsculo 1 por ciento formado por élites empresariales que se apropiaron de un tercio del ingreso nacional (Stiglitz, 2016:195-196).

En términos generales, en la periferia del sistema capitalista las deficiencias económicas y políticas endógenas se combinaron con la crisis de la deuda, la «inflación galopante» y el monetarismo irracional del FMI y el BM, destruyendo «la mayor parte de los incentivos a la inversión industrial y al empleo público», canalizando «el ahorro nacional desde las actividades productivas hacia la especulación del suelo». En el continente latinoamericano «la obligada austeridad que impusieron los Planes de Ajuste Estructural en la década de 1980 redujo la inversión pública en sanidad y agua potable, acabando con el descenso de mortalidad infantil que se producía en aquel momento». El resultado «del ajuste estructural en África» produjo entre otros factores «la huida de capitales, el colapso de la producción, un descenso o un insignificante aumento de los ingresos por exportaciones, un recorte drástico de los servicios públicos urbanos, un aumento vertiginoso de los precios y una caída de los salarios reales» (Davis, 2014:114-115,200-201).

Una vez enterrado el proyecto desarrollista, los países del Sur global, con la excepción de los que pronto liderarían las curvas de crecimiento económico mundiales situados en Asia pacífico, de forma voluntaria o forzada adaptaron «sus economías a las nuevas circunstancias de la acumulación a escala mundial creadas por la reorientación de los flujos de capital hacia Estados Unidos». Probablemente las opciones de autonomía para los países neocoloniales siempre fueron ajustadas y controladas por la «jerarquía global de la riqueza» pero, como escribe Arrighi, «siempre hay algo que pueden llevar a cabo para aumentar (o disminuir) el bienestar de sus ciudadanos en un determinado nivel de pobreza o riqueza» (Arrighi, 2002:22,33). Pero la ironía histórica del «Consenso de Washington», que pretendía corregir las desigualdades globales a través de un «proceso de convergencia en la distribución del mercado», y cuyo apostolado miró con desprecio al keynesianismo de posguerra, es que dicha «convergencia» se produjo «exactamente al revés». Durante las primeras décadas del siglo XXI, y especialmente durante los años que siguieron a la Gran Recesión, los países de ingresos altos pertenecientes a la OCDE confluyeron con los de ingresos medios «altamente desiguales», como los de América Latina. «Esto significa –afirma sarcásticamente Palma– que este modelo de desarrollo en vez de incentivar a Latinoamérica a «europeizarse», ha llevado a la OCDE a «bananizarse». Seguramente hasta el mismo Marx podría haber pensado que el proyecto neoliberal era «cualquier cosa menos un desarrollo capitalista como tal; pero sea por la razón que fuese, la tendencia actual es vivir en un mundo al revés del prometido» (Palma, 2020).

Varios factores iban a minar severamente la autonomía económica de los Estados para escapar de la hegemonía de las potencias que controlaban a finales del siglo XX los sistemas financieros globales. El ascenso político del thatcherismo-reaganismo, el derrumbamiento del imperio soviético y el fin de las experiencias desarrollistas en los países

pertenecientes al Tercer Mundo, así como la asombrosa transformación de la China posmaoísta, hicieron converger al mundo en una economía cada vez más interdependiente y por ello mismo más vulnerable. Estos acontecimientos fueron decisivos y reconfiguraron drásticamente el mapa de la economía política mundial. En parte, fueron desencadenados por una acción política consciente y, en parte, fueron el desenlace inevitable de las contradicciones internas del sistema económico de posguerra. Una dinámica del orden mundial que en cierto modo reforzó la desintegración interna de la Unión Soviética, disolviendo las alternativas sistémicas al capitalismo realmente existente. Una vez que los restos de la revolución de Octubre fueron enterrados, la ofensiva de la derecha mundial fue mucho más flagrante.

Derrumbamiento

El bloque soviético no se derrumbó por la acción directa del ascenso del programa neoliberal durante la década de 1980, aunque la dinámica de la economía mundial contribuyó a ello, y en cierto modo la política estadounidense actuó como un factor perturbador. Desde el interior, la implosión soviética no estuvo dirigida por «los románticos nacionalistas de las repúblicas no rusas», ni por «intelectuales democráticos de Moscú o Leningrado»; obedeció principalmente al extraordinario «fracaso de la acción colectiva» que desde la era de Stalin se combinó con los «acontecimientos políticos» precipitados durante los cuatro años que transcurrieron entre el inicio de la Perestroika en 1985 y la caída del muro de Berlín (1989). Durante ese periodo Mijaíl Gorbachov aprovechó sus «poderes supremos» para asegurar la continuidad de sus políticas, controlar «las redes internas de patronazgo» y el poder de la *nomenklatura* (Derlugian, 2015:148-149). En aquel momento ya era evidente la asombrosa brecha que separaba la retórica política de la Perestroika y la realidad económica subyacente. Los reformistas soviéticos tenían claro aquello que «deseaban abolir», sin embargo, la alternativa que perseguían inspirada en una «economía socialista de mercado» con un tejido industrial autónomo y viable, gobernado «macroeconómicamente por el centro de decisiones económico», no dejaba de ser «poco más que una frase». Como escribió Hobsbawm poco después del derrumbamiento, lisa y llanamente «los reformistas querían tener las ventajas del capitalismo sin perder las del socialismo» (Hobsbawm, 1995:478).

Económicamente, el sistema soviético «operaba con costes fijos muy altos», y sus gastos estructurales eran vastísimos. En palabras de Galbraith, «para producir cualquier cosa (o, en este caso, incluso para no producir nada) debían asumirse tales costes fijos». Naturalmente, la asunción fiscal de los costos era inevitable y debía de «pagarse sin importar si la producción llegaba a los consumidores» o, en todo caso, «si el consu-

midor quería o no tal producción cuando le llegaba». Pero también había factores exógenos que contribuyeron a la caída del Imperio soviético y estos, en cierto modo, se hallaban vinculados con la riqueza de sus recursos naturales y la «influencia política» que ante la mirada geopolítica de los «estrategas estadounidenses» estaba adquiriendo en Europa oriental; región a la que abastecía con sus reservas de petróleo y gas natural. Como se ha dicho ya, la estrategia del control del «tipo de interés mundial» que llevó a cabo Volcker «como arma contra el precio de un bien estratégico que Estados Unidos ya no controlaba: el petróleo», disparó la deuda mundial de los países de la periferia. Así fue como a finales de la década de 1980 los efectos combinados de la deuda (que frecuentemente se pagaba mediante el «desvío de recursos naturales a mercados exteriores»), los tipos de interés elevados y el descenso de los «precios de la energía a nivel mundial», contribuyeron a llevar a la Unión Soviética a su hundimiento. Cuando este se produjo, la producción industrial descendió en torno al 40 por ciento y la demanda interna de productos básicos, tales como el níquel, el acero y el gas, pero también el petróleo, se contrajo drásticamente. El cierre de fábricas siguió al drenaje de trabajadores y a la quiebra de los sistemas de salud y educación; se abandonaron las «inversiones básicas en vivienda e infraestructuras». «Los estándares de vida» se precipitaron al vacío, y la mortalidad creció de forma asombrosa, fundamentalmente debido a la «violencia y al abuso del alcohol». Una «nueva sociedad» había surgido: «más pobre, con mucha más desigualdad y dependiente de la explotación eficiente de los recursos naturales restantes» (Galbraith, 2018:53-54)⁹. Políticamente, la decadencia del comunismo occidental tras 1968 combinado con la «incapacidad de los dirigentes de la Unión Soviética» y de sus países satélites para «aceptar el desafío del programa de socialismo de rostro humano que se había planteado en la primavera de Praga, demostraron que su vocación revolucionaria había terminado» (Fontana, 2017:641).

Sin embargo, la pesadilla para los hombres y mujeres de aquel país no había concluido. Cuando la economía postsoviética rusa comenzó a recuperarse de la «demolición neoliberal» durante los últimos años de la década de 1990, «Estados Unidos reanudó de inmediato una estrategia de desestabilización de Rusia, debilitando su posición política e impidiendo la reconciliación con los Estados de Europa Occidental». Los oligarcas neoliberales, con el apoyo perpetuo de sus hienas mediáticas, no dudaron en afirmar que si la nueva Rusia no funcionaba adecuadamente, esto no se debía al correcto programa neoliberal introducido sin piedad en aquel

⁹ Además, como ha escrito Therborn, «casi nadie ha caído en la cuenta de que la restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas» (Therborn, 2017:85).

país, se trataba de la adopción de un capitalismo «equivocado» gobernado por una oligarquía corrupta! (Davidson, 2015).

Evidentemente, después del fin del socialismo errático de la URSS la historia à la Fukuyama no había finalizado. Lo que realmente sucedió fue que la versión fundamentalista del capitalismo neoliberal se halló liberada de la pesadilla del comunismo que como había escrito con extraordinaria lucidez Karl Kraus en los años 1920 suponía, al menos, «una amenaza constante sobre las cabezas de los que poseen riquezas». «Que Dios nos conserve para siempre el comunismo», decía cáusticamente Kraus, «para que esta chusma no se vuelva todavía más desvergonzada» (Fontana, 2017:641). Aunque la superioridad del capitalismo occidental era más que evidente ya en la década de 1960, el contraejemplo ideológico del socialismo soviético había permanecido gravitando como una pesadilla sobre las cabezas de los capitalistas occidentales. Cuando se derrumbó, la contrarrevolución neoliberal adquirió un poder ilimitado.

Contrarrevolución

Con el ascenso del reaganismo-thatcherismo se desmanteló «el tejido industrial tradicional», se coartó al sindicalismo y al movimiento obrero y se limitaron todas las restricciones a la *reductio ab absurdum* del mercado autorregulado. El «brazo represor del Estado» se fortaleció y en general se extendió una «nueva filosofía social: la de la más descarada codicia». Se produjo un «desplazamiento de las inversiones desde el sector de la industria al de los servicios, las finanzas y las comunicaciones» (Eagleton, 2011:5). El espíritu rentista, enterrado por el programa reformista Smithiano y en general por los teóricos clásicos para «liberar las economías del legado» feudal, fue resucitado. El neoliberalismo alteró convenientemente la noción de libre mercado para dejar las puertas abiertas a los cazadores de rentas (Hudson, 2018:62-71). En la economía estadounidense de mediados de la década de 1980 «los servicios financieros (banca, sector inmobiliarios, publicidad y marketing) aportaron por primera vez una parte mayor de la renta nacional que los productos industriales» (Standing, 2017:38). Al finalizar la década de 1990 el número de trabajadores contratados por la industria manufacturera había descendido 2,5 millones con respecto a las cifras de 1979, a pesar de que el empleo en general en aquel país se había duplicado desde entonces. Detroit iba a dejar paso a Walmart y con ello reconfiguraría a la sociedad estadounidense hasta quedar irreconocible con respecto a su pasado industrial-fordista.

Un neoprotestantismo angloamericano inspirado «en el trabajo duro, la responsabilidad y el éxito» individuales, respaldado por la huera pero efectiva retórica política del partido republicano del «derecho de los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan» como deseen, cautivó

no solo a los retoños de la Tercera Vía europea, como veremos, también a la vasta masa de población de las economías posindustriales cada vez más castigada por la deflación por deudas, la flexibilidad laboral y la devaluación salarial. Paradójicamente, la política económica que subyacía en esta neolengua no hacía más que desintegrar (léase privatizar) las bases del Estado Social de Bienestar de los *trente glorieuses*; o dicho de otro modo, proporcionó un grado de vulnerabilidad social que evocaba los años treinta del siglo XX. En el caso estadounidense la fiscalidad impositiva entró en declive, al menos para el gran capital: si en 1970 la recaudación fiscal podía alcanzar un 62 por ciento, dos décadas después había descendido veinte puntos porcentuales (Fontana, 2017:447). Durante los treinta años que precedieron al colapso financiero de 2008, esto es, desde el inicio de las políticas neoliberales, «el salario medio por hora de trabajo, ajustado a la inflación» se redujo algo más del 7 por ciento, al mismo tiempo que «la parte de los ingresos totales» que ascendían hacia la cúspide de la estructura social, es decir, lo que se denominó acertadamente como el 1 por ciento de la sociedad, no dejó de acrecentarse (Fontana, 2013a:932).

Un sector elitario que se benefició –y por supuesto participó activamente– de la radical reconfiguración de la política económica estadounidense, cuyas consecuencias, como era de prever, serían globales. Cuando Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal entre 1987 y 2006, «bloqueó los intentos de los miembros del consejo de frenar las prácticas de deuda deshonestas y puso a desreguladores al mando de unos organismos de supervisión que ya contaban con poco personal» (Hudson, 2018:270-271), el capitalismo occidental entró en una fase de desregulación y fraude cuyo único precedente en la historia podía hallarse en la «desigualitaria globalización comercial y financiera propia de la *Belle Époque* (1880-1914)». Una fase de la historia que, por cierto, solo podía ser calificada como «bella» si se comparaba con la terrible violencia desatada durante las guerras industriales que la siguieron (Piketty, 2019:14). La historia del capitalismo corrupto à la Greenspan selló el destino de los banqueros que quedaron protegidos de las veleidades de los tribunales de justicia: «Citigroup, JP Morgan Chase, Goldman Sachs y otros bancos pagaron miles de millones de dólares en multas corporativas para zanjar casos de fraude de cientos de miles de millones de dólares por parte de sus *managers*» (Hudson, 2018:271). Ciertamente, en el espíritu del capitalismo siempre había anidado el suficiente grado de interés individual o, por decirlo en los términos de James Mill «egoísmo racional»; sin embargo, parecía que el neoliberalismo estaba arrastrando al mundo hacia una versión extrema de la consideración de Mandeville consistente en la aparente conversión de los «vicios privados» en «beneficios públicos» (Hirschman, 2014:42,213). Si la codicia había existido en todas partes desde siempre, el sector financiero surgido de la contrarrevolución neoliberal constituye una «industria»,

donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil (Streeck, 2017a:92).

Durante la presidencia de Bill Clinton (1993-2001) se ampliaron irracionalmente las expectativas de los animales rentistas, sobre todo cuando el 11 de noviembre de 1999 su administración sancionó la *Gramm-Leach Bliley Act* (Ley de Modernización de los Servicios Financieros). Este nexo Estado-finanzas, por usar la acertada expresión de Harvey, significó un estímulo al capital ficticio y contó con el apoyo del Secretario del Tesoro Robert Rubin que en 1993 había descendido de las alturas de Wall Street, «como vicepresidente de Goldman Sachs», para asumir el cargo de director del Consejo Económico Nacional. Rubin encarnaba el nuevo espíritu del capitalismo forjado durante la década de 1990 «entre demócratas centristas y banqueros de inversión»: un nuevo *establishment* tecnocrático que con «mentalidad global» iba a «reconfigurar» hasta sus cimientos la economía política estadounidense. La Ley de Modernización abrió un espacio virtualmente ilimitado para la especulación y la codicia sin precedentes en la «historia de las finanzas» (Fontana, 2013:933a; Tooze, 2018), donde por usar un paralelismo con los años «felices» que precedieron al *crac* de 1929, «los más ricos se enriquecían mucho más deprisa que los pobres dejaban de serlo» (Galbraith, 1976:32).

Una década antes de la Gran Recesión el Subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos Lawrence Summers, un destacado apóstol del «modelo económico de los Estados Unidos», no pudo dejar de «reconocer las ironías del actual boom económico». En un discurso pronunciado ante un selecto público de ejecutivos de Silicon Valley afirmó: «un niño que nace hoy en Nueva York tiene menos probabilidades de llegar a la edad de cinco años que un niño nacido en Shanghai» (Brenner, 2006:3). Sin embargo, ¿por qué iban a ser alteradas estas condiciones después del colapso financiero de 2008 si los asesores económicos de la administración de Barack Obama fueron reclutados entre «los veteranos del Tesoro de Rubin»? (Tooze, 2018:37).

Ciertamente, los niveles de simplificación de la realidad no tenían límites. Amplios sectores del izquierdismo cosmopolita, seducidos por el culturalismo y la fiebre consumista, convergían con autores verdaderamente populares como Thomas Friedman que en su *The World Is Flat* (2005) observaba el mundo a través de las lentes exitosas de altos directivos, «genios tecnológicos y expertos de toda clase» para los que el impa-

rable progreso del mundo se fundamentaba en una combinación de libre comercio, propiedad privada y libre mercado (Harvey, 2017:63-65). Todo ello, bien aderezado por la aculturación global de la eficiencia y la innovación, la ley inflexible del neoprotestantismo laboral, el fetichismo tecnológico y la exclusión sin fisuras de cualquier proyecto colectivo. Los cuadros políticos y los movimientos sociales que mantenían ciertas suspicacias, cuando no disentían totalmente, con respecto al nuevo orden económico mundial, eran calificados peyorativamente como «ideológicos», mientras que la política centrista del estatus neoliberal decía ser absolutamente pragmática y por tanto postideológica. Sin embargo, su miopía, desde cualquier punto de vista, no podía ser más acusada.

A pesar de las evidencias derivadas de un sistema económico y político irracional, las guerras culturales predominaron en los campos de batalla mediáticos y políticos; como consecuencia, la gestión de la economía bajo el control de mando del *status quo* neoliberal no fue impugnada debidamente. Buena parte de los sectores intelectuales y políticos progresistas se absténían conceptual y empíricamente de las herejías económicas y de los conflictos distributivos como resultado directo de la lucha de clases. Persistía insistentemente «el estereotipo de intelectual izquierdista que mira por encima del hombro la actividad económica y concibe el mercado como algo sucio e inmoral» (Boldizzoni, 2013:19-22); consecuentemente, no lo graban comprender que el capitalismo cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que no es otra que la perpetua búsqueda de beneficio. Paradójicamente, mientras que los cauces del debate político y académico se llenaban de inocentes conceptos como poscapitalismo, gobernanza, resiliencia, *inter alia*, fue el inteligente multimillonario Warren E. Buffett el que conversando un año antes de que estallara la Gran Recesión con el periodista Ben Stein acerca del sistema fiscal tributario estadounidense, un sistema que procuraba una mayor presión a sus empleados que al rendimiento de su capital, señaló que, efectivamente, había una guerra de clases, «but it's my class, the rich class, that's making war, and we're winning» (Stein, 2006).

Aunque el terremoto económico de 2008 puso al descubierto los factores perturbadores de las manipulaciones financieras que lo desencadenaron, no hubo signo alguno de rectificación política. Y, lógicamente, en el campo de batalla de la guerra de clases, la victoria continuó inclinándose a favor de los sectores elitarios. La gran esperanza para la nueva izquierda política encarnada en la figura de Barak Obama no solo fue decepcionante en cuanto a su gestión política, sino que siguió la trayectoria de sus predecesores en la Casa Blanca; por supuesto, mientras guardaba silencio con respecto a la agenda económica, su énfasis se desplazó a subrayar las políticas identitarias y los valores culturales (Hudson, 2018:390). A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales situados en la cúspide social, al tiempo que la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaban de

acrecentarse (Fontana, 2017:568-569). La recuperación económica estadounidense tras la hecatombe financiera se cimentó en la infame consolidación de la desigualdad: el 95 por ciento del crecimiento económico se concentró de forma escandalosa en el 1 por ciento más rico de la población, a la vez que se abandonó a su suerte a los titulares de hipotecas y al nuevo proletariado de aquel país bajo el timón de mando de Walmart y los ultrarricos del valle del silicio.

Debería quedar claro ahora por qué el magnate inmobiliario Trump que prometía despertar del letargo al sueño americano no tuvo dificultad en obtener la victoria presidencial. Como ha escrito Perry Anderson, «mientras Trump preparaba su llegada a la Casa Blanca, Obama le decía a la gente que ignorara los pronósticos sociales sombríos sobre el estado de la sociedad y paseara bajo el sol, mirara a sus hijos jugar y escuchara cantar a los pájaros, recordando cómo era la vida estadounidense normal». Así fue como se allanó el terreno desde la era Reagan para que las políticas neoliberales se extendieran en forma de privatizaciones de la provisión pública, desregulación de los sectores industriales y financieros, desintegración de los movimientos sindicales, inversión decreciente en los sectores productivos, así como su deslocalización hacia los bordes exteriores del capitalismo avanzado. Y todo ello se compensaba debidamente «por el reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales». Sin embargo, concluye Anderson, «El primero de esos paquetes ha sido mucho menos cuestionado que el segundo» (Anderson, 2019:93,98-99).

Por las razones precedentes, los analistas políticos e intelectuales (especialmente de izquierdas) que consideraban que la causa que subyacía tras el ascenso del capital financiero al pináculo de los dioses se debía principalmente a la «desregulación» de dicho sector, es decir, a la retirada del Estado como regulador y planificador de la economía, no habían entendido lo que Philips Abrams quería decir cuando afirmaba que el Estado es un «mito que convierte lo abstracto en concreto» (Abrams, 1988:69). El neoliberalismo no supuso una «retirada institucional» sino que, como han argumentado sólidamente Panitch y Konings, supuso la «expansión y consolidación de las redes de vínculos institucionales que sostenían el poder imperial de las finanzas estadounidenses». Y aunque la mayor parte de la literatura académica, especialmente después del «tratado de paz parsoniano» entre la sociología y la economía (Streeck, 2017a:291), afirmaba que el Estado y el mercado no «deberían» ser considerados como antagonistas irreconciliables, en general tendían a realizar análisis superficiales que concluían afirmando que «la expansión financiera» se debía sobre todo a la «atenuación del Estado» (Panitch and Konings, 2009). Al contrario, dicha expansión se basó en un arraigado consenso en torno al neoliberalismo en el que el Estado y el mercado habían formado un nexo indisoluble favoreciendo de ese modo el ascenso del capital

rentista. El asombroso volumen de dinero desembolsado entre el otoño de 2008 e inicios de 2009 con el fin de rescatar al sector financiero (*to big to fail*) de los países del capitalismo occidental que superó por cuatro décimas el equivalente al 50 por ciento del PIB mundial parece confirmar dicha tesis (Anderson, 2019:55). A pesar de la extraordinaria oferta de dinero que la política monetaria *quantitative easing* inyectó en la economía, tan solo un 20 por ciento se invirtió en alguna actividad productiva. El resto, como señala Harvey en *The Anti-Capitalist Chronicles* «was used to buy back stocks invest in asset values in the stock market or buy up natural resource assets (including land and property). So, it didn't go anything productive» (Harvey, 2020). Particularmente en Estados Unidos después de la Gran Recesión la junta de la Fed y el Departamento del Tesoro acudieron sin objeciones al rescate de las «empresas en situaciones apuradas en tiempos de crisis», proporcionando además un «alud alucinante de obsequios a los bancos y entidades no bancarias beneficiadas por un total de 7,7 billones de dólares». Pero también se aseguraron de que los «beneficios del rescate no se extendieran al grupo análogo de prestatarios hipotecarios en peligro de perder su vivienda y a quienes las instituciones financieras rescatadas habían concedido los préstamos correspondientes». El resultado fue una depredación social sin precedentes que, además, suministró más capital a los codiciosos fondos buitre. Como afirmó Robert Brenner en «saqueo pantagruélico», el «*establishment* político bipartidista» estadounidense ha llegado «consciente o inconscientemente» a la dramática conclusión de que,

la única forma en que pueden asegurar la reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercado de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos (Brenner, 2020:26-27).

Cuando se produjo el «asalto al Capitolio» el 6 de enero de 2021, de nuevo el *establishment* neoliberal manifestó una profunda consternación. No eran capaces de observar, ni siquiera superficialmente, la enorme brecha que separaba, desde hacía décadas, a una considerable parte de la sociedad del país con el mayor PIB del planeta, de la inmensa riqueza que el neoliberalismo había proporcionado a la segunda generación de *Robber barons*. Muchos observadores y comentaristas habían quedado incapacitados intelectualmente para establecer la correlación que existía entre la explosión de violencia social y la asombrosa cifra de pobres que había brotado en el país, y que según la ONU podía alcanzar en 2018 la escandalosa cifra de 40 millones de personas. El sueño americano se

había distribuido de forma anómala y en ocasiones para la gran mayoría de hombres y mujeres cuyas vidas transitaban entre subempleos precarios y el desempleo temporal o definitivo, terminó siendo una pesadilla. Como ha escrito elocuentemente Therborn, únicamente «el sida en África austral y la restauración del capitalismo en Rusia han tenido un impacto más letal que la polarización social producida en los años de auge económico de Clinton y Bush en Estados Unidos». Durante los diez años que precedieron a la Gran Recesión, la «esperanza de vida de los estadounidenses blancos sin título universitario se redujo tres años, y en el caso de las mujeres blancas de baja educación esta reducción superó los cinco años» (Therborn, 2015:17).

Una de las principales fuentes de empleo durante las primeras décadas del siglo XXI era proporcionada por la citada distribuidora global Walmart, si bien gran parte de sus trabajadores no podían sobrevivir con el salario percibido en «régimen de jornada completa», lo que los arrastraba de forma implacable a recurrir a la beneficencia de los «cupones para alimentos»¹⁰. Pero la irracionalidad del sistema podía llegar a extremos insospechados. Así, mientras ascendía la desigualdad existencial, la filantropía se colaba por las grietas abiertas en la política pública abandonada o, más preciso, guiada por los intereses particulares de la política bipartidista. Walmart tranquilizaba a la sociedad afirmando descaradamente que «sus bajos salarios» no debían de ser una preocupación, debido a que estaba inundando de millonarias «donaciones caritativas» el vacío público para la creación de nuevas escuelas, por supuesto, «disruptivas». Una buena forma de reemplazar, como ha escrito Phillips-Fein, «cualquier esfuerzo para construir un sistema de escuelas públicas más fuertes para todos» (Phillips-Fein, 2018). Curiosamente fue el hijo de un magnate al frente de una organización de munificencia el que objetó en un giro *brechtiano* que «The Charitable-Industrial Complex» mantenía la desigualdad irrevocablemente en el mismo lugar donde la había encontrado. Tal como escribió para los lectores del *New York Times*: «Se debe gastar dinero en probar conceptos que rompan las estructuras y sistemas actuales que han convertido a gran parte del mundo en un gran mercado [...] Pero mientras la mayoría de la gente se dé palmaditas en la espalda por actos de caridad, tenemos una máquina de pobreza perpetua. Es una vieja historia» (Buffet, 2013).

Pero la aculturación neoliberal ha sido extraordinaria, y al contrario de la demonización que los demócratas estadounidenses hicieron de la primera generación de *magnates ladrones* durante el último tercio del siglo

¹⁰ En algún momento durante las dos primeras décadas del siglo XXI, es probable que algo más de 5 millones de estadounidenses vivieran en condiciones de pobreza absoluta, que la ONU calificó como «propias del tercer mundo». Véase, Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2018).

XIX, en las postrimerías del siguiente y muy especialmente en el actual se produjo un asombroso consenso en torno a los hombres y mujeres que con independencia del origen de sus fortunas, habían alcanzado el estatus de multimillonarios. Así, mientras la pobreza a nivel planetario se acrecentaba y las contradicciones de la crisis del capitalismo global se hacían cada vez más evidentes, el nuevo opio del pueblo había sido inoculado por el centrismo neoliberal y sus incondicionales instalados en universidades y medios de comunicación niveladores de opinión pública. Bajo el mando orwelliano de la utopía neoliberal todos debían pensar y actuar como empresarios en un mundo económico dinámico y flexible, inventivo y en constante mutación tecnológica. La codicia que antaño había sido condenada por la política laica se había transformado ahora en una virtud para millones de jóvenes que aspiraban a emular las ascéticas vidas de los nuevos ultrarricos cuyas fortunas habían sido amasadas de la noche a la mañana. Como había sucedido en el pasado, durante los años que precedieron al *crac* del 29, «la fe de los norteamericanos en la posibilidad de enriquecerse aprisa y sin esfuerzo gracias a la Bolsa fue cada día más firme» (Galbraith, 1976:38). Ingenuamente, o tal vez no, muchos observadores afirmaban que las viejas barreras a la libertad individual habían quedado obsoletas y que los «usuarios de Facebook, Twitter y WhatsApp parecían capaces de derribar regímenes totalitarios en todo el mundo». Sin embargo, los trabajadores al servicio de Uber o Amazon, auténticos estajano-vistas con ridículos beneficios, representaban el único destino al que descendían hombres y mujeres que la política pública y los medios de comunicación denominaban ahora con el abstruso término de «emprendedores». Durante las primeras décadas del siglo XXI se hizo más evidente que nunca que la formidable economía globalizada estaba lanzado a la «papelera de la historia oficios y normas que la tecnología» dejaba obsoletos a una velocidad sin precedentes en la historia (Mishra, 2017:278-279).

La polarización económica precipitó la crisis política y está a su vez una profunda crisis social. Una polarización que podía observarse, por ejemplo, en la expansión de ciudades estadounidenses (casi 600 durante la segunda década del siglo XXI) que habían brotado bajo la protección de los nuevos «barones ladrones posindustriales» dedicados a la especulación inmobiliaria, a los fondos de inversión, a los casinos y a «servicios ligados a los ejércitos privados y la usura en cadena». Ciudades que ofrecían un nítido ejemplo de la nueva América republicana de piel blanca y «enfáticamente evangélica». También se podía observar nítidamente el incremento de la desigualdad ante la asombrosa «gentrificación rural», especialmente en el centro y sur del país. Allí, habitantes de rentas media y alta procedentes de grandes urbes fueron creando un particular mundo más «parecido al Off World de *Blade Runner*» que a las tradicionales urbanizaciones de clase media que surgieron durante los años 1990. El éxodo hacia ese mundo fue consolidando los «nuevos patrones de segregación ra-

cial y política» del siglo XXI (Davis, 2021). Difícilmente si los analistas tenían la suficiente capacidad intelectual para observar estos procesos pudieron reducir de forma taxativa la exaltación social que se había extendido por las calles de aquel país a una ciudadanía virtualmente analfabeta y «populista», seducida por la retórica del estolido magnate Trump y sus cuadros políticos¹¹. No cabe duda, allí donde la ciudadanía ha quedado huérfana de los resortes institucionales básicos y donde la política de la procrastinación ha favorecido los intereses de una minoría plutocrática, las formas de exaltación violenta adquieran visos que abarcan desde el racismo a la xenofobia, el suicidio o cualquier otra forma de degradación humana. ¡La anomia durkheimiana había regresado al corazón del capitalismo!

Trahison en Europa

Pero las élites europeas, como sus homólogas estadounidenses, tampoco desearon mantenerse al margen de los monumentales beneficios personales que podían adquirirse con la consolidación de políticas de perfil neoliberal. La Fed y el Departamento del Tesoro estadounidense tendrían sus instituciones análogas en la Comisión Europea y en el Banco Central Europeo (BCE). El espíritu político fundacional de la Unión Europea se desvanecía en favor de una ilusión económica que parecía servir incondicionalmente al *establishment* global. La estatura política e intelectual de los sucesores de Adenauer, Schuman, o De Gasperi, e incluso de Mitterrand, iba a disminuir abrumadoramente. Mientras los fundadores del proyecto europeo imaginaron «un mercado común como el primer paso hacia la unificación política, no como un acto de sumisión a los intereses financieros», el «centrismo extremo» de Tony Blair, que sirvió de inspiración a Hollande, Renzi o a la canciller Angela Merkel, se basó en «la mentira, el oportunismo y el arribismo político» (Traverso, 2016). Eric Hobsbawm, como en tantas ocasiones, observó con notable antelación que a pesar de que el «estatus político internacional de la nueva Unión Europea aspiraba a tener un programa político común», no fue sin embargo capaz de conseguirlo, «salvo en cuestiones económicas»

¹¹ La vulgata mediática que reduce la irracionalidad de las masas exaltadas a un déficit educativo, debería modular sus argumentos y no desconocer, como escribe Fontana, la «baja calidad intelectual» de la representación política. Por citar solo algunos ejemplos, el congresista republicano hasta 2015 Paul Broun, «miembro del Comité de ciencia, espacio y tecnología del Congreso» y doctor en medicina, afirmó «públicamente que la evolución, la teoría del Big Bang y la embriología son mentiras que salen directamente del pozo del infierno». El congresista John Shimkus, miembro de un subcomité de Cambio Climático, afirmó en 2009 que la «Tierra solo acabará cuando Dios lo decida»; de la misma guisa, Joe L. Barton, vinculado al lucrativo negocio petrolífero, se mostró receloso de la energía eólica porque, según sus palabras, «es el medio con el que Dios controla el calor y las turbinas frenarían el curso del viento» (Fontana, 2013b:32-34).

(Hobsbawm, 1995:552). Los euroescépticos, al menos desde Maastricht (1993), sabían que la balanza entre los anhelos democráticos de la ciudadanía política y el rendimiento del capital, se inclinaría casi siempre a favor de este último. Como ha escrito Jean-Luc Gréau en *La Trahison des économistes*, gran parte de las «instituciones europeas» fueron colonizadas por «representantes y discípulos del modelo angloamericano» devotos al programa neoliberal. Pero el entusiasmo de ciertos sectores de «funcionarios europeos» por el nuevo credo hayekiano les llevó incluso a «sobrepasar a ingleses y estadounidenses en términos ideológicos» (Grahl, 2011:50).

Un modelo híbrido entre el conservadurismo thatcheriano y la gestión empresarial de la Tercera Vía se había filtrado por las grietas de la política europea, alcanzado a buena parte del izquierdismo social y político. El partido del Nuevo Laborismo de Tony Blair en Gran Bretaña, el Partido Socialista francés de François Hollande, o el partido PASOK de Grecia con George Papandréu bajo su dirección, constituyen algunos ejemplos del giro político que desplazó cualquier alternativa económica o financiera a la «privatización, a la austeridad o a la desviación de la presión fiscal desde el sector FIRE [financiero, inmobiliario y aseguradoras, por sus siglas en inglés] a la mano de obra». Incluso los cuadros políticos de izquierdas que habían presentado cierta ofensiva a los programas antide-mocráticos de austeridad fiscal y privatización, parecían haberse quedado sin alternativas políticas o, al menos, eran muy limitadas. Una regresión que pudo verse con nitidez cuando la «troika» lanzó su «guerra financiera totalitaria» contra Grecia después de que el partido de izquierdas Syriza ganara las elecciones en enero de 2015 y, finalmente claudicara ante el extremismo de la cúpula financiera de la eurozona. Si para algunos representantes de la izquierda, después de la rendición, la alternativa al totalitarismo financiero era la anarquía, como fue el caso del líder del partido Syriza, Alexis Tsipras, para otros el capitalismo no podía ser todavía sustituido por un impreciso programa socialista (Hudson, 2018:387, 389-390, 637). Como admitió uno de los principales portavoces del izquierdismo europeo, Yanis Varoufakis: «no estamos listos para cubrir con un sistema socialista en funcionamiento el abismo que se abriría con el colapso del capitalismo europeo» (Davidson, 2015:109-110).

De hecho, el momento de euforia especulativa de la década 1990 generó un ambiente político intolerante al disenso, una actitud que al parecer permaneció escasamente alterada. «Ni el alcalde más de izquierdas de Londres» pronunciaría «una palabra contra las efervescentes actividades en las que se emplea la población de la City», escribía con la debida causticidad Gréau¹². Y continúa: «La ciudad de Londres y toda la región,

¹² Conviene recordar que «durante el periodo de entreguerras, pese a toda su cháchara sobre la eutanasia del rentista, fue Keynes quien siguió considerando la City no solo vital

puede que incluso Inglaterra entera, se han convertido en tributarios económicos [de los mercados de valores secundarios]» (Grahl, 2011:49). El programa político presentado por el Partido Laborista británico durante las elecciones del 12 de diciembre de 2019 puede servir de ejemplo para reforzar dichas afirmaciones. La propuesta política que dirigió el entonces líder del partido Jeremy Corbyn, inspirada en una combinación de *New Deal Green*, recuperación de empresas públicas privatizadas durante la escalada ultraliberal, así como un incremento considerable del gasto público, recuperando impuestos perdidos de los que se beneficiaban algo más de un centenar de ultrarricos del modelo de economía rentista británico, fue considerado como un programa excesivamente radical a ojos de la prensa liberal. Y sin embargo, como ha escrito Michael Roberts, solo recuperando el «control de lo que solía llamarse los puestos de mando de la economía», es decir, bancos, aseguradoras, fondos de pensión y empresas estratégicas manufactureras, así como la industria energética y otros sectores productivos, podría el país reunir las condiciones básicas para restaurar una economía que ha producido niveles de desigualdad de riqueza e ingresos similares a los de la Gran Depresión (Roberts, 2019). Y es que la decadencia de la quinta economía más grande del mundo, desde cualquier perspectiva, ha sido abrumadora. Mientras que por sus alcantarillas transcurrían hacia el Támesis los residuos del mayor consumo de cocaína de Europa (*The Guardian*, 2015), aproximadamente 14 millones de personas sufrían los estragos de la pobreza (ONU, 2019).

Cuando las contradicciones internas del keynesianismo se combinaron con el correctivo neoliberal, el modelo económico del antiguo Imperio británico colapsó. Los efectos combinados de la desindustrialización, la «hipertrofia de los servicios financieros y comerciales», la enorme desigualdad regional, la devaluación salarial, o el extraordinario aumento de los precios de los bienes básicos como la vivienda y la educación o la salud privatizadas, terminaron en la crisis bancaria de 2008 para dejar paso a la «imposición de la austeridad para contenerla». Sin embargo, esta tuvo como consecuencia inmediata la «convulsión del Brexit» y con ella se vio en el horizonte la posibilidad de un descenso del PIB británico «potencialmente mayor» que en cualquier época precedente (Anderson, 2020). Pero la decadencia no solo afectó a la *Union Jack*, o a Grecia, era perfectamente observable por todo el solar europeo, como resultado directo del irracional mimetismo de las fracasadas políticas neoliberales del mundo angloestadounidense.

para impulsar la economía global (ningún otro centro podía ofrecer su combinación única de capital de inversión, finanzas comerciales, seguros y otros servicios), sino también para asegurar el liderazgo de Gran Bretaña como gran potencia junto a Estados Unidos, la cual contaba además con una moneda internacional independiente» (Anderson, 2020:77).

En primer lugar, al menos desde el citado Tratado de Maastricht ratificado durante el espejismo posmoderno de los años 1990, el proyecto común europeo había enterrado el reformismo inspirado en la socialdemocracia clásica. La política pública europea ya no se escribía en los términos de Bernstein, ni siquiera de Keynes, sino en el compromiso de mercado de Hayek. *A fortiori*, la austeridad fiscal, esto es, la «reducción progresiva del gasto público y la privatización de las infraestructuras» (Hudson, 2018:405-407), se combinaría con una integración monetaria que iba a agravar tendencias regionales de tintes políticos, económicos y socioculturales preexistentes, especialmente en los que pronto serían calificados como países deudores del Sur. Esta integración regional puramente economicista que supuso la abolición de las monedas nacionales conllevó, entre otros factores, una renuncia a la devaluación como instrumento monetario para mejorar la situación económica. De este modo, «enmarcado plenamente en el programa neoliberal, el euro impidió que una importante variante del libre arbitrio político se inmiscuyera en la constitución del mercado común» (Streeck, 2016:167). Para muchos analistas, era evidente que la legitimación de la democracia se hallaba en una situación peligrosa, especialmente cuando la soberanía de los respectivos parlamentos de los Estados nacionales de la Unión había sido limitada por el poder ejecutivo de Bruselas.

Pero además, el corrosivo neoliberal había barrido la memoria política y colectiva acerca de las desastrosas consecuencias sociales del periodo de entreguerras. Los partidos que decían estar a la izquierda del espectro político no recordaban, o no deseaban hacerlo, las palabras de un lúcido economista escritas en 1943: «la lucha de las fuerzas progresistas por conseguir el pleno empleo es al mismo tiempo la de prevenir la recurrencia del fascismo» (Kalecki, 1943:6). Durante los años que siguieron al colapso financiero de 2008, los efectos combinados de la retirada de las fuerzas progresistas y el fortalecimiento del poder financiero gracias a las políticas centristas y pragmáticas de los bloques políticos tradicionales, provocaron un incremento asombroso de la pobreza y un renacimiento de partidos políticos de extrema derecha. Como pudieron leer con asombro los lectores de los informes de Naciones Unidas, cuando habían transcurrido algo más de diez años desde la Gran Recesión, el 21 por ciento de la población del viejo continente, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (casi 20 millones de niños y niñas se hallaban en ese dramático estado). En España, cuarta economía de la eurozona según los estándares convencionales, con anterioridad a la propagación de la pandemia global de 2020, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población (ONU, 2020). Como consecuencia, se produjo un resurgimiento de la derecha radical, virtualmente latente entre los sectores afines al aznarismo. El partido ultraderechista VOX, a través de una retórica especializada en el retorno al pasado, especialmente al franquista, pretendía dar respuesta a los perdedores, o a los que se consideraban

víctimas, de la globalización neoliberal. La depresión que lanzó al abismo a Grecia y que duplicó su tasa de pobreza entre 2009 y 2012 (esto es, cuatro de cada diez griegos), provocó un fortalecimiento electoral del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Fundado en 1985 por fanáticos que decían anhelar el nefasto periodo de la Dictadura de los Coroneles (1967-1974) adquirió una representación insospechada durante las elecciones de 2014, situándose como tercera fuerza política en el parlamento heleno hasta que en 2020 fue declarado una organización criminal por el Tribunal de Apelaciones de Atenas, dejando a sus bases escindidas en partidos afines a la ultraderecha. En Hungría, la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa», provocó que este país de la *Mitteleuropa* tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», lo que generó irremediablemente una reacción nacionalista que contribuyó dos años después a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara (Durand, 2019:224). En una Francia posindustrial y con un sorprendente crecimiento de barrios periféricos llenos de jóvenes sin futuro, la fuerza que adquirió el partido político Frente Nacional (a partir de 2018 pasó a denominarse Agrupación Nacional) no fue un hecho accidental de la historia. Como tampoco lo fue el ascenso imparable de partidos nacionalistas en Austria, Polonia y el Partido por la Independencia de Reino Unido. Todos ellos constituyen algunos de los ejemplos que surgieron de los escombros neoliberales en Europa, como consecuencia directa de la «ausencia de una alternativa socialista a la financiarización bajo el *dirigismo* del BCE y del FMI» (Hudson, 2016:345,352).

En segundo lugar, la decadencia europea también estuvo marcada por la profundización del «efecto polarización» hirschmaniano, relacionado con la citada integración asimétrica de los Estados miembros. «Los desequilibrios comerciales surgen en una economía unificada cuando los costes relativos son fijos y una región –el centro– tiene ventajas comparativas respecto a otras». Alemania había adquirido ese estatus central en Europa y, por tanto, redujo a los países de la periferia a variables dependientes de sus manufacturas y de su poder (Galbraith, 2018:198-199), dentro del entramado jurisdiccional construido para favorecer la justicia de mercado. Por ello, no fue un hecho fortuito que los denominados países PIIGS (por sus siglas en inglés, Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) se vieran atrapados por la pesada carga del endeudamiento financiero; este hecho se debió en parte «a su mala gestión de la crisis, pero también porque sus economías eran particularmente vulnerables al colapso del crédito y al repentino declive de los mercados inmobiliarios y del turismo (financiados en gran medida por el capital especulativo del norte de Europa)» (Harvey, 2016: 226). Una serie de

efectos nocivos para estas economías que respondían, sin duda, a la ausencia o debilidad de sus bases industriales, como las que sí disponía la economía alemana.

De este modo, los Estados miembros de la eurozona entraron en un proceso de contradicciones internas difícilmente resolubles. Al mismo tiempo que debían continuar haciendo cargo de los estabilizadores sociales del Estado de Bienestar keynesiano, debían aplicar el corrosivo neoliberal que en la práctica política suponía una privatización, es decir, un despojo permanente de los derechos sociales adquiridos. La democracia estaba ahora dirigida por la mano visible y experta de la gerencia bancaria, abstrusa para el común de los mortales pero que, sin embargo, podían sentir en sus cuerpos: «aumentos de la productividad y la competitividad con flexibilización del mercado laboral, salarios más bajos, ampliación de la jornada de trabajo, mayor participación en el mercado laboral y remercantilización del Estado de Bienestar» (Streeck, 2016:167).

En tercer lugar, y este fue un factor que afectó prácticamente a todas las economías occidentales y sobre el que volveremos más adelante, nadie fuera del cada vez más minoritario *statu quo* escapaba de la servidumbre por deudas. Las clases medias dejaron de ser identificadas por su filiación laboral y fueron juzgadas en relación a las posibilidades de consumo (Therborn, 2020), siempre estiradas gracias a tasas de interés decrecientes de un crédito presumiblemente ilimitado. A lo largo de la escalera descendente de las clases medias que conducía hacia el piso bajo de la deflación por deudas se encontraban, irrevocablemente, la deuda hipotecaria, «créditos de estudios para acceder a la educación necesaria para conseguir un buen empleo, un préstamo para el coche con el que ir al trabajo y una deuda de tarjeta de crédito solo para que el deudor pueda mantener su nivel de vida mientras va hundiéndose en el pozo» (Hudson, 2018:49,402). Desde la década de 1990 en países con economías tan dispares como Hungría, Suiza, Alemania, España, Grecia, Islandia o Portugal, los ingresos de la *middle class* «aumentaron un tercio menos que el ingreso promedio del 10 por ciento más rico». Unos ingresos decrecientes que se fueron ajustando con un drástico incremento de los precios de los bienes básicos del «estilo de vida de la clase media» (Carrillo, 2020a). El precio de la vivienda creció hasta «tres veces más rápido que el ingreso medio de los hogares» durante las dos últimas décadas. Lo mismo podía afirmarse con respecto al acceso a recursos públicos esenciales de salud y educación. La clase media ya no podía ser considerada como el «centro de gravedad económica» del que había disfrutado durante todo el periodo de expectativas y seguridades efectivas de los años dorados del capitalismo Occidental. Las certidumbres económicas, laborales, y en última instancia existenciales de los *baby boomers* se desvanecían en el territorio líquido de los *millennials*. Ahora, uno de cada seis trabajos de «ingresos medios» se hallaba amenazado por un «alto riesgo de automati-

zación». Los gastos superaban a los ingresos en algo «más de uno de cada cinco hogares» identificados con la ambigua etiqueta de clase media. Y, por su parte, el «sobreendeudamiento» era superior para los ingresos medios que para aquellas clases sociales de «ingresos bajos y altos» (OCDE, 2019:13-14,24).

Las consecuencias de la extraordinaria decadencia en las regiones industriales de Occidente, cuyas poblaciones habían sido resguardadas de la pobreza durante un tiempo por las políticas sociales del Estado de Bienestar y por un crédito virtualmente ilimitado, estallaron durante las primeras décadas del siglo XXI. La estabilidad laboral y la precisión de la división técnica del trabajo dejaron paso a un mundo flexible de trabajadores emprendedores subempleados o autoempleados en un deprimido sector servicios. La fábula de la meritocracia de las sociedades contemporáneas parecía desvanecerse ante la cruda realidad que había impuesto el pragmatismo político.

Pero su dramática situación estaba convergiendo, como veremos, cada vez más con la depresión de las «clases medias emergentes del Sur global» que al parecer, como ha escrito Therborn en un análisis comparativo, se estaban precipitando peligrosamente hacia la «vorágine de la desigualdad capitalista» (Therborn, 2020). Una convergencia predecible para muchos observadores inteligentes. La contrarrevolución neoliberal, «liderada por las élites en el poder de los países desarrollados, muy presionada por los mercados financieros, las grandes cadenas de venta al por menor y las multinacionales más poderosas», inoculó convenientemente en el cuerpo político y mediático el deliberadamente ambiguo «proyecto de libre mercado». El turbocapitalismo estadounidense, flanqueado por sus incondicionales robots intelectuales, se lanzó a una nueva aventura imperialista consistente en «aculturar a las poblaciones atrasadas para lograr que aceptaran las normas económicas y culturales de Norteamérica» (Grahl, 2011:42). ¿No terminaron, acaso, las televisiones locales de cualquier país del mundo colonizadas «prácticamente por completo por shows norteamericanos importados»? Actualmente, argumenta Jameson, no quedan «enclaves, ni estéticos ni de ninguna clase en los que no impere la forma mercancía» (Jameson, 2013:511-512). Y, como sabemos, esta ha sido la forma política y cultural de expansión económica del capitalismo secular, tal como habían escrito Marx y Engels en el presciente *Manifiesto*: «mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y los inmensos medios de comunicación facilitados, la burguesía conduce a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, a la civilización». Esto es, «crea un mundo a su propia imagen» (Marx y Engels, 2011). La nueva división del trabajo adquirió una fisonomía transnacional, desintegrando las antiguas formas de trabajo, no solo en los tradicionales cinturones industriales del núcleo del capitalismo avanzado, sino también en los países de la periferia, donde los ejércitos de

trabajadores procedentes de las zonas rurales, o de las nuevas ciudades-empresa, terminaron fabricando la enorme masa de productos que saturaba a los mercados globales. Los denominados «países emergentes» y, sobre todo, la impresionante potencia económica del país más poblado del mundo, China, adquirieron un papel insoslayable en esta nueva reestructuración del sistema mundial.

Xiaokang

El gigante asiático continuaba enarbolando la bandera comunista como lo hacían Cuba, Laos o Corea del Norte muchos años después de la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, también era «universalmente reconocido, incluso por el Departamento de Economía de Chicago, como uno de los centros más dinámicos del capitalismo global». Por ello los enfrentamientos entre comentaristas políticos e incluso figuras intelectuales que tendían a interpretar la nueva hegemonía mundial de China en términos estrictamente ideológicos, como replicantes nostálgicos de la Guerra Fría, eran abiertamente banales. De hecho, con frecuencia se asemejaban a los términos mecanicistas y deterministas típicos de las interpretaciones teológicas de la historia. Puede parecer un «signo relativamente trivial», escribe Davidson, el hecho de que el académico que sentenció el «fin de la historia» con la caída del Imperio soviético, Francis Fukuyama, haya sido una inspiración para los altos cargos del Partido Comunista Chino que disponían de una edición privada de su obra *Political Order and Political Decay* (2014).

Previsiblemente, el extraordinario crecimiento económico que estaba situando a China como el nuevo centro de gravedad geopolítico global desencadenó ardientes debates acerca del modelo de desarrollo que había guiado al Partido Comunista chino. En *Adam Smith in Beijin* (2006) Arrighi planteó una interesante perspectiva dual y convergente del debate con claras reminiscencias políticas. Por un lado, mantenía cierta suspicacia con aquellos sectores intelectuales de la izquierda que veían en el modelo chino una variación del neoliberalismo con «características chinas». Por otro, en el «extremo ideológico opuesto» se hallaba el apostolado institucional del «Consenso de Washington», es decir, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bonos del Tesoro estadounidense y británico, «respaldados por medios de opinión como el *Financial Times* y *The Economist*». Si los primeros, decía Arrighi, ofrecían argumentos a favor de equiparar a Reagan con Deng Xiaoping como «great fans of the neo-liberal guru Milton Friedman», los segundos al analizar el decrecimiento de la desigualdad global no podían excluir de sus estadísticas el asombroso crecimiento de China desde la década de 1980 (sobre todo porque cuando lo hacían la tasa de desigualdad ascendía severamente). Para gran parte de la derecha política o al menos para sus ideólogos, estaba claro que China había abrazado sus prescripciones. Sin embargo,

Arrighi concluía acertadamente que dicha afirmación no se verifica con la «larga serie de desastres económicos que la adhesión real» al Consenso de Washington había provocado en el África Subsahariana, América Latina y la antigua Unión Soviética (Arrighi, 2006:353-354).

Ahora bien, el asombroso proceso de mercantilización de todas las esferas desde la productiva hasta la cultural durante la era reformista de Deng Xiaoping iniciada el 18 de diciembre de 1978 –coincidiendo con el giro neoliberal en Estados Unidos y Gran Bretaña–, no constituyó un asunto trivial; así como tampoco China podía calificarse de forma estricta como «socialista». La sociedad armoniosa, o *xiaokang*, el inocente término con el que Deng abrió su programa de modernización que teóricamente pretendía satisfacer todas las necesidades de todos los ciudadanos de aquel país, iba a tener consecuencias dispares, tal como veremos. En cualquier caso, no podían equipararse las consecuencias del capitalismo de Estado de la década de 1980, con una cierta autosuficiencia del mercado doméstico, una revitalización del mundo rural y un crecimiento industrial, con los años que siguieron a la década de 1990, es decir, cuando se produjo «la mayor afluencia de capital extranjero» (Harvey, 2007:131,166). Probablemente, como arguye Arrighi, el principal atractivo para los inversionistas no fue el enorme ejército de reserva de mano de obra de la República Popular China, sino la «alta calidad de esas reservas –en términos de salud, educación y capacidad de autogestión–, en combinación con la rápida expansión de las condiciones de oferta y demanda para la movilización productiva». Una predisposición humana, normativa e institucional que según el economista se gestó bajo unas condiciones encarnadas en una tradición histórica dual: *indigenous traditions* y una «tradición revolucionaria» que dio origen a la China posmaoísta. «El capital extranjero intervino tarde en el proceso, sosteniéndolo en algunas direcciones pero socavándolo en otras» (Arrighi, 2006:351). *Pace* Arrighi, a pesar de todo, pocas objeciones se pueden plantear a las palabras de la ensayista Wang Chaohua:

Si desalojan a los aldeanos de sus hogares por los embalses del Yangzi, o a los pastores de sus pastos en Mongolia Interior, todo se hace por la causa del mayor bien «socialista». Ahí se encuentra la utilidad positiva del discurso del socialismo con características chinas para enmascarar lo contrario de los principios que supuestamente defiende (Davidson, 2015:107).

En términos sociales, dice lacónicamente Therborn, «la extraordinaria desigualdad generada en China durante los últimos treinta y cinco años (tan diferente de las trayectorias igualitarias y de crecimiento rápido de Japón, Corea del Sur y Taiwán) hace insostenible la imagen de sí misma como una sociedad armoniosa» (Therborn, 2014:15). De hecho, mientras

los altos cargos del Partido Comunista leían a los gurús del *establishment* neoliberal, autocomplacientes con las ventajas del socialismo con características chinas, muchos jóvenes de la *Gen Z* frustrados ante unas expectativas de futuro decrecientes con respecto a las de sus progenitores, afectados por una reducción de las oportunidades económicas y exhaustos por las largas jornadas de trabajo, optaron por refugiarse en la lectura de las obras de Mao Zedong (Yuan, 2021). Como en tantas ocasiones en la historia, cuando el presente no ofrece las expectativas anheladas y se carece de contraejemplos ideológicos, se gira el rostro peligrosa y anacrónicamente hacia un pasado estilizado y moralizante. Y es que el fracaso estrepitoso del comunismo en cualquiera de sus versiones lo convirtió en un aliado natural del capitalismo neoliberal. Así lo ha entendido también Piketty:

El hecho de que el poscomunismo (en Rusia, en China y, en cierta forma, en su versión de Europa del Este, con las debidas diferencias entre estos tres casos) se haya convertido a comienzos del siglo XXI en el mejor aliado del hipercapitalismo es la consecuencia directa de los desastres comunistas estalinista y maoísta, así como del abandono de cualquier ambición igualitaria e internacionalista que se derivó de su fracaso (Piketty, 2019:22).

Sin embargo, la imagen no del todo precisa de una «China imperialista» ha sido proyectada tanto por la derecha estadounidense (y su secular pavor al comunismo), como por sus devotos medios de comunicación. «Incluso algunos observadores de izquierdas han argumentado acríticamente que China se ha convertido ahora en el enemigo número uno de la clase trabajadora mundial». La mezquindad de tales argumentos, sin embargo, sirve para encubrir la ideología pero no la realidad de la larga historia de hostilidad imperialista desatada globalmente por Estados Unidos; pero también el compromiso político plutocrático del bipartidismo de la Casa Blanca por hundir a su propia clase trabajadora (Xu, 2021). Ahora bien, esto no significa que en la economía política china el neoliberalismo fuera una influencia de baja intensidad. Retrospectivamente, las consecuencias de la neoliberalización china comenzaron a observarse más o menos al mismo tiempo que en Europa, Estados Unidos de Norteamérica y en el desintegrado Imperio soviético, cuando todos comprometieron su destino con el sector financiero en la década de 1990. Durante la tercera sesión plenaria del Undécimo Congreso del Comité Central del Partido Comunista Chino, celebrada en diciembre de 1978, Deng Xiaoping anunció el programa de las Cuatro Modernizaciones, abriendo desde entonces, como ha escrito Davidson, una «importante grieta que se convirtió en grandioso portal de acceso a la era neoliberal». Tal vez pueda parecer un acontecimiento simbólico, pero en su famosa «gira por el Sur» iniciada en Wuhan en 1992, un anciano Deng

presumiblemente satisfecho de la asombrosa transformación que los programas de modernización habían operado en el país, realizó una proclama sin duda extravagante para un líder comunista, a saber, «hacerse rico es glorioso» (Davidson, 2013:879).

Y lo fue, especialmente para el capital transnacional «fuertemente invertido en las principales corporaciones de China». En el año de la Gran Recesión una de las estrellas *Forbes*, Warren Buffet, había invertido unos 500 millones de dólares en China National Petroleum Corporation, la «quinta empresa productora de petróleo más grande del mundo», cuyo poder no quedaba limitado al vasto territorio asiático. Desde los primeros años del siglo XXI fue evidente que la asombrosa y compleja « fusión entre empresas chinas y transnacionales y el capital financiero» contradecía cualquier argumento a favor de variedades de capitalismo dentro del nuevo e inextricable orden global. Como ha escrito William Robinson «los bancos transnacionales se convirtieron en accionistas minoritarios de las principales instituciones financieras chinas y, a la inversa, los bancos chinos invirtieron en instituciones financieras privadas de todo el mundo» (Robinson, 2014a:41-42). Ahora bien, varias matizaciones deben ser introducidas con respecto a la neoliberalización del gigante asiático.

En primer lugar, durante las turbulencias provocadas por la crisis económica en Asia Oriental entre 1997 y 1998, el país no se sometió a la «terapia de choque» promovida por el Consenso de Washington. La creencia dogmática en los «mercados autorregulados» que el *establishment* neoliberal creía haber leído en Smith no fue adoptada por los planificadores chinos. De hecho sabían que, como había escrito el padre del liberalismo, allí donde «vastos sectores de la economía» se habían visto perturbados, el cambio no debía nunca ser introducido «de repente, sino de forma lenta, gradual y después de una advertencia muy prolongada» (Arrighi, 2006:43-44). De ese modo, una regulación macroprudencial y expansionista (contrariamente a las recomendaciones del FMI) hizo que su tasa de crecimiento durante la crisis asiática oscilara entre un 7 y 10 por ciento (Stiglitz, 2016:59). En segundo lugar, las virtudes de ese crecimiento económico fueron distribuidas entre amplias capas sociales, especialmente entre las poblaciones de los núcleos urbanos y de las ciudades costeras por las que el capital financiero se había filtrado desde inicios de la década 1990; primero desde el caótico y empresarial Hong Kong, después desde los principales centros del capitalismo global, desde Japón a Corea del Sur y, por supuesto, desde Estados Unidos. Diez años después de que Deng ensalzara la riqueza personal y no viera en ello contradicciones con los postulados del comunismo, en torno al 40 por ciento del PIB chino correspondía a la inversión extranjera directa. Aunque todavía a mediados de 1990 solo un 10 por ciento de los hombres y mujeres de aquel país podía ser calificado con la etiqueta de clase media (en una población que superaba los 1.000 millones), sin duda suponía una

proporción nada desdeñable para estimular el consumo del mercado doméstico e inundarlo de «automóviles, teléfonos móviles, DVD, televisores y lavadoras, así como también centros comerciales, autopistas y viviendas» (Harvey, 2007:149-150). Lo cierto es que para aquellos que todavía conservaban viva la memoria, sabían que antes de que el comunismo tomara el poder en 1952, «el chino promedio vivía básicamente con medio kilo de arroz o de cereales al día, consumía menos de 80 gramos de té al año, y adquiría un nuevo par de zapatos cada cinco años» (Hobsbawm, 1995:461). Una situación que cambió drásticamente entre 1978 y 2005, cuando las poblaciones urbanas alargaron su esperanza de vida y frenaron la mortalidad de sus hijos, hasta el punto de que, según ciertas estimaciones, habían superado a sus homólogos estadounidenses (Fontana, 2013a:893).

Para los que disfrutaban de las condiciones del «socialismo con características chinas», ya se tratase de la emergente clase media del país o de los inversores extranjeros, la dirección adoptada por el partido comunista era la correcta. Como había escrito el historiador Jacob Burckhardt en 1870 «las masas [y podemos añadir nosotros, el capital] solo desean su tranquilidad y su recompensa. Si las consiguen de una república o de una monarquía se adherirán indiferentemente a una o a otra» (Burckhardt, 1961:262). Por otro lado, y como era presumible, en el país que ocupaba el segundo lugar en el ranking económico mundial después de Estados Unidos, esa clase media se pudo incorporar profesionalmente a las nuevas oportunidades que ofrecía la «servisification» de la economía. Durante los cinco años que transcurrieron desde el colapso financiero de 2008 el número de empresas dedicadas al sector servicios se acrecentó un 60 por ciento; en 2014, seguramente con unas cifras subestimadas, la industria terciaria podía alcanzar un 48,2 por ciento del PIB, superando por unas cinco décimas al sector manufacturero (Molnar and Wang, 2015). Aunque la formulación de Marx acerca de que «el país más desarrollado industrialmente muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro» se suele diluir ante la naturaleza de la riqueza histórica y empírica, como de hecho Marx sabía, es poco objetable afirmar que la «sociedad armoniosa» fue adquiriendo una fisonomía, con frecuencia extrema, del desarrollo à la Occidental. «La cultura posmoderna, afirma Harvey, ha llegado a Shanghai, y a lo grande». En las principales ciudades del país se ha consolidado una «vibrante cultura de consumo», y pueden observarse urbanizaciones bien protegidas para las clases ricas, algunas con nombres como Beverly Hills, que evocan la cultura competitiva hedonista estadounidense.

Sin embargo, pronto se hicieron evidentes las profundas desigualdades que estaban distanciando a las poblaciones rurales de las citadinas, así como dentro de aquellas, la brecha que se abría entre la agricultura industrial y la población campesina; o en las ciudades, entre aquellos hombres y mujeres que disfrutaban de una renta solvente y los que

trabajaban como ilotas en las ciudades entregadas a la superproducción global. La descolectivización de las comunas, como parte del programa neoliberal introducido durante los últimos años de la década de 1980, trajo consigo un aumento de la «disparidad de los ingresos entre el ámbito rural y urbano». La población rural que sufrió la descolectivización y, por tanto, la «pérdida de los derechos sociales colectivos previamente establecidos dentro de las comunas –a pesar de lo débiles que pudieran haber sido– supuso que los campesinos tuvieran que afrontar onerosas tarifas para poder asistir a las escuelas, obtener atención sanitaria o recibir otros servicios asistenciales» (Harvey, 2007:162,138).

La asombrosa expansión urbana centrada en las provincias de la costa durante la década de 1990 se desplazó sucesivamente diez años después hacia las regiones del interior; allí, con el objetivo de levantar «parques industriales o proyectos inmobiliarios», las expropiaciones y su correspondiente exacerbación social, fueron terreno común. Y sin ningún género de duda, infravalorar lo que sucedía en la China rural, donde todavía durante las primeras décadas del siglo XXI algo más del 40 por ciento de su población (unos 700 millones) dependía relativamente de la tierra, era y es un error. En parte, porque «los problemas de la tierra» no pueden o no deben disociarse de la «seguridad alimentaria, la sostenibilidad medioambiental, los ingresos gubernamentales y el mercado de vivienda». Y, en parte, porque para la población migrante desencantada de las duras condiciones del empleo informal, el subempleo o cualquier otra forma de explotación laboral en las ciudades-empresa, el campo constituía un resguardo existencial, el lugar al que *siempre* se podía regresar. Tras el *crash* de 2008 se estima que «unos 25 millones de trabajadores migrantes perdieron sus empleos y regresaron al campo». Por supuesto, en esta atracción migratoria influían muchos factores, pero ciertamente el de mayor peso era que los pobres urbanos vivían casi siempre en peores condiciones que el «residente rural medio». En suma, como ha escrito Zhan, el asombroso nivel de «empleo precario en China certifica la incapacidad de su modelo capitalista a la hora de proporcionar suficientes empleos para su enorme población, lo cual representa un desafío directo a las soluciones propuestas por las perspectivas del libre mercado y de la modernización» (Zhan, 2020:132, 136,143-144).

Y sin embargo, fue ese modelo de capitalismo de estado (bajo el disfraz comunista) el que «asumió el liderazgo para salvar al capitalismo global del desastre de 2008, con su urbanización masiva y sus inversiones en entorno construido». La ingente movilización de capital que llevó a cabo el país de la *xiaokang* fue posible gracias a un endeudamiento virtualmente ilimitado que a pesar de que supuso un sorprendente incremento de la relación deuda/PIB (contabilizada en renminbi), siempre podía ser cubierta por las reservas de divisas extranjeras depositadas en su Banco Central. Paradójicamente, el aparato burocrático chino asumió la «visión

de Ronald Reagan» consistente en que el «déficit y el endeudamiento no importan»; así fue como durante un tiempo la *prestissima* economía china revivió al moribundo sistema global. En el breve lapso transcurrido entre 2011 y 2013 las ingentes obras públicas y en general los entornos construidos en el vasto país absorbieron más de 6.000 millones de toneladas del «material más destructivo de la tierra» (Watts, 2019), el cemento, una cantidad que excedía ampliamente la usada por la economía estadounidense durante todo el siglo XX! (Harvey, 2018:9-12). Durante los primeros veinte años del siglo XXI el PIB de la República Popular China osciló entre máximos de diez y mínimos de seis, y solo después de la pandemia global se redujo a un escaso 2,3 por ciento. A su vez, el aumento exponencial de demanda de materias primas por parte del país asiático provocó un alza favorable de los términos de intercambio para los países productores y exportadores. Pronto se hizo evidente, una vez más, que la clásica imagen de las economías periféricas podía ofrecer un cuadro hiperrealista de regiones delimitadas por un patrón intensivo de especialización, combinado con altos niveles de desigualdad y abundancia de recursos naturales.

Probablemente, el ejemplo más nítido de este fenómeno tan característico de la nueva división global del trabajo, de la producción y del comercio lo representó América Latina. Allí, las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países integrantes (exceptuando a México y a Costa Rica) representaban en 2014 nada menos que el 80 por ciento del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino. Sin embargo, con frecuencia *magna fortuna est magna servitus*: la industria y el crecimiento económico en América del Sur, tal como había sucedido durante los años de plomo del neoliberalismo en la región, no se orientaron hacia una dirección opuesta a la exportación de materias y bienes primarios. Este comportamiento procíclico-neoextractivista tendría severas consecuencias económicas y políticas, y por supuesto sociales. Allí donde la estabilidad del crecimiento ha perdurado ha sido porque, como acertadamente ha escrito Dani Rodrik en *One Economics, Many Recipes* (2007), los gobiernos reestructuraron y diversificaron sus economías, aprovechando las fuerzas de la globalización en su favor. Cuando el flujo constante de crecimiento de la infraestructura china comenzó a detenerse, los países exportadores de bienes primarios entraron en recesión, o comenzaron a sentirla. En 2014, la mayor parte de los municipios chinos habían entrado en quiebra, se había extendido un «sistema bancario clandestino» con el fin de «disfrazar» la formidable suma de préstamos concedidos a «proyectos no rentables» y, además, el sector inmobiliario se había transformado en un «auténtico casino de volatilidad especulativa» (Harvey, 2018:12).

No parecía ahora tan alejada de la realidad la afirmación de Neil Davidson acerca de que China se había transformado en una versión ex-

trema de neoliberalismo. Se llegó a un punto de «sobreinversión» y previsiblemente los «efectos colaterales positivos» del crecimiento económico se vieron alterados. La desaceleración provocó una devaluación de los precios de materias primas y con ello arrastró a una crisis política y económica a gran parte de los países neoextractivistas: Chile, Australia, Brasil, Ecuador... (Harvey, 2018:11-12). No fue fortuito, por tanto, que el recrudecimiento de la pobreza en América Latina coincidiera, precisamente, con el debilitamiento de los precios de las materias primas, la moderación del crecimiento global y un deterioro de los flujos de capital, vinculados estrechamente a la ralentización del crecimiento de la economía china. Factores perturbadores que, a su vez, provocaron que el vigoroso crecimiento de las economías latinoamericanas con tasas del 5 por ciento durante los años 2010, fuera reemplazado por tasas más austeras del 1 por ciento. Cuando desde 2012 las tendencias apuntadas se acrecentaron, la favorable disminución de los niveles de pobreza que había sido reducida del 45,9 por ciento de principios de siglo a un 28,5 por ciento, según estimaciones para 2014, (atenuando también la extremadamente pobre del 12,4 al 8,2 por ciento) comenzó a invertirse. El escenario económico neoextractivista había cubierto relativamente y por un tiempo las fallas sociales de la región, pero su carácter procíclico y volátil se hizo evidente cuando el ciclo de acumulación de capital se agotó y con ello el número de personas calificadas oficialmente como pobres podía alcanzar en 2017 la dramática cifra de 187 millones, o sea, un 30,7 por ciento de la población latinoamericana (Carrillo, 2018). La crisis económica precipitó la crisis social y política. Y una vez más, el incremento de la desigualdad en la región pronto arrojó a las calles a los movimientos sísmicos de protesta social, pero también provocó el auge del autoritarismo político de extrema derecha. El desvanecimiento de la *Pink Tide* dejó paso al militarismo neoliberal. Como veremos, se trataba de un estallido social que pronto adquirió visos globales, porque la realidad subyacente no era otra que las consecuencias de las ruinas sociales, económicas, políticas, culturales y ecológicas que el terremoto neoliberal había dejado a su paso desde 1970.

Como hemos argumentado, China no fue un actor inocuo en esta nueva reestructuración del sistema mundial. En realidad, aprovechó la asombrosa transformación endógena desde la era Deng y el nuevo escenario mundial caracterizado por el «nodo financiarización-globalización» (Durand, 2018:153); en otras palabras, el gigante asiático fue al mismo tiempo producto e impulsor del nuevo orden global. Un nuevo orden que, como ha escrito Robinson, sepultó la era de la economía mundial caracterizada por un mercado internacional integrado. Durante las primeras décadas del siglo XXI se había materializado en toda su extensión una «economía global» donde las operaciones de las respectivas economías nacionales quedaron «vinculadas» orgánicamente «a través de la transnacionaliza-

ción del proceso de producción, de las finanzas y de los circuitos de acumulación de capital» (Robinson, 2014b:14-16). La tragedia histórica de esta nueva economía política global residía en el grado de dependencia, y por tanto de vulnerabilidad que había alcanzado.

Anti-Valor

Asimetrías

La profundidad y la velocidad del avance de esta nueva economía política global, puede ilustrarse con el inocente término «cadenas de valor» que, pese a la simplicidad de ciertas escuelas de negocios, ha sido la forma de expansión de la geografía relacional del anti-valor, empleada jerárquicamente por el capital transnacional para minimizar costes de producción y evitar cualquier responsabilidad corporativa ante su «destrucción no tan creativa» del mundo. De hecho, allí donde los estudiosos de las «cadenas mundiales de mercancías» adoptaron un discernimiento razonado del academicismo, no les resultó difícil demostrar sólidamente que la «polarización a escala planetaria» obedecía a la relación mutuamente interdependiente entre, por un lado, el «control oligopólico del acceso a los mercados finales y a las tecnologías clave» y, por otro, a la asombrosa «oferta de mano de obra» global al servicio de la producción de manufacturas, así como de los «servicios de información estandarizados» (Durand, 2018:156).

En cierto modo, y de forma predecible, el auge de las cadenas de valor globales que coincide también con el ápice de la globalización neoliberal en la década de 1990, no alteró la situación de subordinación de la periferia del sistema mundial con respecto a las economías del capitalismo avanzado. Como demostraron Smichowski y colegas, el patrón de desarrollo podía reducirse a «un espejismo de mejora social», a una «reproducción del núcleo» del capitalismo avanzado y, lógicamente, a un «crecimiento desigual» (Smichowski, Durand and Knauss, 2018). Lenin lo había expresado con extraordinaria lucidez con un siglo de antelación en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*: «El desarrollo desigual y espasmódico de las distintas empresas, ramas industriales y países es inevitable bajo el sistema capitalista» (Lenin, 1916/1970:741).

En realidad, las principales «firmas dominantes», cuyas ostentosas sedes destinadas a la administración y gestión (realización del valor) se localizaron por lo general en los países del capitalismo avanzado, podían beneficiarse de una «forma de intercambio desigual en su relación con las redes de suministro» que explotaban las «reservas de mano de obra recientemente disponibles» (Durand, 2018:156), cuyas fuentes provenían fundamentalmente del Sur global, aunque también de los deprimidos mercados laborales del Norte. De ese modo fue como se produjo un

extraordinario poder, desde cualquier punto de vista, por parte de las corporaciones privadas y las sociedades de cartera tales como Walmart, The Gap, Ikea, Inditex, McDonalds, Kentucky Fried Chicken, entre otras, o las poderosas compañías del utopismo tecnológico (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft). Todas ellas (especialmente sus CEO ultrarricos) obtenían desorbitados beneficios de la radical transformación del mercado global, al mismo tiempo que elevaban el subempleo y la depresión salarial a categorías universales. De hecho, como ha escrito Streeck en una afirmación tan plausible para la superproducción de dispositivos electrónicos en FoxConn (Shenzhen) como para el universo Walmart:

allí donde el empleo se ha restaurado en cierta medida, tiende a hacerlo con menores salarios y peores condiciones de trabajo, debido al cambio tecnológico, a las «reformas» en los sistemas de seguridad social, que reducen el salario de reserva efectivo de los trabajadores, y a la desindicalización, que aumenta el poder de la patronal (Streeck, 2017a:34).

Solo los incondicionales fieles del credo hayekiano habían adquirido la incapacidad intelectual para observar que «los rendimientos obtenidos por los accionistas que se encuentran en lo alto de la cadena», no se pueden desconectar de la «explotación descarada del trabajo que se situó en el otro extremo, en particular en las zonas francas de exportación» que proliferaron desde la década de 1980 por gran parte del Sur global (Durand, 2018). Esta economía transnacional, afirmó elocuentemente John Grahl citando *L'Avenir du capitalisme* de Gréau, quedó atrapada en los dominios de los «grandes inversores institucionales» caracterizados por un impaciente e insaciable anhelo «por realizar sus tasas de retorno» y, por tanto, por una indiferencia ante la «economía misma». *A fortiori*, todos los argumentos a favor de un mercado «libre» y transnacional ya no podían seguir sosteniéndose, y esto a pesar de que el sentido común mediático y político propagado por el *statu quo* estaba impregnado de la inocente equiparación de libertad con mercado. Esta nueva economía global tampoco promovía la competencia, de hecho «la mayoría de las exportaciones de China a Occidente» procedían de multinacionales occidentales. Y no mejoró «la situación de los países más pobres exportadores de materias primas»; contrariamente, fueron adquiriendo un «estatus no declarado de colonias productoras de algodón barato», transformado posteriormente en ropa en talleres cautivos en China o Indonesia (Grahl, 2011:42, 44).

Sin embargo, ¿hasta dónde alcanza la posibilidad de desembarazarse del club de los países perdedores de la globalización? ¿Se trata de un destino fatídico e irrevocable de la historia que inhibe cualquier opción política

para cambiar su desafortunado rumbo? En parte, la dinámica del capitalismo global y la deriva neoliberal de las instituciones supranacionales durante las últimas décadas habían reducido considerablemente la posibilidad de reestructurar las economías nacionales, con el fin de distribuir la riqueza nacional y proporcionar el bienestar prometido a sus ciudadanos. Pero también puede argumentarse sólidamente que «no es creíble por más tiempo seguir afirmando que somos espectadores inocentes de fundamentos exógenos» (Palma, 2019). ¿Cómo deberíamos interpretar, por ejemplo, que mientras la familia empresarial coreana Samsung competía «mano a mano» con la empresa global Apple en el sector de tecnología punta, «algunos de sus análogos chilenos» no solo incrementaban considerablemente su riqueza personal, mucho más que sus pares coreanos, sino que sus empresas terminaran exportando «concentrado de cobre», barro cuyo contenido de metal apenas alcanzaba un 30 por ciento? (Palma, 2016:13-14). «Si China e India no tuvieran nada más que prendas de vestir y productos agrícolas para exportar –escribió Rodrick–, las ganancias del comercio exterior y la inversión no habrían sido tan grandes» (Rodrick, 2007:2). Lo que tampoco garantizaba, por supuesto, que los niveles de desigualdad de ingresos, salariales y de riqueza en general fueran a ser menores en estos países que en los pertenecientes al club de las economías centrales. Aunque la «emergente clase media» de India, China, Tailandia, Vietnam, o Indonesia había incrementado sus ingresos un 70 por ciento o tal vez más desde los últimos años de 1980 (Therborn, 2017:73-74), continuaba manteniendo un estatus de relativa pobreza al ser comparada con la clase media occidental. De hecho, parecía que la tendencia global no era otra que la de nivelar la desigualdad de las clases sociales más desfavorecidas y de hundir en el pozo de la deuda a las clases medias de cualquier parte del mundo. En India, una promesa de desarrollo emergente, en torno a la mitad de su población sufría «retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez», un problema que probablemente arrastrarían toda la vida. Pero también en el Reino Unido la «impronta de clase» era ya «visible a la edad de veintidós meses». Durante los primeros años del siglo actual, el PIB per cápita de la economía estadounidense era solo cuatro veces superior al de China. Y el del continente africano era 1,9 veces mayor que los niveles que tenía en 1970. América Latina no mantuvo un ritmo de crecimiento constante y sólido como «para empezar a converger con Europa y América del Norte» (Therborn, 2017:70,76-77). De hecho, como se ha señalado, el modelo de desarrollo dominante provocó un resultado sorprendentemente opuesto: en vez de incentivar a América Latina a «europeizarse», incentivó a los países miembros de la OCDE a «bananizarse» (Palma, 2020).

Previsiblemente, la pandemia global agravó estas tendencias. Antes de que el mundo sufriera las turbulencias económicas y sociales de la crisis pandémica, en la mayor parte de las economías capitalistas, ya sea en el núcleo de las economías occidentales o en los países del Sur global, la

actividad económica se hallaba en proceso de desaceleración. Mientras algunas se estaban contrayendo en los sectores productivos y en la inversión nacional, muchas otras se hallaban frente al precipicio de la recesión. Dicho de otro modo, la epidemia asentó un duro golpe cuando las economías del capitalismo avanzado ya parecían estar languideciendo desde una perspectiva macroeconómica. Estados Unidos, Europa y Japón compartían un frágil crecimiento del PIB que no superaba el 2 por ciento. Pero también las llamadas «economías emergentes» tales como México, Brasil, Turquía, Argentina, Sudáfrica y Rusia se estaban enfriando antes de la llegada del virus. Los dos gigantes asiáticos, China e India también habían entrado en una fase de desaceleración económica desde 2019 (Carrillo, 2020a).

Popolo grasso e popolo minuto

Pero la nueva economía global del programa neoliberal no solo amplió las expectativas de la desigualdad económica, política, o de cualquier otra índole entre las poblaciones de los países periféricos. Ahora también era perfectamente observable en los barrios empobrecidos y desindustrializados del decadente *rust belt* estadounidense, en las antiguas regiones industriales del norte del Reino Unido, o en la Europa de la austeridad fiscal autoinfligida. Es una paradoja de nuestro tiempo que no resultara extraño «recoger las descripciones de las condiciones laborales, por ejemplo, en las fábricas de componentes electrónicos de Shenzhen, en las fábricas de ropa de Bangladés, o en los talleres y pequeñas fábricas de trabajo esclavo de Los Ángeles» y encajarlas sin dificultad alguna dentro del análisis de la Jornada Laboral de *El Capital* de Marx y, sorprendentemente, no percibir diferencia alguna! (Harvey, 2014:291-292). Mientras la presión ejercida sobre los trabajadores chinos de la industria digital podía conducirlos a la muerte (en 2010 se produjo una oleada de suicidios en las instalaciones de Foxconn), la ciudad de San Francisco, base de operaciones de los *geeks* del fetichismo tecnológico, ocupaba el primer puesto de la desigualdad económica en el estado de California. Con el esclarecedor título *California Feudalism* Kotkin y Toplansky mostraron que el ingreso promedio del 1 por ciento más rico de los hogares de la ciudad del Golden Gate, podía ser hasta 44 veces superior al ingreso medio del resto de la población. En la tierra donde habían brotado las mayores fortunas durante las últimas décadas, pero también la lábil retórica que envolvía el utopismo tecnológico, en torno al 45,8 por ciento de los niños «vivía en o cerca de la pobreza». En un día cualquiera antes de la pandemia por las calles de *Los Angeles County* podían contarse en torno a 50.000 *homeless*; su número había crecido un 75 por ciento desde principios de siglo (Kotkin and Toplansky, 2018:13). Un dramático fenómeno que no era exclusivo de

Estados Unidos de Norteamérica, al contrario, proliferó por todo el Norte global.

Las «oscuras fábricas» de *fast fashion* que habían proliferado en los países en vías de desarrollo desde la era de la deslocalización (1980-1990), lo hicieron también en el corazón del capitalismo avanzado. Así, por ejemplo, desde la Gran Recesión en la ciudad británica de Leicester, situada en el *Midlands* del Este, había prosperado una industria de confección textil en cuyos talleres, frecuentemente clandestinos, los salarios podían equipararse con los percibidos por los trabajadores de Coketown de la novela de Dickens *Tiempos Difíciles*. Mahmud Kamani, «empreendedor» de éxito y cofundador de Boohoo, empresa en línea que suministraba trapos para satisfacer los deseos *tutto e subito* de la «generación Instagram», obtenía en torno al 40 por ciento de su ropa del Reino Unido y gran parte de ella provenía directamente de Leicester (O'Connor, 2020). Seguramente Kamani, surgido de la nada vendiendo bolsos en las calles de un mercado local hasta llegar al espacio social reservado a los ultrarricos, podía ahora reprochar a los trabajadores de la industria textil británica lo mismo que Dickens ponía en boca de cualquiera de los capitalistas de la era victoriana, a saber: «Lo que hice yo también lo puedes hacer tú. ¿Por qué no vas y lo haces?»¹³. Esta idea tan fuertemente arraigada en la «mitología del capitalismo norteamericano» desde finales del siglo XIX, de «hombres hechos así mismos»¹⁴, había regresado al escenario neoliberal incluso con más vehemencia social y mediática y, sin duda, con un incondicional apoyo político. El relato hegemónico en las «sociedades contemporáneas» cimentado en tres mandamientos del capital: «propietarista, empresarial y meritocrático», ha legitimado la desigualdad como el justo castigo del que rehúye los valores del esfuerzo, de la innovación y del emprendimiento.

Al igual que para la moral conservadora victoriana, ahora, la pobreza era responsabilidad exclusiva de los propios empobrecidos. Retóricamente, la desigualdad podía ser transitoria al estilo del *trickle down* de Ayn Rand, porque el *popolo minuto* al final, un final tal vez inalcanzable, se beneficiaría de la «acumulación de riqueza» del *popolo grasso*, entre los cuales se hallaban los «más emprendedores, los que más lo merecen y los más útiles». Y, sin embargo, como ha escrito Piketty, «el mercado y la competencia, las utilidades y los salarios, el capital y la deuda, los trabajadores cualificados y los no cualificados, los nacionales y los extranjeros, los paraísos fiscales y la competitividad, no existen como tales». Se trata de construcciones sociohistóricas que «dependen completamente del sistema legal, fiscal, educativo y político que decidimos establecer» (Piketty,

¹³ Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, Madrid: Alianza Editorial, 2018, p. 190.

¹⁴ Para un análisis de la primera generación de magnates ladrones, véase el extraordinario trabajo de Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 2003.

2019:13-20). Esta *raison d'être* de los regímenes neoliberales que ha generado las condiciones subyacentes de la desigualdad, ha permitido a una segunda generación de *Robber barons* enriquecerse de la noche a la mañana, con cierta aquiescencia cuando no devoción inquebrantable por parte de unas sociedades que parecían estar saturadas y sin historia (Baudrillard, 1970).

Políticamente, financieros, especuladores, políticos y toda una cohorte de «hombres hechos así mismos», alteraron la sintaxis del mundo público y social haciendo que sus extraordinarias fortunas no fueran demonizadas por los medios de comunicación de masas. Como afirmó Hobsbawm en un comentario sobre Gramsci, «los acuerdos políticos se han convertido en un poderoso medio para reforzar la hegemonía burguesa», de modo que la retórica política que rodea la «defensa de la república, la defensa de la democracia, o la defensa de las libertades y de los derechos civiles unen a los dirigentes con los dirigidos para beneficio primordial de los dirigentes; pero esto no significa que sean menos relevantes para los dirigidos» (Hobsbawm, 2012:336). Ejemplificando, sin el monopolio de las patentes otorgado por el gobierno estadounidense a Bill Gates, el cuarto hombre más rico del mundo en el año que comenzó la pandemia, y el mayor propietario de tierras agrícolas en su país natal, «todavía estaría trabajando para ganarse la vida» (Baker, 2020). Un monopolio que defendió de forma incongruente (o tal vez no, si consideramos sus propios intereses) el filántropo satelita ante la audiencia del *Sky News* británico, cuando afirmó que la normatividad de las patentes no debía alterarse, ni siquiera para alentar la producción y distribución de vacunas más allá de las vétustas fortalezas de las compañías farmacéuticas (Savage, 2021a).

Los magnates de la era neoliberal, como sus predecesores de *fin de siècle*, se abastecían de información privilegiada de los cuadros políticos, e incluso de los políticos mismos. Sabían que la política «era algo que había que comprar en vez de practicar» (Hobsbawm, 2003:156). El citado Robert Rubin, secretario del Tesoro entre 1995 y 1999 bajo la administración Clinton, o Hank Paulson ocupando el mismo mando entre 2006 y 2009 con Bush Jr., después de abandonar temporalmente sus intereses particulares en Goldman Sachs (donde eran directores ejecutivos), decidieron entregarse encarecidamente al interés público, el primero desregulando el sector financiero, el segundo «trató de poner algún remiendo a sus resultados en 2008» (Streeck, 2017a:48-49). Jay Carney, exsecretario de prensa de la Casa Blanca durante la administración Obama, pudo dejar cómodamente la carrera política y pasar a supervisar las relaciones públicas del monopolio Amazon propiedad del magnate Jeff Bezos. Este magnate de la *Gen X*, que se había convertido en el año de la pandemia en el hombre más rico del globo gracias al drástico confinamiento social que provocó un aumento exponencial del volumen de comercio en línea, también había aprendido de la primera generación de magnates cómo debían

ser disciplinados sus trabajadores. Al igual que sus pares de finales del XIX, la compañía de Bezos contrató los servicios de la agencia de espionaje Pinkerton (fundada en Chicago en 1850) conocida por sus actividades antisindicales. Otro discípulo de Obama, Robert Gibbs, se adaptó confortablemente en 2015 a su nuevo empleo como director global de comunicaciones de McDonald's, al mismo tiempo que la proveedora mundial de *fast food* presionaba contra el aumento del salario mínimo (Savage, 2021b). Tom Vilsack, cuyo compromiso instrumental con la *Big Ag* quedó ampliamente demostrado cuando bajo su supervisión (y el beneplácito de la Unión Europea) se selló el matrimonio endogámico entre Monsanto y Bayer, fue restituido como Secretario de Agricultura, después del traumático gobierno del magnate Trump, por Joe Biden. Vilsack no menoscindió las oscuras artes de la mendacidad política para endosarse algunos millones de dólares después de haber defendido los intereses de la gran industria agroalimentaria (Rappeport and Corkery, 2020).

Como sucedió en el pasado, los magnates posmodernos «aprovecharon la filantropía, la preocupación social y un mito de excepcionalismo personal para ocultar su papel real como capitalistas» (Savage, 2020). A pesar de la aparente diferencia filantrópica entre los «donantes conservadores», como por ejemplo los hermanos Koch, y los tecnófilos de Silicon Valley siempre dispuestos a apoyar una «renta básica universal», ambos podían converger, y de hecho lo hacían, en la suposición de que solo los ricos tienen la capacidad de saber «cómo gastar el dinero». Ciertamente, como afirma Phillips-Fein, ambos saben con certeza que su filantropía, «que depende de la desigualdad y la defiende, se parece más al lavado de dinero espiritual que a la justicia» social que dicen favorecer (Phillips-Fein, 2018).

Culturalmente, ciertos sectores de ultrarricos defendían o, más preciso, cultivaban una ética neoascética ridícula, cuando no peligrosa si la emulaban los millones de jóvenes incondicionales de los *geeks* de Silicon Valley. Como les dijo Jack Dorsey a sus *followers* a través de la red social que el mismo había fundado, Twitter: «He estado jugando con el ayuno durante algún tiempo. Hago un ayuno de 22 horas todos los días [...] ¿Alguien más tiene esa experiencia?» (Papazoglou, 2019). Al igual que la joven generación de sus ancestros de la *Belle Époque*, eran individuos a los que les movía la «lógica de la multiplicación de beneficios en vez de la del vivir, y que contaban con suficiente competencia, energía, inhumanidad y avaricia. Las diversiones eran mínimas» (Hobsbawm, 2003:156). En cierto modo, compartían el programa psicologista neoliberal basado en una combinación de «automejora competitiva, el cultivo insaciable del capital humano comercializable, la dedicación entusiasta al trabajo y la aceptación alegremente optimista y jovial de los riesgos a un mundo que ha dejado atrás el gobierno». Así, la nueva

cultura mundial de consumidores «temporales», embargados por los vacíos pero seductores y efectivos mensajes de *La société du spectacle*¹⁵, redujo la socialización a una «interacción social» modelada por las redes sociales (Twitter, Facebook...), que no solo proporcionó un «conjunto de instrumentos» para profundizar aún más la «mercantilización» de una sociedad de sujetos solipsistas, también ofreció a «empresas, políticos y celebridades de todo tipo» un espacio virtual donde «crear comunidades imaginarias» de «seguidores» alienados «dispuestos a recibir mensajes seudopersonales en cualquier momento del día» (Streeck, 2017a:55-56,130). Como demostraron numerosos estudios en el campo de la neurociencia, la radical reestructuración del tiempo social invertido en esta hipérbole mediática y en unos sistemas educativos acosados y seducidos por el uso frecuentemente irracional de nuevas tecnologías, provocó una inopinada reversión del efecto *Flynn* (cociente intelectual). La sociedad de los *Big Data*, pegada permanentemente a una pantalla, creía que la simple acumulación de información, o de lo que fuese, equivalía necesariamente a un ascenso proporcional de las capacidades intelectuales humanas. Tal como informó en el *New York Times* un directorio del Departamento de Comunicación de Google que decidió inscribir a sus hijos en un centro educativo alejado de la enseñanza digital: «En Google y en todas sus filiales, hacemos que la tecnología sea tan estúpidamente fácil de utilizar como resulte posible» (Desmurget, 2020:47-48). Y es que, «mientras la tecnología especializada se puede usar (aunque no seguir desarrollando) sin pensamiento original, la ciencia necesita ideas» (Hobsbawm, 2013:196).

De hecho, las enormes riquezas personales que acumularon particularmente los «barones del silicio» no se debían tanto al poder de invención o de innovación que ostentaban ante la sociedad global, sino más bien a la «inversión estatal y la investigación pública» (un argumento, por cierto, perfectamente extrapolable al asombroso poder adquirido por las industrias farmacéuticas). Cornelius Vanderbilt «el mayor ladón de la primera generación» (Hobsbawm, 2003:153) no inventó el transporte ferroviario, así como Bezos no concibió la logística moderna, o el magnate sudafricano Elon Musk las «transacciones electrónicas» (Savage, 2020). Ma Huateng, miembro fundador de Tencent Holdings, empresa global ubicada en las torres gemelas de Shenzhen, no debía su enorme fortuna precisamente a grandes invenciones disruptivas, sino a liderar las curvas mundiales de consumo lúdico gracias a la fabricación de

¹⁵ Como escribió Guy Debord en ese presciente libro: La emancipación no podrá alcanzarse «pas même l'individu isolé, pas même la multitude atomisée soumise à la manipulation ne peut y parvenir» (Debord,1967). Años después, Thatcher introdujo uno de sus famosos principios que retrataría con extraordinaria nitidez la sociedad que su programa político estaba cultivando: «who is society? There is no such thing!».

videojuegos. Sin embargo, todos compartían una riqueza y un poder inalcanzable por parte de una sociedad cada vez más polarizada.

Hay además sólidas razones para argumentar, como hace Robert J. Gordon, que «algunos inventos son más importantes que otros». Probablemente Gordon exagera sus argumentos, pero con certeza desde la década de 1970 el crecimiento económico ha sido «deslumbrante» y al mismo tiempo «decepcionante». «Esta paradoja –continúa el economista– se resuelve cuando reconocemos que los avances» desde la era neoliberal se han canalizado hacia «una esfera estrecha de la actividad humana que involucra el entretenimiento, la comunicación y la recopilación y procesamiento de información». Sin embargo, en lo que concierne al resto de lo que les «importa a los seres humanos: comida, ropa, refugio, transporte, salud y condiciones de trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, el progreso se ralentizó tanto cualitativa como cuantitativamente después de 1970» (Gordon, 2016).

Probablemente el cataclismo que experimentó con más profundidad el *popolo minuto* fue el de la explotación laboral, liderada por las plataformas digitales de los *geeks* del silicio. La nueva economía digital y su modelo de servidumbre, denominado con el eufemismo *gig economy*, se había extendiendo pródigamente impulsando la «externalización y deslocalización de la producción de bienes y servicios» sin precedentes. Un *ménage à trois* entre «telefonía inteligente, sistemas de pagos sin efectivo» y, por supuesto, la emergencia de una nueva clase social que Standing ha puesto en circulación global con el término «precariado», han encumbrado el fetichismo tecnológico a una especie de *ethos* poscapitalista. Compañías como Handy, Luxe, Drizly, BorrowMyDoggy, Deliveroo, TaskRabbit, ThumbTack, o plataformas de externalización del trabajo creadas por Amazon (Upwork, PeoplePerHour, etcétera), son calificadas por el autor de *La corrupción del capitalismo* como «entidades rentistas». Al actuar como meros «intermediarios laborales», gracias a su prodigiosa innovación *app*, pueden llegar a percibir un 20 por ciento de las transacciones realizadas, a veces incluso más. ¿Podríamos denominar a dicha forma de extracción discrecional de renta con el término deliberadamente ambiguo de «economía colaborativa»? Como dijo uno de los directores ejecutivos de esas plataformas: «Puedes contratar a 10 mil personas durante 10 a 15 minutos. En cuanto han terminado, esas personas sencillamente desaparecen» (Standing, 2017:208-209). Y, sin embargo, muchos de esos hombres y mujeres que sufrián el peso de este anómico sistema social no tenían más remedio que compartir las palabras que la economista poskeynesiana Joan Robinson (1903-1983) decía a sus estudiantes con respecto al desempleo: «Lo único peor que ser explotado por el capital es no ser explotado por el capital» (Baker, 2020).

Pero los miembros del *popolo grasso* no solo provenían del valle del tecnoutopismo californiano. En cierto modo, la neoliberalización global provocó la emergencia de oportunistas que supieron hacerse con la esfera

pública sin demasiadas objeciones políticas, de hecho, contaron con la clase política como aliada. El caso de Carlos Slim, «el industrial más maligno de México» es ilustrativo. La crisis de la deuda mejicana de 1982 provocó que el nivel de vida de su población decreciera una cuarta parte tras cuatro años de rescate al sector financiero; por su parte, la liberalización del comercio que vinculó de forma asimétrica a México con respecto a los intereses de las empresas estadounidenses y canadienses a través de la ratificación del Tratado de Libre Comercio (TLCAN) en 1994, benefició considerablemente a los intereses de un reducidísimo sector social. Personajes como Slim se valieron de sus amistades políticas y otras venalidades para lucrarse con las privatizaciones estatales durante la década de 1990. En 2007 «el tesoro de Slim» equivalía «a algo menos del 7 por ciento de la producción total de bienes y servicios de México», un país en el que según estimaciones del Banco Mundial en 2016 probablemente el 50 por ciento de los hogares vivía en el umbral de la pobreza (Hanson, 2010; Porter, 2007). En el año de la pandemia global los medios de comunicación no dejaron de alabar la asombrosa solidaridad del multimillonario Slim que a través de su fundación filantrópica pretendía financiar la vacuna contra el virus. De ese modo, la captura de la política pública dejaba en manos lucrativas la salvación de la carne. Como escribió Camus en *La Peste*: «la enfermedad, que aparentemente había forzado a los habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las asociaciones tradicionales, devolviendo a los individuos a su soledad. Esto era desconcertante»¹⁶.

En su forma más extrema, durante la monumental privatización de la antigua Unión Soviética, se otorgaron a «clientes políticos derechos sobre el petróleo y el gas, minerales, bienes raíces e infraestructura a precios de saldo». Una generación de nuevos oligarcas se enriqueció de forma extraordinaria y redujo al país de la revolución de Octubre, tal como vimos, a una nueva «sociedad feudal» (Hudson, 2018:77). En ese contexto político y jurídico, propicio para el imperativo de acumulación capitalista («acumulación por desposesión» por usar la expresión de Harvey), el *steel magnate* Lakshimi Mittal se lucró del negocio de las privatizaciones en los países de la órbita soviética (Polonia, Bosnia o Rumanía, entre otros) para transformar su modesta fortuna en una de las más abultadas del mundo.

Yobel

La reproducción de este sistema mundial, irracional desde cualquier perspectiva lógica, se basaba en buena medida en generar la suficiente cantidad de deuda pública y privada que mantuviera relativamente constante la demanda efectiva de consumo. También, y probablemente como efecto colateral, los nuevos y sofisticados instrumentos financieros

¹⁶ Albert Camus, *La peste*, Buenos Aire: Editorial Sudamericana, 1979, p. 158.

se convirtieron pronto en un obstáculo para que la «oposición anticapitalista» identificara con relativa claridad dónde se hallaba el «enemigo de clase» (Harvey, 2019:104-105). Como sucedía con frecuencia, la economía política global había generado una compleja red de dependencias difícilmente comprensibles para el común de los mortales. Así por ejemplo, los fondos de pensiones tan relevantes para las poblaciones envejecidas de los países occidentales, después de ser en gran medida privatizados y por tanto dominados por la lógica especulativa, podían quedar vinculados al iacaparamiento de tierras en África y América Latina! Como ha escrito Harvey con justificada angustia e impotencia: «I don't like it and I protest. But then management says that the fiduciary obligation of a pension fund is to get the highest rate of return possible, and if there is the highest rate of return for land grabbing in Latin America, that's what we have to do» (Harvey, 2020).

El cuerno *Yobel* que soplaba el hebreo anunciando el perdón de las deudas en el mundo antiguo («un pueblo con deudas no puede vivir libremente»), fue destrozado y enterrado convenientemente. Ahora, parecía que el único viento que soplaba era el de la servidumbre por deudas que arrastraba al «ángel de la historia» de Benjamin hacia el futuro, mientras enormes montañas de ruinas se levantaban ante él. «De la misma manera que los individuos quedaron «sometidos por sus deudas», los Estados terminaron doblegados por el «peso del antivalor» de los principales centros del poder financiero. Como observó Marx durante la era victoriana, el sector bancario y el crédito se estaban transformando en los «medios más poderosos para impulsar la producción capitalista más allá de sus propios límites»; transgrediendo incluso las fronteras racionales donde se «interrumpía la conexión con los procesos de valorización del capital» (Harvey, 2019:105).

El orden neoliberal vigente desde 1980 conllevó la resurrección del espíritu parasitario del rentista, estableciendo un amplio consenso político en torno a la idea de que el sector financiero debía de ser el centro de gravedad de la economía de mercado. Pero cuando llegó la Gran Recesión también se puso de relieve, al menos para aquellos que deseaban interpretar la naturaleza de las causas subyacentes del colapso económico, que era más sensato leer a Marx que a Friedman. Porque para Marx, «el sistema crediticio, que tiene su foco en los llamados bancos nacionales y en los grandes prestamistas y usureros que los rodean», confiere a esta «clase de parásitos un fabuloso poder, no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales», sino también para cruzarse de la forma más «peligrosa» en la «producción real», cuando realmente esta «banda no sabe nada sobre producción y no tiene nada que ver con ella» (Marx, 2010:541-542).

Económicamente, esta parecía ser la forma en la que el capital se estaba reproduciendo desde la década de 1970. Desde aquel momento, el descenso sustancial de la tasa de interés, después del breve lapso Volcker,

contribuyó a alimentar un «nuevo boom en los principales países capitalistas» al aumentar la «diferencia neta entre la tasa de ganancias y la tasa de interés». Pero el descenso de la tasa de interés también contribuyó a una «expansión» sin precedentes «del capital en todo el mundo», promoviendo a su vez un «incremento sustancial de las deudas de consumo» y alimentando «internacionalmente las burbujas inmobiliarias y financieras». Como argumenta Shaikh, a la vez que se creaban asombrosas cantidades de capital, «en países como Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña, hubo un aumento sin precedentes en la explotación de la fuerza de trabajo, a través de la reducción del crecimiento de los salarios en relación con la productividad». Previsiblemente, «el resultado directo fue un importante aumento de la tasa de ganancia». Y lógicamente, la consecuencia «colateral» de la contracción salarial hubiera sido un estancamiento de la demanda efectiva, es decir, del «gasto real en consumo». Sin embargo, una combinación de «tasas de interés decrecientes» con un crédito cada vez más generoso, provocó que «el gasto en consumo» y en otros aspectos continuara creciendo «como una boyá en un mar de deudas» que irrevocablemente terminó con el diluvio financiero de 2008. En resumen, la causa de la Gran Recesión no fue la crisis financiera estadounidense, sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980 (Shaikh, 2011). Pero lo que subyacía bajo este mar de deudas era la «hegemonía de las finanzas, la forma más fetiche de la riqueza» (Durand, 2018:167).

En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un asombroso 383 por ciento del PIB. Y aunque el peso de la deuda en las «economías emergentes» era menor, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre las empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial». ¿Debía ser cuestionado este nuevo status de servidumbre por deudas en el que se hallaba la mayor parte de la población mundial? El jueves 9 de abril de 2020 Christine Lagarde –ex-directora gerente del FMI hasta 2019 y desde entonces en la sala de mandos del BCE–, cuya fortuna personal podía alcanzar los 150 millones de euros, «se manifestó enérgicamente en contra de dicha idea» (Chesnais, 2020). Ya no estábamos en la era del capital productivo, al menos en Occidente, sino en la del capital ficticio, y sus consecuencias fueron globales. «Desde hace medio siglo –argumenta Durand–, el crecimiento económico se ha ralentizado en los países ricos. El aumento de los pagos y de los ingresos financieros de las sociedades no financieras indica una aversión a la inversión doméstica que alimenta estas fuertes tendencias al estancamiento». La conclusión de Durand, coincidiendo con el citado Robert J. Gordon, es que nada asegura «que la sofisticación tec-

nológica acelerada vaya a generar una nueva fase de expansión económica» (Durand, 2018:165).

Políticamente, el peso desorbitado que las «promesas financieras» estaban adquiriendo parecía dejar a las sociedades sin futuro. De acuerdo con Durand, la lógica del capital ficticio depende fundamentalmente de varios factores que se vinculan mutuamente; por un lado, de los «beneficios financieros» que no producen valor por sí mismos y, por otro, de dos «factores menos vistosos: la desposesión y el parasitismo». El primero, adquiere la fisonomía de la expropiación de la esfera pública a través de la austeridad fiscal y de las reformas estructurales. El segundo, la «lógica del parasitismo», actúa como un filtro selectivo de los «proyectos productivos eliminando aquellos que, aun siendo rentables, no lo son suficientemente». Esta selección sintética encarnada en la codicia del capital ficticio no ha favorecido el crecimiento económico y, visto retrospectivamente, ha ido dejando un rastro de desempleo estructural, subempleo y precariedad en los mercados de trabajo globales. Pero el capital ficticio solo evoluciona, en parte, con el apoyo incondicional de la esfera pública cuya oposición política, como vimos, ha sido insuficiente, y en parte se desarrolla dentro de los cauces de un mercado de «bonificación imperial». En ningún caso, tal como hemos analizado, estas tendencias pueden desvincularse de su contexto histórico. El derrumbamiento del contraejemplo soviético y su integración en los dominios del capitalismo global, junto a la extinción del desarrollismo en la periferia, fueron alimentando la insaciable sed de acumulación sin valor del capital ficticio «gracias a la disminución de los precios de los insumos importados o a los dividendos repatriados del extranjero» (Durand, 2018:166), o ambos juntos. El capital ficticio, epígonos del proyecto neoliberal, ha provocado un auge exponencial de los movimientos políticos extremistas, pero también una justificada rabia social con resonancias transcontinentales (Carrillo, 2020a). La intensidad de los flujos migratorios o la competencia voraz de la fuerza de trabajo global, en correlación con las «complejas cadenas mercantiles» en mercados nacionales asimétricos, han puesto de relieve, junto a la reestructuración del capital, una «gama de tensiones y respuestas políticas que varían desde los movimientos antiinmigrantes a la reavivación de fervores nacionalistas» (Harvey, 2019:229-231).

Sociológicamente, con demasiada frecuencia estos movimientos sociales tectónicos han sido interpretados como un renacimiento del fascismo o del comunismo por parte de sectores políticos e incluso académicos. La labilidad de tales afirmaciones demostró una vez más la evanescencia de la memoria y de los hechos históricos, así como sus peligrosas consecuencias. Como sucede con la errónea «tesis de continuidad» (Davidson, 2015:120) que traza una línea histórica e ideológica sin interrupciones y divergencias entre Lenin y Stalin, o Marx, la cartografía social de la confrontación y el resentimiento era vista a través de unas lentes anacrónicas. Con admirable claridad lo expresó Hobsbawm al

referirse a los conflictos sociales vinculados a la explosión de nuevas ideologías nacionalistas en las postprimerías del siglo pasado:

En el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de ningún otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes (Hobsbawm, 1994:5-17).

Resulta difícil no asociar, de una u otra manera, los estallidos sociales y políticos que se produjeron durante las primeras décadas del siglo XXI a las consecuencias de medio siglo del devastador tsunami neoliberal. En territorio Occidental, la *trahison* del «centrismo extremo», caracterizado por un consenso normativo en torno al poder financiero, fue aplastando sistemáticamente a unas sociedades cuyas expectativas de futuro eran cada vez más inciertas. La *middle class* fue sometida a la severidad de la deflación por deudas y su perfil histórico como agente del cambio social fue sustituido por el más mundano de variable dependiente del consumo. Por su parte, las clases trabajadoras (que ya no vestían de azul) sufrieron un estancamiento salarial y una pérdida extraordinaria de oportunidades de movilidad social de las que habían disfrutado durante los años del capitalismo de posguerra, al menos allí donde se desarrolló alguna forma de democracia distributiva. En el otro extremo, el sector financiero estadounidense había quintuplicado su tamaño desde 1970, un sector del que solo se benefició un reducidísimo sector elitario. En Europa, al principio fue el thatcherismo, y después el *blairismo*, inspiración de todos los vástagos de la Tercera Vía postideológica que capturaron por unanimidad la soberanía democrática del *popolo minuto*. El resultado fue un ordoliberalismo à la Schäuble, es decir, «un capitalismo no sometido a reglas, sino el capitalismo financiero que dicta sus propias reglas» (Traverso, 2016).

La polarización económica que ciertos sectores intelectuales y académicos frecuentemente confunden con la «brecha educativa», precipitó la exacerbación y el *ressentiment* sociales. El vacío dejado por la política pública democrática, pronto comenzó a cubrirse con posiciones ideológicas que decían defender los intereses antagónicos del *establishment* arraigado en los partidos tradicionales. Por su parte, estos no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que suponía para las democracias parlamentarias la emergencia de posiciones políticas extremas. Pero su respuesta fue tan ambigua como la seductora y desleal relación mantenida con la ortodoxia neoliberal que, de hecho, había creado toda una acumulación de despojos sociales que dio como resultado una ciudadanía exacerbada a la que ahora pretendían combatir. «El

concepto empleado en esta lucha y rápidamente incluido en el vocabulario posfáctico» no fue otro que «populismo», al que fueron asimiladas bajo un estricto ajuste *procusteano* todas las «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha» que no compartían la «lógica TINA [*There Is Not Alternative*] de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal». Si bien el problema subyacente no era otro que el campo de batalla entre «el capitalismo global y el sistema estatal», los conflictos sociales derivados fueron interpretados con demasiada frecuencia, o instrumentalizados de forma deliberada, como simples actitudes irracionales de una ciudadanía incapacitada para valorar adecuadamente las ventajas de la nueva dinámica del capitalismo global (Streeck, 2017b:16,13).

Pero la exacerbación no se limitó a la topografía social de los países del capitalismo central. El imperialismo económico de las instituciones supranacionales, que hundía sus raíces en el «Consenso de Washington» de las décadas de 1980 y 1990, junto a las guerras neoliberales lideradas principalmente por Occidente («Adonde tú vayas iré yo», le informó complacientemente Tony Blair a Bush cuando Washington preparaba su intervención militar en Irak) (Anderson, 2020:82), habían dejado un rastro de inequidad, inseguridad y devastación en gran parte del Sur global. De hecho, como observó elocuentemente Traverso, la crisis de los refugiados en Europa, agudizada durante la segunda década del siglo XXI, que demostró, una vez más, la arrogancia y el cinismo de la cúpula política del continente, no era más que el resultado lógico de la «desestabilización de Oriente Medio y el Norte de África»; regiones balcanizadas por la guerra y sociedades atormentadas por las políticas de ajuste estructural (Traverso, 2016)¹⁷. Secularmente, el capital ha robado «al pueblo la esperanza», concluye Durand, sin embargo «ahora la capa del plomo del capital ficticio le priva de lo que creía adquirido» (Durand, 2018:167).

Antropoceno

Pero la nueva economía global y el peso muerto del capital ficticio no solo representan una clara amenaza para el cuerpo social, también han contribuido a ampliar las expectativas de la segunda contradicción del capitalismo, tal como fuera formulada por James O'Connor, a saber: «el sistema destruye las bases naturales de su propia reproducción». Al igual

¹⁷ Paradójicamente, o tal vez no debido a la absoluta aculturación neoliberal, las protestas sociales que perturbaron los territorios del Medio Oriente y el Norte de África fueron interpretadas como un «movimiento contra» estados autoritarios o, más preciso, interventores, que dificultaban la «búsqueda del interés individual a través del mercado». Como había sucedido con los ideólogos monetaristas que vendieron al mejor postor los restos del Imperio soviético, y ante su fracaso adujeron un déficit de buen capitalismo, los estallidos sociales de la «Primavera Árabe» se debían según esta interpretación a una «falta de capitalismo más que a su normal funcionamiento (Davidson, 2015).

que el thatcherismo no solo se propuso «cambiar la economía, sino también cambiar el alma», y en eso «tuvo cierto éxito» (Harvey, 2007), las trazas de las consecuencias del «neoliberalismo planetario pueden sentirse en todos los niveles de la organización biocultural, hasta la escala del virión y la molécula» (Wallace y Wallace, 2017:46).

El actual modelo de financiarización y de producción globales que configura y «estructura gran parte de la vida cotidiana de la humanidad, se incorpora al control y la explotación de sistemas no humanos» (Wallace, 2016:59,53). Como sabemos el núcleo de estos argumentos del biólogo evolutivo Rob Wallace no encierra ninguna novedad en sí mismo: está razonablemente claro que la historia del capitalismo se ha escrito de espaldas a sus consecuencias ecológicas. Pero sí albergan, no obstante, una reformulación radical del pensamiento convencional dominante. Como escribió hace mucho tiempo Engels: «La ciencia social de la burguesía, la Economía Política clásica, sólo se ocupa preferentemente de aquellas consecuencias sociales que constituyen el objetivo inmediato de los actos realizados por los hombres en la producción y el intercambio». Lo mismo puede afirmarse con respecto a las «consecuencias naturales de esas mismas acciones». Y concluía, con el actual sistema productivo y por lo que concierne «tanto a las consecuencias naturales como a las consecuencias sociales de los actos realizados», lo que realmente importa son únicamente «los primeros resultados, los más palpables. Y luego, hasta se manifiesta extrañeza de que las consecuencias remotas de las acciones que perseguían esos fines resulten ser muy distintas, y en la mayoría de los casos, hasta diametralmente opuestas» (Engels, 1895-1896:545-554)¹⁸.

Durante la larga historia de la formación social capitalista –escribieron Lewontin y Levins en «The Return of Old Diseases and the Appearance of New Ones»–, con demasiada frecuencia «la estructura organizativa y económica de la industria del conocimiento» ha reforzado las «pautas de sabiduría y de ignorancia características de cada campo de estudio por separado», convirtiendo así «las sorpresas en inevitables»¹⁹. Cuando el 11 de

¹⁸ Merece la pena citar el ejemplo con el que Engels reforzaba sus argumentos: «Cuando en Cuba los plantadores españoles quemaban los bosques de las laderas de las montañas para obtener con la ceniza un abono que sólo les alcanzaba para fertilizar una generación de cafetos de alto rendimiento, ipoco les importaba que las lluvias torrenciales de los trópicos barriesen la capa vegetal del suelo, privada de la protección de los árboles, y no dejases tras de sí más que rocas desnudas!» (Engels, 1895-1896:545-554).

¹⁹ La ciencia «verdadera», argumentaban cáusticamente los biólogos, se ha dedicado al estudio de los «microbios y moléculas» pero no ha prestado la debida atención a las relaciones mutuamente dependientes entre aquellos y, por ejemplo, los «procesos sociales de pobreza y de opresión y las condiciones del comercio mundial». Una crítica proporcionalmente inversa e igualmente correcta podría esgrimirse sobre las ciencias sociales. Lamentablemente, la combinación del cultivo insular del conocimiento con una posición teórica presuntamente neutral en el campo científico –«la ciencia siempre está involucrada en las luchas de la humanidad»–, conlleva un alejamiento de las causas finales y de

marzo de 2020 el director general de la Organización Mundial de la Salud, Tedros Adhanom, decretó el estado de pandemia mundial, en gran medida el debate público y mediático asumió esa perspectiva. Es decir, la contingencia o, más preciso, la casualidad, siempre contingente e inevitable, precipitó la crisis pandémica. Y, sin embargo, como escribió en cierta ocasión Hume al adoptar la causalidad por norma y no por excepción, se reprime «cualquier investigación ulterior», dejando «al escritor en el mismo estado de ignorancia que al resto de la humanidad» (Hume, 2008:144). En realidad, argumenta Levins, la expansión de «enfermedades infecciosas es una de las muchas manifestaciones de una crisis más general: el síndrome de la angustia eco-social. Una crisis a varios niveles y omnipresente de las relaciones disfuncionales entre nuestra especie y la naturaleza» (Levins, 2008).

La lógica secular del capital cimentada en la acumulación perpetua no ha dejado un milímetro de tierra incólume; ha creado mercados allí donde no existían y, por tanto, ha mutado progresivamente los valores de uso en valores de cambio, dilatando de forma extraordinaria las fronteras de intervención y apropiación antrópicas sobre la biodiversidad planetaria. «Debido a que la naturaleza como recurso siempre resulta limitada y el capitalismo está organizado como un sistema en expansión» *ab infinitum*, este también favorece los esfuerzos por «transcender los límites de la naturaleza» (Calhoun, 2015:188). De hecho, la biosfera de la que depende la continuidad de la civilización humana, cuyo peso demográfico se ha triplicado desde 1950²⁰, se halla inmersa en un proceso de alteración sin antecedentes en la historia y sin «paralelo en todas las escalas espaciales». Durante las primeras décadas del siglo XXI, se llegó a la dramática conclusión de que en torno al 25 por ciento de especies evaluadas, entre plantas y animales, se hallaba bajo la terrible amenaza de la extinción (IPBES, 2019:10). La masa arbórea global está siendo reducida a un ritmo sin precedentes en el registro histórico. Antes de la era antropogénica el mundo estaba cubierto por 60 millones de km² de bosques, actualmente quedan menos de 40 millones. En el breve lapso de tiempo de los doce primeros años del presente siglo se contabilizó una tala de 2,3 millones de km² de superficie arbórea, es decir, una extensión similar al doble de la superficie combinada de España, Alemania y Francia. De continuar esta irracional tendencia, Bolonia y Aquino concluyen que todos los bosques

las conexiones sistémicas que alteran la vida ecosocial del mundo. Véanse al respecto, Lewontin and Levins (1996) y Levins (2015:21).

²⁰ Las perspectivas demográficas en un mundo alterado por la guerra y el hambre, las migraciones y el cambio climático, no pueden ser más que inciertas. Aun así, parece que la tendencia general de la población mundial es el crecimiento: de 7.300 millones en 2015, se prevé un asombroso incremento de 4.000 millones de habitantes hacia las pos-trimerías del siglo XXI. Asia continuará dominando el peso demográfico, entretanto se prevé que el continente africano multiplique su población (1.186 millones en 2015) por cuatro en los próximos ochenta años (United Nations, 2015: Table 1, p.1).

podrían desaparecer en un par de siglos, tal vez antes. Naturalmente, no habría que esperar al sacrificio del último árbol para que las sociedades humanas se vieran afectadas. A falta de una contratendencia social y política globales, la ascendente degradación ecosistémica debida a la deforestación y a las emisiones de gases contaminantes, así como a las perturbaciones relacionadas con el cambio climático, afectarían «gravemente a la sociedad humana» y, en consecuencia, la hipótesis del colapso humano podría verificarse (Bolonia y Aquino, 2020). Desde esta perspectiva nuestro mundo parecía estar más cerca de la distopía filmica *Mad Max* que de *Ecotopia* de Ernest Callenbach.

De hecho, aunque las mayores tasas de emisiones contaminantes se distribuyen pródigamente entre la China industrial y las sociedades de consumo conspicuo del Atlántico Norte, en la carrera incremental hacia un escenario distópico se halla la tendencia a ajustar las tasas metabólicas de las economías emergentes al patrón insostenible de los países centrales. Esta propensión, argumentan Fischer-Kowalski y colegas, podría «triplicar su consumo anual de energía per cápita y sus recursos materiales». Dicho de forma más cruda, conllevaría «una explosión sin precedentes del uso antropogénico de los recursos mundiales, superando con creces todos los impactos demostrados para la transición sociometabólica histórica de los países industriales ya maduros» (Fischer-Kowalski *et al.*, 2012:38-48). La revolución social y científico-tecnológica del último siglo, no solo ha situado a la humanidad ante las mayores posibilidades, con tanta frecuencia frustradas, para alcanzar un mundo mejor, también nos sitúa ante la temible frontera de la escasez de recursos naturales, cuyo destino «trae aparejado el costo de un daño ambiental de gran escala, incluyendo el catastrófico cambio climático» (Calhoun, 2015:189).

Geopolíticamente, la escasez de recursos naturales combinada con un crecimiento poblacional, sobre todo en las regiones del Sur global donde el cambio climático está siendo más severo, podría arrastrar al mundo a un periodo de tensiones interestatales como ya sucedió en el pasado, en la antesala de la Gran Guerra de 1914. Tal como pensaba Hirschman «circunstancias vagamente similares en dos puntos del tiempo diferentes y tal vez distantes pueden muy bien suscitar respuestas ideológicas idénticas e idénticamente erróneas si se ha olvidado el periodo intelectual previo» (Hirschman, 2014:150), así como la nefasta naturaleza de sus consecuencias. Durante el *fin de siècle*, el mundo penetraba en un peligroso túnel de violencia donde el «crecimiento económico» se tradujo en:

lucha económica, lucha que separaba a los fuertes de los débiles, que desanimaba a unos y endurecía a otros [...] el optimismo sobre un futuro de progreso indefinido dio paso a una incertidumbre y a un sentido agónico, en el sentido más clásico del término. Todo lo cual

robusteció y, a su vez, fue robustecido por agudas rivalidades políticas; ambas formas de competencia quedaron fundidas en esa oleada final de hambre de tierra y de acaparamiento de esferas de influencia que se ha llamado nuevo imperialismo (Landes, 1969, cit. en Hobsbawm, 2003:313).

Desde la neoliberalización del mundo, nos hallamos ante «el umbral no de la era de abundancia que los partidarios del libre mercado tenían en mente, sino de una época trágica, en que las anárquicas fuerzas del mercado y la disminución de los recursos naturales arrastran a los Estados soberanos a rivalidades cada vez más peligrosas» (Harvey, 2017:77). Retrospectivamente, el hecho de que «el capitalismo haya superado con éxito las barreras naturales» y que además «lo haya hecho tan rentablemente», sobre todo porque «las tecnologías respetuosas con el medio ambiente se han convertido en grandes negocios que pueden ser todavía mucho mayores, no significa que nuestra relación con la naturaleza pueda convertirse nunca en una especie de límite insuperable». Incluso, las presuntas alternativas a los combustibles fósiles como por ejemplo la producción de etanol, defendida con frecuencia por sectores ecologistas o, en otro extremo, inversores de fondos especulativos, «hace retroceder la obtención de energía a la tierra (utilizando en general más energía que la que de hecho se obtiene realmente)», con efectos negativos sobre el precio del grano, pero también sobre poblaciones humanas y ecosistemas (Harvey, 2016:71-72).

De hecho, un imperialismo agrario reforzado mucho más enérgicamente tras la Gran Recesión, pretendía transformar el planeta Tierra en un «planeta Granja» al estilo de *Animal Farm* orwelliano. Seguramente muchos inversores ávidos por recolectar tasas de retorno positivas para los fondos de pensiones privatizados a través del *land grabbing* podían pensar como algunos animales de la novela de Orwell: «Why should we care what happens after we are dead?»²¹. Las fuerzas desencadenantes de este nuevo campo de batalla neocolonial fueron de diversa índole. Por un lado, se hallaban las pesadillas malthusianas de ciertos países que estaban perdiendo la relativa autosuficiencia alimentaria de la que habían gozado, ya fuese por el agotamiento de sus tierras, o de sus recursos hídricos, o ambos combinados. Este era el caso de Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Japón, China, Malasia o Corea del Sur, países que disponían, además, del suficiente poder económico y político para sobornar a países con Estados, en unos casos muy debilitados, en otros deliberadamente corruptos, situados por la extensa geografía del Sur global (Fontana, 2013a:952).

²¹ George Orwell, *Animal Farm*, New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers, 2009, p. 12.

Pero, por este planeta orwelliano también vagaba el espíritu *auri sacra fames* de las instituciones financieras que habían participado activamente en la Gran Recesión y que tras su fraudulento rescate por parte de la Fed y de los Estados de la Unión Europea, decidieron diversificar sus activos y buscar nuevas fuentes de inversión lucrativas. Uno de los ejemplos más significativos fue el del grupo Goldman Sachs, fundado por Marcus Goldman en la era de los primeros *Robber barons*. Tras sobrevivir al *crac* del año del gran vuelo mundial del *Graf Zeppelin* y al colapso financiero de 2008, adquirió el «60 por ciento de las acciones de Shuanghui Investment and Development, parte del gigante negocio agrícola chino que compró Smithfield Foods, con sede en Estados Unidos, el mayor productor de cerdos del mundo» (Wallace, 2020:53).

Para muchos analistas frecuentemente cercados por el cultivo de su jardín experto, esta debía ser la forma correcta de alimentar al mundo, es decir, precipitarse una y otra vez en los mismos errores de la revolución verde. Y sin embargo, las evidencias mostraban que la producción de «monocultivos genéticos –animales para consumo humano y plantas con genomas casi idénticos– elimina los cortafuegos inmunes que en poblaciones más diversas ralentizan la transmisión» de virus y enfermedades (Wallace, 2020:51). Actualmente, en torno al 40 por ciento de la superficie terrestre se dedica al cultivo agrario. La producción de carne, por su parte, representa el 72 por ciento de la «biomasa animal». Un sector económico muy concentrado y generosamente disperso que «usa una tercera parte del agua dulce y un tercio de las cosechas del planeta para su alimentación». En su poco convencional análisis sobre las causas subyacentes de la expansión del Ébola en el África occidental a partir de 2013, Rob y Rodrick Wallace se ven en la obligación de recordarnos que «el contexto es más que un simple escenario en el que colisionan patógenos e inmunidad». La extraordinaria transformación de los usos de la «tierra en la región», inducida por la locura de la racionalidad económica, parece haber perturbado gravemente «las matrices agroeconómicas a través de las cuales la estocasticidad medioambiental actúa como freno inherente a la fuerza patogénica en toda la población». Dicho con otras palabras, la expansión de la agricultura hiperindustrial a nivel planetario interviene como nexo a «través del cual patógenos de diversos orígenes migran incluso de los reservorios salvajes más aislados a los centros de población más globalizados». Previsiblemente, «cuanto más largas sean las cadenas de suministro asociadas y cuanto mayor sea la medida de la deforestación, más diversos (y exóticos) serán los patógenos zoonóticos que entren en la cadena alimentaria». Así fue como el *Zaire ebolavirus*, que no dejaba de ser un incidental «asesino selvático» abordando «alguna que otra aldea», se transformó en una «infección protopandémica que mató a miles de personas en la región» (Wallace y Wallace, 2017:46,56).

En general, los factores perturbadores para la propagación de pandemias han sufrido un incrementalismo poderosísimo durante la era de la globalización neoliberal. Tal como persuadían a sus lectores Nita Madhav y colegas, se estaba produciendo una prevalencia exponencial de las pandemias debido al aumento desproporcionado «de los viajes y la integración global, la urbanización, los cambios en el uso de la tierra y una mayor explotación del medio ambiente natural». La agricultura y la ganadería industriales, junto con el «potencial de contacto» entre los reservorios de ganado y los procedentes de la vida silvestre, «la extracción de recursos naturales (como la silvicultura y la tala), la extensión de carreteras a hábitats de vida silvestre», entre otros aspectos de nuestra insaciable mercantilización de todas las cosas, han aumentado el riesgo de una «chispa zoonótica», esto es, la transmisión de enfermedades animales a seres humanos. La creciente concentración poblacional, en especial en grandes ciudades rodeadas de «asentamientos informales superpoblados», ha actuado como un auténtico foco infernal para la «transmisión de enfermedades» y ha favorecido el incremento de brotes y la transmisión de patógenos. Las consecuencias de un sistema mundial que se levanta sobre la infame base de la «desigualdad social, la pobreza y sus correlatos ambientales» es un sistema irracional que además actúa como superconductor de enfermedades infecciosas:

Las comorbilidades, la desnutrición y los déficits calóricos debilitan el sistema inmunitario de un individuo, mientras que factores ambientales, como la falta de agua limpia y un saneamiento adecuado, amplifican las tasas de transmisión y aumentan la morbilidad y la mortalidad (Madhav *et al.*, 2017).

Desde el vuelco neoliberal en la década de 1970, el capital quedó fuera de los marcos de planificación política que corregía las discrecionalidades de las operaciones económicas privadas. El mercado se volvió absurdamente oligopólico: desde las corporaciones textiles y alimentarias, a los conglomerados farmacéuticos y sus socios Monsanto, hasta las nuevas estrellas de la economía global, las poderosas *big tech*, todos participaban de la irracionalidad del capital ficticio, y todos se hallaban orgánicamente integrados en el nuevo leviatán antidemocrático del Estado-finanzas; todos compartían la lógica de crear valor en los talleres industriales de la periferia del sistema, o en los mercados laborales del centro después de haber devaluado globalmente las condiciones de trabajo y la masa salarial. Ahora bien, los compromisos con las inmoralidades del mercado y las miserias de la externalización no sólo pueden atribuirse a los propietarios del capital. Por supuesto que entre los cómplices de la externalización y la deslocalización de los efectos negativos (sociales, económicos y ecológicos) de la globalización neoliberal se hallan los «grandes consorcios» y las

«élites económicas y políticas». No obstante, el «principio de desarrollo a expensas de otros» también ha sido ejercido con la aprobación tácita y la «participación activa de amplias mayorías sociales» (Lessenich, 2019:27, 19). Basta observar, por ejemplo, el asombroso crecimiento del «consumismo compensatorio» entre las clases trabajadoras que se complementa con el tradicional consumo de «bienes hedonísticos» de los sectores elitarios, lo que hace que todas las clases sociales se sumerjan en un «despilfarro conspicuo» (Harvey, 2019:236).

Sin embargo, lo que ahora constituye un problema global fue observado como una advertencia insular por el activista socialista William Morris en la Inglaterra victoriana: «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?»; cosas que «no son riqueza, sino desperdicio» (Morris, 1885/1994:185). Durante los primeros años del siglo actual se estimó que la humanidad consumía un promedio anual de 68.000 millones de toneladas de materiales, exceptuando el agua y el aire. ¡Dicha cifra se había decuplicado desde 1900!²². ¿Cuánta energía social y cuántos recursos naturales de esa ingente masa material cubrían las necesidades existenciales de unas sociedades abrumadoramente desiguales, y cuánta cantidad se destinaba a generar basura y consumo alienante? Esta forma salvaje de consumo y de producción no es más que la *reductio ab absurdum* que ha legitimado la acumulación virtualmente ilimitada del capital. La combinación de un sistema económico que no puede ocultar ya sus insuficiencias con una cultura radicalmente individualista, constituyen «en el momento actual el peligro preeminente para la continuación de todas las formas de vida humana» (Harvey, 2021:124-125).

El orden neoliberal no solo ha contribuido a ampliar de forma extraordinaria las expectativas de una profunda y dramática crisis social planetaria, también ha sido capaz de alterar el eje terrestre (Deng *et al.*, 2021)²³ y de reducir la capa estratosférica, sin la cual la vida en la Tierra tal como la

²² Se contabilizaron todos los materiales procesados en 177 países, con independencia «de si tienen, o no, un valor monetario mensurable» (Schaffartzik *et al.*, 2014:87-88). Nuestra era está marcada por la corrupción y el despilfarro sin precedentes en la historia. Por citar un ejemplo más, una investigación demostró que en un almacén del monopolio Amazon situada en Escocia se estaban destruyendo mercancías no vendidas o devueltas por sus compradores. Este acto irracional se debía sencillamente a que el coste de almacenaje podía ser, y de hecho era, superior al rendimiento potencial de la mercancía. Como declaró un extrabajador de la compañía: «From a Friday to a Friday our target was to generally destroy 130,000 items a week. I used to gasp. There's no rhyme or reason to what gets destroyed: Dyson fans, Hoover, the occasional MacBook and iPad; the other day, 20,000 Covid (face) masks still in their wrappers» Véase Pallot, (2021).

²³ En la década de 1990 se produjo un cambio en la dirección de la deriva polar. Las causas fundamentales que se manejan como hipótesis son el calentamiento global combinado con el «consumo insostenible de agua subterránea para riego y otras actividades antropogénicas» (Deng *et al.*, 2021).

conocemos no habría sido posible (Pisoft *et al.*, 2021)²⁴. Parece que *Atlas* no soporta ya el peso del mundo, sino que lo aplasta de forma inmisericorde. «¿Qué orden social –se interrogaba retóricamente Hirschman en *Las pasiones y los intereses*– podría sobrevivir a largo plazo a la doble conciencia de que fue adoptado con la firme esperanza de que resolvería ciertos problemas y de que clara y abismalmente ha fracasado?» (Hirschman, 2014:148).

«Ottimismo della volontà»

Entonces, tal vez el principal dilema del presente no es si estamos ante el fin de la formación social capitalista sino –y aun cuando su evocación despierte las peores pesadillas–, si nuestro mundo tan ostensiblemente en declive nos sitúa ante *Los últimos días de la humanidad*. Cuando Europa comenzaba a meditar sobre sus propias ruinas en 1918, después de una prolongada era de fe en el progreso, Karl Kraus escribió en la citada obra unas palabras que evocan el decadente *zeitgeist* de nuestro tiempo:

He asumido una tragedia compuesta por escenas de humanidad en proceso de desintegración, para que la oiga el espíritu dispuesto a apiadarse de las víctimas, aunque haya renunciado para siempre a todo contacto con un oído humano. Que reciba la tónica de esta época, el eco de mi sangrienta locura que me vuelve cómplice de estos ruidos²⁵.

El proceso de desintegración de nuestra era comenzó durante el periodo histórico aquí abordado y ha sido el núcleo del análisis de este ensayo. Así, mientras en el corazón del capitalismo avanzado se secaban las fuentes del keynesianismo de la segunda posguerra, en gran parte de América Latina y del continente africano se estaban agotando los proyectos desarrollistas. La contrarrevolución neoliberal ocupó el vacío keynesiano, y el derrumbamiento del contraejemplo soviético facilitó su expansión global. Por un tiempo, el *ethos* del capitalismo de Estado de la china posmaoísta y sus promesas de una sociedad armoniosa (*xiaokang*) parecían ofrecer una sólida alternativa al monetarismo extremo y a la generali-

²⁴ El aumento de las «emisiones de gases de efecto invernadero antropogénicos (GEI) ha provocado el calentamiento de la troposfera y el enfriamiento de la estratosfera en las últimas décadas. Como consecuencia termodinámica, la troposfera se ha expandido y el aumento de la tropopausa, el límite entre la troposfera y la estratosfera, se ha sugerido como una de las huellas digitales más sólidas del cambio climático antropogénico [...] la extensión estratosférica ha disminuido en 0,4 km entre 1980 y 2018 y los modelos proyectan una contracción neta de 1,3 km para el año 2080, lo que corresponde a una disminución del 3,7 por ciento en comparación con el espesor estratosférico medio de 1980-2018 [...] la contracción estratosférica continuará si no se invierten las trayectorias de las emisiones de GEI antropogénicas» (Pisoft *et al.*, 2021).

²⁵ Karl Kraus, *Los últimos días de la humanidad*, Barcelona: Tusquets ed., 1991, p. 473.

zación del capital ficticio que cristalizaron rápidamente en Occidente. Sin embargo, en los años noventa el gigante asiático, siempre bajo un tupido velo político comunista, se estaba transformando definitivamente en un régimen neoliberal. Naturalmente, no estábamos ante un nuevo «fin de la historia», ni ante un mundo posideológico anunciado por la política del centrismo radical, sino ante el periodo agónico de un sistema para el que todavía parecían no existir alternativas plausibles.

La mendacidad de las políticas de ajuste estructural, cargadas sobre las espaldas de la topografía social de gran parte del Sur global, dejaron tras de sí un dramático rastro de ruinas y desolación. Dieron forma a un mundo neocolonial en el que las cadenas de valor y el capital transnacional sustraían a través del ilotismo laboral la riqueza de las naciones de la periferia. Sus resonancias pueden escucharse desde hace años en forma de guerras, migraciones forzadas, hambrunas, desigualdad existencial y pobreza, o en cualquier otro registro de la locura humana. Pero, como hemos mostrado en este ensayo, a medida que comenzaba el nuevo siglo, se hizo evidente que esas trágicas condiciones estaban convergiendo peligrosamente a nivel global. La gobernabilidad de la esfera pública quedó suspendida en el vacío, mientras el autoritarismo político se filtraba con escasas objeciones por las grietas de un sistema que ya no podía ocultar su decadencia. La democracia parecía haber quedado reducida a un simple tropo del nuevo pragmatismo político y, por su parte, la oposición política demostró su incapacidad para resolver o revertir el nuevo orden hayekiano. Los conflictos culturales que con tanta vehemencia oponían a comentaristas y políticos, o la exaltación populista que se interpretaba anacrónicamente en términos ideológicos de la Guerra Fría, silenciaban con demasiada frecuencia los conflictos distributivos del suelo económico.

Y sin embargo, la increíble polarización económica de nuestro tiempo solo podía ser comparada con el periodo histórico que precedió a las dos guerras industriales del siglo pasado. Una nueva generación de magnates ladrones, devotos inquebrantables del poder y del dinero, se enriquecían de la noche a la mañana capturando la política pública, cultivando el viejo y astuto arte de la munificencia, y acosando y seduciendo a un cuerpo social desarraigado y hundido por la extraordinaria deflación por deudas y las nuevas formas de explotación laboral que proporcionaba la *gig economy*. Como resultado, las exaltaciones identitarias y el nacionalismo se inflamaron, como lo hicieron el racismo, la xenofobia y otras formas execrables del comportamiento humano. La nueva cultura de entretenimiento de masas y el consumo narcisista, así como las tecnoutópicas profecías de un futuro poscapitalista, divulgadas por los *geeks* del silicio y sus incondicionales mediáticos, parecían haber circundado cualquier forma de racionalismo.

Pero si las alternativas políticas parecían haberse disuelto en el magma neoliberal, la teoría social podía también entonar un *mea culpa*. El lugar

que habían ocupado antaño la economía política y los análisis estructurales, fue desplazado por la implosión sociológica, la economía de los algoritmos y las visiones psicologistas y técnicas del mundo. Cuando la imaginación parece haberse agotado y, sobre todo, las alternativas a una sociedad transformada han sido gravemente erosionadas, las evocaciones estilizadas del pasado, la forma pragmática de la historia moralizante contra la que nos persuadía la sabiduría de Hegel, constituyen una peligrosa manera de eludir las raíces históricas de los problemas contemporáneos. El anacronismo y la retórica política especializada en el retorno al pasado, se han hecho comunes en el territorio líquido del nuevo milenio.

Sabemos que como cualquier formación social el capitalismo tuvo un principio e inevitablemente tendrá un final. Las consecuencias de su decadencia se escuchan en forma de gemidos, pero también de expresiones de rebeldía social extendidas por toda la geografía global. No sabemos, sin embargo, cuál será la expresión social, política, o económica que adquirirá el futuro, pero sí podemos afirmar, y es lo que aquí hemos intentado demostrar, que las sociedades del presente si han de tener futuro no será prolongando esta «era de irracionalidad política global» (Carrillo, 2020a), como tampoco ninguna de las formas políticas que en el pasado fracasaron tan rotundamente. Durante el periodo de entreguerras, y desde la cárcel, Antonio Gramsci escribió con aquella perspicacia prometeica que caracteriza su vasto pensamiento: «Todo colapso lleva consigo desorden intelectual y moral. Hay que crear gente sobria, paciente, que no desespere ni ante los peores horrores y que no se exalte ante cada bobería. Pesimismo de la inteligencia, *ottimismo della volontà*» (Gramsci, 1981:139; Q1&63).

Referencias bibliográficas

- Abrams, Philip (1988), «Notes on the Difficulty of Studying the State», *Journal of Historical Sociology*, 1 (1), 58-89.
- Anderson, Perry (2019), «¿Situacionismo al revés?», *New Left Review*, 119, 51-103.
- _____ (2020), «¿Ukania perpetua?», *New Left Review*, 125, 41-115.
- Arrighi, Giovanni (2002), «La crisis africana. Aspectos derivados del sistema mundo y aspectos regionales», *New Left Review*, 15, 5-33.
- _____ (2006), *Adam Smith in Beijin. Lineages of the Twenty-First Century*, London and New York: Verso.
- Baker, Dean (July 26, 2020), «There Is Nothing Natural About ‘the Market’», *Jacobin*. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/07/john-maynard-keynes-zachary-carter-price-peace-review>
- Baudrillard, Jean (1970), *La société de consommation. Ses mythes, ses structures*, Paris: Éditions Denoël.
- Bolonia, Mauro y Aquino, Gerardo (2020), «Deforestación y sostenibilidad de la población mundial: un análisis cuantitativo», *Scientific Reports*, 10, 7631.

- Brenner, Robert (2006), *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*, London, New York: Verso.
- _____(2020), «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, 123, 7-27.
- Boldizzoni, Francesco (2013), *La pobreza de Clío. Crisis y renovación en el estudio de la historia*, Barcelona: Crítica.
- _____(2020), *Foretelling the End of Capitalism. Intellectual Misadventures since Karl Marx*, Cambridge: Harvard University Press.
- Brzeziński, Zbigniew (1997), *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, New York: Basic Books.
- Buffet, Peter (2013), «The Charitable-Industrial Complex», *The New York Times*, 26 julio 2013. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2013/07/27/opinion/the-charitable-industrial-complex.html>
- Bulmer-Thomas, Víctor (2002), Las economías latinoamericanas 1929-1939, en Halperin Donghi, Túlio et al., *Historia económica de América latina. Desde la independencia a nuestros días* (pp. 243-286). Barcelona: Crítica.
- Burckhardt, Jacob (1961), *Reflexiones sobre la Historia Universal*, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura.
- Calhoun, Craig (2015), ¿Cuál es la amenaza actual del capitalismo?, en Wallerstein, Immanuel et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 161-200). México: Siglo XXI.
- Carrillo García, Germán (2020a), «La era de la irracionalidad política global», *Revista Migración y Desarrollo*, 18 (34), 57-113.
- _____(2020b), «Transgresiones de la historia. La misión pública de la historia y la dialéctica científica», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 60, 117-151.
- Chesnais, François (2020), «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*.Disponible en:<http://alencontre.org/economie/loriginalite-absolue-de-la-crise-sanitaire-et-economique-mondiale-du-covid-19.html>
- Deng, Shanshan et al. (2021), «Polar drift in the 1990s explained by terrestrial water storage changes», *Geophysical Research Letters* 48, e2020GL092114. Disponible en: <https://doi.org/10.1029/2020GL092114>
- Davidson, Neil (2008), «Nationalism and Neoliberalism», *Variant*, 32, 36-38.
- _____(2013), *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona: Pasado & Presente.
- _____(2015), «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23 (2-3), 105-150.
- _____(2016), «Crisis neoliberalism and regimes of permanent exception», *Critical Sociology*, 43 (4-5), 615-634.
- Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miserias*, Madrid: Akal.
- _____(2021), «Guerra de trincheras. Notas sobre las elecciones estadounidenses de 2020», *New Left Review*, 126, 7-38.
- Debord, Guy (1967), *La société du spectacle*, París: Buchet-Chastel.
- Derlugian, Giorgi (2015), ¿Qué fue el comunismo?, en Wallerstein et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 122-160). México: Siglo XXI.

- Desmurget, Michel (2020), *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, Barcelona: Ediciones Península.
- Durand, Cédric (2018), *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropián de nuestro futuro*, Barcelona: Ned Ediciones.
- _____ (2019), «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review*, 116/117, 221-234.
- Eagleton, Terry (2011), *Why Marx Was Right*, New Haven & London: Yale University Press.
- Engels, Friedrich (1895-1896), «Der Anteil der Arbeit an der Menschwerdung des Affen», *Die Neue Zeit: Revue des geistigen und öffentlichen Lebens*, Bd. 2, 545-554.
- Fischer-Kowalski, Marina *et al.* (2012), «Socio-ecological transitions: definition, dynamics and related global scenarios», Institute for Social Ecology, AAU, Austria/Centre for European Policy Studies, Belgium, 38-48.
- Fontana, Josep (2013a), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona: Pasado & Presente.
- _____ (2013b), *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*, Barcelona: Pasado & Presente.
- _____ (2017), *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona: Crítica.
- Fraser, Nancy (2021), «Los climas del capital. Por un ecosocialismo transmedioambiental», *New Left Review*, 127, 101-138.
- Galbraith, John K. (1976), *El crac del 29*, Barcelona: Ariel.
- Galbraith, James K. (2018), *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Grahl, John (2011), «Un economista a contracorriente», *New Left Review*, 69, 33-55.
- _____ (2017), «Una nueva ciencia económica», *New Left Review*, 104, 148-156.
- Gramsci, Antonio (1981), *Cuadernos de la Cárcel*, México: Era.
- Gordon, Robert J. (2016), «Perspectives on The Rise and Fall of American Growth», *American Economic Review: Papers & Proceedings*, 106 (5), 1-7.
- Hanson, Gordon (2010), «Why Isn't Mexico Rich?», *Journal of Economic Literature*, 48, 987-1004.
- Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- _____ (2014), *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, London: Profile Books.
- _____ (2016), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid: Akal.
- _____ (2017), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Madrid: Akal.
- _____ (2018), *Senderos del mundo*, Madrid: Akal.
- _____ (2019), *Marx, El Capital y la locura de la razón económica*, Madrid: Akal.
- _____ (2020), *The Anti-Capitalist Chronicles*, London: Pluto Press.
- _____ (2021), «Valor en movimiento», *New Left Review*, 126, 105-125.
- Hirschman, Albert O. (1979), *The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants*, David Collier, (ed.), *New Authoritarianism in Latin America*, New Jersey: Princeton University Press.
- _____ (1984), *De la economía a la política y más allá*, México: Fondo de Cultura Económica.

- _____ (1986), «The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection», Center for US-Mexican Studies, San Diego: Universidad de California.
- _____ (1987), «La economía política del desarrollo latinoamericano», *El Trimestre Económico* 216, 54 (4), 769-804.
- _____ (2014), *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Madrid: Capitán Swing.
- Hobsbawm, Eric (1994), «Identidad», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 3, 5-17.
- _____ (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona: Crítica.
- _____ (2000), «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, o (2^a época), 114-125.
- _____ (2003), *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona: Crítica.
- _____ (2012), *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona: Crítica.
- _____ (2013), *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo xx*, Barcelona: Crítica.
- _____ (2014), *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica.
- Hudson, Michael (2012), «The Road to Debt Deflation, Debt Peonage and Neofeudalism», Levy Economics Institute, Working Paper, 708.
- _____ (2016), «La destrucción de Grecia y el futuro de Europa», *Revista de Economía Internacional*, 18 (35), 345-352.
- _____ (2018), *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Madrid: Capitán Swing.
- Hume, David (2008), *Ensayos morales y literarios*, Madrid: Tecnos.
- IPBES (2019), Global assessment report of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services, Brondízio, E. S., Settele, J., Díaz, S., Ngo, H. T. (eds). Bonn, Germany: IPBES secretariat.
- Jameson, Fredric (2013), *Valencias de la dialéctica*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Ed.
- Kalecki, Michał (1943), “Political Aspects of Full Employment”, *Political Quarterly*, 14 (4), 322-330.
- Kotkin, Joel and Toplansky, Marshall (2018), *California Feudalism. The squeeze on the middle class*, Center for Demographics & Policy, Chapman University Press.
- Landes, D. S. (1969), *The Unbound Prometheus. Technological change and industrial development in Western Europe from 1750 to the present*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lenin, V. I. (1970), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras Escogidas en tres tomos*, vol. 1, Moscú: Progreso Ed.
- Lessenich, Stephan (2019), *La sociedad de la externalización*, Barcelona: Herder.
- Levins, Richard (2000), «Is Capitalism a Disease?», *Monthly Review*, 52 (4). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2000/09/01/is-capitalism-a-disease/>
- _____ (2008), «Living the 11th Thesis», *Monthly Review*, 59, (8). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2008/01/01/living-the-11th-thesis/>

- _____ (2015), *Una pierna adentro, una pierna afuera*, CopIt-arXives y EditoraC3, México.
- Lewontin, Richard and Levins, Richard (1996), «The Return of Old Diseases and the Appearance of New Ones», *Capitalism, Nature, Socialism*, 7 (2), 103-107.
- Luce, Edward (2017), *The retreat of western liberalism*, London: Little, Brown Book Group.
- Madhav, Nita *et al.* (2017), «Pandemics: risks, impacts, and mitigation», in Dean T. Jamison, Hellen Gelband, Susan Horton *et al.* (eds.), *Disease Control Priorities: Improving Health and Reducing Poverty* (pp. 315-345). Washington D.C.: The International Bank for Reconstruction and Development/World Bank.
- Marx, Karl (1987), *Miseria de la filosofía*, México: Siglo XXI ed.
- _____ (2010), *Capital*, Volume I, Marx & Engels Collected Works, vol. 35, London: Lawrence & Wishart Electric Book.
- _____ (2010), *Capital*, Volume III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, London: Lawrence & Wishart Electric Book.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (2011), *El Manifiesto del Partido Comunista*, México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Mishra, Pankaj (2017), *La edad de la ira. Una historia del presente*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Molnar, Margit and Wang, Wei (2015), «A Snapshot of China's Service Sector», Economics Department Working Papers, No. 1217, Paris: OECD Publishing.
- Morris, William (1994), «Trabajo útil vs. trabajo inútil», *Reis*, 64, 181-198.
- Ocampo, José A. (2014), La crisis latinoamericana de la deuda a la luz de la historia, en José A. Ocampo *et al.*, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 19-51). CEPAL.
- O'Connor, Sarah (July 3, 2020) «Leicester's dark factories show up a diseased System», *Financial Times*. Disponible en: <https://www.ft.com/content/ob26ee5d-4f4f-4d57-a700-ef49038de18c>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2018), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América», (a/hrc/38/33/Add., 1 mayo).
- _____ (2019), «Report of the Special Rapporteur on extreme poverty and human rights on his visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland», (a/hrc/41/39/Add.1, 23 abril).
- _____ (2020), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos acerca de su visita a España», (a/hrc/44/40/Add.2, 21 abril).
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2019), «Under pressure: the squeezed middle class», París: OECD Publishing.
- Palma, José Gabriel (2005), Four sources of «de-industrialisation» and a new concept of the Dutch-Disease, in José A. Ocampo (Ed.) *Beyond Reforms. Structural Dynamics and Macroeconomic Vulnerability* (pp. 71-116). Washington, D.C.: United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean (ECLAC).

- _____ (2014), «Latin America's social imagination since 1950. From one type of 'absolute certainties' to another- with no (far more creative) 'uncomfortable uncertainties' in sight», Cambridge Working Papers in Economics. Disponible en: <https://www.repository.cam.ac.uk/handle/1810/255210>
- _____ (2016), «¿Qué hacer con nuestro modelo neo-liberal, con tan poca entropía? Chile vs. Corea: asimetrías productivas y distributivas?», *Perfiles Económicos*, 2, 11-28.
- _____ (2019), «Why is inequality so unequal across the world? Part 1. The diversity of inequality in disposable income: multiplicity of fundamentals, or complex interactions between political settlements and market failures?», Cambridge Working Papers in Economics (CWPE).
- _____ (2020), «América Latina en su «Momento Gramsciano». Las limitaciones de una salida tipo «nueva socialdemocracia europea» a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (4), 348, 985-1031.
- Pallot, Richard (2021), «Amazon destroying millions of items of unsold stock in one of its UK warehouses every year, ITV News investigation finds». Disponible en: <https://www.itv.com/news>
- Panitch, Leo and Gindin, Sam (2004), «Global Capitalism and American Empire», *Socialist Register*, 40, 1-42.
- _____ (2013), *The Making of Global Capitalism. The Political Economy of American Empire*, London-New York: Verso.
- Panitch, Leo and Konings, Martijn (2009), «Myths of Neoliberal Deregulation», *New Left Review*, 57, 67-83.
- Papazoglou, Alexis (2019), «Fast times: The self-interest of Silicon Valley's self-denial fad», *The New European*. Disponible en: <https://www.theneweuropea.n.co.uk/brexit-news/silicon-valley-fasting-fad-44948>
- Phillips-Fein, Kim (2018), «Philanthropists will not save us», *Public Books*. Disponible en: <https://www.publicbooks.org/philanthropists-will-not-save-us>
- Piketty, Thomas (2019), *Capital e ideología*, Barcelona: Planeta ed.
- Pisoft, Petr *et al.* (2021), «Stratospheric contraction caused by increasing green-house gases», *Environmental Research Letters*, 16, 064038.
- Pollin, Robert (2018), «Decrecimiento vs nuevo New Deal verde», *New Left Review* 112, 7-30.
- Porter, Eduardo (2007), «Mexico's Plutocracy Thrives on Robber Baron Concession», *The New York Times*, 27 agosto.
- Rappeport, Alan and Corkery, Michael (2020), «Biden's Choice of Vilsack for USDA Raises Fears for Small Farmers», *New York Times*, 21 diciembre. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/12/21/us/politics/vilsack-usda-small-farmers.html>
- Riley, Dylan (2019), «Qué es Trump», *New Left Review*, 114: 7-35.
- Roberts, Michael (2019), «Reino Unido: la política económica del laborismo», *Sinpermiso*, 23 de noviembre.
- Robinson, William I. (2014a), *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, New York: Cambridge University Press.
- _____ (2014b), «Global Capitalism: Crisis of Humanity and the Specter of 21st Century Fascism», *The World Financial Review*, 14-16.

- Rodrik, Dani (2007), *One Economics, Many Recipes. Globalization, Institutions, and Economic Growth*, New Jersey: Princeton University Press.
- Sader, Emir (2008), «América Latina ¿el eslabón más débil? El neoliberalismo en América Latina», *New Left Review*, 52, 5-28.
- Savage, Luke (2020), «Barons of the Valley», *Jacobin*, 19 mayo. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/05/robber-barons-silicon-valley-technology-economy>
- _____ (2021a), «Bill Gates Chooses Corporate Patent Rights Over Human Lives», *Jacobin*, 26 abril, Disponible en: <https://jacobinmag.com>
- _____ (2021b) «The Obamanauts Are Rebranding as Evil», *Jacobin*, 6 abril, Disponible en: <https://jacobinmag.com>
- Schaffartzik, Anke et al. (2014), «The global metabolic transition: Regional patterns and trends of global material flows, 1950-2010», *Global Environmental Change*, 26, 87-97.
- Shaikh, Anwar (1990), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Bogotá: Tercer Mundo ed.
- _____ (2011), «The first great depression of the 21st Century», *Socialist Register: The Crisis This Time*, 47, 44-63.
- Smichowski, Bruno; Durand, Cédric and Knauss, Steven (2018), «Participation in global value chains and varieties of development patterns». Disponible en: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01817426/document>
- Standing, Guy (2017), *La corrupción del capitalismo. Por qué prosperan los rentistas y el trabajo no sale a cuenta*, Barcelona: Pasado & Presente.
- Stein, Ben (2006), «In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning», *The New York Times*, 26 noviembre.
- Stiglitz, Joseph (2016), *Cómo hacer que funcione la globalización*, Barcelona: Penguin Random House.
- _____ (2017), *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Barcelona: Penguin Random House.
- Streeck, Wolfgang (2012), «Mercados y pueblos. Capitalismo democrático e integración europea», *New Left Review*, 73, 55-62.
- _____ (2016), *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz.
- _____ (2017a), *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- _____ (2017b), «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, 7-21.
- The Guardian* (4 Jun 2015) «Cocaine in London sewers at highest level in Europe». Disponible: <https://www.theguardian.com/society/2015/jun/04/cocaine-london-sewers-highest-level-europe-drug-uk>
- Therborn, Göran (2007), «Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista», *New Left Review*, 43, 59-106.
- _____ (2014), «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review*, 85, 5-17.
- _____ (2015), *La desigualdad mata*, Madrid: Alianza Editorial.
- _____ (2017), «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 69-89.
- _____ (2020), «Sueños y pesadillas de las clases medias del mundo», *New Left Review*, 124, 69-96.

- Toozé, Adam (2018), *Crash. Cómo una década de crisis financiera ha cambiado el mundo*, Barcelona: Crítica.
- Traverso, Enzo (2016), «The end of Europe», *Public Seminar*, 6 abril. Disponible en: <https://publicseminar.org/2016/04/the-end-of-europe/>
- United Nations (2015), «World Population Prospects. The 2015 Revision», New York: United Nations.
- Wallace, Rob (2016), *Big farms make big flu: dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of Science*, New York: Monthly Review Press.
- ____ (2020), *Dead epidemiologists. On the origins of Covid-19*, New York: Monthly Review Press.
- Wallace, Rob y Wallace, Rodrick (2017), «Las ecologías del Ébola. Agroeconomía y epidemiología en África occidental», *New Left Review*, 102, 45-58.
- Watts, Jonathan (2019) «Concrete: the most destructive material on Earth», *The Guardian*, 25 febrero.
- Xu, Zhun (2021), «The Ideology of Late Imperialism. The Return of the Geopolitics of the Second International», *Monthly Review*, 72 (10). Disponible en: <https://monthlyreview.org/2021/03/01/the-ideology-of-late-imperialism>
- Yuan, Li (2021), «‘Who Are Our Enemies?’ China’s Bitter Youths Embrace Mao», *The New York Times*, 8 julio. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/07/08/business/china-mao.html>
- Zhan, Shaohua (2020), «La cuestión agraria en la China del siglo XXI. Cuatro perspectivas y cinco escenarios», *New Left Review*, 122, 131-15.